

La mensajera

De la autora bestseller de
La enfermera de Auschwitz

El corazón de Hana late con fuerza mientras camina por las calles de Varsovia. Necesita volver sana y salva a la panadería de su familia para abrazar a sus hermanos una vez más; ellos son lo único que la anima a seguir adelante. Tiene que entregar ese mensaje, aunque sepa que podría costarle la vida.

Los nazis llevan semanas patrullando las calles. Hana ya ha perdido a su padre, y ahora trabaja para la Resistencia: no soportaría que le arrebataran a nadie más. Mientras camina, gira el anillo de compromiso en su dedo y piensa en Emil, su prometido de ojos azules. Todavía alberga la esperanza de volver a verlo. Está arriesgándolo todo por salvar a sus seres queridos. El papel arrugado que lleva escondido entre las barras de pan, aún calientes, contiene un mensaje que podría iniciar el levantamiento del pueblo de Varsovia contra sus captores. Pero, cuando Hana se cruza con un oficial de las SS y sus miradas se encuentran, el mundo parece detenerse…

Anna Stuart

La mensajera

Título original: *The Secret Message*
Anna Stuart, 2024
Traducción: Begoña Prat, 2026

Revisión: 1.0

 24/07/2026

A mis compañeras de oficio: Julie, Tracy, Debbie, Helen y Sharon,
por estar siempre a mi lado para aconsejarme, reconfortarme, compartir conmigo su sabiduría y, cómo no, ir al karaoke.

PRÓLOGO

VARSOVIA
5 DE NOVIEMBRE DE 1939

Hana Dąbrowska entra tambaleándose en la panadería de la familia, donde la recibe una reconfortante mezcla de olores que la hace sentir en casa. Aspira el aroma a mantequilla, azúcar y canela, y, aunque desearía que su dulzor borrara el dolor que atenaza su corazón, hoy nada puede hacerlo. Zuzi y Orla, sus hermanas, la siguen al interior, y Hana las rodea con el brazo porque, ahora más que nunca, la familia debe permanecer unida.

—Aquí estamos a salvo —dice su madre, Magda, aunque le tiembla la voz.

Las lleva a la cocina, donde durante tanto tiempo la familia se ha reunido para comer, trabajar y jugar. Su suegra, Babcia Kamilla, las sigue con los ojos extraordinariamente secos y la espalda erguida en una postura impecable, mientras guía al joven Jacob por delante de ella. La familia se sienta alrededor de la mesa y contempla la silla vacía de la cabecera. Su Papa, Kaczper, lleva dos meses encarcelado y, aunque se han acostumbrado a ver su sitio vacío, ahora que saben que ha muerto y jamás volverá a ocuparlo la pena por haberlo perdido es devastadora.

Orla, que con sus trece años es la hermana más pequeña, se sujeta la cabeza con las manos y se echa a llorar. Al caer, sus lágrimas dejan manchas oscuras sobre la sempiterna capa de azúcar

que cubre la gastada mesa de roble y, tras deslizar la silla para acercarse a su hermana, Jacob dibuja formas entre ellas. Orla le pasa el brazo por el hombro y él le acaricia el pelo rubio. El niño tiene solo ocho años y está confundido por todo lo ocurrido esa sombría mañana.

Ha empezado al amanecer, cuando alguien ha aporreado la puerta de madera de cerezo de su panadería.

«Andando —ha gruñido el soldado nazi—. Vais a ver a vuestro padre».

¡Cuánto se han emocionado al escuchar sus palabras! Se han vestido deprisa y corriendo y lo han seguido hasta la cárcel en la que Kaczper Dąbrowski ha estado encerrado y aislado desde que, a principios de septiembre, los nazis ocuparon Varsovia. Por el camino, han comentado entusiasmados los abrazos que le darían y lo mucho que tenían que contarle, entre otras cosas, que estaban haciendo todo lo posible para asegurarse de que regresaba a la panadería familiar, a casa. Pero todo ha acabado siendo una artimaña cruel.

Kaczper no estaba esperándolos en una habitación, sino que han visto que lo sacaban a empujones a un balcón en el que había una hilera de sogas mientras a ellos lo llevaban a punta de pistola al patio de debajo.

—¿Por qué han tenido que matarlo? —dice Jacob entre sollozos, dando rienda suelta a su pena en el calor del hogar.

—Porque es un buen hombre —contesta Hana, la mayor de las hermanas, que tiene dieciocho años—. Y los nazis odian a los hombres buenos.

—No tanto como nosotros odiamos a los nazis —dice en tono apasionado Zuzi, una vehemente joven de diecisiete años, provocando una oleada de siseos para pedirle que se calle.

Las paredes tienen oídos.

Magda prepara té en un cazo grande, coloca las tazas sobre la mesa, como hace cada mañana, y saca una hogaza de pan de frutas, la especialidad de Kaczper. Durante los dos últimos meses ha sido ella quien ha tomado las riendas de la panadería, elaborando

con cariño las recetas de su marido hasta que él pudiera retomar su trabajo. Algo que ya nunca hará. A Magda le tiemblan las manos y Hana se apresura a ayudarla. Esta ha sido la peor mañana de sus vidas y todos están en ascuas, y, aunque Hana intenta concentrarse en cortar el pan, lo único que ve es el lúgubre patio de la cárcel.

«¡Kaczper!», ha gritado Magda en cuanto lo ha visto, y él ha mirado hacia abajo, sorprendido y con una tristeza infinita en los ojos.

«Mi amor —ha dicho en voz baja, como si acabaran de encontrarse una tarde de verano en un parque teñido por el color de las rosas, y no en el momento en que él estaba a punto de morir brutalmente a manos de los ocupantes de Varsovia—. No sabes cuánto me alegro de verte. Y a ti también, hijo. Cuida mucho de tu madre».

Aferrado a la cadera de Magda y mordiéndose el labio inferior para no hacer pucheros, el pequeño Jacob ha asentido.

«Buen chico. Y mis niñas. —Kaczper ha sonreído a Hana, Zuzi y Orla, y enseguida se ha corregido—: Mis jóvenes y hermosas hijas».

Ellas se han encogido; no querían que la belleza se infiltrara en aquella mañana odiosa, aunque amaban a su padre por intentarlo. Kaczper Dąbrowski, maestro panadero y orgulloso concejal del ayuntamiento, siempre intentaba ver la parte positiva de cualquier situación. Si sus ligeros panes y pastas habían mejorado con el tiempo, se debía a sus optimistas planes para la ciudad que amaba; unos planes que estaban a punto de costarle la vida.

«Mamá. —La última sonrisa de Kaczper ha sido para Babcia Kamilla, que estaba junto a Magda con el cuerpo rígido—. No abandones la lucha».

«Nunca lo haré, hijo».

«Lo sé. Los grilletes que nos han puesto no aguantarán mucho más».

Kamilla ha asentido con decisión, reprimiendo las lágrimas y con un nudo en la garganta que era casi visible. Tras perder a su marido, Aleksander, en la batalla inicial contra los invasores, ahora tenía que

ver como también le robaban a su hijo.

«Sed fuertes —le ha pedido Kaczper a su familia, mientras los soldados introducían con regodeo su cuello en la soga más cercana —. No lloréis por mí. No quiero que lloréis, sino que viváis y améis… y luchéis. ¿Lo haréis por mí? —Todos han asentido obedientemente, pero entonces la voz de Kaczper se ha quebrado y sus ojos marrones se han llenado de lágrimas—. Lo siento —ha dicho—. Siento abandonaros. Lo siento muchísimo».

Orla ha sollozado, las lágrimas han rodado en silencio por las mejillas de Zuzi y Hana las ha rodeado a ambas con los brazos en actitud protectora.

«Te quiero, Kaczper», ha gritado Magda en tono desafiante.

«Te quiero», ha dicho Hana, y todos han repetido sus palabras.

Las han repetido mientras los guardias agarraban al antaño corpulento hombre y lo arrojaban por encima de la barandilla del balcón. Las han repetido, en voz cada vez más alta, para acompañar el último aliento de Kaczper con tanto amor como fuera posible, hasta que, por suerte muy rápido, todo ha terminado y él ha muerto.

Ahora, en la acogedora cocina de la casa y el negocio que Magda y él fundaron al casarse, todos contemplan de nuevo su silla vacía. El asiento todavía conserva la huella de su robusto cuerpo, y los brazos están gastados y suaves por el roce de sus habilidosas manos de panadero.

—No se ha ido —dice Hana en tono desafiante, alargando la mano para acariciar la madera—. No se ha ido porque sigue aquí, en nuestros corazones.

Se da un golpe en el pecho y sus hermanas la imitan, Zuzi con una sonora palmada y Orla con una suave presión, como si tratara de conservar dentro del pecho su afligido corazón. Jacob hace lo mismo, erguido como un soldadito, y de improviso, todos se echan a reír. Sus risas llenan la panadería, igual que han hecho durante años, y todos se miran y, de manera instintiva, se cogen de la mano alrededor de la mesa. Kamilla vacila, pero hoy hasta su circunspecta

abuela necesita el consuelo del contacto humano y acaba uniéndose al círculo.

—Ya lo habéis oído —dice—. Lucharemos, viviremos y amaremos.

—Ha dicho que tenemos que vivir, amar y luchar —se atreve a corregirla Orla.

Kamilla sacude la cabeza.

—La lucha es lo primero. Mañana mismo nos uniremos a la resistencia clandestina, ¿de acuerdo?

Orla sigue sin parecer convencida y Magda le aprieta la mano con fuerza.

—La resistencia no solo se lleva a cabo con armas, tesoro. Podemos luchar a nuestra manera.

Las tres hermanas intercambian una mirada y luego miran a su madre y a su boquiabierto hermanito. La ira centellea en los ojos de Zuzi, mientras que los de Orla están anegados por las lágrimas y los de Hana, ensombrecidos por la preocupación. El dolor por la pérdida de su padre tiembla entre ellas, como un cordel que rodea sus corazones magullados y las une aún más que antes.

—Lucharemos a nuestra manera —convienen—. Y juntas. De esa forma, cuando por fin llegue el momento adecuado, nos alzaremos y la victoria será nuestra.

PRIMERA PARTE

Ante Dios Todopoderoso y María la Santísima Virgen, reina de la corona polaca, pongo mi mano sobre esta Santa Cruz, símbolo de martirio y salvación, y juro defender el honor de Volonia con todas mis fuerzas, luchar con las armas para liberarla de la esclavitud, a costa de mi vida si es preciso; obedecer todas las órdenes de mis superiores y guardar el secreto a cualquier precio.

JURAMENTO DEL ARMIA KRAJOWA
(EJÉRCITO CLANDESTINO POLACO)

UNO

30 DE JULIO DE 1944

HANA

Hana pegó la cara a la ventana del tranvía, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Aunque sus hermanas y ella hacían todo lo posible por mantener una expresión serena mientras se dirigían a sus puestos del Armia Krajowa para su instrucción, no era fácil cuando en Varsovia reinaba un extraño ambiente de pánico. Los soldados que marchaban por la avenida Jerusalén no se parecían en nada a los alemanes que Hana había visto con anterioridad. Estos arrastraban sus embarradas botas militares y tenían clavados sus ojos entrenados en el pavimento de la ciudad por la que habían desfilado con arrogancia cinco años atrás. Sus uniformes estaban rasgados e impregnados de un aire a derrota. Hana tiró de Zuzi y Orla, y señaló con la cabeza la asombrosa escena que se desarrollaba al otro lado del cristal.

A Zuzi se le iluminó el rostro.

—Míralos, arrastrándose por el polvo como se merecen.

—¡Calla, Zuzi!

Nerviosa, Hana miró a su alrededor, consciente como siempre de su deber en tanto que hermana mayor de mantenerlas a salvo a las dos. Se hallaban en el vagón para polacos, el único de los tres que componían el tranvía (los dos delanteros estaban designados como *Nur Für Deutsche*, «solo para alemanes»), pero nunca se sabía quién podía estar escuchando. Aunque ningún polaco delataría a un

compatriota, había soldados por todas partes.

—No te preocupes por los Deutsche —repuso Zuzi—. Están demasiado ocupados huyendo como para escucharnos. Mira.

De los dos vagones delanteros del tranvía, que se había detenido en la principal estación de tren de Varsovia en el corazón de Śródmieście, el centro moderno de la ciudad, se apeó un enorme grupo de Volksdeutsche bien vestidos, cargados con maletas, bolsas y cajas de embalaje, que luego entró en tropel en la estación.

—¿Se marchan?

Hana pegó aún más la cara al cristal. El sol de pleno verano era abrasador, pero tenía que ver la escena con sus propios ojos. Las familias alemanas que bajaban del tranvía se sumaban a muchas otras que llegaban a la estación en modernos coches a motor, a pie e incluso a caballo y en carruaje. Era un éxodo que, sin lugar a dudas, solo podía compararse con el de los pobres judíos a los que habían obligado a desplazarse al gueto el año anterior.

—Qué pena que no haya cámaras de gas para esos malnacidos —masculló Zuzi.

—¡Cállate!

Hana tiró con apremio de la manga de su hermana, deseando que no fuera tan imprudente. Entendía sus sentimientos, por supuesto, pero era mejor expresarlos únicamente en el entorno seguro de la panadería de su madre.

—Se los ve muy tristes —comentó Orla mientras apoyaba las manos en la ventana, como si pudiera extenderlas y ayudarlos. Hana siguió la mirada azul de su hermana menor y vio a una mujer que sostenía a un bebé y trataba de controlar a una niña pequeña mientras arrastraba una maleta gigante hacia la estación. El bebé lloraba, la niña se resistía a caminar y la madre parecía aterrorizada. Mientras miraban, sin embargo, un soldado fornido se agachó para ofrecerle chocolate a la niña y cogió la maleta, aligerando de inmediato la carga de la mujer rubia.

—¡Qué pena me dan! —exclamó Zuzi con sarcasmo.

Orla se revolvió en su asiento.

—Lo sé —dijo—. Lo siento. Pero es que es espantoso; también son seres humanos.

Su hermana tenía razón, y Hana se escurrió para darle un abrazo mientras el tranvía se ponía de nuevo en marcha y Orla la miraba. Acababa de cumplir dieciocho años y era una joven preciosa, con los rasgos del color más claro de las tres. El pelo de Zuzi era casi negro, como el de su padre, y el de Hana tenía un color parecido al de la paja sucia —avellana, en opinión de su querida madre—, pero Orla, igual que Magda, era rubia como un ángel y en sus ojos azules siempre había una sonrisa a punto de asomar… o una lágrima, sobre todo si había niños de por medio.

—Parece que todo acabará pronto, mi pequeña Lania —le dijo Hana.

El apelativo cariñoso hizo sonreír a Orla, a quien su familia la llamaba así, «cierva», en recuerdo del ciervo del que se había hecho amiga durante los paseos de su infancia por los bosques que había al norte de Varsovia. Ahora, esos bosques estaban llenos de hombres y mujeres del AK, la abreviatura del Armia Krajowa o Ejército Nacional, y «Lanía» era el alias de Orla en dicho ejército. Eso no quería decir que fuese a luchar, gracias a Dios; solo a su manera, tal como les había enseñado su madre, porque la más joven y dulce de las hermanas Dąbrowska se estaba formando para ser enfermera. Tal vez no tardaran en necesitar sus servicios.

—Míralos —siseó Zuzi, señalando a otro grupo de soldados tan desaliñado como el anterior—. Huyen de los rusos. El Ejército Rojo debe de estar cerca. Tenemos que sublevarnos y tomar la ciudad ahora que están hechos trizas.

—Lo haremos cuando sea el momento adecuado —dijo Hana, intentando calmar a su impulsiva hermana mediana.

—No hay un momento más adecuado que este —replicó Zuzi, con los ojos oscuros centelleantes.

Tenía su parte de razón. Hana trabajaba como enlace repartiendo mensajes entre las numerosas unidades del AK en Varsovia, un ejército clandestino formado por cuarenta mil hombres, y sabía que

el deseo de atacar era cada vez más irreprimible. El día anterior, el gobernador Fischer, el nazi que dirigía Varsovia, había dado la orden de que todos los hombres polacos se presentaran ante las autoridades para cumplir con sus «deberes de defensa», y Hana se había pasado el día trasladando las instrucciones del AK para ignorar el llamamiento. Había sido una decisión arriesgada, porque a menudo los alemanes no dudaban en llevar a cabo represalias brutales, pero más arriesgada habría sido la posibilidad de que todos los hombres en edad de luchar acabaran detenidos. Al final, los alemanes no habían emprendido acción alguna, lo cual sugería que, en efecto, estaban en las últimas.

Hana toqueteó la hogaza de pan que llevaba bajo el brazo, mientras se preguntaba cuáles serían las órdenes del día. Llevar mensajes secretos era una tarea que se le daba bien porque podía echar mano de su mapa mental casi perfecto de la ciudad, pero era peligrosa, pues cualquier persona a la que atrapaban con instrucciones del AK acababa ejecutada por traición. Hasta el momento, su estrategia de transportar las órdenes oficiales metidas en las hogazas de pan recién hornadas de su madre la había mantenido a salvo, pero a medida que aumentaba la inquietud de los alemanes, y la volatilidad del AK, el peligro era mayor. La tensión tenía que estallar por alguna parte.

Todos los viajeros del tranvía observaban la desbandada de los Volksdeutsche y Hana notó que los ánimos se calentaban, como si los cables eléctricos del tranvía no solo discurrieran sobre las cabezas de los varsovianos, sino también a través de sus cuerpos. Llevaban ya demasiado tiempo oprimidos por los alemanes, que los trataban como ciudadanos de segunda, les negaban la entrada a los mejores restaurantes, teatros y cines, y les prohibían formar parte del gobierno e incluso recibir educación.

Los Volksdeutsche eran los civiles nacidos en Alemania a los que habían trasladado a millares a la Varsovia ocupada y que se paseaban por la ciudad como si les perteneciera. Los nazis habían arrebatado numerosos negocios a los polacos y habían entregado a

estos advenedizos empresas familiares de siglos de antigüedad, sin ningún tipo de consideración ni compensación. Peor aún, habían arrebatado casas y pisos a los judíos, y habían metido en sus preciados hogares a aquellos alemanes pirados mientras a ellos los arrojaban al gueto. Era una salvajada, y los habitantes de Varsovia odiaban a los Volksdeutsche casi tanto como a los soldados nazis.

Las escuelas y universidades polacas habían sido clausuradas. Además de su trabajo como enlace, Hana estudiaba la carrera de Arquitectura en clases clandestinas que daban valientes hombres y mujeres corriendo un gran riesgo, pues podían detenerlos en cualquier momento. En el último año había presenciado cómo tres de sus profesores corrían la misma suerte que su querido padre, y no veía el momento de derrotar a los odiosos ocupantes para poder estudiar de nuevo sin esconderse y rescatar de los estragos de la guerra la ciudad a la que tanto amaba. Estaba segura de que su padre se habría sentido orgulloso de verla cumplir con su misión, igual que de ver que se casaba con su querido Emil…

Hana se dio a sí misma un pequeño abrazo como hacía siempre que pensaba en su prometido, un piloto polaco que había tenido que huir de la Varsovia ocupada en 1939, hacía cinco largos años. Sabía que había llegado sano y salvo a Gran Bretaña y que volaba con valentía con la RAF, pero no lo había visto desde entonces. En aquella época tenía los hombros cuadrados, el cuerpo musculoso y una sonrisa picara que llenaba de júbilo el corazón de Hana cada vez que la veía, pero no tenía ni idea de qué aspecto tendría ahora. ¿Habría adelgazado tanto como ella debido a la guerra? ¿Se habrían encorvado sus hombros después de pasar tanto tiempo en un país extranjero? ¿Le habría robado el peligroso trabajo de piloto aquella maravillosa sonrisa? ¿Estaría siquiera vivo? Su última carta había llegado semanas atrás, pero el correo era impredecible y Hana se negaba a perder la esperanza. No veía el momento de que llegara la liberación para reunirse con él, y sin embargo…

—Debemos tener cuidado —les susurró a sus hermanas—. Los rusos no son de fiar.

—Los rusos son nuestros amigos —contestó Orla con rotundidad —. Nuestros aliados.

Hana le sonrió con cariño.

—Los rusos no son nuestros aliados, sino los aliados de nuestros aliados —la corrigió—. Stalin no mantiene relaciones diplomáticas con Polonia, y quiere incorporarla a su imperio, algo que los rusos siempre han deseado.

—Y por eso tenemos que sublevarnos y tomar Varsovia nosotros —insistió Zuzi, apartándose con impaciencia el pelo moreno de la cara—. Venga, sed sinceras, ¿no queréis echarlos de aquí a patadas?

—A patadas, no sé —señaló Orla.

Zuzi meneó la cabeza.

—Pues deberías.

—Sí, Żelazo.

La respuesta dibujó una sonrisa en el rostro de Hana. Żelazo, «hierro» en polaco, era el seudónimo que Zuzi había elegido en el AK al unirse a la Resistencia en 1939, pocos días después de la ejecución de su padre. La hermana mediana de las Dąbrowska luchaba a la manera tradicional como miembro de la Minerki, una unidad de zapadoras compuesta únicamente por mujeres y especializada en explosivos. Sus compañeras y ella habían hecho descarrilar numerosos trenes alemanes y volado muchas fábricas en los dos últimos años, un trabajo acorde con la personalidad exaltada de la joven. Zuzi había escogido el nombre en clave de Żelazo porque decía que su corazón era de hierro y seguiría siéndolo hasta que derrotaran a los nazis. A Hana la entristecía que, a sus veintidós años, su hermana continuara empecinada en conservar su soltería, aunque en tiempos de guerra tal vez no se equivocara al preferir las minas a los hombres.

—Vamos —dijo Zuzi—, esta es nuestra parada.

Hana se apeó de un salto del tranvía con sus hermanas y miró instintivamente hacia el cielo azul. Si los Aliados se habían enterado de que los alemanes se hallaban en una situación precaria, tal vez enviaran sus aviones. Quizá los pilotos polacos regresarían al país

para ayudar a liberar Polonia, tal como habían prometido.

«Ojalá no tuviera que dejarte», le había dicho Emil el día que se habían separado, abrazándola con tanta fuerza que ella lo había sentido en todo su cuerpo…, y había querido más.

«Si te quedas, te matarán».

Ambos sabían que era así, y que la boda que tenían planeada se transformaría en un entierro en un abrir y cerrar de ojos. Los pilotos polacos tenían una reputación tan impresionante que era demasiado peligroso dejarlos con vida y, en efecto, en cuanto escaparon habían demostrado su valía en la batalla de Inglaterra. La noticia había llegado a Varsovia a través de los altavoces que los nazis habían instalado en las calles, por los que se proclamaban historias enlatadas sobre la osadía y audacia de la Luftwaffe, pero los transistores clandestinos habían recogido un relato muy distinto, en el que los Spitfire y los Hurricane desafiaban a los Messerschmitt y evitaban la invasión nazi del preciado estrecho que separaba Gran Bretaña del resto de Europa.

Hana había pasado meses con el alma en vilo, aterrorizada ante la perspectiva de recibir la noticia de la muerte de Emil, pero lo que al final había llegado era una preciosa carta suya, en la que la informaba con modestia de «un pequeño éxito» y le hablaba de la violeta que había pintado en la parte inferior del fuselaje de su avión en homenaje a ella. Fiolet era el apodo que Emil le había puesto en el embriagador verano de 1939; según él, los pétalos de las pequeñas flores tenían forma de corazón y Hana era la dueña del suyo. Pero luego había llegado la invasión de los alemanes, con los rusos pisándoles los talones, y todo había cambiado.

En recuerdo de Emil, Hana había adoptado el nombre en clave de Fiolet, y sus cartas habían seguido llegando, con partes tachadas por el bolígrafo negro del censor, pero, aun así, llenas de amor. Hasta que, el año anterior, había recibido la noticia de que tras la invasión aliada de Italia iban a destinar a Emil a Brindisi. «No tardaremos en llegar, amor mío —había escrito él—. No apartes la mirada del cielo y, cuando veas mi violeta, sabrás que estoy cerca». ¿Podría llegar

pronto ese momento? Era casi demasiado maravilloso para que fuera verdad.

Hana se sacudió las ensoñaciones y se dio la vuelta para despedirse de sus hermanas con un abrazo, antes de que cada una se fuera por separado a su entrenamiento secreto del AK: Zuzi al bosque de Kampinos, al norte de la ciudad; Orla a su hospital en el linde de Stare Miasto, el centro medieval de la ciudad; y Hana al centro neurálgico de los oficiales de enlace, allí mismo en Śródmieście.

—Los rusos van a venir —susurró Zuzi mientras las tres se fundían en un abrazo—. En las últimas semanas han recorrido setecientos kilómetros; ¿por qué iban a detenerse antes de entrar en Varsovia? Vamos a ser libres, chicas; ¡por fin vamos a ser libres!

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Tata debe de estar mirando desde el cielo con alborozo.

A Hana se le encogió el corazón al oír hablar de su amado padre e instintivamente miró hacia la cárcel de Pawiak, que se alzaba siniestra y amenazante calle abajo. Si se fijaba bien, vería los cadáveres que colgaban allí noche y día, igual que había hecho el de Kaczper en su momento, pero en lugar de eso apartó con resolución la mirada de las formas colgadas que proyectaban su trágica sombra sobre Varsovia y le dio un beso a Zuzi.

—Ten cuidado.

—Lo que tendré es los ojos bien abiertos —la corrigió Zuzi—. Hasta el anochecer.

—Hasta el anochecer —respondió Orla, y se marchó a coger otro tranvía que la llevaría al hospital Juan de Dios.

Hana se quedó mirando a sus hermanas mientras estas se alejaban y sus palabras resonaban en sus oídos. «Hasta el anochecer» era una expresión que su familia siempre utilizaba para recordarse que no importaban los retos a los que tuvieran que enfrentarse ese día, porque todos volverían a estar juntos antes de que terminara. Desde la ocupación, la decían en un tono cada vez

más decidido y esperanzado, ya que la sencilla alegría de reunirse al final del día alrededor de la mesa se había vuelto más incierta. Hana no pudo evitar preocuparse, pero ¿qué le iba a hacer?

—Hasta el anochecer —les gritó.

Tras colocarse la hogaza de pan hueca bajo el brazo, recorrió una serie de callejones hasta llegar al centro de reunión de los enlaces, oculto sobre un pequeño salón de belleza expresamente descuidado para mantener alejados a los Volksdeutsche. En el piso de arriba encontró a sus compañeras, otras chicas que también ejercían de enlace, en un estado de excitación desatada.

—¿Qué pasa? —preguntó Hana, mirándolas con expresión inquisitiva.

—¡Todo! —le contestó una compañera, a la vez que le tendía un papelito—. Lee el mensaje de hoy.

Hanna bajó la vista y allí, escritas en grandes letras negras y firmadas por el comandante Bór en persona, estaban las palabras que, sin duda, toda Varsovia había estado esperando.

> *Del comandante Bór a todos los operativos del AK de la zona de Varsovia: Este es un comunicado para anunciar el estado de alerta. Todas las tropas y auxiliares deben preparase para la acción. La hora W está cerca.*

La W era la inicial de *wystąpienie*, el «inicio de las hostilidades». ¡Por fin! Hana pensó en Zuzi y en lo que se alegraría al enterarse; en Orla, que se preocuparía por lo que pudiera implicar; en Babcia Kamilla, que llamaría a gritos a la revolución; y en su madre, Magda, esperándolas cada anochecer en la panadería. De pronto, la posibilidad de que todas lograran volver se había reducido de manera drástica, pero ¿qué se le iba a hacer? Si los nazis estaban debilitados, el AK debía atacar.

Tata les había pedido que no abandonaran la lucha y Hana estaba decidida a cumplir con su deber, por él y por todas las

personas atrapadas en aquella ciudad brutalmente ocupada. Si los rusos estaban en camino, ellos debían sublevarse, tomar Varsovia y darles la bienvenida en calidad de aliados. La batalla no debería prolongarse más de unos pocos días y valdría la pena si con eso recuperaban por fin la libertad.

La libertad para casarse con Emil.

Hana cogió con entusiasmo diez órdenes con el sello oficial para repartirlas entre los jefes de pelotón del AK que tenía asignados y que se escondían por toda la ciudad, y las deslizó dentro de su hogaza de pan. Aunque le temblaban las manos, pensó en su padre y en la promesa que había hecho su familia de vengar su muerte, y eso la calmó. Había llegado el momento de distribuir la noticia por toda Varsovia; el momento de atacar por fin.

DOS

ZUZI

Zuzi bajó de un salto del tranvía y echó a andar tan deprisa como le permitían sus atléticas piernas por la carretera que llevaba al bosque de Kampinos. Se sentía despejada, viva, llena de una energía que crepitaba. Los soldados alemanes, antes arrogantes, retrocedían ahora a través de Varsovia, superados y doblegados por el avance del Ejército Rojo, y Zuzi no veía el momento de aplastarlos por completo.

—Te vengaremos, Tata —juró por lo bajo.

Vio la imagen de su padre plantado con orgullo en aquel desolador balcón de la prisión, con sus cuadrados hombros erguidos a pesar de las espeluznantes marcas de latigazos que los atravesaban y los ojos brillantes al mirar a su familia.

«Los grilletes no aguantarán mucho más», les había dicho, y no se equivocaba, aunque sabía Dios que se les había hecho largo.

Zuzi tenía diecisiete años cuando los nazis habían irrumpido en Varsovia; ahora, con veintidós, se había convertido en una habilidosa saboteadora. Cuando iba a la escuela, su obsesión habían sido las asignaturas que no eran propias «de niñas», como Ciencias y Matemáticas, y gracias al AK había aprendido más cosas sobre química de las que le habían permitido estudiar en el colegio. Estaba más que preparada para el ataque.

Zuzi recordó los grilletes que su abuela tenía colgados en la pared. Babcia Kamilla les hablaba a menudo de su propio padre,

encarcelado en Siberia y forzado a tender vías de ferrocarril en las llanuras nevadas, a muchos grados bajo cero y con las piernas, apenas cubiertas de ropa, sujetas a los camiones de suministros con las crueles esposas y cadenas que ahora colgaban de la pared de la casa de su abuela en Stare Miasto. Esta les contaba como, día tras día, el hombre se había esforzado para debilitar un eslabón de la gran cadena y como, al final, en un momento en el que los guardias rusos estaban en la cabaña de un pastor entrando en calor, lo había roto con un golpe de martillo y había huido. Durante meses, había recorrido los páramos siberianos viviendo de restos de animales y de la generosidad de las familias de campesinos, hasta que, de algún modo, había alcanzado la frontera polaca y había encontrado el camino de vuelta a Varsovia.

Era un relato de coraje extraordinario y Babcia Kamilla siempre lo contaba con envidia, como si deseara haber tenido la oportunidad de demostrar su valía de la misma manera. A Zuzi no le cabía duda de que Kamilla habría tenido el mismo éxito que su legendario padre, y que además habría matado a los guardias con sus propias manos.

Su abuela había alentado con fervor las actividades de Zuzi con la Minerki y siempre se mostraba encantada al escuchar las historias sobre sus actividades de sabotaje. Incluso había querido unirse al grupo, aludiendo a su experiencia durante la Gran Guerra fabricando *filipinkas* —granadas de fabricación casera que consistían en latas de comida rellenas de explosivos—, pero el AK tenía estrictas limitaciones de ingreso basadas en la edad y, con sesenta y ocho años, Kamilla las superaba con creces. Zuzi siempre disfrutaba contándole a su abuela historias sobre la Minerki para que las viviera a través de sus palabras, y tal vez aquella sería la más importante de todas: la historia de su libertad.

Al llegar al linde del bosque, se introdujo entre los árboles por su punto de entrada designado y fue contando los robles para encontrar el camino que llevaba al lugar de entrenamiento actual. Era muy agradable hallarse bajo los árboles, lejos del calor abrasador de la ciudad, y Zuzi aminoró el paso mientras escuchaba

el susurro de las hojas. Muchos grupos del AK entrenaban, y a menudo también vivían, allí, a la placentera sombre de los árboles del inmenso bosque de Kampinos.

—Contraseña.

Aunque la chica plantada en medio del sendero la conocía de sobra, siempre insistía en seguir el procedimiento a pies juntillas. Con los ojos en blanco, Zuzi le dijo la palabra del día: *żonkile*, «narcisos», y la otra la dejó pasar. En el claro que había un poco más adelante, al que daban sombra unos rododendros llenos de colorido a pesar de la época del año, estaba la Minerki, un círculo de veinte expertas en explosivos cuya destreza había perfeccionado durante los dos últimos años su brillante líder, Tosia, con sus meticulosas enseñanzas.

Tosia hizo señas a Zuzi para que se uniera al círculo al mismo tiempo que llegaba otra chica. Habían ido por separado para evitar que las detectaran y la idea de poder luchar muy pronto sin necesidad de esconderse emocionaba a Zuzi. No era la única.

—Me han autorizado a informaros de que nos hallamos en estado de alerta —dijo Tosia entre vítores silenciosos—. El cuartel general está siguiendo los progresos de los rusos y decretará la hora W cuando crea que hay mayores posibilidades de éxito. Varsovia está a punto de ser liberada.

A todas las mujeres que componían el círculo les brillaron los ojos. Los ocupantes les habían robado la libertad de su juventud, las habían sometido a un racionamiento brutal y las habían privado de su educación. Lo único que habían logrado preservar era el escultismo, que los reglamentados nazis habían considerado un movimiento saludable, y eso había permitido al AK instruir a miles de jóvenes en los elementos básicos de las artes militares, bajo la guisa de campamentos y trabajos esporádicos. Zuzi y sus hermanas habían pasado por los «rangos grises» —denominados así por el color del uniforme— y se habían integrado en la rama del AK adulto que cada una había elegido. Los explosivos eran el ámbito perfecto para Zuzi, que consideraba un honor formar parte de la Minerki.

—Roma es libre desde hace semanas —dijo—, y he escuchado que los Aliados están cerca de París. ¡Imaginaos que pudiéramos echar a los nazis de nuestra capital antes de que los franceses liberen la suya!

—Sería estupendo —convino Tosia con solemnidad—, y también justo. Nuestro gobierno jamás se humilló ante los nazis como lo hizo el malnacido colaboracionista de Pétain, sino que ha luchado desde el exilio. Y Varsovia jamás capituló, ni siquiera cuando nos asesinaban a sangre fría. En esta ciudad vivían un millón trescientas mil almas antes de la llegada de los nazis y, según me han dicho, solo quedamos novecientas mil. Demasiadas vidas perdidas, ¡pero quedan más que suficientes para recuperar nuestra capital!

Las chicas volvieron a vitorear en susurros.

—¡Guerra! —siseó Nina, la más joven de todas, con los ojos centelleantes.

Tosia, sin embargo, levantó la mano en señal de advertencia.

—Guerra, sí, pero no tal como el mundo la conoce. Esta será una guerra de guerrillas, por calles angostas y en edificios complejos. —Paseó la mirada por el grupo y sonrió—. ¿Y qué hace falta para encargarse de los edificios complejos?

—¡Zapadoras! —exclamaron las chicas con alegría y al unísono.

—Zapadoras —confirmó Tosia—. Zapadoras expertas. En los próximos días ¡las mujeres de la Minerki demostraremos nuestra valía al AK!

Todas intercambiaron miradas de orgullo. Eran una unidad compuesta únicamente por mujeres y, en opinión de Zuzi, eso las hacía mejores. Gran parte de las arriesgadas misiones no habrían sido posibles de haberse encontrado entre ellas hombres «superiores», y la ausencia de arrogante compañía masculina le parecía un precio muy bajo a pagar, además de evitarle todas las monsergas románticas. Orla se pasaba la vida leyendo novelas ridículas en las que las chicas caían rendidas a los pies de héroes de ojos oscuros, pero eso no era algo que interesara a Zuzi. Por el momento, no tenía intención de caerse, y lo que sin duda no

necesitaba era que un hombre decidiera qué camino debía tomar.

—Tendremos que ser valientes —les advirtió Tosia—. Ya me han informado de nuestro primer objetivo. —Las chicas tomaron aire al unísono y se echaron hacia delante—. Vamos a formar parte de la unidad que atacará la torre Prudential.

Zuzi no se creía lo que acababa de escuchar. La torre Prudential, ubicada en Śródmieście, el centro moderno de la ciudad, era el edificio más alto de Europa. Hana siempre hablaba con orgullo de su diseño innovador, pero más importante aún era que se trataba de un bastión fundamental de los nazis en el corazón de Varsovia. ¡Y les habían confiado a ellas la misión de contribuir a tomarlo!

—Es un honor —reconoció Tosia—, pero muy merecido. Hemos demostrado una y otra vez ser la mejor unidad de zapadores del AK. —Dejó que volvieran a vitorear en voz baja antes de levantar la mano para pedir silencio, y las chicas obedecieron de inmediato—. Sin embargo, esta será nuestra prueba más importante. La Prudential tiene muros gruesos, así que vamos a tener que echar mano de nuestros ardides más arteros para abrir una brecha. Y de todos nuestros pertrechos.

Se quedó callada y las chicas intercambiaron miradas de extrañeza. Durante los últimos meses, los comandantes del AK habían anunciado que el levantamiento se llevaría a cabo en las carreteras, saboteando a la Wehrmacht mientras se batía en retirada ante los rusos. Para ello, el AK había sacado en secreto armas y explosivos de la ciudad, donde se producían en temerarias fábricas clandestinas, y los había enterrado en el campo. No obstante, el Ejército Rojo había avanzado con tal rapidez que no había sido necesario ayudarlo en su marcha, y por ello se había retomado la estrategia de un alzamiento urbano. Si este se producía pronto, tenían que devolver esas armas a la ciudad.

—La misión de hoy es localizar un alijo de minas y granadas de alta calidad —explicó Tosia—, y trasladarlo de incógnito a nuestra ubicación designada, un apartamento del AK delante de la Prudential. Es arriesgado, chicas, y vamos a necesitar todo vuestro

ingenio y coraje. No es un trabajo típico de zapadora y si alguien no quiere formar parte, que se vaya ahora, sin merma de vuestro valor como parte de esta unidad. —Nadie se movió ni un centímetro y Tosia sonrió—. Gracias.

—Bueno, ¿dónde está la mercancía? —preguntó Zuzi con entusiasmo.

Tosia tenía una expresión turbada muy impropia de ella.

—No lo sabemos.

—¿Que no lo sabemos? —exclamó Nina.

—Todavía no lo sabemos —se corrigió Tosia—. Ya estáis al tanto de que los protocolos del AK son muy estrictos y solo dos personas de cada pelotón conocen la ubicación de los alijos. Este en concreto lo enterraron Sofía y Roza. —Un suspiro recorrió el grupo y Tosia lo abordó—: Por desgracia, la semana pasada perdimos a Sofía…

—No la perdimos —dijo Zuzi—. La asesinaron.

La chica ni siquiera estaba cumpliendo una misión para la Minerki, simplemente había visto una liebre coja en el bosque y había osado cazarla y llevársela a casa para echarla a la cazuela y alimentar a su hambrienta familia. Un oficial de la SS había decidido que quería la pieza y le había pegado un tiro, sin importarle que Sofía la tuviera entre sus brazos. El resultado fue que la bala atravesó al animal y se hundió en el corazón de Sofía.

—La asesinaron —convino Tosia, asintiendo con la cabeza en dirección a Zuzi—. Y Roza está en una misión en Lublin y no ha podido comunicarle la ubicación a un segundo miembro del grupo.

Zuzi dejó escapar un gruñido. Entendía la necesidad de hermetismo: la Gestapo torturaba a todos los sospechosos de formar parte del AK y era mejor disponer de la mínima información posible para no revelarla bajo sus crueles torturas, pero eso generaba un problema práctico.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Esperar. Roza volverá en cualquier momento y, mientras tanto, nos irá bien practicar cómo derribar paredes. En pie, chicas.

A regañadientes, todas se levantaron.

—¿Qué falta hace practicar más? —refunfuñó una.

—Sobre todo sin explosivos de verdad —convino otra, mientras desplegaban las minas de madera y las mechas falsas.

—Tenemos muy pocas y no hay que malgastarlas —dijo Tosia con brusquedad—. Además, no queremos que los nazis nos descubran. Aun así, los lamentos prosiguieron, hasta el punto de que Zuzi se enfadó y puso los brazos en jarras.

—Hoy toca practicar, chicas, y mañana, ¡los nazis!

Las demás se pusieron a trabajar más deprisa y Tosia le dedicó una mirada agradecida, pero Zuzi no lo había dicho para serenar los ánimos. Lo había dicho de corazón. Aquellos animales habían arrojado a la muerte a su Tata y, en cuanto pudiera, iba a ir a por ellos.

TRES

ORLA

Orla había ido al armario de la ropa blanca a buscar sábanas para las veinte camas nuevas que habían instalado en el sótano del hospital Juan de Dios, y estaba tardando lo máximo posible en seleccionar las adecuadas. Sí, enseguida saldría, por supuesto, pero necesitaba estar sola un momento. Aquella hilera de camas inocentes que esperaban con codicia a sus pacientes tenía algo que le producía vértigo, y no quería reconocerlo ante nadie. Si las sábanas bancas le daban mareos, ¿cómo se las apañaría cuando estuvieran cubiertas de sangre y pus? La hermana Maria insistía en describírselo con escabroso detalle para «prepararlas», pero Orla no quería que la prepararan. No quería nada de todo aquello.

Estaba segura de que su padre se sentiría decepcionado con ella, pero no podía evitar sentir más entusiasmo por la parte de la exhortación final de Kaczper a su familia acerca de vivir y amar, que con la de luchar. Detestaba que los nazis gobernaran Varsovia tanto como el que más, pero no estaba segura de que contestar a sus armas cargadas de odio con otras cargadas con el mismo odio fuera a servir de algo. Claro que ¿qué sabía ella? Había cumplido dieciocho años hacía pocas semanas y, aunque supuestamente era ya una adulta, todavía se sentía como la niña de trece años que se había aferrado a sus hermanas mayores mientras arrojaban por los aires a su moribundo padre, una sombra del hombre que había sido.

A Orla la maravillaba que Hana recorriera la ciudad con mensajes

secretos, arriesgándose a que la descubrieran y la detuvieran en cualquier momento, o que Zuzi se dedicara a volar por los aires trenes y centros de mando enemigos con explosivos de fabricación casera. Tras graduarse en los Scouts, ambas habían tenido muy claro qué papel querían asumir en el AK, mientras que Orla no tenía ni idea, salvo por el hecho de que deseaba estar lo más lejos posible de la batalla. Trabajar de enfermera le había parecido la más humanitaria de las opciones.

El problema era que carecía del coraje y la convicción de sus hermanas. Las admiraba por querer ejercer «profesiones reales» y por esforzarse por formar parte de campos en los que predominaban los hombres, pero lo único que deseaba Orla era un marido cariñoso, una casa bonita e hijos a los que amar. Un sueño ridículo en aquel momento, cuando los jóvenes estaban o bien luchando en el extranjero o corriendo con armas y granadas de una base secreta del AK a otra.

—¿Lania? ¿Dónde estás, chiquilla?

Orla se sobresaltó al escuchar la voz de la hermana Maria y, tras agarrar rápidamente el montón de sábanas que le quedaba más cerca, salió dando un traspié.

—Aquí, hermana. Quería asegurarme de que eran del tamaño correcto.

La enfermera jefa la miró de arriba abajo.

—Todas son del mismo tamaño, chiquilla. Anda, ve a ponerlas en las camas y que las esquinas queden bien tensas. No queremos que nadie sangre tumbado sobre arrugas, ¿verdad?

—No, hermana. Claro que no, hermana.

Orla pasó a la carrera junto a ella y se puso a hacer las camas mientras se preguntaba qué hombre herido daría importancia a las arrugas, pero no quería poner a prueba la escasa paciencia de su jefa. La tarea, por lo menos, le resultaba relajante, aunque al llegar a la última cama se distrajo con un olor muy desagradable que salía de la cocina del hospital improvisado, acompañado de una preocupante nube de humo negro.

Orla abandonó la sábana, atravesó la sala y, al abrir la puerta, se encontró a Alicja, una joven auxiliar, agitando un trapo para intentar apagar sin éxito una sartén en llamas. La hija de nueve meses de Alicja, Daniella, estaba sentada en una trona mirando con los ojos muy abiertos los hermosos dibujos que creaba el fuego, y Orla se adelantó de un salto.

—¿Qué hay dentro? —preguntó.

—Aceite.

—Así no harás más que empeorarlo. Apártate.

Tras arrebatarle el trapo, Orla lo empapó en agua del cubo que había en una esquina y lo arrojó encima de la sartén humeante. El aceite dejó escapar un siseo de protesta y las llamas lamieron la parte inferior del trapo. Alicja agarró a su hija y Orla las protegió mientras las hacía salir de la cocina por si el fuego se propagaba, pero, desprovistas de combustible, las llamas se fueron reduciendo de mala gana hasta apagarse.

—¿Por qué has dejado que el aceite se calentara tanto? —preguntó Orla.

—Quería hacer *kopytka* con esta patata que ha sobrado.

—¿Estabas haciendo *kopytka* con aceite?

Orla contempló atónita las bolas de patata que había en el cuenco de Alicja.

—Claro —contestó esta, aunque con menos seguridad—. Quería que quedaran crujientes por fuera.

Orla puso los ojos en blanco.

—Por fuera sí, pero para eso se hacen a la plancha.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! Después de hervirlas. ¿No sabes cocinar?

Alicja estaba al borde de las lágrimas.

—No me ha dado tiempo a aprender. Daniel y yo fuimos a vivir con mis padres después de casarnos y yo empecé a aprender cómo llevar una casa, de verdad que lo hice, pero luego él…, él…

Orla le puso una mano en el hombro.

—¿Lo mataron?

Alicja dejó escapar un sollozo.

—A todos. Una bomba. Yo estaba embarazada de ocho meses y, después de dar a luz, tuve que dedicarme a cuidarla. He vivido más que nada a base de pan y queso, así que soy una inútil en la cocina, pero cuando se empezó a hablar sobre el levantamiento decidí presentarme voluntaria. Eso fue ayer. Me pusieron a cargo de la comida porque, como tengo una hija, pensaron que sabía cómo alimentar a una familia, y así debería ser, pero… no tengo ni idea y no me atreví a decirlo.

Orla se sintió mal por haberle echado la bronca. La chica parecía más joven que ella y, a pesar de las penalidades que había vivido, allí estaba, con su bebé a cuestas y haciendo todo lo posible por ayudar.

—Ya aprenderás —le aseguró—. Solo necesitas un poco de práctica. Ven, te enseñaré cómo prepararlas de la manera más sencilla.

Al cabo de unos minutos, mientras Daniella se concentraba con alegría en un tarro de pasas, sacaron del fuego las mejores *kopytka* del padre de Orla, lo que el maestro pastelero llamaba «*dumplings* de campaña» porque se hacían con una salchicha larga que se cortaba fácilmente en trocitos pequeños que se hervían en cuestión de segundos. No eran tan elegantes como los *pierogi* rellenos, pero Kaczper había enseñado a sus hijas a hacerlos porque eran mucho más rápidos de preparar y, sin lugar a dudas, eso era algo a tener en cuenta en los tiempos que venían. Alicja, al menos, parecía más contenta, y fue a llevar la primera tanda a los trabajadores con una sonrisa de orgullo en el rostro.

—Es todo gracias a Lania —anunció mientras todo el mundo se reunía para disfrutar de las pequeñas delicias.

—Tonterías —se apresuró a decir Orla—. Soy solo una enfermera.

—Nadie es «solo» una enfermera —contestó un médico, mientras masticaba con afán una *kopytka*.

—No quería decir…

—Curar a la gente es una profesión muy noble.

—Claro, por supuesto. Es solo que… —Orla se interrumpió, sospechando que estaba a punto de decir algo ridículo, pero el joven médico de cara seria la miró tan fijamente que le pareció aún más ridículo no continuar—: Solo me pregunto si no sería más noble ejercer una profesión que evitara que las personas se hicieran daño unas a otras, en lugar de limpiar el desastre después.

El médico soltó una carcajada.

—Muy bien visto. ¿Te gustaría dedicarte a la política?

—Madre mía, ¡no! —Se preguntó si aquel joven la estaba malinterpretando a propósito—. No hay nada a lo que me gustaría dedicarme, pero ahora mismo esa no es una opción, ¿no?

—No —convino él en tono sombrío—. Antes tenemos que liberar nuestro país, liberar toda Europa.

—Ya, supongo que sí. Aunque… ¿seguro? Me refiero en concreto a aquí, en Varsovia.

—Por supuesto. Todo el mundo debe hacerlo en la medida de lo posible y cuando pueda. Normandía ya es libre, el sur de Italia ya es libre. Estamos rodeando a los nazis, aunque no lo bastante deprisa para mi gusto.

Su rostro serio se ruborizó y, al ver que empezaban a temblarle las manos, Orla se las cubrió con las suyas para calmarlo.

—¿Por algún motivo en concreto?

Él asintió.

—Uno muy concreto. Mi madre está en un campo de concentración.

Orla dejó escapar un jadeo.

—Lo siento mucho. ¿Por qué? Quiero decir… —Lo miró y vio a un joven indudablemente polaco—. Tu familia no es judía, ¿verdad?

—No —confirmó él con fiereza—, pero somos humanos.

La ferocidad de su tono hizo que Orla se encogiera.

—¿Qué quieres decir?

Él recuperó la compostura.

—Perdona, me pongo muy vehemente cuando hablo de esto. A los judíos de mi ciudad natal, Łodź, los metieron en un gueto, igual

que a los de aquí, y vivían en unas condiciones tan penosas que mi madre, mi padre, mis hermanos y yo tratamos de ayudarlos, pasándoles clandestinamente provisiones y… y consejos.

—¿Consejos?

—Mi madre era… es comadrona, y ayudaba a una joven enfermera llamada Ester, quien, por cierto, se parecía a ti, que asistía a las madres que daban a luz en el gueto. La pillaron, junto a mis hermanos pequeños, y los mandaron a todos a los campos. Ella está en uno que se llama Auschwitz; no sé de qué tipo es, pero su nombre aparece cada vez más a menudo en los informes clandestinos, así que me temo lo peor. Aunque lo último que supe de ella es que todavía estaba viva, las condiciones de vida en esos agujeros infernales son terribles. Dicen que… —Tragó saliva—, que están quemando personas allí, igual que creemos que quemaron a los judíos de Varsovia en Treblinka.

Orla se quedó sin aliento. Por si la separación mediante un muro de una parte de Varsovia para crear un gueto judío en 1939 no hubiera sido suficiente, luego los nazis habían empezado a enviar a esa pobre gente a Treblinka, supuestamente para trabajar al aire libre en condiciones más salubres y disfrutar de alojamientos más espaciosos. Varios miembros del AK habían rastreado los trenes nazis a comienzos de 1943 y habían informado de que miles de judíos eran enviados al campo a través de un ramal, pero nadie volvía jamás. Tampoco llegaba comida, y esos sucintos datos, sumados al nauseabundo olor a carne y cenizas que salía de la zona, apuntaba a una única conclusión: los nazis estaban exterminando a los judíos.

Era algo que habría resultado imposible de creer, pero después de presenciar durante cuatro años la crueldad y la brutalidad con las que sus ocupantes trataban a todo el que no fuera uno de ellos, pocos polacos habían dudado de ello. El AK se había mantenido en contacto con el ZOB, un valeroso movimiento de resistencia formado entre los muros del gueto, y en abril de ese año, cuando fue evidente que los nazis estaban a punto de enviar a sus últimos habitantes a Treblinka, el ZOB se había sublevado. Su rebelión contra

los tanques y armas alemanes había sido trágicamente inútil, y Orla se había quedado espeluznada con los continuos disparos y gritos de dolor que se escucharon desde detrás del muro durante el largo mes posterior al alzamiento.

«Al menos han muerto de la manera que han elegido, y no arañando las paredes de una cámara de gas», había observado Babcia Kamilla con rotundidad, pero a Orla no le había parecido una mejora sustancial.

Y la pobre madre de aquel hombre se hallaba ahora en uno de esos odiosos campos.

—Así que, sí —concluyó él—, tenemos que librarnos de los nazis para que pueda sacar a mi madre de ahí.

—Lo entiendo —dijo Orla, horrorizada—. Tu pobre madre. Solo intentaba ayudar.

—¿A limpiar el desastre? —preguntó él.

—No era mi intención ofenderte —se apresuró a responder ella —. Estoy segura de que tu madre es una enfermera extraordinaria; mucho mejor que yo.

—No te preocupes. —Él alargó la mano—. Bronisław Kaminski, a tu servicio. Aquí me llaman doctor Bronisław, aunque en realidad solo había hecho tres años de la carrera cuando mi padre y yo tuvimos que huir de la Gestapo, así que estoy improvisando tanto como tú.

Le guiñó el ojo, lo cual le hizo parecer mucho más humano, y Orla se rio.

—Orla Dąbrowska —se presentó, y de inmediato se cubrió la boca con la mano—. Quiero decir Lania. Es mi nombre en clave, pero siempre se me olvida usarlo.

—A mí también —dijo Bronisław—. El mío es Łukasz, el patrono de los médicos. ¿Te parece muy arrogante?

—Me parece que demuestra seguridad en ti mismo —lo corrigió Orla.

Él sonrió y le tendió la mano.

—Está bien, Lania, ¿qué me dices si, como buenos compañeros

en prácticas, nos echamos una mano?

—Genial.

Orla cogió la mano de Bronisław y se la estrechó con firmeza, pensando que el inhóspito hospital secreto parecía de pronto un lugar mucho más soportable. Los polacos iban a sublevarse igual que lo hacían todo: juntos. Por mucho que los nazis desfilaran marchando a pasos de oca perfectamente sincronizados, sus corazones no latían al unísono como los de los varsovianos, y Orla rezó para que, en los días siguientes, eso marcara la diferencia.

CUATRO

HANA

Hana se paró a recuperar el aliento delante de la puerta de aspecto inofensivo del piso. Alguien había tallado con orgullo el símbolo del AK en la pared, y ella lo tocó fugazmente con los dedos. Se trataba de un ancla hecha con una pe y una uve doble entrelazadas, que en su origen habían respondido a las iniciales Polska Walcząca, «lucha por Polonia», pero que la gente había acabado por atribuir al Powstanie Warszawskie, «levantamiento de Varsovia». Ese día, mientras repartía los mensajes con la proclamación del oficial «estado de alerta», lo había visto en numerosas partes de la ciudad. No cabía duda de que Varsovia estaba preparada para sublevarse.

Hana no tenía tan claro que ella estuviera preparada, y mucho menos lo estaba para que sus hermanas pequeñas participaran. Su madre era maravillosa, pero, desde la muerte de su padre, había estado tan ocupada con la panadería que Hana siempre se había sentido responsable de Zuzi y Orla. Cuando todavía eran niñas que corrían de un lado a otro con los Scouts, no había habido problema, pero ahora no pasaba un día sin que se preocupase por si una de ellas no llegaba a casa antes del anochecer. El levantamiento solo agudizaría el miedo, y por ello agradecía tener otras cosas que hacer esa tarde.

Tras comprobar disimuladamente que no hubiera patrullas de vigilancia, abrió la puerta y corrió escalera arriba hasta el tercer piso,

donde, bajo la guisa de un curso de dibujo técnico (considerado una disciplina manual y, en consecuencia, adecuada para los polacos), continuaría con sus estudios de arquitectura. Dentro había ya cuatro personas, todos chicos, además del profesor, un hombre al que solo podían referirse como Agaton, su seudónimo en el AK, aunque todos sabían que se trataba de Stanisław Jankowski, un prometedor arquitecto. Tenía ideas inspiradoras respecto al diseño moderno que le habían valido el triunfo en varios de los concursos clandestinos llevados a cabo en los últimos años delante de las narices de los nazis, y para Hana era un honor aprender de él.

—Se acerca el momento —estaba diciendo cuando ella ocupó su asiento—. Nos hallamos en estado de alerta, lo que significa que no tardaremos en recuperar Varsovia y, cuando eso suceda, debemos estar preparados para devolverle su grandeza. Cada varsoviano participará en el proceso desde su propio ámbito de acción: nuestros políticos volverán a ocupar el parlamento, nuestros abogados abandonarán los juzgados clandestinos y presidirán un sistema judicial justo y transparente, y nuestros arquitectos, es decir, nosotros, retomaremos las calles y continuaremos la labor de transformar Varsovia en un espacio urbano trepidante, moderno y vanguardista.

Los alumnos aclamaron en un susurro experimentado y Agaton les dedicó una sonrisa radiante. Aunque era un hombre que siempre estaba animado, ese día su regocijo era evidente.

—Tenemos planes —dijo en voz baja mientras lanzaba una mirada a la puerta, siempre atento a una posible interrupción por parte de la SS—, grandes planes para una nueva autovía latitudinal bordeada de edificios que una los puentes del este con las carreteras del oeste.

—¿Proyectos nuevos?

—Por supuesto —confirmó Agaton—. Tenemos que mirar al futuro, no al pasado, y vosotros, queridos alumnos, seréis los encargados de crearlos. Mirad.

Sacó un pequeño fajo de papeles de un bolsillo secreto de su

maletín y, tras comprobar las ventanas y la puerta, desplegó el de encima sobre el escritorio que había entre ellos. Se trataba a todas luces de un mapa de Varsovia, que se expandía hacia el oeste desde la línea norte-sur que dibujaba el Vístula, con los barrios residenciales de Żoliborz en el norte, Wola en el oeste y Czerniaków en el sur, como pétalos que se abrían alrededor del centro neurálgico de Stare Miasto, la ciudad vieja medieval, y justo debajo Śródmieście, el centro moderno de la ciudad en el que se encontraban ellos.

—Estos son mapas de la ciudad en su configuración actual, y esto —Agaton dio unos golpecitos con orgullo en una hoja, y recorrió con su bolígrafo una brillante línea que la atravesaba de este a oeste por el centro— es el proyecto de la nueva autovía que construiremos cuando la ciudad vuelva a ser nuestra. Vuestros deberes para la próxima clase consisten en diseñar una sección. Pensad a lo grande. Quiero proyectos de edificios residenciales, de oficinas, parques, espacios comunitarios y edificios públicos. Quiero…

El estruendo de botas pesadas en la escalera interrumpió en seco sus palabras. Se quedaron todos petrificados hasta que Agaton pasó a la acción.

—¡Los libros de dibujo técnico!

Todos los sacaron mientras Agaton metía los mapas secretos en una carpeta y trataba sin éxito de introducirla de nuevo en su maletín.

—Démela. —Marek, el mayor del grupo, cogió la carpeta y corrió hacia la salida de incendios.

Aunque era arriesgado bajar a la calle por allí, no les quedaba otra opción. Hana se puso en pie de un salto para cerrar la puerta a su espalda, pero, mientras él huía a la carrera, una de las hojas se cayó de la carpeta y revoloteó por el aire antes de aterrizar de nuevo en el aula. Hana la recogió con rapidez, mientras el repiqueteo de las botas aumentaba de volumen a medida que las temidas SS se acercaban a su planta. Marek se había ido y Hana tenía en la mano un mapa que los incriminaría a todos; ¿qué podía hacer?

Con el corazón desbocado, se escabulló por la salida de incendios y oyó que la puerta se cerraba a su espalda. Sintiéndose terriblemente expuesta en la estrecha escalera de metal, miró hacia abajo y, tras ver que Marek casi había alcanzado la acera, lo persiguió mientras los gritos que se escuchaban desde arriba le indicaban que la SS habían entrado en el aula. Hana rezó para no haber dejado tras de sí nada incriminatorio para que Agaton y sus compañeros convencieran a los oficiales de que no eran más que dibujantes técnicos, y para que no se hubieran percatado de su huida. Después de lo mucho que insistía siempre a sus hermanas para que fueran con cuidado, ¡iba ella y se zambullía de cabeza en el peligro! Sin embargo, tenía que alcanzar a Marek y devolverle la última página de los mapas.

El joven bajaba por la calle Królewska a un ritmo mucho más rápido que ella gracias a sus largas piernas, y Hana tuvo que apretar el paso con la esperanza de no perderlo de vista y alcanzarlo en un cruce. Y en efecto, al girar por la calle Zielna y tras pasar con valentía por delante de la Central Telefónica, la intimidante torre de cemento que albergaba inmensos enlaces de comunicaciones con los que los nazis se mantenían en contacto con su frente oriental, que se desintegraba con rapidez, Marek tuvo que pararse en un semáforo. Al mismo tiempo, las puertas de la central se abrieron y de ellas salió un escuadrón de la Gestapo que, tras observar con calma a los polacos que esperaban a cruzar la calle, intercambió miradas que no presagiaban nada bueno.

A Hana se le heló la sangre y se metió en el portal de una tienda, desde donde contempló que se adelantaban con paso tranquilo y empezaban a pedir la documentación. Marek tenía una expresión aterrorizada que conocía muy bien, pues a ella también la habían parado a menudo para pedirle los papeles mientras escondía un mensaje incriminatorio en la hogaza de pan que llevaba bajo el brazo, y que parecía anunciar su presencia a los guardias de ceño siniestro. Siempre se había librado con una sonrisa dulce, un rubor u ofreciendo una pasta, pero los soldados de la Wehrmacht eran

conocidos por ser blandos con las chicas, uno de los motivos por los que el AK recurría a ellas para portar sus mensajes. Sin embargo, eso no las libraba de sus despiadados ataques si encontraban algo, y esos eran los hombres ante los que la ciudad entera estaba a punto de sublevarse. Hana experimentó arcadas y se pegó a la pared mientras miraba a Marek.

El semáforo se puso en verde, pero nadie se atrevió a alejarse de los hombres enfundados en abrigos negros y todo el mundo se sacó del bolsillo el documento de identidad y el permiso de trabajo, y Malek hizo lo mismo. Hana le transmitió mentalmente fuerza para que mantuviera la calma, pero, aun desde cincuenta metros de distancia, vio que le temblaban las manos que sujetaban la carpeta incriminatoria. El joven tuvo el buen juicio de ponerse detrás de los demás, con la esperanza de que la Gestapo se cansara de acosar a los polacos antes de llegar hasta él, pero el grupo de nazis siguió adelante con obstinación, sacudiéndose el aburrimiento con unas patadas y unos puñetazos aquí y allá. Marek miró disimuladamente a su alrededor, pero se hallaba en una calle ancha y abierta y no había ningún sitio donde esconder la carpeta, aunque se hubiera atrevido a intentarlo.

—¡Tú! Documentación.

Marek se la entregó y Hana clavó las uñas en la argamasa del portal de la tienda, deseando que la Gestapo pasara de largo. El hombre cerró el documento de identidad con brusquedad y se lo devolvió junto con el permiso de trabajo. Hana se permitió respirar, pero, justo cuando el oficial estaba a punto de girar sobre sus lustrosos talones y marcharse, uno de los soldados, tal vez olfateando con su despiadada nariz de nazi el miedo de Marek, señaló la carpeta.

—¿Qué llevas ahí?

Marek intentó responder, pero ¿qué iba a decir? El capitán del grupo de la Gestapo se la arrebató de inmediato y, tras abrirla, dejó escapar un resoplido.

—¿Mapas de la ciudad? ¡Y proyectos futuros, además! ¿Qué

haces con esto, polaco? —Se puso delante de Marek y acercó su rostro al del trémulo estudiante—. ¿Cómo te atreves, cabrón arrogante? No sois nadie para hacer mapas de esta ciudad porque no es vuestra, sino nuestra. Ni siquiera deberíais estar aquí, ninguno de vosotros. Hitler quiere deshacerse de vosotros y transformar Varsovia en una base de tránsito para nuestro imperio oriental.

—¿Qué imperio? —Hana escuchó la voz de Marek, alta, clara y desafiante, desde su escondite calle abajo. A todas luces, el joven había decidido que, si lo iban a detener, antes les diría lo que pensaba de ellos, y Hana se esforzó por oír sus palabras para poder reproducirlas—. Vuestro precioso Tercer Reich se está desmoronando y vuestros soldados caen como moscas a manos del Ejército Rojo, que un día de estos llegará aquí y arrasará con el resto de vosotros.

Aunque no pudo evitar admirar su valentía, Hana se estremeció por las consecuencias que sin duda iba a afrontar. Los demás polacos se alejaron arrastrando los pies, decididos a distanciarse de aquel valiente rebelde, y Marek se quedó solo delante del furioso grupo de la Gestapo.

—¿Crees que los rusos os ayudarán? —se mofó el capitán—. ¿Crees que os entregarán Varsovia y dejarán que la embellezcáis con vuestros patéticos mapas futuristas? ¡Idiota! No son más que eslavos traicioneros que apuñalan por la espalda, y os convertirán en sus esclavos.

—Igual que habéis tratado de hacer vosotros —replicó Marek—. Pero no lo conseguiréis, ni vosotros ni nadie. Polonia será libreeeeee…

La última palabra salió de entre sus labios entre un torrente de sangre cuando el nazi le disparó a bocajarro en el estómago, hincando la pistola en su carne con crueldad. Marek se desplomó sobre el suelo, con un prolongado grito de dolor, mientras sus pulmones se obstruían y su cuerpo se sacudía sobre la acera, entre los impasibles nazis.

—Lo tienes bien merecido, polaco ignorante, con tus ridículos y egocéntricos mapitas. —El hombre de la Gestapo dio unos golpecitos

sobre la carpeta—. El jefe se va a echar unas risas con esto.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en la Central Telefónica con un taconeo, dejando sobre la acera a Marek, que por suerte ya se había quedado inmóvil mientras Dios se llevaba el alma de su cuerpo desplomado. La gente pasaba deprisa y nerviosa a su lado y, tras echar un vistazo al único mapa que llevaba en la mano, Hana se lo metió dentro de las bragas, aterrorizada, al mismo tiempo que la cabeza le daba vueltas por el dolor y la ira. Pese a que deseaba llevarse a Marek para enterrarlo como a un héroe, tal como merecía, no se atrevió. Lo único que podía hacer era informar a Agaton de su muerte y esperar que el AK pudiera recuperar su cuerpo al abrigo de la oscuridad para entregárselo a su familia.

Dio media vuelta con tristeza mientras se juraba que pondrían fin a aquel reinado del terror. Los rusos se hallaban cerca y, si su avance proseguía, Varsovia debía sublevarse. Ahora todo estaba en manos de Moscú; de Moscú y del AK. Al recordar la imagen de Marek escupiendo sangre por el único delito de atreverse a soñar con una ciudad mejor, el trémulo corazón de Hana se endureció.

Ahora sí estaba preparada, sin importar lo que supusiera para su familia. Había llegado el momento.

CINCO

ZUZI

En el bosque, Zuzi se agachó con la mirada clavada en la radio que descansaba sobre un tocón como un dios primitivo, esperando la prometida retransmisión desde Moscú. Aburridas de esperar a que Roza regresara con la ubicación de las armas, las chicas de la Minerki habían recibido con regocijo la invitación de un batallón del AK para acudir a su frondosa guarida a escuchar el mensaje que Stalin estaba a punto de enviar a Varsovia.

Aquello era esencial. Si Stalin apoyaba a los polacos, podrían sublevarse. Si Stalin aprobaba el uso de la fuerza, significaba que el Ejército Rojo estaba en camino y los insurgentes solo tendrían que resistir durante unos días, algo que Zuzi estaba convencida de que podían hacer. El AK era capaz de tomar la ciudad y mantenerla a salvo hasta que las tropas soviéticas enviaran el refuerzo de sus ingentes efectivos. Sin embargo, si Stalin no les brindaba su apoyo…

—Ya no aguanto más —se lamentó uno de los soldados del AK—. Cada día que pasamos sometidos al azote de los nazis parece un año. Tenemos que atacar.

—Necesitamos el respaldo de Stalin —le dijo su jefe en tono autoritario—. La fuerza de voluntad no basta para ganar batallas.

El hombre le dio la razón con un suspiro brusco. Aquella era una lección que habían aprendido en los sucesos de septiembre de 1939, cuando se habían resistido a la invasión con tres semanas de lucha apasionada que tan solo había servido para que murieran

demasiados de los suyos. Durante meses, Polonia se había hundido en una nube de vergüenza hasta que, a la primavera siguiente, habían visto cómo el Blitzkrieg —el imparable ataque liderado por los tanques alemanes— desataba su ira en Dinamarca, Noruega, Bélgica y por último Francia, más deprisa aún de lo que había arrasado Polonia. Nadie pudo hacer nada para enfrentarse a la ofensiva nazi. El amor apasionado por tu país era una fuerza poderosa, pero no tanto como una metralleta o un tanque. La frialdad del acero era muy superior a la calidez de los corazones y, aunque era algo que no debían olvidar, Zuzi entendía —vaya si entendía— cómo se sentía el joven soldado, y se agarró a las retorcidas raíces de un árbol mientras esperaba que la radio les trajera el apoyo que tanto deseaban.

—Shhh —dijo Nina—, esa es la «Marcha de los defensores de Moscú». Stalin hablará enseguida.

Todos se callaron mientras la música crepitaba en el transistor hasta que, por fin, escucharon al mariscal Stalin con la voz superpuesta de un intérprete que traducía sus palabras al polaco para que todos lo entendieran. Zuzi clavó los dedos en las raíces y rezó para que el mensaje fuera el que esperaban.

—El rugido de los fusiles sacude los cimientos de Varsovia —empezó el discurso—. Las fuerzas soviéticas se acercan para traeros la libertad. Ciudadanos de la capital… ¡a las armas!

Zuzi miró a sus compañeros y vio en sus ojos la misma llama que ardía en los suyos. ¡Stalin les estaba brindando su apoyo!

—Que toda la población se alce como un muro de piedra alrededor del ejército clandestino de la capital —continuó la voz—. ¡Atacad a los nazis! Obstaculizad sus planes de volar los edificios públicos, ayudad al Ejército Rojo a cruzar el Vístula. Proporcionadle información, ¡mostradle el camino!

—¡Sí! —exclamó la gente alrededor de Zuzi, blandiendo los puños y vitoreando en voz cada vez más alta a medida que el volumen de la de Stalin aumentaba.

El río Vístula era la última barrera que separaba a los rusos de

Varsovia, pero parecía que no durante mucho tiempo.

—¡Que vuestro millón de habitantes se convierta en un millón de soldados que expulsen a los invasores nazis y recuperen la libertad!

—¡Libertad! —repitieron todos, poniéndose en pie de un salto y abrazándose.

Zuzi se unió al abrazo colectivo, mientras la excitación burbujeaba en su interior como un vino casero.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien mientras entraba en el claro a la carrera.

—¡Roza!

Todos corrieron a saludarla y la informaron del apoyo de los soviéticos, pisándose unos a otros. Ella dejó escapar una carcajada.

—En ese caso, Minerki —dijo—, ¡será mejor que vayamos a buscar nuestras armas!

Tras despedirse de los hombres entre gritos de «¡nos vemos en el frente!», se dividieron en dos grupos: diez de ellas se encargarían de buscar un método de transporte para llevar las armas y otra diez seguirían a Roza hasta el escondite. Zuzi se alegró de que la incluyeran en el segundo grupo, aunque le hizo menos gracia cuando se enteró de que las armas estaban enterradas bajo un inmenso huerto de calabacines. Acabó enfundada en un mono mugriento y armada con una pala, pero nada fue capaz de socavar su exaltación mientras la hundía en la tierra con entusiasmo.

—Vigila, Żelazo —le advirtió Tosia—, no vayas a golpear una mina.

Zuzi se obligó a tantear con más cuidado, desenterrando con delicadeza los calabacines maduros y levantándolos como si fueran el tesoro que buscaba, antes de extraer las minas y las granadas escondidas debajo. Los Volksdeutsche que quedaban en Varsovia llenaban los huertos contiguos, lo cual obligaba a la Minerki a meter a escondidas el armamento en un cobertizo cercano, aunque por suerte los civiles alemanes parecían estar desenterrando sus propias

cajas con más paroxismo que la propia Minerki y apenas les prestaban atención.

—Míralas, cogiendo sus joyas familiares para huir de la ciudad —susurró Roza, al mismo tiempo que señalaba a una madre que rebuscaba en la tierra oscura con sus dos hijas.

—Deberíamos ir y meterles esos magníficos diamantes por sus culos prietos —refunfuñó Zuzi.

Tosia le puso la mano en el hombro a modo de advertencia.

—¿Y poner a todos los guardias de Varsovia sobre la pista de nuestros tesoros antes de que nos dé tiempo a atacar? Tienes que mantener la calma.

Zuzi sabía que lo que decía su líder era cierto, pero, madre mía, cuánto le costaba. Quería atacar ya, como los había exhortado Stalin, y cada segundo de espera era una tortura para ella.

—Cava —la instó Tosia, y Zuzi obedeció con un gruñido.

Caía ya la tarde cuando todas las cajas estuvieron en el cobertizo. Mareada por el calor, Zuzi había tenido que comerse varios calabacines crudos para saciar tanto su sed como su hambre, aunque el hecho de tener entre sus manos las armas con las que destruirían a los nazis le había dado fuerzas para continuar, y fue la primera en ofrecerse voluntaria para distribuirlas por la ciudad.

Quedaba solo una hora para el toque de queda y, antes de que empezara, era esencial hacerla primera entrega en el apartamento que había delante de la Prudential. La hora W podía llegar en cualquier momento y tenían que estar preparados. El otro grupo de la unidad había reunido varios medios de transporte y todas se apresuraron a cargar las armas en los contenedores de aspecto inocente: debajo de la fruta de una cesta, dentro de un paquete de peluches destinados a un orfanato y hasta en una caja de compresas.

—Cuidado con eso —dijo Nina entre risas, señalando las compresas—. Son muy valiosas.

—No para las polacas —bromeó Zuzi, imitando el acento alemán —. ¡Las polacas son demasiado indignas para menstruar! —Las

demás rieron con amargura—. Muy pronto —continuó— los alemanes las van a necesitar para ondearlas como banderas blancas cuando se rindan.

Las otras la vitorearon y, espoleada, Zuzi se agachó a coger una, pero tras cerrar los dedos sobre ella y alzarla para agitarla en un gesto fingido de capitulación, las chicas ahogaron un grito al ver que tenía en su mano la anilla de una granada escondida, que había arrancado mientras hacía su broma con la compresa. Zuzi actuó con rapidez: localizó la granada en cuestión y la arrojó fuera del cobertizo al montón de calabacines arrancados, que explotaron en un repugnante amasijo verde y las salpicaron de zumo, aunque, gracias a Dios, no de sangre. Zuzi se asomó a mirar fuera, horrorizada consigo misma, pero por suerte los Volksdeutsche se habían ido y solo quedaba una pareja de ancianos que trabaja en su huerto y que, tras mirar en su dirección, meneó la cabeza y continuó arrancando malas hierbas. Zuzi se dejó caer sobre el suelo, conmocionada y avergonzada.

—Lo siento —dijo, mientras la adrenalina del intenso día abandonaba su cuerpo con rapidez—. Lo siento muchísimo. —Se había portado como una idiota imprudente y había estado a punto de matar a toda su unidad. ¿En qué estaba pensando?—. Lo siento —repitió, a la vez que hundía la cabeza entre sus rodillas.

—La valiosa lección que podemos extraer de lo que acaba de pasar es que hay que tratar estas armas con mucho respeto —dijo Tosia con severidad.

—Sí, Tosia —convino el grupo en voz apagada—. Perdón, Tosia.

—Sed muy prudentes cuando las transportéis e id con mucho cuidado. Si pillan a alguna, ya sabéis cuál será la consecuencia, ¿verdad?

—¿La muerte?

—Exacto. La muerte y, lo que es peor, un arsenal más reducido cuando llegue la hora W. Y ahora, andando; la última en volver prepara el té, ¿vale?

Era lo que siempre decía al emprender una misión, y todas

sonrieron y empezaron a salir. Zuzi hizo ademán de acompañarlas, pero Tosia se interpuso en su camino.

—Creo que será mejor que esta vez no participes.

—¡No! —exclamó Zuzi—. No, por favor. He aprendido la lección, Tosia, te lo prometo.

Su líder, sin embargo, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hoy te quedas. Cuando hayamos ganado, podrás hacer el tonto.

Zuzi reprimió las lágrimas que le aguijoneaban los ojos. Aunque se lo merecía, no por ello dejaba de doler.

—Sí, Tosia.

La otra le levantó la barbilla.

—Lo que sí puedes hacer es transportar el material médico que hemos encontrado debajo de las minas. En el hospital Juan de Dios están montando una guardia secreta.

Le tendió una caja de vendas y Zuzi la cogió con la sensación de que ya no podía caer más bajo, pero entonces se acordó de algo. Orla trabajaba en el Juan de Dios y, de pronto, la idea de ver a su afable hermana pequeña le pareció lo mejor que le había pasado en todo el día.

—Sí, Tosia —repitió, esta vez con más firmeza.

Aunque la exhortación de Stalin a sublevarse seguía bombeando por sus venas y no deseaba otra cosa que llevarla a cabo aquí y ahora, Zuzi formaba parte de un ataque mucho más amplio y coordinado, un inmenso mecanismo organizado con meticulosidad del que ella era tan solo una pequeña pieza, y por ello debía aprender a desempeñar su papel con calma. Tras inclinarse para colocar con minuciosidad varias compresas sobre los vendajes a modo de camuflaje, se dirigió, sola, hacia los calabacines explosionados.

El amasijo era un funesto recordatorio del peligro de los explosivos que no tardaría en manejar. Ahora se daba cuenta de que en la batalla habría más sangre que gloria, pero, aun así, nada sería peor que aquel interminable y opresivo cautiverio, y no le importaba

el precio que tuviera que pagar para poner su granito de arena en la liberación.

SEIS

ORLA

—Madre mía, ¡esto es ridículo! —Se oyó una voz estridente e indignada fuera del hospital que a Orla le resultaba muy muy familiar —. Sé que la contraseña es *żonkil* —continuó la voz, acompañada de un zapatazo sobre el suelo— porque es la segunda vez que la uso hoy. Si sirve para la Minerki, servirá para un puñado de médicos.

Orla, que estaba haciendo inventario de los suministros, se mordió el labio para reprimir la risa.

—Esa parece mi hermana —le dijo a Bronisław.

—No te envidio.

Ambos se pararon a escuchar.

—¿Cómo dices? ¿En plural? Oh, está bien: *żonkile.* ¿Contento? Me alegro. Ahora, deja que entregue los suministros, payaso.

Orla se rio de nuevo y corrió a recibir a Zuzi, que bajaba la escalera hacia su sala secreta.

—¿Por qué la gente que vigila la puerta es siempre tan pedante? —preguntó en tono indignado su hermana de pelo moreno en cuanto vio a Orla.

—Porque es su trabajo. La seguridad es primordial, como bien sabes.

—Supongo que sí, pero ¿a quién le importa si es un narciso o un ramo?

—¿A un nazi infiltrado armado con una granada? —señaló Bronisław mientras se reunía con ellas.

Zuzi lo miró con una expresión furiosa en sus ojos oscuros y Orla se preparó para lo peor.

—Sí, claro, porque a los nazis les hace mucha falta operar infiltrados, ¿verdad? —soltó su hermana—. No es como si la ciudad fuera suya, ¿no? No es como si pudieran aporrear cualquier vieja puerta y pegarle a un tiro sin previo aviso a quien la abra, ¿no?

Orla se encogió, pero Bronisław no pareció inmutarse.

—Bien visto, aunque no hay que descartar a los comunistas.

Zuzi aspiró hondo.

—Vaya, bien visto también. —Lo miró de arriba abajo—. ¿Y tú quién eres?

—El doctor Br…

—Łukasz —se apresuró a interrumpirlo Orla.

Zuzi la miró desconcertada, casi como si se hubiera olvidado de que estaba allí. ¿Se debía al efecto deslumbrador que provocaba el doctor Łodź? Era guapo, suponía Orla, si a una le gustaban los hombres taciturnos, lo cual no era su caso, pero bien podía ser el de Zuzi, si esta bajara la guardia. Una sonrisa amenazó con asomar a los labios de Orla, que la reprimió porque sabía que a su hermana no le haría ninguna gracia ser objeto de diversión.

—Bueno, doctor Łukasz, pues le he traído suministros. —Zuzi le tendió la gran caja que tenía en las manos y luego se ruborizó; se ruborizó de verdad, algo que Orla no le había visto hacer jamás—. Perdón, están… esto, escondidos debajo de…

Orla levantó la tapa y, al ver una hilera ordenada de compresas, entendió el bochorno de su hermana, aunque Bronisław siguió sin inmutarse.

—Perfecto, gracias. Estoy seguro de que nos serán muy útiles. Un truco muy ingenioso.

—Bueno, los hemos desenterrado de debajo de unos calabacines. Quiero decir que…

Viendo balbucear su hermana, Orla se dio cuenta de que si no se alejaba no podría reprimir la risa.

—Voy a tomar el aire —se disculpó, y salió disparada hacia la

puerta del hospital propiamente dicho.

Su uniforme era el mismo que llevaban los trabajadores del área oficial y pudo mezclarse con ellos sin que nadie reparara en su presencia. Por suerte, aquel día no había nazis patrullando, de modo que salió a tomar el aire.

Miró a ambos lados de la calle. Cientos de Volksdeutsche seguían huyendo hacia el oeste, al corazón del Tercer Reich, pero ya no se veían soldados desaliñados de la Wehrmacht. En cambio, escuchó calle arriba el sonido inconfundible de botas militares avanzando con seguridad y, al mirar hacia el sol vespertino, vio filas de soldados que marchaban con uniformes impecables por el extremo de la calle Bonifraterska, seguramente para ir a reforzar sus defensas ante la inminente llegada del Ejército Rojo. Orla hizo visera con la mano para ver mejor, hipnotizada por el ritmo acompasado de las botas, y casi voló por los aires cuando un chico que se acercaba desbocado chocó con ella y estalló en risas.

—¿Jacob?

—¡Orla! Ay, Orla, acabamos de hacer algo graciosísimo.

Su hermano pequeño se inclinó hacia delante mientras jadeaba para recuperar el aliento, y dos de sus amigos se acercaron también jadeando y riendo.

—¿Por qué corréis? —preguntó Orla.

—¿Por qué va a ser? Para que no nos pillen.

—¿Qué habéis hecho?

Todos se echaron a reír de nuevo mientras intentaban explicarse.

«Pulgas» fue lo único que entendió Orla en un principio, y luego «rascaban», hasta que poco a poco los tres le revelaron que, durante días, se habían dedicado a recoger pulgas de perro y meterlas en dos tarros grandes para luego entrar a escondidas en el cine solo para alemanes que había calle abajo, soltarlas en medio de la película y sentarse en silencio en la fila de atrás para contemplar el caos resultante.

—Ha sido graciosísimo, Orla —dijo Jacob entre risas—. Uno ha empezado a rascarse, luego el de al lado y luego toda la fila de

delante. ¡Al final parecían una panda de perros! Hemos tenido que irnos para no echarnos a reír y delatarnos.

—¿Y no se os ha pasado por la cabeza que eso es precisamente lo que habéis hecho al salir corriendo del cine?

—Qué va. Estaban demasiado ocupados. —Jacob palideció—. ¿Ese no es el oficial gordo del extremo de la fila?

Sus amigos observaron al hombre que se acercaba a pesadas zancadas por la acera. Lleva un uniforme engalanado con una cantidad intimidante de pasamanería y se rascaba el voluminoso cuello mientras escudriñaba el rostro de todo el mundo que había en la calle. Lo escoltaban dos hombres de la Gestapo con sus abrigos oscuros y las pistolas empuñadas en actitud amenazante.

—Dios mío —gimoteó Jacob—, tenemos que escaparnos.

—No. —Orla le puso una mano en el hombro—. Todavía no os han visto. Venid.

Con el corazón desbocado, los hizo entrar en el hospital y los llevó a la puerta secreta que había al fondo y que llevaba al sótano. Si el oficial asaltado por picores los atrapaba, el castigo por humillarlo sería inimaginable, y Orla no soportaba la idea de que su hermano pequeño sufriera… o de que le sucediera algo peor.

—Por aquí.

Los tres chicos la siguieron con actitud sumisa y con expresión tan cadavérica que la chica de la contraseña ni siquiera los paró. Zuzi, que continuaba hablando con Bronisław, se acercó de inmediato.

—¡Jacob! ¿Qué haces aquí?

—Se ha ofrecido voluntario para que practiquemos los vendajes con él —dijo Orla, que había divisado a su jefa—: Hermana Maria, estos tres jóvenes han venido para que las enfermeras practiquen con ellos.

—Estupendo.

La enfermera de rostro serio se hizo cargo de los chicos, que, con el rostro aún más lívido, se dejaron llevar a las camas recién hechas para que aplicaran cabestrillos y torniquetes a sus cuerpos, que por

suerte seguían intactos.

—¿En qué lío se ha metido? —le susurró Zuzi a Orla.

—Han atacado a los alemanes con pulgas.

—Bien hecho.

—No, porque casi los pillan.

Zuzi se estremeció y entrelazó su brazo con el de Orla.

—Yo he volado por los aires un montón de calabacines —le confesó.

—¿Calabacines?

—Es una historia muy larga. Digamos que me ha hecho darme cuenta de los peligros que entraña la lucha.

—Me alegro —dijo Orla con determinación—. A Hana no le gustaría que fueras imprudente.

—Hana se preocupa demasiado —repuso Zuzi en tono desenfadado, aunque Orla sabía que el percance debía haber sido grave para que su atrevida hermana se asustara.

—¿De verdad tenernos que sublevarnos, Zuzi? —susurró.

Esta le dio un apretón en el brazo.

—Sí, Orla. No podemos vivir en un mundo en el que unos chavales se arriesgan a que los ejecuten por hacer una broma.

Señaló a su hermano pequeño, Jacob, que, aunque ahora estaba más tranquilo y casi parecía disfrutar de la atención que le dedicaba la joven enfermera que le envolvía la cabeza con una venda, podría haber corrido una suerte muy distinta. Orla pensó en los refuerzos de la Wehrmacht que había visto marchar por el extremo de la calle, en la cólera del oficial y en las porras y las pistolas negras de los guardas de la Gestapo. De pronto, se vio asaltada por la imagen de la sangre preciosa y joven de Jacob goteando de las prístinas vendas blancas sobre las prístinas sábanas blancas, en una parodia macabra de la llamativa bandera de Polonia.

—Tienes razón —convino—. Solo rezo para que no dure mucho.

—No lo hará, tranquila —le dijo Zuzi en tono confiado—. Stalin ha retransmitido un discurso instándonos a la acción. Llegará en cuestión de días, Orls, y lo más importante ahora es asegurarnos de

que nos sublevamos antes. Venga, vámonos a casa, ¿te parece?

—¿A tiempo para ver a los demás al anochecer?

—Justo.

Orla sonrió. Tras llamar a Jacob, se despidió con la mano de Bronisław —fijándose divertida en que Zuzi había tenido que contenerse para no hacer lo mismo— y emprendió con sus hermanos el camino a casa, donde la esperaba la Piekarnia Dąbrowska y la seguridad de su familia.

SIETE

31 DE JULIO

HANA

Sentada a la mesa del desayuno, Hana cogió una rebanada del hermoso pan de fruta de su madre mientras su familia charlaba en medio de un ambiente de excitación. Sabedora de que las pasas eran difíciles de encontrar, hizo todo lo posible por despertar su apetito por aquella preciada delicia, pero le costó. Durante la noche, no se había podido quitar de la cabeza la imagen de Marek dando sus últimas bocanadas sangrientas sobre la acera, delante de la Central Telefónica, y no había sido capaz de decidir si le despertaba más tristeza o ira. Sin embargo, le resultaba más fácil lidiar con la ira, y eso era en lo que procuraba concentrarse. Usando como tapadera el noticiario matinal, la radio emitía la contraseña de ese día para el AK: *wojownik*, «guerrero», una elección que alimentaba las especulaciones. ¿Iban a convertirse todos en guerreros ese día?

Hana se dirigió a la puerta mientras hacía acopio de energía para ponerse las botas e ir al trabajo, pero en ese momento su abuela irrumpió en la cocina.

—¡Traigo un regalo!

Babcia Kamilla cruzó el umbral y se paró, esperando a que la familia le prestara atención mientras Hana suspiraba. Por lo general, la manera que tenía su abuela de darse importancia le hacía gracia, pero ese día no estaba de humor. Los demás, en cambio, eran todo oídos.

—¿Estáis comiendo? —gorjeó Kamilla, paseando la mirada por la mesa—. Perdón por interrumpir. ¿Pan de frutas? Madre mía, Magda, no; ya sabes que yo no desayuno. —Frunció el ceño mientras miraba a su nuera, que, a pesar de los estragos del luto y el racionamiento, seguía estando más blanda y rolliza de lo que había sido jamás Kamilla, que cuidaba a rajatabla su delgada figura. Al final, sin embargo, esta última asintió con un gesto condescendiente—. Bueno, tomaré una tacita de café, si tienes.

Y supongo que sería una pena tirar esa última rebanada, con la poca comida que hay en la ciudad desde que la controlan esos malnacidos de los nazis.

Hana reprimió otro suspiro. Babcia siempre hacía lo mismo. Nunca había superado que su adorado hijo decidiera ser panadero, y peor aún, panadero en el barrio obrero de Wola y no en el elegante de Stare Miasto, donde vivía ella. El padre de Hana siempre había dicho que en la zona occidental de la ciudad la gente era más sensata, lo cual era precisamente lo que procuraba evitar Kamilla, pero a pesar de sus quejas tenía debilidad por la repostería de Magda y casi siempre se dignaba a presentarse en su casa a la hora de la comida.

—¿Qué regalo es ese? —preguntó Hana.

Todos la miraron, sorprendidos. Por lo general, ella era la más tranquila de la familia, pero ese día no estaba de humor. Kamilla se irritó, pero, tal vez al percibir su estado de ánimo, dejó el café en la mesa y, con un gesto lento e intencionado, se agarró el borde de la falda, que le llegaba a media pantorrilla, y se la levantó.

—¡Babcia! —protestó Magda, pero Kamilla agitó la mano.

—Era la única manera de traerla —explicó, y todos vieron una gran bandera polaca envuelta alrededor de sus estrechas caderas.

Zuzi se levantó de un salto para agarrar un extremo y Kamilla empezó a dar vueltas con elegancia, como si se tratara de un sofisticado paso de baile y no de desenrollar una bandera ilegal en la parte de atrás de una panadería.

—¿Por qué? —balbuceó Hana.

—Se la pedí yo —dijo Zuzi, emocionada—. A mi unidad le han encomendado el ataque de la torre Prudential en la hora W, y queríamos una bandera muy grande para ondearla desde lo alto cuando la tomemos.

—Si la tomáis —la corrigió Hana.

Zuzi resopló.

—Gracias por el voto de confianza, hermanita.

Hana se frotó los ojos con ademán cansado.

—Perdona, no he dormido bien. —Se calzó las botas—. Será mejor que me vaya a mi puesto.

—Más te vale —convino Babcia Kamilla—. Durante esta sublevación, las comunicaciones serán fundamentales. Vuestro abuelo siempre decía que los ejércitos son como orquestas: funcionan mejor en un concierto. Y tú, mi querida Hana, eres una de las directoras.

De mala gana, Hana le dedicó una sonrisa a su abuela.

—Gracias, Babcia, pero mi papel no es tan importante. Me limito a trasladar mensajes entre los directores.

Pero Kamilla no pensaba dar su brazo a torcer.

—Tú, querida mía, eres la batuta.

Hizo una floritura con su delgada muñeca y Zuzi se rio.

—Ahora todas somos batutas —observó, al mismo tiempo que señalaba sus cuerpos, demasiado flacos debido al racionamiento y que se sustentaban gracias al inteligente reparto que hacía su madre de las raciones de la panadería.

La ira volvió a atenazar el estómago de Hana. Las raciones que se les permitían a los polacos eran la mitad de las de los Volksdeutsche, como si fueran medias personas, que en efecto era lo que los consideraban los arrogantes nazis. Dio una patada en el suelo.

—¿Cómo hemos dejado que esto se alargara durante tanto tiempo?

El resto de la familia se sobresaltó.

—¿Te encuentras bien, Hana? —preguntó su madre, que se

acercó y le pasó una mano por los hombros.

Ella se obligó a sonreír.

—Sí, mamá. Solo estoy… frustrada.

—Es una buena pregunta —intervino Zuzi.

—Y la respuesta es…

—Las armas —se apresuró a decir Jacob—. Sus armas son más grandes y mejores que las nuestras. Esas que no se me permite usar.

—Y menos mal —lo reprendió Orla—. Bastante imprudente eres ya con las pulgas, así que no te mereces que te den balas.

Jacob hizo un puchero.

—Si tuviera algo importante que hacer, no me haría falta perder el tiempo con insectos. —Corrió hacia Zuzi—. Ayer ayudé al grupo de Orla en el hospital; ¿puedo ir contigo hoy? Porfa, Zuzi.

—Lo siento, Jacob —dijo esta, sujetándole en la barbilla en un gesto cariñoso—. El AK no tiene armas suficientes para los soldados entrenados, y mucho menos para *scouts* engreídos.

—Pues filipinkas. Puedo llevar filipinkas, ¿no?

—Para eso también hace falta entrenamiento.

—¡Pues entréname! Cada uno tiene que luchar a su manera, ¿verdad, Mama? Y yo quiero luchar contigo. Por favor, Zuzi.

Se dejó caer de rodillas en actitud cómica y ella lanzó un gruñido.

—Si cuando empiece de verdad el alzamiento te necesitamos, ya te entrenaré, Jacob.

—¿En serio?

—Claro. Aunque con suerte no hará falta. Con suerte, nuestros valientes pilotos polacos acudirán en nuestra ayuda.

Zuzi le guiñó un ojo a Hana, a quien se le encogió el corazón.

—¿Crees que vendrán? —No pudo evitar preguntar.

—Por supuesto. Han trabajado duro para los Aliados durante la guerra; ¿por qué no iban a dejarlos venir a apoyar a sus compatriotas?

Hana se animó.

—Tienes razón —convino, mientras se ataba las botas con

determinación renovada—. Los rusos marcharán por encima del Vístula y la RAF volará por los cielos para ayudarnos a expulsar de Varsovia a la Wehrmacht y la Luftwaffe, ¿verdad?

—Verdad —contestaron todos al unísono.

—Y mientras, Jacob —dijo Zuzi—, tu trabajo es hacer que no decaigan los ánimos.

—Está bien —refunfuñó Jacob—. Me ceñiré a la pintura… por ahora.

Levantó una lata de aceite de oliva que había llenado de pintura negra y se metió una brocha por la cinturilla de los pantalones cortos, listo para salir a garabatear el símbolo de la pe y la uve doble por las paredes de Varsovia.

—Ten cuidado —le pidió Magda, y le dio un beso.

Él se retorció para soltarse.

—Lo tendré, Mama. Siempre lo tengo.

Ella volvió a abrazarlo.

—Recuerda que eres mi tesoro. —Miró hacia la mesa del desayuno y sus ojos, tan azules como los de Orla, parpadearon—. Todos sois mi tesoro.

Jacob se escabulló rápidamente por la puerta, no sin antes haber dado un beso rápido a su madre en la mejilla. Hana abrazó a su familia, menos a Babcia, que no apreciaba las muestras vulgares de afecto.

—Toma, tu pan —dijo Magda.

—Perfecto. —Hana envolvió la hogaza en un paño de lino y la metió en su bolsa—. Hasta el anochecer.

—Hasta el anochecer —le contestaron todas al unísono y con decisión.

Ella rezó para que así fuera.

El sol caía a plomo sobre Varsovia y Hana se caló el sombrero para no quemarse, antes de subirse a un tranvía que se dirigía al oeste, a Śródmieście, donde se hallaba el centro operativo de los

oficiales de enlace encima del salón de belleza. Había numerosos centros análogos repartidos por toda la ciudad y, ese día, los chicos y las chicas que trabajan de enlace como ella se afanarían en construir una red clandestina de comunicación, preparada para trasladar la información sobre la hora W a las cuarenta mil tropas del AK que en aquel momento sacaban brillo a sus armas por toda la capital polaca.

El tranvía llegó a su parada y, tras bajar de un salto, Hana miró a todas partes para detectar a los guardias y descubrió que había más de los que le habría gustado. Ese día también había un número notablemente menor de Volksdeutsche que se dirigían a la estación. Tal vez se hubieran marchado ya todos o tal vez la presencia de las tropas de refresco que marchaban por la avenida Jerusalén, con las botas lustrosas y brillantes escopetas al hombro, les hubiera infundido confianza. Los nazis ya no parecían estar abandonando Varsovia y Hana rezó para que el alto mando del AK supiera lo que se hacía. Si aquello no salía bien, todo el mundo corría peligro, incluida su familia. Su querido Tata los había instado a luchar, sí, pero también a vivir y, como primogénita, Hana sabía que era su deber evitar que les pasara algo a los demás.

Se obligó a seguir adelante y escogió el callejón más tranquilo para encaminarse a su puesto, pero, mientras caminaba, escuchó pasos a su espalda y, al pararse para mirar hacia atrás, le pareció ver a alguien que se escondía en un portal. ¿La estaban siguiendo?

Chasqueó la lengua. No era tan importante como para que alguien la siguiera y, sin embargo, cuando echó a andar los pasos se reanudaron también.

«Estamos en una ciudad —se dijo a sí misma—. Hay gente por todas partes».

Pero una vez más, al darse la vuelta distinguió la sombra de una figura que se ocultaba y se le encogió el corazón. ¿La habría visto alguien el día anterior, mientras miraba cómo Marek moría? ¿Sabría alguien que tenía el mapa de una nueva autovía metido en el cajón de la ropa interior de su casa, encima de la panadería? En ese

momento recordó su entrenamiento y, tras meterse en el portal de una tienda, se obligó a estudiar con actitud despreocupada la mercancía del escaparate mientras vigilaba la calle para detectar cualquier persona sospechosa que pasara. Y de pronto vio a una… y casi se echó a reír.

—¡Te pillé!

Salió de un salto de su escondite y agarró por el cuello a su perseguidor, que se retorció.

—Suéltame, Hana.

—No. ¿Qué haces siguiéndome, Jacob?

Su hermano pequeño se retorció con más ahínco.

—Solo quería saber adonde ibas. Pintar anclas es muy aburrido. Quiero un trabajo más importante.

—¿Qué podría ser más importante que elevar el ánimo de la ciudad?

Él hizo un puchero.

—¿Pegar tiros a los nazis?

Hana lo hizo callar mientras miraba nerviosa a su alrededor, pero por el momento estaban solos.

—No se trata solo de pegar tiros a la gente, Jacob —siseó—, sino también de derrotar al régimen.

Él dio una patada sobre el suelo.

—Supongo que sí, aunque a mí lo que me gustaría es pegar tiros a unos cuantos nazis. Ellos mataron a Tata, Hana.

—Lo sé, pero…

—Casi no me acuerdo de él. —Jacob la miró con una expresión seria en sus ojos normalmente traviesos—. Por la noche, cuando estoy estirado en la cama, intento visualizarlo, no como… estaba la última vez que lo vimos, sino cuando horneaba pan con nosotros, o jugaba al fútbol en la calle o me llevaba a caballito. Sé que hacía esas cosas y, si me esfuerzo mucho, más o menos puedo verlo mentalmente, pero no lo siento, Hana. No lo siento.

Hana le dio un apretón en el hombro.

—Lo siento, Jacob. Tata estaba muy orgulloso de ti, lo sé. Se

alegró mucho de tener un hijo después de tres hijas.

Jacob irguió la espalda y la habitual chispa picara asomó a sus ojos.

—Los niños son mejores que las niñas.

—¿Por qué, porque se les ocurren bromas ridículas con pulgas?

Él se encogió de hombros.

—Fue muy gracioso, Han. Tendrías que haber visto cómo se rascaban todos: los oficiales, los soldados y sus novias gordas.

Hana no pudo evitar sonreír.

—Seguro que sí. Pero no te arriesgues demasiado, Jacob.

—Pero ahora todos tenemos que arriesgarnos, ¿no? ¿No es eso lo que hace falta para el levantamiento? —Hana se apresuró a hacerlo callar, aunque en parte tenía razón—. ¿Puedo ir contigo? —insistió él—. Por favor. Lo haré muy bien con los mensajes. Me conozco la ciudad como la palma de mi mano y soy rápido. Apuesto a que puedo llevar un mensaje desde Żoliborz hasta Czerniaków en media hora.

—Apuesto a que sí, Jacob —convino ella—, pero no puede ser. Tenemos todo un sistema establecido para entrar en la unidad.

—Ahora —di jo Jacob.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estemos en guerra, todo cambiará. Vais a necesitar a gente como yo si… —Su voz se apagó, y se hizo un silencio incómodo.

—¿Si matan a gente como yo? —terminó la frase Hana, y se le heló la sangre al considerar la posibilidad de que eso ocurriera.

Jacob le rodeó la cintura con los brazos.

—No, eso no. Ni hablar. Lo siento, Hana, no lo decía en serio. No quiero que te maten, ni hoy, ni el día del alzamiento ni nunca.

Hana le devolvió el abrazo y, al percibir la fuerza flamante que corría por aquel cuerpo joven y fibroso, supo que tenían que liberar Varsovia por Jacob y por todos aquellos jóvenes que habían crecido convencidos de que las armas, las matanzas y la rebelión formaban parte de la vida cotidiana.

—No voy a morir —le prometió, y enseguida se sintió obligada a corregirse—: Haré todo lo posible por no morir.

Con la cabeza hundida en su hombro, Jacob asintió con vehemencia y luego se separó y alzó su lata.

—Será mejor que vaya a repartir este aceite.

Ella le sonrió.

—Estoy segura de que te lo agradecerán mucho.

Él dejó escapar un gruñido, pero volvió a sonreír y a continuación se alejó a la carrera calle abajo para reunirse con sus amigos y hacer un llamamiento alto y claro a la sublevación pintando poderosas pes y uve dobles en las paredes de Varsovia. Hana lo contempló hasta que desapareció de su vista al doblar en la esquina, y luego se dirigió con cautela a su puesto.

—¡Por fin has llegado, Fiolet! Te esperan ahí dentro.

Una de las chicas que había en el apartamento de encima del salón de belleza señaló con la cabeza la habitación que hacía las veces de despacho de su jefa.

—¿A mí?

—Sí. Debe de ser algo importante, porque Czajnik ha preguntado por ti dos veces.

Hana se maldijo por el tiempo que había perdido con Jacob, aunque ¿qué iba a hacer? Se dirigió apresuradamente a la puerta y llamó con los nudillos.

—Ah, Fiolet; pasa y cierra la puerta.

Su jefa, cuyo nombre en clave era Czajnik, «tetera», era una mujer de semblante serio y unos cuarenta años que sin lugar a dudas debía de haber sido directora de escuela antes de que la ocupación pusiera fin a esas profesiones inocentes.

—Siento llegar tarde. He tenido que despistar a alguien que me seguía.

Se arrepintió de inmediato de la exageración de su afirmación, pero por suerte Czajnik no le había prestado atención.

—Eres una de nuestras mejores enlaces, Fiolet.

—Gracias, señora.

—Con alas en los pies, según me dicen, un sentido de la orientación excelente y con un método muy ingenioso para ocultar los mensajes.

Con una sonrisa, Hana bajó la mirada hacia la hogaza de pan de su madre.

—Hago lo que puedo.

—Y como lo haces tan bien, tengo una nueva misión para ti. Una muy importante. Antes, sin embargo, tengo que asegurarme de tu compromiso con la causa.

Hana se revolvió, inquieta.

—Estoy totalmente comprometida, señora. Lista para sublevarme y preparada para hacer lo que sea necesario para que las unidades del AK puedan comunicarse unas con otras. —En ese momento recordó el comentario de Babcia durante el desayuno e irguió la espalda para encarnar a su solemne abuela—. Los ejércitos, igual que las orquestas, funcionan mejor en concierto.

Czajnik se quedó desconcertada.

—Así es. Bien dicho, querida. ¿Y tienes algún… lío amoroso que pueda afectar a tu capacidad para entregarte por completo a tu tarea?

Hana parpadeó. Aquello empezaba a parecer un interrogatorio.

—Estoy prometida, señora, pero mi prometido es piloto y está destinado en Italia, así que es poco probable que reclame mi atención.

Czajnik asintió.

—Bien. Estupendo. —Hana no estaba segura de compartir su opinión, pero se abstuvo de decir nada. Czajnik unió las yemas de los dedos y se inclinó hacia delante con aires de grandiosidad—. En ese caso, Fiolet, me gustaría que te presentaras en el cuartel general del comandante Bór.

—¿El comandante…?

Bór era el líder del AK, no solo en Varsovia sino en toda Polonia. ¿Qué podía querer de ella?

—Tu trabajo consistirá en trasladar sus mensajes de alto secreto

a centros medulares para su distribución. Será una tarea exigente y peligrosa, pero estarás implicada en el nivel más alto posible. ¿Lo harás?

Clavó sus penetrantes ojos en Hana, que sintió que no tenía otra opción que aceptar, aunque tampoco es que se planteara negarse. Aquello era un honor, y se apresuró a hacerle un saludo a su superiora.

—Sí, señora.

—Excelente. Aquí tienes la dirección del centro de mando. —Le entregó un trozo de papel—. Memorízala. —Hana la leyó tres veces, asintió y le devolvió el papel, que Czajnik rompió en pedazos a los que prendió fuego en una bandeja de cobre que tenía sobre el escritorio. Era evidente que ella tampoco le hacía ascos a un poco de dramatismo—. Muy bien. Preséntate a las 1700.

—¿Esta tarde?

—Por supuesto. La hora W podría llegar en cualquier momento, chiquilla, y tu trabajo será comunicárselo a toda Varsovia. ¡Andando!

Hana salió de la habitación dando traspiés y se reunió con sus compañeras, que la esperaban absortas. El día transcurrió como en una nebulosa, mientras recorría Varsovia y entregaba los mensajes ocultos en el pan de Magda. Se fijó en que había muchas más pes y uve dobles en las paredes y sonrió al verlas, pero las horas se le hicieron eternas hasta que, por fin, llegó el momento de encaminarse al cuartel general del AK. No terminaba de creerse que ella, Hana Dąbrowska, fuera a ser la oficial de enlace del comandante Bór, y no veía el momento de contárselo a sus hermanas, por no hablar de Babcia Kamilla. Tal vez ahora sí fuera una directora de orquesta. Al llegar a la dirección que había memorizado, una ferretería llena de la clase de herramientas de trabajo que a los polacos todavía se les permitía comprar, dio con cautela la contraseña al hombre que había tras el mostrador, enfundado en una bata marrón. Con una sonrisa sutil, él la acompañó a una puerta lateral que se abría a un baño al fondo del cual, como le mostró él enseguida, había otra puerta secreta. Con

una emoción absurda, Hana la cruzó y subió una escalera polvorienta, en lo alto repitió la contraseña, en esta ocasión a un joven de ojos oscuros con una pistola en el cinto, y accedió a una amplia estancia con varios escritorios elegantes, todos vacíos.

—Siéntate ahí —le indicó el guardia, señalando una silla.

Hana obedeció y enseguida oyó unas voces que salían de una habitación contigua. Era evidente que el comandante Bór estaba reunido con el Consejo Nacional, que incluía a los generales de más alto rango y los delegados gubernamentales que dirigían el AK, y Hana se quedó muy quieta mientras hacía todo lo posible por no escuchar. No lo consiguió, aunque, siendo justos, la discusión era acalorada y todos hablaban en un tono elevado.

—No debemos sublevarnos hasta que los rusos crucen los puentes —dijo un hombre—. En ese momento el Ejército Rojo ya no tendrá marcha atrás.

—Y seguramente en ese momento es cuando tomarán Varsovia —argumentó otro—. Si esperamos hasta entonces, será demasiado tarde. Proclamarán la victoria y nos convertiremos de nuevo en vasallos, aunque sea de un señor distinto.

—Tenemos que tomar la ciudad antes de que lleguen —convino un tercer hombre—. Cuando recibamos a los rusos, la capital debe estar ya bajo nuestro poder; no podemos dejar que entren como conquistadores.

—Está dando por hecho que podemos tomar la ciudad —dijo otra voz con un tono de urgencia.

—Claro que podemos. ¿No ha visto cómo huye la Wehrmacht hacia el este? Está en las últimas.

—Puede que esos soldados lo estén, pero no los pelotones nuevos que envían desde el Reich. Según mis fuentes, Hitler ha puesto a Himmler al mando de la defensa de Varsovia, y eso significa que va a enviar a la SS, con sus tácticas sucias y brutales.

—Y por ese motivo debemos tomar Varsovia ya, antes de que le pongan las manos encima —observó el primer hombre.

La discusión continuó en círculos mientras Hana escuchaba,

inmóvil en su silla y con el corazón encogido. Todo lo que decían, todas las perspectivas, tenía su lógica. Polonia estaba atrapada entre dos enemigos, como lo había estado durante siglos, y debían actuar con mucha astucia para librarse de ambos.

En la habitación de al lado alguien dio un sonoro puñetazo sobre un escritorio, sobresaltándola a ella y al guardia de ojos oscuros, además de silenciar todas las voces.

—Señores. —La voz sonaba serena y distinguida, aunque teñida por el cansancio—. Nos enfrentamos a una decisión imposible. El gobierno de Londres apoya la sublevación, nuestros generales apoyan la sublevación…

—No todos, Bór —objetó alguien.

—Algunos de nuestros generales apoyan la sublevación —se corrigió el primer hombre, el comandante Bór en persona, con voz inquebrantable—, pero lo más importante es que nuestro pueblo apoya la sublevación. No solo la apoya: la pide a gritos. Están hartos de la ocupación, hartos de la opresión y la crueldad, hartos de que se les prohíba el acceso a las partes favoritas de su ciudad, de que su juventud se vea privada de educación y, por encima de todo, están hartos de ver que ahorcan sin motivo a sus seres queridos. Están ansiosos por sublevarse y echar a patadas a sus opresores, y no creo, caballeros, que podamos detenerlos. Si somos nosotros los que ordenamos el levantamiento, al menos podremos llevarlo a cabo de una forma organizada y militar. Creo que se lo debemos a nuestra gente, que ha aceptado el sufrimiento con paciencia durante demasiado tiempo, y que es nuestra obligación liderarlos en su liberación.

A Hana se le hizo un nudo en la garganta y, cuando miró hacia el guardia, vio que se secaba una lágrima furtiva. Pensó en las ganas de luchar de Zuzi, en las súplicas de Jacob para que le dieran un arma e incluso en la petición de Babcia Kamilla para que le dejaran fabricar granadas. El comandante había dado en el clavo al analizar la situación y, aliviada, Hana escuchó en la habitación contigua un murmullo de voces masculinas que le daban la razón.

Se puso en pie de un salto cuando la puerta se abrió y apareció un hombre alto y fibroso que tendría la edad de su padre, si este siguiera con vida. Llevaba un mono de empleado de mantenimiento, pero se acercó a ella para estrecharle la mano con un inconfundible aire de autoridad.

—Buenas tardes —la saludó educadamente—. Tú debes de ser mi nueva oficial de enlace, ¿verdad?

—Sí, señor. Me llamo Fiolet, señor.

—Es un nombre precioso; muy bien elegido. Bienvenida al trabajo, Fiolet. Te has unido a nosotros en un día muy propicio.

Se sentó a su escritorio y se puso a escribir con letra firme y redondeada, mientras el resto de los principales comandantes y políticos de Varsovia iba saliendo de la habitación, vestidos también con ropa de obreros para poder mezclarse con la gente de la calle sin llamar la atención de las patrullas nazis. Bór terminó su mensaje y se lo tendió a Hana con una sonrisa tensa.

—Protégelo con tu vida si hace falta.

Ella asintió con decisión y leyó las palabras, sucintas pero solemnes.

Orden del comandante Bór y el Consejo Nacional
Se ha decretado que la hora W será mañana,
1 de agosto de 1944, a las 17:00.
Prepárense bien y que Dios esté de nuestra parte.

Allí, entre sus manos, estaba la orden que, al día siguiente, llevaría a la guerra a su ciudad, su pueblo y su familia. Los ayudantes de Bór ya se habían puesto a hacer copias y a estampar el sello en los papeles para darles oficialidad. A partir de ese momento, el trabajo de Hana era llevarlos a los centros medulares, desde donde se distribuirían a los demás centros y, de allí, a todos los soldados del ejército clandestino de Varsovia.

Cinco años atrás, devastadas por la pérdida de su padre, las

Dąbrowska se habían unido al AK y habían jurado vengar su muerte. «Cuando llegue el momento —les había dicho Babcia Kamilla—, atacaremos».

Y, por lo visto, el momento había llegado. Que Dios los ayudara a todos.

OCHO

1 DE AGOSTO DE 1944

ZUZI

Zuzi estaba sentada con la vista clavada en la torre Prudential, como si así pudiera perforarla, aunque por supuesto serían las minas apiladas con esmero en su pared lateral las que se encargarían de ella. Estaban revisadas y listas para detonar cuando llegara la hora W, dentro de —miró su reloj— una hora exacta. La Minerki había recibido el mensaje que tanto esperaba y quien se lo había entregado era nada menos que su hermana, Hana, que por lo visto había escalado posiciones en el mundo de los enlaces. Zuzi se alegraba por ella, faltaría más, pero toda su atención estaba centrada en dar lo mejor de sí misma en la tarea que tenía asignada y hacer que su padre se sintiera orgulloso de ella.

Se llevó la mano a la manga de su camisa y pasó los dedos por el brazalete rojo y blanco que acreditaba su pertenencia al AK. Las unidades formadas por chicas con menos querencia por las explosiones llevaban semanas cosiéndolos y Tosia les había entregado los suyos al llegar a su punto de ataque. Zuzi lo acarició con orgullo. Aquella era todo lo que tenía el AK a modo de uniforme; nada de elaboradas guerreras, ni botas reglamentarias, ni elegantes cartucheras ni gorras normativas, tan solo aquel sencillo brazalete rojo y blanco.

Las chicas se lo habían puesto con orgullo, se habían admirado unas a otras e incluso habían posado para una foto con una cámara

que Tosia había pedido prestada a uno de los numerosos reporteros que rondaban por Varsovia. Si la hora W tenía éxito, podrían llevar por las calles aquellas reproducciones en miniatura de la enorme bandera que Zuzi tenía intención de ondear desde lo alto del edificio que había al otro lado de la calle. No veía el momento de sustituir la odiosa esvástica y, para ello, lo único que tenían que hacer era echar a los nazis del edificio más alto de Europa.

A Zuzi se le encogió el corazón y la joven se leyó la cartilla con severidad. Ella era Żelazo, era hierro. Desde que los monstruos nazis habían arrojado a su padre del balcón de la cárcel, había esperado el momento de devolverles el golpe y por fin tenía la oportunidad de hacerlo. Distribuidas por toda la ciudad, otras unidades estaban en posición igual que la suya y, cuando llegaran las 1700, todas se alzarían. Eran cuarenta mil efectivos ante los diez mil de la Wehrmacht, y contaban además con el efecto sorpresa. Funcionaría; tenía que funcionar.

A su lado, Roza pasaba las cuentas del rosario mientras movía los labios en una oración silenciosa. Así pues ¡Zuzi no era la única que estaba nerviosa! Paseó la mirada por aquella habitación ubicada en el corazón de Śródmieście y vio que toda la unidad se había sumido en un momento íntimo de contemplación; al menos, las integrantes que estaban allí. Faltaban varias mujeres y Zuzi no tenía ni idea de si se habían acobardado, si las habían atrapado de camino allí o si ni siquiera habían recibido el mensaje. La noche anterior habían dispuesto de muy poco tiempo para distribuir las órdenes antes de que el toque de queda cayera sobre la ciudad. Hana había llegado a casa frustrada y esa mañana, en cuanto el toque de queda se había levantado, había salido a la calle, pero Varsovia era una ciudad inmensa y los miembros del AK eran difíciles de localizar, por su propia seguridad.

—¿Dónde están? —Oyó Zuzi preguntar a Tosia, en un murmullo, al líder del grupo del AK con el que realizarían el ataque.

Se trataba del pelotón Kilinski, una de las unidades de élite que se había labrado una reputación intachable durante los dos años

anteriores gracias a varios actos de sabotaje. La Minerki, que ya había trabajado con ellos en diversas ocasiones, los había recibido encantada en el apartamento que hacía las veces de base de operaciones. Su líder, un hombre mayor llamado Bartek, había demostrado ser tan valiente como habilidoso, y sería un placer trabajar con él. Esa tarde, mientras trataban de distraerse de la monumental tarea que tenían por delante, había comentado que tenía un hijo médico en el hospital Juan de Dios, y Zuzi había reconocido de inmediato el parecido. Así pues, aquel Bartek era el padre del intrigante doctor Łukasz, el amigo de Orla. Aunque tampoco era tan intrigante, al menos no para ella. Ella era hierro.

Zuzi se concentró de nuevo en la torre Prudential. Dos guardias nazis caminaban a paso militar de un lado a otro de la entrada, y no pudo evitar salivar ante la perspectiva de hacerlos volar por los aires. No era un pensamiento muy benévolo, pero el tiempo de la benevolencia había pasado hacía mucho y, dentro de una hora, se lo demostrarían a los alemanes que ocupaban su ciudad, a los rusos que se acercaban y al mundo entero. Polonia era el primer país que había invadido Hitler, pero no sería el último en ser liberado, y sin lugar a dudas ellos no iban a quedarse de brazos cruzados esperando a que otros lo hicieran por ellos.

—Necesitamos al pelotón al completo para llevar a cabo un trabajo profesional —se lamentó Tosia con Bartek.

Zuzi se echó hacia atrás para escuchar su conversación.

—Es ridículo —convino él—. Llevamos cinco años planeando este alzamiento; ¿a qué vienen las prisas ahora? Nos habrían hecho falta al menos cuarenta y ocho horas de margen para prepararnos como es debido. La mitad de nuestra división sigue en el bosque, y dos de mis hombres, que se encargan de la imprenta, llevan una semana encerrados en su sótano porque los nazis se han enterado de sus actividades y montan guardia en la entrada. Por lo menos, espero que cuando ataquemos esa sea la menor de sus preocupaciones y podamos sacar de allí a esos pobres diablos.

El reloj de la catedral sonó en la otra punta de la ciudad, un

repique suave y corto que señalaba que eran las 1630, pero Zuzi notó que toda la ciudad se ponía alerta, y oyó disparos aislados en varios sitios, obra de hombres sobrexcitados por tener armas reales en sus manos. ¡Madre mía! No tenían autocontrol. Al AK le iría mucho mejor si hubiera más mujeres entre sus filas, tal como demostraría la Minerki en media hora.

Más abajo, una puerta se cerró de golpe y todos intercambiaron miradas nerviosas. Zuzi escuchó a alguien murmurar la contraseña de ese día y luego observó con alegría que las dos últimas integrantes de su grupo entraban tambaleándose en la habitación. Tosia las abrazó de una manera muy poco propia de ella y les dijo algo así como que su «pequeña familia» por fin estaba completa. Zuzi también les dio la bienvenida, pero la palabra «familia» se le había quedado clavada.

En aquel momento, sus hermanas estarían en sus puestos: Orla en el hospital Juan de Dios, en el extremo de Stare Miasto, y Hana en el nuevo cuartel general del AK, en la famosa fábrica de muebles Kammler, en el barrio de Wola. Magda, por su parte, estaría en la panadería, amasando frenéticamente para alimentar a los resistentes… y para mitigar el miedo de lo que les podía pasar a sus hijas. Jacob, si todo iba bien, estaría con ella, buscando una manera de canalizar su inagotable energía que no implicara sacar de quicio a la Gestapo. Y Babcia Kamilla… Ella estaría en su casa en Stare Miasto, bebiéndose un jerez, con los grilletes de su padre colgados en la pared sobre su cabeza y los ojos clavados en el reloj, esperando, como ya había hecho varias veces a lo largo de su vida, a que los polacos recuperasen su independencia.

Zuzi cogió la bandera enrollada y apretada, y tras metérsela por la cintura de los pantalones, se ciñó el cinturón para que no se moviera durante la ofensiva.

—Reuníos —les dijo Tosia a las chicas, que de inmediato formaron un estrecho círculo como hacían siempre antes de un ataque, aunque nunca se habían enfrentado a uno tan importante e impredecible como aquel—. Ya sabéis cómo va esto; lo habéis hecho

un millón de veces. Dentro de quince minutos bajaremos con sigilo y, cuando den las cinco, nos pondremos en marcha. Los hombres de Bartek eliminarán a los guardias para cubrirnos y nosotras cruzaremos la calle, colocaremos los explosivos alrededor de la puerta y los detonaremos. Tenéis que actuar deprisa, pero con cautela; nada de heroicidades. Cuando el trabajo esté hecho, nos pegamos a la pared para dejar que entre el Kilinski y los seguimos cuando nos lo ordenen. A partir de ahí, las prácticas no nos servirán de nada. No os separéis de vuestras armas y haced lo que os pidan: volar escaleras, paredes, puertas, cualquier cosa que necesite el Kilinski. Nuestro trabajo es abrirles el camino, chicas, y se nos da de narices.

Levantó una mano y las integrantes de la Minerki la agarraron con las suyas hasta formar un único puño gigante. Zuzi notó que la energía de sus camaradas vibraba a través de sus dedos unidos y respiró hondo y despacio. Podían hacerlo. Habían volado vagones de tren, coches y camiones de suministros; no iban a detenerse ante un edificio, ni siquiera uno tan grande como la torre Prudential, sobre todo cuando hasta el último miembro del AK atacaba al mismo tiempo en Varsovia.

En el reloj de la catedral sonó la alegre nota que señalaba que faltaba un cuarto para la hora, un cuarto para la hora W.

—Minas preparadas, chicas —dijo Tosia—. Ha llegado el momento de la verdad. —Les dedicó una sonrisa—. La última en llegar arriba prepara el té, ¿vale?

—La última en llegar arriba prepara el té —repitió Zuzi, que separó la mano y fue a buscar sus minas y granadas.

Estaba preparada, más que preparada, pero su corazón, que no era tan de hierro, latió más desbocado que nunca mientras se dirigía a la escalera. Pensó en su familia real, sentada alrededor de la mesa del desayuno la mañana anterior mientras Babcia desenrollaba ostentosamente la bandera que ahora tenía metida en la sudada cinturilla, y deseó poder echar el tiempo atrás y volver allí. Pero entonces se obligó a recordar a su padre, arrojado por los malvados

nazis a una muerte oprobiosa por encima de la barandilla de un balcón, y su corazón se sosegó.

—Los grilletes no pueden durar para siempre —murmuró en medio del silencio infinito, antes de que dieran las cinco.

NUEVE

HANA

—¿Se va a llevar eso?

Las palabras salieron de la boca de Hana en un tono muy poco decoroso, sobre todo porque se las dirigía al edecán de Bór, un militar intimidante con tres medallas prendidas del forro del abrigo. Pero la realidad era que estaban trasladando el Consejo Nacional a un cuartel general de batalla, así que ¿por qué narices quería cargar con un gramófono? Dudaba que tuvieran mucho tiempo para bailar.

—Por supuesto —contestó él con tranquilidad—. Lo más normal es que un hombre inocente que va a visitar a un amigo una tarde de verano como cualquier otra, sin tiempo para pensar en nada tan absurdo como una insurrección, quiera disfrutar de melodías alegres, ¿no?

Ella se lo quedó mirando y, con un guiño, él levantó el borde del gramófono y dejó al descubierto dos pistolas relucientes escondidas en un compartimento secreto.

—Vaya. Pues claro. Perdón, señor; no debería haberlo cuestionado. Estoy un poco nerviosa.

Él le dio una palmadita en el hombro.

—Todos lo estamos, muchacha. No todos los días se subleva una ciudad entera, y bajo nuestro mando.

Le guiñó el ojo de nuevo y siguió recogiendo el gramófono, en cuya tapa introdujo varios discos ostensiblemente alemanes. Hana pensó que parecía de todo menos nervioso, y que más bien irradiaba

una sensación de excitación que aquellos acostumbrados a la vida militar debían de experimentar cuando se acercaba el momento de la batalla. Muchos de los hombres del cuartel general se comportaban de la misma manera, con resolución y actitud de mando, y Hana se imaginaba que dedicarse durante cinco años a organizar una milicia clandestina debía de haber sido tremendamente frustrante para aquellos hombres acostumbrados a llevar la voz cantante. Los únicos polacos que luchaban en aquella guerra colosal eran los que habían huido de la madre patria en 1939 y se habían unido o bien a los rusos o bien a los británicos, como Emil.

Hana se acercó a la ventana para mirar el cielo, como hacía siempre que pensaba en su prometido. Era absurdo, porque las posibilidades de que estuviera allí eran casi nulas, pero de todos modos la ayudaba a sentirse más cerca de él. Dios, Emil adoraba volar. Aún se acordaba del día en que la había invitado a cenar cuando volvió de su primer entrenamiento con las fuerzas aéreas polacas en verano de 1939. Con dieciocho años, ella cursaba su último año en la escuela y Emil Andrysiak, que tenía veinte, le había parecido de lo más glamuroso con su delicioso uniforme, y el hecho de que hubiera decidido cortejarla a ella la había hecho sentir la chica más afortunada del mundo.

«Es mágico, Hana —había dicho él—. Los aviones son tan ligeros y sensibles que es casi como si no existieran y estuvieras volando por tus propios medios. Cuando termine la instrucción, te llevaré a dar una vuelta…, si tu padre se fía de mí, claro».

Ella se había reído. Emil ya conocía a Kaczper y los dos se llevaban de maravilla, así que a Hana no le había cabido duda de que se fiaba de él y dejaría que la llevara, tanto en avión como en la vida. Por aquel entonces Emil aún no se había declarado, pero había dejado caer indirectas y le había preguntado cómo veía el futuro, un futuro que en ese momento, a decir verdad, ella solo podía imaginar con él.

«¿Quieres enrolarte en las fuerzas aéreas?», le había preguntado

Hana esa noche.

«Ah, no. Es increíble, pero no soportaría formar parte del ejército cuando tenga una familia. Eso si… —Se había sonrojado, algo que no había hecho sino aumentar su atractivo—, si soy tan afortunado de tener una familia».

«Entonces, ¿a qué te gustaría dedicarte?», había preguntado ella.

«Quiero enseñar historia. En el mejor de los casos, en la universidad y, si no soy lo bastante bueno, en una escuela. —Se había vuelto a ruborizar—. Lo siento. ¿Te parece extremadamente aburrido?».

Ah, cómo lo había amado en ese momento.

«No me parece aburrido en absoluto. ¿Por qué dices eso?».

«Como siempre estás hablando de diseño contemporáneo y tecnología moderna, y mirando hacia el futuro, seguramente te parezca una tontería estudiar el pasado».

«Nada más lejos de la verdad. Estudiar el pasado es la mejor manera de mirar hacia el futuro».

«Vaya; me encanta. Tú me encantas; te… te quiero, Hana Dąbrowska».

«Yo también te quiero, Emil».

Había sido la primera vez que lo decían en voz alta y, por suerte, en aquel momento habían llegado sus platos, porque ninguno de los dos sabía dónde meterse y habían aprovechado para enfrascarse en una conversación sobre panceta de cerdo y *dumplings*.

El recuerdo dibujó una sonrisa en el rostro de Hana. Parecía que hubiera pasado una eternidad; no, no lo parecía, era así. Un mes después, Emil le había hecho una visita formal a su padre y luego había ido a buscarla a ella con el precioso anillo de amatista al que en ese momento le daba vueltas en el dedo.

«El único futuro que quiero eres tú», había dicho él, con una rodilla hincada en el suelo, y ella lo había levantado y lo había besado en los labios como toda respuesta.

Al cabo de un mes, Hitler había invadido el país y él había tenido

que huir para salvar su vida, mientras los nazis arrasaban Varsovia y arruinaban sus planes de boda junto con todo lo que encontraban a su paso. Hana los odiaba con toda su alma, pero por fin había llegado la ocasión de echarlos, y no podía dejar que las dudas la abrumaran.

Se apartó de la ventana y se acercó a Bór.

—¿Qué quiere que lleve, señor?

Salieron a la calle a intervalos de tiempo cuidadosamente separados para no llamar la atención de las patrullas nazis que rondaban por toda la ciudad. Hana observó que la flor y nata del ejército polaco y de sus líderes políticos se escabullía del apartamento con una variopinta colección de monos, batas y uniformes de cocina, y no pudo por menos que admirar su dedicación. La mayoría de aquellos hombres había sobrepasado con creces la cincuentena y podría haber esperado sin despeinarse a que la ocupación terminara, pero no: estaban decididos a liberar Polonia, y Hana se enorgullecía de estar a su lado.

Se marchó con el ayuda de campo de Bór justo después de las 1500, con el brazo entrelazado con el suyo mientras él abrazaba el gramófono con el otro, de tal modo que cualquiera que los viera pensaría que eran una pareja a punto de disfrutar de una alegre excursión veraniega. Bór los siguió con un mono salpicado de pintura y un montón de equipos radiofónicos metidos en las latas que llevaba en ambas manos. El ayuda de campo iba silbando y, aunque Hana admiraba su aplomo, no tenía mucho que ofrecer como acompañamiento salvo el frenético latido de su corazón.

El ambiente de la ciudad estaba cargado de electricidad. Lo había percibido a lo largo de todo el día, mientras iba de un centro a otro y pronunciaba la contraseña cargada de significado de ese día: *przeznaczenie*, «destino», en cada apartamento, casa y cobertizo secretos, antes de entrar y entregar la trascendental orden: «Hora W hoy a las 1700». No había resultado sencillo. Por muy zafios que

fueran los alemanes, no eran estúpidos; habían percibido también la excitación que flotaba en el aire y por ello pedían la documentación a todo el mundo.

Hana había tenido que cambiar de ruta numerosas veces para esquivarlos y no había llegado al punto de su última entrega hasta las 1300, lo cual dejaba solo cuatro horas a los hombres y mujeres al mando para encontrar y reunir a sus tropas. La gente iba de un lado a otro, apresurada, y el ojo entrenado de Hana se fijó en las cestas de fruta que pesaban más de lo habitual y en los bultos de más de una gabardina, totalmente innecesaria en aquel caluroso día de agosto, señales inequívocas del rápido traslado de armas a sus posiciones de cualquier manera que se pudiera improvisar.

Procuró no mirar a nadie más que a su supuesto novio, pero, aun así, experimentó un inmenso alivio cuando llegaron a su destino: la fábrica de muebles Kammler. Antes de la guerra el célebre fabricante había suministrado mobiliario de alta calidad a las casas más elegantes de Europa (Babcia Kamilla tenía un tocador Kammler del que estaba especialmente orgullosa) y durante la ocupación solo al Reich. El señor Kammler, sin embargo, se había unido al AK desde un principio y había reclutado e instruido con discreción a una plantilla que operaba también como unidad de combate. Ahora dio la bienvenida al Consejo Nacional y, tras declarar el honor que suponía para él tenerlos allí, los acompañó a un imponente despacho sobre el taller principal, acorde para sus invitados.

Hana paseó la mirada por los elegantes escritorios, dispuestos para los diversos comandantes y delegados del gobierno, los armarios que servían para archivar documentos y los tocadores equipados con estaciones de radio, esenciales para comunicarse con los centros de control del AK y el mundo exterior, y se emocionó de formar parte de todo aquello. ¿Quién iba a decir que la pequeña Hana Dąbrowska acabaría en el meollo del levantamiento, en una posición que le permitía trasladar las órdenes de Bór a la totalidad del AK? Se dirigió al escritorio que le habían asignado en una esquina y miró a su alrededor con orgullo.

Y entonces fue cuando empezaron a sonar los disparos.

Desesperada, Hana miró al reloj de pie de la esquina: ni siquiera eran las cuatro, demasiado pronto para que estallara la hora W. Por si eso fuera poco, los tiros parecían provenir de las puertas que habían cruzado para entrar en la fábrica hacía menos de diez minutos.

—Agachaos —gritó alguien, y Hana se vio arrojada al suelo.

—¿Dónde están los hombres del Radosław? —le siseó el ayuda de cámara a Bór.

El pelotón de élite Radosław ejercía de guardia personal del Consejo Nacional, pero no había ni rastro de él en la fábrica.

—Igual son ellos —sugirió Bór.

—Si es así, de élite no tienen nada. Solo un imbécil empezaría a disparar tan pronto; podría arruinar todo el plan.

Se oyeron dos tiros más y luego, silencio.

—Por lo que parece, el plan sigue intacto —observó Bór con sequedad, mientras se ponía de pie—. ¿Vamos a ver qué ha ocurrido?

Hana bajó con sigilo detrás de todo el grupo, que se encontró a Kammler y sus hombres sobre un montón de soldados de la Wehrmacht muertos.

—Patrullaban demasiado cerca para nuestra tranquilidad, y el centinela ha perdido los nervios —explicó Kammler, que se había apresurado a acercarse a Bór—. Pero no se preocupe, señor, los hemos eliminado a todos y nos hemos apropiado del *jeep*, por si acaso.

Señaló el vehículo alemán aparcado en una esquina, y Bór asintió.

—Buen trabajo.

Se acercó a los hombres muertos y Hana lo siguió con disimulo, embargada por una fascinación morbosa. Nunca había visto un cadáver tan de cerca. A pesar de haberse acostumbrado a los cuerpos que colgaban de sogas nazis hasta volverse insensible, y a pesar de haber visto a Marek morir desplomado y encogido sobre la

acera unos días antes, aquellos hombres inertes y lívidos que tenía a sus pies transmitían una sensación espantosamente real. Contempló aquellas cáscaras vacías de personas que, hasta hacía un cuarto de hora, eran seres humanos que respiraban y soñaban, y entendió el verdadero poder que tenían las armas. Una minúscula bala disparada desde la distancia y alguien podía desaparecer para siempre.

—Hasta nunca.

Uno de los hombres del señor Kammler le dio una patada al cuerpo más cercano, que rodó impotente a la vez que un brazo caía inerte sobre el suelo del almacén. Hana se estremeció. Sí, era un nazi, y sí, de no estar muerto en el suelo, lo más probable era que ellos ocuparan su lugar, pero, a pesar de todo, era una vida perdida. Bór se adelantó.

—Trate a los muertos con respeto, por favor —dijo con severidad —. Puede que sea un nazi, pero también es el hijo de alguien.

—Pues es una pena que no lo educaran mejor —masculló el hombre, pero retrocedió.

Bór se miró el reloj.

—Muy bien, son las 1630. Tenemos que volver arriba. Mañana los enterraremos.

—¿Enterrarlos? —protestó otro hombre—. No veo por qué deberíamos mostrarles respeto cuando ellos no nos han tenido ninguno durante los últimos cinco años.

—Ah, ¿no lo entiendes? —Bór le dedicó una mirada de preocupación—. Lo lamento, pero, en mi opinión, lo que tratamos de hacer es devolver la justicia y la ecuanimidad a Varsovia, y deberíamos comenzar desde ya.

El hombre cambió el peso de pierna, inquieto. Bór se limitó a echar otro vistazo a su reloj y paseó la mirada por el almacén, pero seguía sin haber ni rastro de los defensores de élite.

—Vamos —dijo mientras se encogía de hombros—, tenemos que prepararnos para la hora W y, por lo que parece, tendremos que afrontarla solos.

Echó a andar a zancadas por el almacén de la planta baja y subió de nuevo por la escalera, seguido apresuradamente por Hana.

—Lo siento, señor —jadeó ella mientras trataba de no quedarse atrás.

Él la miró.

—¿Por qué?

—Por no haber entregado la orden a tiempo.

Él meneó la cabeza.

—No, Fiolet, el que lo siente soy yo por no haberla dado antes, pero si algo he aprendido después de tantos años en el ejército es que los lamentos, al menos durante la batalla, son una pérdida de tiempo. Lo único que importa ahora es la situación actual, y debemos lidiar con ella de la mejor manera posible para asegurarnos de que la próxima sea más favorable. No me cabe duda de que nuestro pelotón está dándolo todo para llegar aquí y, hasta que lo haga, tenemos a Kammler y sus hombres, que conocen al dedillo esta fábrica y están entrenados para matar, como ya han demostrado. Además, el resultado ya no depende solo de nosotros, sino de todos los valientes miembros del AK. Ven, acércate conmigo a la ventana y vamos a mirar cómo empieza el levantamiento.

Hana hizo lo que le mandaba, asombrada de estar compartiendo aquel momento crucial de la historia con gente tan importante. El comandante era un hombre fascinante, de una calma inescrutable, pero con un halo de energía que irradiaba de él. Había oído decir que tenía una esposa en Varsovia, pero que vivían separados para pasar desapercibidos, y solo se veían una vez a la semana. Aun así, la pobre mujer había dado a luz en una ocasión durante la ocupación y en aquel momento estaba embarazada de nuevo. Se rumoreaba que se había negado a abandonar la ciudad y, para el comandante, el hecho de saber que estaba allí con su hijo debía de dar un carácter personal al alzamiento, aunque, si era así, no se le notaba.

De pie a su lado, Hana pensó en Orla en su hospital; en Zuzi, lista para atacar la torre Prudential, y en la bandera de Babcia, preparada para ondear con optimismo desde lo alto del edificio. El

habitual miedo protector, que experimentaba cuando pensaba en sus hermanas pequeñas le encogió el corazón, y deseó que su única preocupación fuera que no hubieran elegido un novio adecuado, pero aquellas no eran las cartas que Dios les había repartido. Rezó para que su madre y su hermano estuvieran a salvo en Wola, y su abuela, junto a su ventana en Stare Miasto para ver cómo saltaban las chispas cuando, de un momento a otro, el reloj de la catedral diera las cinco. Miró hacia el cielo, de un azul sereno con varias bandas de nubes sobre el Vístula, y pidió protección a Dios y, como siempre, a Emil. Seguramente era una blasfemia incluir en la misma oración a su prometido y al Todopoderoso, pero le resultaba reconfortante y en aquellos tiempos tan difíciles que les había tocado vivir no parecía un pecado tan grave.

Hana cerró los ojos y se puso a darle vueltas a su anillo mientras se imaginaba a Emil al día siguiente, cuando la noticia del levantamiento de la capital llegara a su base en el talón de Italia. ¿Lo mandarían de inmediato al norte junto con el resto de sus compañeros pilotos? El Ejército Rojo debía de estar ocupando las bases aéreas de los nazis a medida que avanzaba, así que podrían utilizar alguna. La idea de tener cerca a su prometido, al que hacía cinco años que no veía, era emocionante, y Hana se agarró al alféizar de la ventana mientras, abajo, la ciudad esperaba.

Y entonces la primera campanada del reloj de la catedral que daba las cinco atravesó la tarde de verano. Aunque faltaban cuatro, el sonido quedó ahogado cuando Varsovia estalló en una explosión gigantesca; cinco campanadas perdidas en cinco años de ira y orgullo reprimidos, apuntadas a través de los cañones de las armas y disparadas con experta precisión. Por todas partes, el sol se reflejó en los miles de ventanas que se abrían para que los francotiradores pudieran empezar su trabajo letal, y los cimientos de la ciudad se sacudieron bajo el fuego de las granadas arrojadas al corazón del enemigo.

Hana pensó durante un instante en los cadáveres del piso de abajo y supo que cada grito que se elevaba de los inesperados

blancos repartidos por toda la ciudad significaba que otra persona, ya fuera alemana o polaca, acabaría bajo tierra. Se preguntó cuánta sangre podría absorber el suelo, pero no era el momento de pensar en negativo. De hecho, no era el momento de pensar en absoluto. Había llegado la hora W y, con ella, el momento de pasar a la acción después de cinco años opresivos.

DIEZ

ZUZI

Las campanadas de las cinco recorrieron hasta el último rincón del cuerpo de Zuzi. Era la música de la insurrección, y era gloriosa. Apenas había sonado la primera cuando la acompañó una orquesta de disparos y explosiones, en un estallido de ira reprimida por toda Varsovia.

—¡Adelante, chicas! —gritó Tosia, y abrió las puertas del apartamento mientras, desde arriba, los disparos de los hombres de Bartek abatían a los dos guardias frente a las imponentes puertas de la Prudential.

Zuzi no les prestó atención, salvo para asegurarse de que estaban muertos, y procedió a pegar su mina al marco de la puerta y desenrollar la mecha con rapidez. El corazón le latía con fuerza y las piernas le temblaban, y, mientras sus dedos realizaban la tarea de manera casi automática, agradeció las interminables horas de instrucción que les había dado Tosia. Sobre sus cabezas, los nazis habían abierto las ventanas para disparar a los efectivos del AK del edificio de enfrente, pero no habían mirado hacia abajo y, en consecuencia, no habían detectado a la Minerki.

Zuzi se pegó a la pared y acercó una cerilla a la mecha mientras Roza hacía lo mismo a su lado y, enfrente, otras dos chicas encendían su extremo. Fascinada, Zuzi observó que las llamas recorrían alegremente los cabos y se preparó para la incorporación de la Minerki a la orquesta del levantamiento. Las puertas estallaron

y el cristal se hizo añicos, de modo que Zuzi tuvo que ponerse de cara a los ladrillos para evitar que las esquirlas le alcanzaran el rostro, y, aunque notó una serie de pinchazos en la espalda, como llevaba la vieja chaqueta del uniforme de su padre, que Orla había adaptado a su tamaño, el cristal apenas hizo mella en la gruesa tela.

—Bien hecho —gritó Bartek mientras guiaba a sus hombres al interior.

Eran unos sesenta y se dividieron en pequeños grupos que se desplegaron en abanico para abrir el camino por el edificio mientras daban caza a los nazis. Al pasar junto a ellas, Tosia hizo una seña a la Minerki para que siguiera al principal pelotón de Bartek, compuesto por veinte hombres, y Zuzi sintió el primer escalofrío de miedo. No habían llevado a cabo entrenamiento alguno para la siguiente fase de la operación, porque no tenían ni idea de a qué se enfrentarían. La información de la que disponían señalaba que un grupo reducido aunque bien entrenado de nazis defendía el edificio, pero, de ser así, lo hacían desde los pisos superiores, ya que el gran vestíbulo de entrada estaba desierto.

—Por aquí.

Bartek les hizo señas para que subieran por la amplia escalera y los hombres lo hicieron pegados a la pared, con las armas adelantadas cada vez que tomaban una curva, seguidos por Zuzi y las demás chicas. El estruendo de la batalla seguía resonando por toda Varsovia, pero, dentro de aquel edificio, el más importante de todos, reinaba un silencio sobrecogedor.

—La puerta —siseó Bartek, mirando a Tosia a través de sus hombres.

Ella asintió y dio un empujoncito a Zuzi y Roza, que se adelantaron entre los hombres para pegar explosivos plásticos en las bisagras e insertar un detonador, para luego proceder a desenrollar el cable hasta una distancia segura y encenderlo.

—Agachaos —susurró Zuzi a los hombres que la rodeaban, y observó con satisfacción cómo todos se apresuraban a obedecerla mientras ella prendía la mecha.

Aquella puerta también reventó al primer intento y el AK entró a la carrera, pero la enorme estancia estaba desierta salvo por un cuerpo desplomado junto a la ventana. Alguien salió disparado para coger con júbilo una gran metralleta Sten, pero no era el momento de recrearse en aquellos pequeños hallazgos. Estaban allí para tomar el edificio.

Lenta y meticulosamente recorrieron las habitaciones de aquel piso. El edificio era enorme y los defensores alemanes parecían ir en parejas.

—Atrapados como moscas en una telaraña —gruñó uno de los hombres del AK mientras adelantaba a Zuzi para abatir a dos a tiros, con las armas que había arrebatado a sus compañeros.

Una vez despejada la primera planta, continuaron subiendo para hacer lo propio con las siguientes. Hacía calor y, a través de las ventanas que alguien había dejado abiertas en los rellanos para que corriera el aire, Zuzi oía gritos de triunfo y dolor tanto en polaco como en alemán, y se preguntó cómo le iría al AK en otras partes de la ciudad. Pero ya habría tiempo para ponerse al día al final del primer ataque; por el momento, debía centrarse en su objetivo.

Tocó la bandera de Babcia Kamilla que llevaba metida en la cinturilla y miró hacia arriba. Las escaleras se elevaban en espiral hacia una apertura acristalada que había en lo alto y, durante un fugaz momento, Zuzi pensó que a Harta le interesaría aquel detalle —su hermana no se cansaba de hablarles de algo que llamaba «claraboyas»—, pero no era momento de prestar atención al diseño de interiores.

—Vamos —instó a sus compañeras, y todas avanzaron.

Otra curva en la escalera, otro rellano, otra puerta. Zuzi y Roza corrieron de nuevo a pegar los explosivos plásticos en las bisagras, pero, mientras introducían los detonadores en la masilla, una metralleta empezó a retumbar al otro lado. Una salva de proyectiles atravesó la puerta mientras Zuzi se encogía y se alejaba, pero Roza fue demasiado lenta y cayó hacia atrás mientras la sangre brotaba por los agujeros abiertos en su estómago.

—¡Roza! —exclamó Zuzi, al tiempo que intentaba arrastrarse hacia su amiga, pero Tosia la agarró mientras más balas atravesaban la puerta e impactaban en el cuerpo postrado de la chica—. ¡Roza! —repitió Zuzi, aunque en esta ocasión el grito le salió en forma de sollozo.

Su amiga estaba allí tendida, mirando con ojos desprovistos de vida la interminable escalera mientras la sangre abandonaba su cuerpo como a través de un colador, y a Zuzi empezó a temblarle de nuevo todo el cuerpo.

—Podría haber sido yo —gimió.

—Pero no lo has sido —repuso Tosia con sequedad—. Siento ser tan dura, pero tienes que ser fuerte. Ya habrá tiempo para lamentarnos después, y procuremos no tener que llorar la muerte de muchas más.

Aunque lo que decía tenía sentido, allí atrapadas en la escalera y rodeadas de enemigos el miedo parecía una repuesta mucho más lógica. Zuzi miró hacia abajo, pero varios nazis habían salido de sus escondites e intercambiaban disparos con los hombres del AK en la habitación de debajo. No había escapatoria; tenían que seguir adelante.

—¿Puedes encender eso? —preguntó Bartek, señalando la mecha que colgaba inerte de la puerta acribillada.

Zuzi cogió sus cerillas con manos trémulas, pero la primera se atascó en la caja y se partió en dos.

—Con calma —dijo Bartek, aunque no pudo evitar mirar con nerviosismo a sus hombres, dispuestos en fila por la escalera como patos en una atracción de feria.

Contaban con Zuzi para que cumpliera su cometido deprisa y bien.

Esta encendió la segunda cerilla, que prendió con facilidad, la acercó a la mecha mientras trataba de tranquilizarse y tiró de Bartek para que bajara varios escalones, mientras la llama crepitaba jovialmente hacia el explosivo, que estalló con gran estruendo. Los hombres pasaron junto a ella la carrera, disparando hacia la

habitación, y, aunque uno de ellos cayó muerto, como si se entregara a Roza para acompañarla en la sombría danza de la eternidad, consiguieron hacerse con el control de la planta sin mayores problemas y se pararon a recuperar el aliento. Dos jóvenes con los ojos muy brillantes subieron por la escalera para explorar el terreno y regresaron al cabo de un minuto.

—El grueso de la guarnición está en el quinto piso, señor. Parece que se están preparando para resistir.

—Buen trabajo. —Bartek le dio una palmada en la espalda—. Vamos a asegurarnos de que sea la última vez que se resisten a algo, ¿de acuerdo, chicos?

La baladronada forzada debería haber sonado ridícula, pero, con el sonido de disparos que reverberaba por el inmenso edificio y el enemigo escondido quién sabía dónde, Zuzi sintió que la espoleaba.

—Despedíos de Varsovia —susurró en la dirección aproximada en la que se hallaban los nazis—. Es nuestra. Es toda…

Un disparo procedente de arriba rebotó en la barandilla de hierro que había junto a Zuzi, que se pegó a la pared a la vez que su bravuconería se esfumaba. Tosia arrojó una granada, acompañada de una larga ristra de insultos, en dirección al origen del disparo, y un grito de dolor les indicó que había dado en el blanco.

—Está bien —dijo Bartek—, ¡vamos!

Subieron la escalera como un huracán, disparando a todo el que se cruzaba en su camino y cogiendo las armas de los nazis a los que abatían. En la tercera planta a Zuzi le plantaron una metralleta en las manos y tuvo que reconocer que, aunque su poder despiadado la aterrorizaba, sujetarla le daba valor.

—¡Cuidado!

Tres soldados enemigos salieron de una habitación trasera y Zuzi cayó de rodillas y apretó el gatillo. Una ráfaga de munición la derribó de espaldas, pero sus atacantes cayeron abatidos, no sabía si por sus proyectiles o por los de los demás, y ella se alegró. Durante su instrucción les habían enseñado el funcionamiento de todo tipo de armas, pero estudiar su mecánica no tenía nada que ver con

disparar una bala al corazón de alguien, y Zuzi experimentó un deseo más intenso que nunca de huir de aquel espantoso edificio y correr a su casa para refugiarse en la acogedora calidez de levadura de su amada panadería, la Piekarnia Dąbrowska, y la seguridad de su familia.

—Ha llegado el momento del arreón —dijo Bartek—. Podemos hacerlo. No os separéis y esperad a recibir órdenes.

A medida que subían se iban quedando sin más vías de escape que las puertas del cielo. La imagen de Roza acribillada por las balas merodeaba en el borde del campo visual de Zuzi, pero no podía dejar que se interpusiera en su camino. Ahora, todo se desarrollaba a buen ritmo. De manera automática, colocó los explosivos en las puertas del quinto piso, insertó los detonadores, desenrolló la mecha, encendió el extremo. De manera automática, siguió a Tosia en la retaguardia de la carga del AK sobre la guarnición que había ocupado la torre Prudential durante cinco largos años. De manera automática, lanzó granadas hacia su posición, detrás de una barricada hecha con una mesa tosca, y se arrojó al suelo para protegerse de la detonación.

Tenía la boca llena de polvo y humo, los oídos le pitaban por las explosiones y los ojos le escocían por el aire acre, pero seguía con vida. Cuando por fin el fuego cesó y el humo se disipó, se encontró en medio del pequeño grupo de Bartek, cuyos miembros paseaban la mirada por el edificio vacío con expresión de desconcierto. Por lo que parecía, la victoria no iba acompañada de trompetas, ni siquiera de vítores, sino de silencio. Un hermoso silencio.

—¿Lo hemos logrado? —jadeó Zuzi—. ¿Es nuestro?

—Tenemos que peinar el edificio —dijo Bartek con cautela—, pero sí, eso parece. Bien hecho. Muy bien hecho, todos.

Se lo veía aturdido, y Zuzi sabía exactamente cómo se sentía. No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido, pero la luz parecía estar apagándose en el cielo de Varsovia.

—¡El tejado! —gritó—. ¡Tenemos que alcanzar el tejado!

Bartek encabezó la marcha, obligándolos a avanzar a un ritmo

prudente mientras comprobaba todas las entradas en busca de enemigos al acecho. Un hombre se colocó de un salto frente a ellos y, para su bochorno, Zuzi dejó escapar un grito, pero él tenía las manos levantadas y pedía clemencia en alemán, en un balbuceo teñido por el miedo. Bartek lo hizo prisionero, le ató las muñecas con una cuerda y tiró de él, como si fuera un perro, por el último tramo de escalera.

La puerta estaba abierta y, al cruzarla, Zuzi se encontró en un espacio plano al aire libre con vistas panorámicas de Varsovia en todas direcciones. El sol se estaba poniendo en el horizonte y teñía la ciudad de un rojo sangriento muy adecuado para la situación. Cabía la posibilidad de que los alemanes hubieran repelido el ataque del AK y de que, en aquel mismo momento, estuvieran de camino a la Prudential. En ese caso, serían ellos los que estarían atrapados como moscas en una telaraña y todas sus horas de lucha no habrían servido para nada.

—¿La bandera, Żelazo?

La voz seca de Tosia la sacó de su estado de pánico, y Zuzi se volvió y le hizo un saludo formal mientras se sacudía de encima sus absurdos miedos.

—La tengo aquí, señora.

—Excelente. ¡Icémosla en este mástil y mostremos a todos que Varsovia vuelve a ser polaca!

Zuzi sonrió y corrió a ayudar a sus compañeras de la Minerki a arriar la odiada esvástica nazi. Dieciocho de las veinte componentes originales habían sobrevivido, con las únicas bajas de Roza, a la que habían abatido en la escalera, y la joven Nina, que había sucumbido en la lucha por el quinto piso. Ahora, sin embargo, se hallaban en lo más alto del edificio y, en honor a sus compañeras caídas, debían anunciar a gritos su triunfo a la ciudad.

—Los veo levantar barricadas —gritó uno de los miembros del AK, que oteaba la ciudad con unos prismáticos—. Eso debe de significar que hemos tomado parte de Varsovia.

—Por aquí también —gritó otro desde el extremo más alejado, y

a Zuzi se le hinchó el corazón.

Acompañada de las demás chicas, arrancó la bandera nazi de las cuerdas y ató en su lugar su sencilla bandera roja y blanca. Al acordarse de que Babcia Kamilla se la había desenrollado de debajo de su falda la mañana anterior, cuando Varsovia era todavía una ciudad ocupada, sintió que la inundaba una sensación que creyó identificar como de libertad. Se puso a tirar de las cuerdas para izarla hasta lo más alto del mástil, donde la brisa vespertina la hizo ondear con orgullo sobre su ciudad como un símbolo para todos. A Zuzi le pareció escuchar vítores desde la calle y, con una mano apoyada en el mástil para mantener el equilibrio, lanzó su propio grito.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Somos libres!

—Hemos dado el primer paso hacia la libertad —la corrigió Bartek con prudencia.

Sin embargo, él también tenía una sonrisa en el rostro y cogió a Zuzi de las manos para bailar con ella dando brincos como un loco por el tejado de la torre Prudential. Los pies se les enredaron con la bandera nazi, que revoloteaba sobre las losas, y Zuzi sacó J su cuchillo y empezó a hacerla jirones.

—¡Fuera de nuestra ciudad! —gritó, mientras arrojaba un pedazo al viento—. ¡Fuera, fuera, fuera!

Por el oeste, el sol se ponía corriendo el telón sobre el primer día del levantamiento, mientras que, por el este, las hogueras se encendían en el campamento ruso. Los líderes del Ejército Rojo verían la bandera y sabrían que, tal y como había reclamado Moscú, los polacos se habían sublevado para allanar el camino de la artillería rusa y expulsar así por completo a los alemanes de la ciudad. El final del levantamiento estaba todavía muy lejos, pero ese día habían luchado y habían vencido. Varsovia volvía a ser suya y, por más batallas que les quedaran por delante, nada ni nadie iba a robarle a Zuzi la ilusión.

ONCE

ORLA

—¡La bandera! —La puerta del hospital clandestino se abrió de par en par y Alicja apareció con los ojos brillantes y Daniella con un pañuelo largo sujeto al pecho—. He visto la bandera.

Dejó la puerta abierta en un gesto desafiante y cogió a Orla de la mano para tirar de ella escalera arriba. Por extraño que resultara hacer algo tan impulsivo, cuando salieron a la calle dando traspiés no vieron a ningún alemán. Los soldados del AK disparaban desde las ventanas del extremo más alejado de la calle, pero, detrás de ellas, el sol se ponía tras los edificios de una Varsovia que se estaba llenando poco a poco de civiles curiosos y cautelosos.

—Mira, ¡ahí arriba!

Alicja señaló hacia el sur y Orla dejó vagar la mirada por los tejados de la ciudad hasta fijarla en la inmensa torre Prudential. En efecto, en lo alto del edificio, ondeando a la luz rosácea del crepúsculo, había una bandera polaca igual de inmensa.

—¡Zuzi! —jadeó Orla.

Alguien le pasó unos prismáticos y ella los enfocó con entusiasmo hacia aquella gloriosa imagen. Al pie del mástil, un grupo de figuras delgadas se recortaba sobre el cielo, proclamando por fin la independencia de Polonia, y Orla entornó los ojos para distinguirlas bien mientras rezaba para que una de ellas fuera su hermana. Habría podido quedarse mirando eternamente, pero había más gente impaciente por usar los prismáticos, así que los devolvió

dando las gracias y abrazó a Alicja.

—¡Lo han logrado! —exclamó.

—Ha salido bien —dijo Alicja, mientras acariciaba la cabeza de su hija.

Al percibir la incredulidad en la voz de su nueva amiga, Orla se dio cuenta de hasta qué punto todos habían temido que no fuera así. Aunque todavía se oían explosiones por toda la ciudad, estaban en medio de la calle, acompañadas por sus vecinos, libres para decir y hacer lo que quisieran por primera vez desde que Orla cumplió trece años. Era como si alguien le hubiera arrojado un cubo de agua fría en un bochornoso día de verano, y Orla echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—¡Lo han logrado!

Desde lo alto de la torre empezaron a caer pedazos de alguna cosa.

—¿Qué es eso? —le preguntó Alicja al hombre que tenía los prismáticos.

Él miró a través de ellos y sonrió de oreja a oreja.

—Es la bandera nazi. Están haciendo trizas la bandera nazi.

Orla sonrió aún con más ganas. Sin lugar a dudas, tenía que ser Zuzi. Sin poder borrar la sonrisa de su cara, contempló las diminutas figuras que arrojaban la esvástica desgarrada por los aires. No veía el momento de volver a la panadería y que sus hermanas le contaran sus experiencias durante la hora W, que seguramente serían más emocionantes que la de ella, que se había pasado el rato sentada junto a un montón de camas vacías esperando noticias. Las de Zuzi y Hana serían la clase de historias con las que agasajar a un padre orgulloso y Orla se sintió inepta, algo que le sucedía a menudo, hasta que se recordó que en un hospital era mejor tener camas vacías que llenas. Además, tampoco necesitaba nada más emocionante que aquella sensación de libertad.

Enfrente del hospital alguien abrió una ventana y colocó sobre el alféizar un gramófono por el que, para regocijo de la gente de la calle, empezaron a sonar en bucle los gloriosos y vibrantes

compases de Chopin. Durante años la música del compositor más importante de la ciudad había estado prohibida y ahora las hermosas notas parecieron danzar en el aire. Orla cogió a Alicja de las manos y ambas se pusieron a bailar dando vueltas, con la pequeña Nella entre ellas, pero su alegría se vio interrumpida por el tintineo de la campana de una ambulancia, que dobló por la esquina a toda velocidad.

—¡Enfermera! Ven aquí ahora mismo.

La voz de la hermana Maria no admitía réplica y Orla soltó las manos de Alicja y corrió de vuelta al hospital, mientras dos chicas bajaban de un salto de la furgoneta y abrían las puertas traseras. Dentro, tendidos en camillas instaladas a ambos lados como si fueran literas, había cuatro hombres jóvenes que gimoteaban de dolor mientras se agarraban las heridas, de las que goteaba sangre sobre el suelo metálico.

—Hay más en camino —dijo una de las chicas—. Muchos más.

A Orla se le revolvió el estómago y sintió una oleada de náuseas, pero los hombres estaban sufriendo y debía actuar con rapidez. Contuvo el aliento para intentar bloquear el olor metálico de la sangre, se metió en la furgoneta y se inclinó sobre el primer paciente.

—Vamos a ocuparnos de ti —le dijo—. Tenemos que sacarte y seguramente te va a doler, pero dentro hay médicos fabulosos que te curarán.

El joven le dedicó una mirada esperanzada y Orla rezó para no estar contándole una mentira. Cogió la camilla por un lado mientras la conductora la cogía por el otro, y al sacarlo a la luz crepuscular vio que su pierna izquierda estaba aplastada por debajo de la rodilla y tenía muy mal aspecto. Volvió a sentir náuseas y, mientras se apresuraban a llevarlo adentro, volvió a mirar la bandera que ondeaba con orgullo sobre Varsovia y se preguntó qué precio iban a tener que pagar por aquella vertiginosa sensación de libertad.

—Hay que operar. —Bronisław miró la pierna y luego a Orla, que estaba al otro lado de la mesa—. ¿Puedes ayudar?

Orla vaciló. Habían metido al primer hombre en el hospital, pero detrás de este venían más, en ambulancia, en camilla o apoyados en los hombros de sus asustados amigos. Muchos eran jóvenes, chicos con los que Orla habría estado compartiendo el último año de escuela de no ser por la ocupación, y que ahora se desangraban ante sus ojos.

—¿Lania? ¡Orla!

Al oír su nombre real, salió de sus ensoñaciones y chasqueó la lengua en señal de desaprobación con ella misma. Ahora que ya no tenían que esconderse, no había necesidad de usar nombres en clave, pero sí de pasar a la acción.

—Claro, doctor —dijo, y agradeció que él le dedicara una sonrisa.

—Podemos hacerlo. No nos queda otra.

Ella asintió, apretó la mandíbula y se obligó a no llorar mientras Bronisław hacía un torniquete por encima de la rodilla del pobre muchacho.

—¿Qué quieres que haga?

Él hizo una mueca.

—Quiero que presiones aquí, a la altura del muslo, y que le levantes el pie para que pueda agarrarlo bien.

Orla miró el pie desfigurado y se maldijo por haber optado por ser enfermera. Sabía que era demasiado blanda para hacer volar a gente por los aires, pero no había tenido en cuenta que, a cambio, tendría que lidiar con las consecuencias de esas explosiones. Se acordó de la descripción que había hecho la hermana Maria de las heridas a las que tendrían que enfrentarse. Entonces había pensado que la enfermera jefa adornaba la explicación para asustarlas, tratando tal vez de exagerar sus propias experiencias durante la Gran Guerra, pero en realidad no les había contado ni la mitad. Deseó poder escapar del hospital e irse a su casa, pero aquel

muchacho estaba sufriendo y no podía darle la espalda.

Bronisław cogió una jeringuilla y le inyectó al paciente una cantidad medida con meticulosidad de sus limitadas provisiones de morfina. El chico estaba ya medio inconsciente y la droga le dibujó una sonrisa atontada en el rostro.

—Esto va a doler —le advirtió Bronisław.

—Va a doler —convino él, pero cuando el médico empuñó la sierra con su borde afilado, se le saltaron las lágrimas.

—Creo que no…

—¡Enfermera!

Bronisław introdujo un palo en la boca del chico y le hizo señas urgentes a Orla para que se adelantara. Ella intentó no pensar en nada más que en sus instrucciones directas y, tras colocar una mano sobre el muslo del muchacho, agarró con un estremecimiento el hueso que sobresalía de su pie. Al instante, él dejó escapar un chillido y escupió el palo, pero eso no fue nada comparado con el rugido de dolor que soltó cuando Bronisław aplicó la sierra sobre su carne.

—Sujétalo bien; que no se mueva —jadeó el médico—. Cuanto antes acabemos, mejor.

Orla lo agarró con fuerza mientras cerraba los ojos y procuraba evadirse de la situación. Se esforzó por visualizar todos los lugares que la hacían feliz: la parte de atrás de la panadería, un bosque lleno de ciervos, los rostros de su familia, pero nada lograba atravesar la angustia de aquel hombre al que estaba ayudando a mutilar.

«Ayudando a vivir», se recordó, pero en ese momento Bronisław efectuó el último corte y Orla se quedó con la mitad inferior de la pierna en la mano.

Abrió los ojos y, tras dejarla caer al suelo, se tambaleó hasta apoyarse en la mesa de operaciones mientras tomaba aire a un ritmo frenético y la sala del hospital, que se estaba llenando con rapidez, parecía fragmentarse en un centenar de cuadraditos borrosos frente a ella. El hombre se había desmayado, lo cual le

ahorró el horror de experimentar la cauterización de la herida abierta con un hierro candente, pero a Orla le llegó el olor de su carne chamuscada y casi no le dio tiempo a apartarse de la mesa antes de devolver.

—Lo siento —jadeó mientras la hermana María se acercaba apresuradamente—. Lo siento mucho. Aprenderé. Mejoraré. Lo…

Notó una mano afectuosa y firme sobre su espalda.

—Lo has hecho muy bien, Orla. Muy bien. Eres una chica valiente y serás una excelente enfermera.

Orla no estaba segura de que ninguna de ambas cosas fuera cierta, pero agradeció que los gritos del hombre se hubieran acallado. Sin embargo, había más pacientes, y levantó poco a poco la cabeza para pasear la mirada por la sala atestada. Así que aquella era la realidad del levantamiento: el blanco y el rojo de la orgullosa bandera en lo alto de la torre, y su nauseabundo reflejo hecho de sangre y vendas allí abajo, en los hospitales de la ciudad. Iba a ser una noche larga.

—Limpiaré esto —dijo— y volveré al trabajo.

Corrió a buscar un cubo y una fregona, mientras las náuseas revoloteaban en su estómago y el miedo revoloteaba aún más veloz en su mente. ¿Qué era exactamente lo que habían desatado? ¿Y cómo se las iban a apañar para salir con vida?

DOCE

HANA

—¡Ha funcionado!

Fue el plácido asombro de la voz de Bór lo que hizo que Hana se diera cuenta de lo tenso que había estado el comandante del AK hasta aquel momento.

—Claro que ha funcionado, señor —dijo—. Los miembros del AK han recibido un entrenamiento excelente.

—Y sienten un amor apasionado por su país. Esa, Fiolet, ha sido nuestra ventaja esta noche.

Por los aparatos de radio colocados sobre los elegantes tocadores llegaban sin cesar mensajes de toda la ciudad que informaban de victorias: zonas conquistadas, calles capturadas, edificios incautados. No todas las noticias, sin embargo, eran buenas. En los dos puentes clave que cruzaban el Vístula, el AK se había encontrado con una defensa tan encarnizada que no había podido tomarlos, aunque sí había ocupado la mayor parte de la ciudad, incluidas las principales rutas de acceso a esos puentes, de modo que todas las conexiones de los alemanes con su frente oriental estaban amputadas. Los rusos les darían las gracias por haber allanado su camino a Varsovia.

—¿Se lo ha comunicado a los Abados, señor? —preguntó Hana.

—Lo he intentado. El transmisor de largo alcance está dando problemas, así que no estoy seguro de que les haya llegado el mensaje, pero continuaremos trabajando en ello.

Un escalofrío de desasosiego recorrió la piel de Hana. ¿Varsovia

se había sublevado y nadie lo sabía fuera de sus fronteras? Aquello parecía dejarlos en una posición precaria, pero, trasechar un vistazo a los técnicos que trabajaban frenéticamente en la radio grande de la esquina, supo que la superarían con la misma efectividad con la que habían conquistado gran parte de su ciudad esa noche.

—Por la mañana —dijo Bór en tono confiado—, podré mandar a Londres una verdadera evaluación de la situación sobre el terreno y pedir apoyo a las fuerzas aliadas. Al fin y al cabo, no vamos a pedirles más que a nuestros hombres. En el Ejército Rojo hay numerosos soldados polacos y, por supuesto, nuestros pilotos llevan mucho tiempo efectuando valientes misiones con la RAE Ahora que Varsovia es libre, pueden volver a casa.

Hana cerró los ojos y saboreó las palabras: ¡«Volver a casa»! A lo largo de los último cinco años habían sido muchas las veces en que había sentido el deseo de pedirle a Emil que volviera a casa, a su lado, y si no lo había hecho era solo porque sabía que eso lo pondría en peligro. Muy al principio, él se lo había propuesto y se había ofrecido a regresar a Varsovia con un nombre falso para trabajar como obrero.

«No me importa qué trabajo tenga que hacer, si cada noche vuelvo a casa y estás tú», había escrito, y, aunque el corazón de Hana se había puesto a cantar al leer sus palabras, había tenido en cuenta algo que él había pasado por alto: la brutalidad con la que trataban los nazis a cualquiera que brillara. Y Emil brillaba más que los fuegos artificiales de Fin de Año, así que con gran pesar Hana le había escrito para advertirle de que debía quedarse en Inglaterra y asegurarle que, un día, podría volver a casa con ella. ¿Acaso había llegado finalmente ese día? ¿Era posible que, a la semana siguiente, Hana danzara en un salón de baile que ya no estuviera reservado a los alemanes, rodeada por los brazos de Emil y…?

—¡Enemigo arriba! ¡Enemigo arriba! —Uno de los hombres de Kammler entró corriendo en la habitación—. Todo el mundo a cubierto.

Hana se metió debajo de un escritorio y todas las imágenes de

bailes y salones se esfumaron al instante.

Bór se adelantó.

—¿Qué quiere decir con «arriba»?

—En la buhardilla, comandante, señor. ¡Han entrado por el tejado!

Saltaba a la vista que el hombre había sucumbido al pánico y Bór desenfundó su pistola mientras mascullaba una maldición cortante y lo apartaba de un empujón. Hana había visto las buhardillas mientras recorrían el edificio al llegar; se trataba de alargados trasteros de techo bajo ubicados debajo de los aleros, iluminados por mansardas que se abrían a ambos lados. Se pegó a un lateral del escritorio mientras imaginaba a las tropas de asalto de la SS abatiéndose sobre ellos y, tras coger el rosario que llevaba en el cinturón, empezó a pasar las reconfortantes cuentas y procuró respirar a medida que el sonido de los disparos se acercaba por la escalera.

—Mama —gimoteó.

El tiroteo ganó intensidad. ¿Cuántos eran? ¿Se estaría repitiendo la misma escena por toda Varsovia? ¿Serían sus hermanas ya cadáveres inertes y huecos, desprovistos de…?

«¡Basta!», se dijo a sí misma.

La histeria no iba a servir de nada, ni a ella ni a nadie. Tenía que pelear y protegerse. Se preguntó qué haría Babcia Kamilla en su situación y, tras deslizarse hacia la parte delantera del escritorio, paseó la mirada por la habitación. Detrás de la puerta, Kammler había colocado un elegante perchero de roble del que colgaban varios paraguas y bastones con puños ornamentados, y Hana salió disparada para coger uno antes de meterse en el estrecho hueco que quedaba entre dos armarios.

Los hombres que la rodeaban estaban en posición, con las armas apuntando a la puerta, pero el enfrentamiento continuaba por encima de sus cabezas y el repiqueteo de los disparos y los estallidos de las granadas resonaban en una ciudad asolada por los mismos sonidos de muerte. Hana intentó respirar, pero en ese

momento le vino a la cabeza la imagen de Marek desangrándose con un agujero de bala en el estómago. No quería morir así.

Entonces, en medio del caos, se escuchó una hermosa canción; una voz apagada que, con una seguridad gloriosa, decía en un polaco alto y claro:

—La división Radosław se presenta para el servicio, comandante Bór, señor. Disculpas por el retraso.

Alrededor de Hana, los hombres del Consejo Nacional bajaron sus pistolas y se acercaron a estrechar la mano del escuadrón de jóvenes que entraba a zancadas en la habitación. Hana se quedó mirándolos mientras se sacudían el polvo de los brazaletes rojos y blancos y contaban cómo habían avanzado a rastras por buhardillas y tejados para llegar a su puesto, justo a tiempo para detener a los alemanes que intentaban hacer lo mismo.

—Tenemos a todos los centinelas en sus puestos, señor —anunció el líder—. El edificio está bajo nuestro control.

—Bien hecho —les dijo Bór—. Ahora vamos a ver cuál es la situación en el resto de la ciudad.

Regresó junto a la ventana como si, pensó Hana sin fuerzas, hubiera acudido al teatro a ver una representación nocturna. Ella tenía las piernas tan débiles que no habrían podido soportar su peso de no ser por el sólido roble de los armarios en los que se apoyaba, y se quedó en su escondite tratando de llenar de aire sus oprimidos pulmones hasta que el líder del AK que estaba junto a Bór señaló por la ventana.

—Mire, señor, ¡la bandera! ¡Hemos izado la bandera de Polonia!

La alegría se apoderó de Hana, que salió disparada para unirse a los hombres que se encontraban junto al cristal; y en efecto, allí, en el corazón mismo de Varsovia, ondeaba con orgullo bajo el creciente viento la bandera roja y blanca que había visto por última vez bajo la falda de su abuela.

—Alabado sea Dios —dijo con voz entrecortada—. Lo has hecho, Zuzi; lo has logrado.

—Fiolet —la llamó Bór, devolviéndola a la realidad con una

sonrisa—. ¿Cómo te llamas en realidad?

—¿Mi nombre real?

—Eso es. Ahora ya no hay necesidad de subterfugios, ¿no te parece? Somos libres; o, cuando menos, estamos luchando con libertad.

Ella asintió, incapaz de asimilarlo todo.

—Me llamo Hana, señor.

—Excelente. Bien, Hana, ha llegado el momento de enviar nuestro mensaje.

Bór se acercó a su escritorio y cogió un bolígrafo, con el que procedió a escribir con trazos enérgicos:

> *Ciudadanos de Varsovia, os pedimos que os alzarais y os habéis alzado con toda la fuerza de vuestros cuerpos y el coraje de vuestras almas. El Consejo Nacional os aplaude. Gran parte de la ciudad está en nuestras manos y debemos defenderla con resiliencia y valor durante unos días, hasta que las fuerzas aliadas vengan en nuestra ayuda con su artillería. Pero hoy, Varsovia ha sido conquistada gracias a la voluntad de vuestro inmenso corazón. Que Dios os bendiga y os guarde a todos.*
>
> *Comandante Bór*

Hana lo leyó una y otra vez mientras se hacían copias y se sellaban, y después de que un centinela le abriera la puerta, salió sobrecogida a una calle por la que ya no patrullaban alemanes. Se habían acabado los subterfugios, la inquietud alrededor de los puestos de control y los mensajes escondidos en el pan duro. Tendría que encontrar una ruta segura para desplazarse, pero ya había visto hombres del AK apostados en todas las esquinas para marcar su territorio, así que echó a andar sosteniendo en alto el mensaje.

Mientras recorría Varsovia en medio de la oscuridad de la noche,

experimentó una sensación extraña pero alentadora. Enseguida se dio cuenta de que el AK había asegurado una zona inmensa de varios kilómetros cuadrados, que englobaba Żoliborz en el norte, Czerniaków en el sur, Stare Miasto y Śródmieście en el centro, y su querido Wola en el oeste. Por todas partes, los soldados levantaban barricadas entre silbidos y la gente se aventuraba a salir a la calle para saborear su recién adquirida libertad y contribuir a afianzarla durante los días siguientes.

Aunque todavía persistía el peligro de los francotiradores nazis que se escondían en los bloques de pisos y varias plazas fuertes que habían logrado conservar, Hana tenía un nítido mapa mental de su ciudad natal y no le costó trazar las mejores rutas entre los diversos centros del AK. Al amanecer, había entregado el mensaje de gratitud y esperanza de Bór a todas las zonas que le habían asignado, y pudo marcharse a casa. Luego tendría que regresar al trabajo, pero, por el momento, el cuerpo le pedía descansar.

Agradecida, se dirigió hacia el oeste. A su espalda, el sol salía con la promesa de un glorioso día de verano, pero lo único que quería Hana era meterse en la cama. Pensó en el gran y mullido colchón de matrimonio que compartía con sus hermanas bajo el alerón del tejado de la panadería, y la invadió el miedo. ¿Y si una de ellas no había sobrevivido? La Prudential había sido un destacado baluarte nazi y, aunque la bandera de Zuzi ondeaba en el tejado, no había manera de saber si la había izado ella o si alguien la había cogido de su cadáver. Ni siquiera podía dar por descontado que Orla estuviera a salvo. Hana había escuchado el rumor inverosímil de que, en su retirada, los soldados enemigos atacaban los hospitales con granadas; ¿y si una había explotado en el Juan de Dios?

Para llegar al hospital solo tenía que desviarse dos calles en su camino de regreso a casa, así que, con el corazón desbocado, giró en la esquina y se dirigió al edificio bajo y blanco. Durante aquella larga noche, había visto cadáveres suficientes para saber que muchas personas jamás se despertarían el 2 de agosto de 1944 para disfrutar de la libertad, pero la posibilidad de que una de ellas fuera

alguien de su familia era como una bala en el corazón.

Aceleró el paso mientras el miedo azotaba su cuerpo cansado, pero en ese momento la puerta se abrió y de dentro salió su hermana menor, con un aspecto tan agotado como el suyo, pero de una gloriosa y maravillosa pieza.

—¡Orla!

—¡Hana!

Se arrojaron una en brazos de la otra, intercambiando con voz entrecortada retazos de sus respectivas noches. Hana le habló a Orla de los valientes soldados que custodiaban las endebles barricadas, y Orla le describió las indescriptibles heridas. A un joven habían tenido que amputarle la pierna, y Hana se estremeció al imaginarse lo que debería sentirse cuando te cortaban una parte del cuerpo.

—No pienses en ello —la instó Orla, a la vez que entrelazaba el brazo con el de su hermana—. Aunque estemos más cerca del amanecer que del anochecer, es hora de estar todas juntas. Hemos tomado Varsovia, y ahora nos toca ir a casa.

Hana asintió. Casa… La palabra nunca le había parecido más dulce, y rezó para que la familia entera estuviera allí esperándolas.

TRECE

ORLA

Orla se aferró con fuerza al brazo de Hana antes de doblar en la esquina y ver el primer atisbo de la Piekarnia Dąbrowska.

—¡Está abierta! —exclamó con deleite.

Ambas chicas apretaron el paso y se abrieron paso entre la alegre multitud que ocupaba las calles, atraídas por el glorioso olor a pan recién hecho que indicaba que estaban en casa. El sol asomaba entre las casas y derramaba su brillante luz sobre la calzada, y Orla parpadeó mientras absorbía el júbilo que las rodeaba y que ayudaba en parte a disipar los horrores de la noche.

La oscuridad había puesto fin, cuando menos, a la mayor parte de los enfrentamientos, y eso había dado tiempo a las enfermeras para estabilizar a los pacientes que no habían sucumbido a sus heridas. La hermana Maria había improvisado un depósito de cadáveres al que, por suerte, no habían tenido que trasladar al joven sin pierna. Lo último que había hecho Orla antes de marcharse del hospital había sido ir a ver cómo estaba y, para su alegría, él había parpadeado antes de abrir los ojos y cogerle la mano.

«Gracias», había susurrado el chico entre sus labios cortados.

Orla se había apresurado a acercarle un vaso de agua.

«La mejor manera de darme las gracias es ponerte bien».

Él había bajado la vista hacia su pierna perdida y se le habían llenado los ojos de lágrimas.

«No voy a volver a luchar, ¿verdad?».

Orla había sonreído.

«Con un poco de suerte, dentro de unos días ninguno de nosotros tendrá que volver a luchar. Tú has cumplido con tu parte».

«He cumplido con mi parte», convino él, y se durmió de nuevo con una media sonrisa en el rostro.

Sus palabras habían bastado para liberar a Orla de la interminable presión que suponía administrar cuidados y, tras arrancarse el delantal, había corrido a guardarlo en la habitación del personal. Alicja estaba dentro, durmiendo acurrucada con su hija en un lecho de sábanas, y Orla les había lanzado un beso antes de salir del hospital y encontrarse, gracias a Dios, a su hermana en la calle. Y ahora, por fin, estaban en casa.

—¡Mama! —gritó abalanzándose al interior.

—¡Orla! Ah, mi preciosa Orla, estás a salvo.

—Estoy a salvo —confirmó ella—, y Hana también. —Tiró de su hermana para hacerla entrar y trató de no pensar en todos aquellos que, por desgracia, ese día no se reunirían con sus madres—. ¿Zuzi? —preguntó, nerviosa, y en ese momento alguien chocó con su espalda.

—Aquí estás, cervatilla. ¡Has llegado!

—¡Zuzi! —Orla la abrazó con tanta fuerza que los agotados brazos empezaron a temblarle, pero no importaba porque Zuzi la sujetó—. Habéis izado la bandera en el tejado.

—¡Sí!

—¿Ha sido muy duro? —preguntó Hana, al abrazarla también.

Zuzi se separó con una mueca en el semblante.

—Brutal. Han matado a dos de nuestras chicas, una delante de mis narices. Ha subido la escalera primero; si llego a ser yo, estaría…

—Pero no has sido tú —la interrumpió Orla con vehemencia—. Tú estás aquí, a salvo.

—¡Es verdad! —Zuzi irguió la espalda en un gesto ostensible—. ¿Qué tal en el hospital?

—También ha sido brutal. —Orla tragó saliva—. He tenido que

sujetarle la pierna a un hombre mientras Bronisław se la cortaba.

—¿Bronisław?

—El doctor Łukasz, aunque supongo que ya no nos hace falta usar nombres en clave.

—Tal vez no. ¿Así que se llama Bronisław?

—Sí, y es un médico excelente. Yo solo he tenido que sujetar la pierna, pero es él quien ha tenido que serrársela mientras el joven chillaba y se retorcía de dolor. Que Dios nos ayude, Zuzi; ha sido espantoso. Tenemos mucha suerte de estar aquí.

—Yo he tenido que pasar por encima de varios cadáveres para llegar a lo alto de la Prudential —dijo esta—. ¿Y sabes lo peor? Que me he acostumbrado enseguida. Al bajar, apenas me he dado cuenta.

Hana se estremeció.

—Yo ha habido un momento en que he pensado que todo había terminado para mí —explicó—. Un puñado de nazis se infiltró por las buhardillas y he tenido que… —Se obligó a continuar con expresión avergonzada—: He tenido que esconderme entre dos armarios.

—Bien hecho —dijo Magda, rodeándolas a las tres con sus fornidos brazos de panadera—. Una cosa es ser valiente y otra muy distinta ser temeraria.

—Así es —convino una voz autoritaria—. Si tenéis que morir, al menos morid bien; es lo que decía siempre vuestro abuelo.

—¡Babcia!

Su abuela entró en la habitación y les dedicó una sonrisa mientras corrían hacia ella, aunque levantó las manos para evitar cualquier intento absurdo de abrazarla.

—No hay por qué ponerse tan sentimentales. Todo ha salido como estaba planeado: el AK tiene el control de la ciudad y he visto la bandera, Zuzi; queda muy bonita ahí arriba.

—¿A que sí, Babcia?

—Todas habéis hecho un trabajo estupendo y ahora toca celebrarlo. ¿Dónde está el pequeño Jacob? ¿Qué hace metido en la cama cuando tiene una ciudad libre de la que disfrutar?

—Iré a buscarlo —dijo Magda—. Chicas, vosotras sentaos y comed.

Todas tomaron asiento de buena gana alrededor de la mesa de la cocina. Por todo Wola la gente empezaba a despertarse y sus voces se alzaban en todas las calles en una celebración llena de júbilo, pero lo único que les importaba a ellas en ese momento era que estaban juntas, que su pequeña familia estaba unida.

—Vuestro padre estaría muy orgulloso —dijo Kamilla y, si Orla no la hubiera conocido tan bien, habría jurado que se secaba una lágrima de uno de sus ojos maquillados a la perfección.

La joven alargó la mano y, para su sorpresa, su abuela se la cogió.

—Ya hemos luchado —dijo Orla—. Recemos para que, a partir de ahora, podamos dedicarnos a vivir y amar.

Sus hermanas también alargaron las manos y todas agacharon la cabeza mientras se las cogían.

—Padre Nuestro… —empezó Kamilla, pero no pudo continuar porque Magda bajó como un huracán por la escalera.

—¡No está! ¡Jacob no está!

Todas se pusieron en pie de inmediato.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Orla.

—No lo sé —gimoteó Magda—. Creía que estaba en su cuarto.

Las hermanas intercambiaron una mirada.

—El otro día me siguió —confesó Hana—. Dijo que quería involucrarse más y yo lo mandé a pintar pes y uve dobles.

—¿Te acuerdas de que a mí también me suplicó que lo dejara ir conmigo? —dijo Zuzi—. Se moría de ganas de luchar.

Orla dejó escapar un gemido.

—Pobrecito; estaba tan orgulloso de su hazaña cuando soltó las pulgas en el cine. Quería participar de manera activa; al fin y al cabo, ya tiene trece años. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde demonios se ha metido?

—Estará con cualquiera que le haya seguido la corriente —dijo Zuzi en tono sombrío, y entonces se le nubló el rostro—. Un

momento. —Corrió al cuarto que compartían las tres y volvió a bajar con gran estrépito—. Mis minas han desaparecido.

—¿Tus…? —Magda se llevó una mano a la frente—. ¿Guardabas minas en nuestra casa?

—No estaban cargadas.

—¿Jacob sabe cómo cargarlas?

—No tengo ni idea.

Zuzi corrió hacia la puerta. En la calle se había reunido una multitud y, mientras alguien reproducía el himno nacional, muchos lo cantaban a voz en grito y con orgullo. Habría sido un sonido magnífico de no ser por el miedo que sentían por su hermano pequeño.

—¿Habéis visto a Jacob? —le preguntaron a todo el mundo, mientras avanzaban entre sus vecinos.

Pero nadie lo había visto.

Orla se dejó caer sobre los peldaños que rodeaban la fuente que había en el centro de su bloque de pisos. Lo habían diseñado los innovadores arquitectos que habían regenerado Varsovia después de la Gran Guerra —Hana siempre hablaba de ello— y era un bonito espacio abierto con jardines y senderos, y la fuente en medio. Los nazis, que consideraban que los polacos no eran dignos de algo tan indulgentemente hermoso como una fuente de agua, la habían inutilizado durante los últimos cinco años, pero alguien había encontrado la llave de paso y ahora el agua borboteaba de nuevo con alegría. Los niños bailaban en ella, salpicando gotitas jubilosas, y a Orla se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a los dos chicos con los que Jacob había soltado las pulgas.

—No sirve de nada sucumbir al pánico —le dijo Babcia Kamilla.

Pero hasta ella parecía inquieta y se tiraba de las mangas de encaje con los dedos enjoyados mientras escrutaba al grupo de alegres niños en busca de su nieto. En ese momento se oyó un estruendo que venía de calle arriba, y los niños salieron de un salto de la fuente y echaron a correr para ver cuál era el origen. Las Dąbrowska los acompañaron, Orla agarrada al brazo de su madre y

rezando con todas sus fuerzas para que no se tratara de una especie de cortejo fúnebre siniestro, aunque le daba la impresión de que la gente vitoreaba demasiado para que fuera eso.

En efecto, por la calle que venía de Śródmieście bajaba un tanque alemán con un batallón de atolondrados soldados del AK en el techo y una bandera polaca ondeando en la torreta del cañón. Alguien había arrojado flores al vehículo, que parecía una llamativa carroza de carnaval, y allí, sentado a horcajadas sobre el cañón, con un casco de acero ladeado de manera desenfadada sobre su joven cabeza y los brazos levantados en un gesto de jubilosa victoria, estaba Jacob.

Orla cayó de rodillas.

—Gracias a Dios —jadeó—. Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios.

Hana y Magda se dejaron caer a su lado mientras Babcia apoyaba las manos sobre sus hombros, pero Zuzi corrió hacia su hermano pequeño, lo hizo bajar a rastras de la torreta y lo sacudió.

—¡Ni se te ocurra volver a hacerme creer que te había perdido! —chilló por encima de los gritos de celebración—. ¡Ni se te ocurra!

A continuación, tiró de él hasta donde estaban las demás, que lo rodearon y empezaron a abrazarlo mientras él intentaba escabullirse, abochornado delante de su batallón adoptivo pero, al mismo tiempo, conmovido por su preocupación.

—Venid a ver mi tanque —dijo con orgullo—. Lo he volado yo mismo con una de tus minas, Zuzi.

—Que no tendrías que haber cogido.

—Lo he volado —repitió él con terquedad—. Papa estaría orgulloso de mí.

—Así es —concedió Zuzi, dejando que su hermano tirara de ella hasta su trofeo, seguida por el resto de la familia.

Orla cerraba el grupo mirando hacia el cielo.

—Tata, si nos ves, esto va por ti. Todo esto va por ti.

Aunque lo más heroico que había hecho ella era sujetar la extremidad machacada de un pobre hombre, no importaba. Cada

uno luchaba a su manera, y lo importante no era la gloria individual, sino la libertad. Y ese día, gracias a Dios y al AK, en Varsovia se respiraba libertad. Orla solo esperaba que eso no cambiara.

CATORCE

2 DE AGOSTO

ZUZI

Zuzi se puso a horcajadas sobre la barricada para gritar su alegría al mundo. El día anterior, en lo más alto de la torre Prudential, se había sentido como una guerrera victoriosa, pero allí, en Wola, rodeada de la gente corriente de su barrio que bailaba de puro alivio, sentía una felicidad total y absoluta, lo cual le hizo darse cuenta de lo escurridiza que esta había sido durante los últimos cinco años. Sí, claro que había disfrutado de buenos momentos con su familia y sus amigos, pero siempre teñidos por el miedo a que un nazi tomara nota de su alegría y se la arrebatara con un culetazo de su Luger.

Por fin habían expulsado a los nazis a las afueras de Varsovia, donde los rusos no tardarían más de un par de días en liquidarlos a todos y completar así la liberación de la ciudad. Zuzi escuchó sobre el Vístula el retumbar de las armas del Ejército Rojo a medida que aplastaba los ínfimos refuerzos que los alemanes habían enviado para intentar detenerlos, y se alegró de poder recibirlos como conquistadores de su propia ciudad, y no como súbditos postrados o agradecidos. Pensó en los grilletes que colgaban de la pared de Babcia Kamilla y sonrió.

«No abandonéis la lucha», había dicho su padre antes de su cruel muerte, y eso era precisamente lo que estaban haciendo. El goteo de noticias sobre las victorias del AK era constante. El *boletín*

Informativo, el periódico clandestino que llevaba cinco años imprimiéndose y distribuyéndose con gran riesgo, ahora se vendía sin disimulo por las calles y cientos de personas lo compraban para leer con avidez la lista de objetivos tomados.

La mayor parte de Stare Miasto estaba asegurada después de haber echado con facilidad a los nazis de sus angostas calles, y en todas las ventanas de la bonita plaza medieval del mercado ondeaban banderas. La escena era muy parecida en el norte, en Żoliborz; en el sur, en Czerniaków; así como en su querido Wola, en el oeste. En los tres barrios habían cogido por sorpresa a los batallones nazis y los habían expulsado de extensas zonas residenciales, que ahora podían proteger con barricadas.

Los enfrentamientos más encarnizados habían tenido lugar en el centro de Śródmieście, pero el AK había logrado tomar la mayoría de los principales edificios. La Prudential encabezaba la lista de triunfos, atribuidos tanto a la unidad de Zuzi como al pelotón Kilinski de Bartek, pero había muchos más. La oficina central de correos también había caído en manos del Kilinski, y otras unidades habían tomado el ayuntamiento, el tribunal de apelaciones, el palacio Królikarnia y un enorme almacén de suministros de la SS en Stawki. Por lo que parecía, el AK había capturado la mayoría de los edificios más importantes y había establecido una imponente línea de ataque en Plac Teatralny, frente al palacio Brühl. Allí se encontraba el cuartel del teniente general Stahel, el comandante nazi de Varsovia, y, aunque el día anterior había estado demasiado bien protegido para poder tomarlo, el AK tenían asediado a Stahel y a su personal, que a efectos prácticos era lo mismo.

Tal vez el mayor éxito de todos (con la excepción de la Prudential, por supuesto) había sido la ocupación de la central eléctrica a orillas del Vístula, una operación que llevaba mucho tiempo planeándose. A lo largo del último año, los hombres del batallón Krybar se habían infiltrado en la central como trabajadores y habían introducido armas de tapadillo para poder sublevarse desde dentro cuando llegara la hora W y coger desprevenidos a los

guardias alemanes. Por lo visto, los vapores de los alijos fríos habían hecho volar por los aires a varios enemigos y, tras horas de intenso enfrentamiento, encabezado por una mitad del batallón mientras la otra mantenía la central en funcionamiento para iluminar la Varsovia alzada en armas, la habían asegurado.

Era una gran victoria para los insurgentes, que ahora tenían la electricidad garantizada.

Por desgracia, no habían tenido el mismo éxito con la central depuradora y los nazis habían cerrado las llaves de paso de las tuberías, aunque en los pozos había suficiente agua para varios días y la mayoría de la gente había tenido el sentido común de llenar bañeras y cubos cuando el conflicto había estallado. La Central Telefónica, una torre de cemento casi inexpugnable, seguía en manos de los nazis; ninguna de las dos principales estaciones de tren se había tomado, y los alemanes habían rechazado con fuego pesado los ataques en los dos aeropuertos. La gente comentaba en susurros que había habido numerosas bajas y que los varsovianos apenas habían conseguido establecer medios para comunicarse con el exterior. Sin embargo, habían tomado la ciudad y, por el momento, eso era suficiente.

A todas luces, los ciudadanos estaban encantados y se habían presentado a centenares para construir barricadas que protegieran sus calles, de las que acababan de expulsar a los nazis. Las integrantes de la Minerki se hallaban en Wola para contribuir a sus entusiastas pero inexpertos esfuerzos en el extremo occidental de la ciudad tomada por el AK, y Zuzi no podía estar más feliz. A su alrededor la gente arrojaba cosas desde sus ventanas: mesas, sillas, armarios y hasta orinales antiguos y jambas de chimenea de hierro que debían de haber arrancado de sus paredes, y Zuzi era la encargada de dirigir la operación para apuntalar la variopinta colección con algo grande y sólido.

—¡Empujad! —gritó desde su posición ventajosa.

A su orden, un enorme grupo de gente colocado en fila junto al lateral de un tranvía empujó con tanta fuerza que, con un crujido

metálico, este se salió de los raíles y volcó casi con elegancia sobre un lado de la barricada. Allí tumbado y desprovisto de sus vías tenía un aspecto triste, pero sería mucho más útil ante un tanque que una mesa de comedor Luis XVI y, sin lugar dudas, podrían devolverlo al lugar que le correspondía cuando todo aquello terminara. Un *scout* se acercó corriendo y pintó una pe y una uve doble, y Zuzi aplaudió.

—Bien hecho, todo el mundo. Ahora, los sacos de arena.

Varias chicas de la Minerki empezaron a empujar carretillas cargadas de arena y los vecinos procedieron a meterla con palas en cada bolsa y saco que pudieron encontrar para amontonarlos alrededor —y dentro— del tranvía. Poco a poco, la barricada se fue levantando. Un bromista arrastró un piano con ruedas hasta el otro extremo y Orla trepó para tocar a Chopin, mientras los demás colocaban sacos a su alrededor. El sol de agosto caía a plomo y hacía mucho calor, pero la gente les traía jarras de limonada y Magda repartió *kolacky* decorados, como si la Navidad hubiera llegado a Wola con medio año de antelación. Y en efecto, esa era la sensación que reinaba.

Jacob las amenizó con orgullo con su historia de cómo había capturado el tanque. Por lo visto, se había escabullido de su cuarto con las primeras luces del alba, había pasado por la habitación de las chicas para hacerse con las minas de Zuzi y luego, por iniciativa propia e inspirado en una historia que había leído en el *boletín Informativo*, había esperado en una de las numerosas carboneras con compuertas que se abrían a la calle. Al ver aparecer un tanque alemán que avanzaba con estruendo, había esperado a que llegara a su altura, había salido disparado por la compuerta y había colocado una mina dentro de la oruga antes de salir a la carrera para meterse de nuevo en la carbonera, dejando una rendija abierta en la compuerta para mirar cómo la oruga explotaba veinte metros calle abajo y el tanque volcaba. Un escuadrón del AK que se hallaba en un apartamento cercano había aprovechado la ocasión para derribar a tiros a los operativos nazis que huían a través de la torreta y se había apropiado del tanque.

Jacob hizo que pareciera muy sencillo, pero Magda, que no se dejaba impresionar con facilidad, estuvo a punto de desmayarse y tuvo que tomar asiento, mientras él se reía encantado por aquel reconocimiento a sus talentos viriles. El hecho de que el batallón del AK lo hubiera adoptado al instante, le hubiera buscado un casco y un brazalete, y le hubiera dado el apodo de Mały Orzeł, «pequeña águila», no había ayudado mucho, y Zuzi había descargado su furia sobre el líder.

«¿Te parece que es buena idea animar a un chaval a que se escape de casa y se ponga en peligro?».

El hombre había retrocedido.

«¿Cuántos años tiene?».

«Trece».

«¿Trece? Casi la misma edad que mi Amelia».

«¿Y ella se dedica a plantar minas en tanques?».

«Claro que no. Al menos… eso espero. Todos se mueren de ganas de participar, ¿verdad? —El hombre le había tendido la mano —. Kapitan Szymon Ancel, encantado de conocerte. Y te pido perdón. No estoy seguro de que a estas alturas vaya a poder echar a tu hermano del pelotón, pero haré todo lo posible para darle las tareas menos peligrosas».

Ahora Zuzi miró hacia donde el capitán estaba reuniendo a sus hombres para empujar hacia la barricada dos elegantes coches que los Volksdeutsche habían dejado atrás, y vio a Jacob trabajando con el mismo ahínco que los demás, con los músculos tensos por el esfuerzo de seguir el ritmo de su nueva pandilla, pero con una enorme sonrisa en su joven rostro. Al menos, eso era agradable.

Szymon Ancel, por lo visto, era judío, uno de los pocos supervivientes del gueto. Su familia y él habían huido durante los primeros días del Alzamiento del Gueto y, con la ayuda de documentos falsos que les había proporcionado el AK, habían vivido escondidos desde entonces. Szymon estaba más entusiasmado aún que los demás, si eso era posible, por participar en un levantamiento que parecía destinado a triunfar. Su familia había salido a reunirse

con él: una hermosa mujer llamada Lydia con una espléndida melena pelirroja, una hija adolescente también pelirroja llamada Tasha y una chica más joven de rostro dulce, Amelia, que no acababa de creerse que pudiera salir a la calle. Todas habían arrimado el hombro con el resto y la barricada era cada vez más alta, encerrando a los polacos en la ciudad que acababan de recuperar con una presteza exuberante.

Zuzi oyó una carcajada y, al darse la vuelta, vio a Babcia Kamilla en lo alto de la barricada con el retrato de Hitler de los Dąbrowska en las manos. Todos los polacos estaban obligados a tener uno colgado en la pared (si alguien no mostraba la esperada adoración por el «Führer» que les había robado su país corría el riesgo de que le pegaran un tiro) y todos lo aborrecían. En casa de Zuzi, Magda había colgado un chal sobre la imagen (que se podía quitar con rapidez si la Gestapo aparecía por allí), pero, aun así, era posible sentir la mirada de aquel hombre a través de la bonita prenda de punto. Hasta ese momento.

—¡Aquí te quedas, cabrón! —gritó Kamilla, alto y claro, y Zuzi hizo una mueca al escuchar la insólita palabrota en labios de su digna abuela—. Tus queridos soldados pueden pegarte un tiro entre esos ojos retorcidos que tienes si intentan volver a entrar en Varsovia.

La multitud la aclamó y todos corrieron a descolgar sus retratos y alinearlos en lo alto de la barricada, como patitos en una atracción de feria esperando a que los abatieran…, aunque Zuzi rezaba para que los alemanes no se acercaran lo suficiente para hacerlo.

—¡Zuzi! —La llamó Hana, y al mirar hacia abajo vio a sus dos hermanas—. Me temo que Orla y yo tenemos que irnos.

A Zuzi se le encogió el corazón. Allí, detrás de las barricadas de su comunidad, era fácil pensar que el levantamiento había terminado y que habían salido victoriosos, pero aquellas barricadas estaban allí por un motivo. Todavía no habían derrotado a los nazis y, en los límites del espacia que al AK tanto le había costado recuperar, había hombres y mujeres que luchaban para defenderlos. Tal vez solo

tuvieran que resistir uno o dos días más, pero, mientras tanto, el deber llamaba a sus dos queridas hermanas.

Hana volvería a recorrer las calles, de un puesto del AK a otro, arriesgándose a que un francotirador enemigo acabara con su vida, mientras que Orla se dirigiría al centro de la ciudad, donde sería blanco fácil de cualquier ataque. En cualquier otro escenario de guerra los hospitales, marcados con cruces rojas, estaban protegidos por la Convención de Ginebra, pero aquella era una batalla urbana y los blancos estaban demasiado cerca unos de otros para poder definirlos, de modo que su hermana corría un inmenso peligro. Zuzi se deslizó por la barricada y las abrazó a las dos.

—Manteneos seguras —les suplicó.

—¿Quieres decir «manteneos alerta»? —la corrigió Hana con una media sonrisa.

—Las dos cosas —dijo ella con firmeza—. Os quiero ver de vuelta aquí mañana.

—¡Sí, capitana!

Hana hizo el saludo militar y Zuzi se obligó a reír, aunque, mientras las veía alejarse de la seguridad de sus alegres calles en dirección al corazón de la batalla, lo único que sintió fue miedo.

—¡Minerki! —las llamó Tosia.

Por lo visto, había llegado el momento de que también ellas se marcharan. Zuzi pensó en el asalto a la Prudential del día anterior, en la satisfacción de fijar el explosivo plástico a la puerta y contemplar cómo estallaba en pedazos. Esa había sido la parte más memorable de la jornada; el resto era una mezcla de humo, oscuridad y manipulación nerviosa de mechas, con el miedo constante a ser la primera en sucumbir a su propia arma. Después, una vez en lo alto del edificio con la bandera, Zuzi se había convencido a sí misma de que lo había disfrutado, pero tenía que reconocer que la idea de volver a combatir no la llenaba de la misma energía airada que tenía en las horas previas a la hora W.

—¿Sí, Tosia?

Diligente, Zuzi se reunió con las demás. Los puestos que habían

ocupado Roza y Nina estaban ahora vacíos, y las integrantes de la Minerki se juntaron en un intento de enmascarar su ausencia.

—Tenemos una misión, chicas: atacar Gęsiówka con nuestros amigos del tanque.

Saludó con la mano a Szymon, que le devolvió el saludo. Zuzi se imaginaba los motivos del hombre para querer tomar Gęsiówka. Ubicado en el páramo que en su día había ocupado el gueto, se trataba del último campo de trabajo para judíos que quedaba en funcionamiento y en él se procesaban los ladrillos y piedras que los nazis necesitaban para construir sus odiosos fortines. Por lo visto, los efectivos más jóvenes del AK habían perfeccionado el arte de caer sobre ellos desde arriba y arrojar granadas a través de las aberturas mientras los alemanes que se encontraban en el interior estaban ocupados disparando a sus camaradas. Era un método efectivo, pero debían alejarse con rapidez antes de que los búnkeres estallaran, y Zuzi supuso que debía alegrarse de que Jacob hubiera decidido apropiarse de los tanques.

—Nuestro trabajo consistirá en volar los muros mientras el tanque ataca las torres de vigilancia, para que luego pueda entrar y liberar a los prisioneros. ¿Quién se apunta, chicas?

Zuzi se fijó en que los vítores eran más silenciosos que antes. En ese momento escuchó una nueva voz y, al darse la vuelta, vio horrorizada que Babcia Kamilla se unía al círculo con decisión.

—Quiero ofrecerme voluntaria —le dijo a Tosia.

—Ya veo. —Tosia miró de arriba abajo a la aristocrática abuela de Zuzi, ataviada con sus pantalones de diseñador, su blusa de seda y su broche de perlas—. ¿Y usted es…?

—Kamilla Dąbrowska, lista para incorporarme a filas, señora. Puede que le parezca vieja y débil, pero, créame, soy un prodigio con las filipinkas, ¿verdad Zuzi?

Y así, sin más, reveló a todas que se conocían. Zuzi se planteó no contestarle, pero Babcia la miraba fijamente y no había manera de ignorarla.

—Es verdad —confirmó, aunque solo lo sabía porque Babcia lo

afirmaba—. Las hacía durante la Gran Guerra y mató a más de cincuenta alemanes —improvisó.

Babcia ni siquiera se inmutó.

—Y también a unos cuantos rusos —añadió—. Las lanzo con la precisión de una atleta olímpica.

Su seguridad en sí misma era pasmosa y Zuzi vio que Tosía vacilaba, pero la Minerki llevaba años entrenando y aceptar a una novata en aquel momento tan crucial no daría buena imagen.

—Le agradezco su valiente ofrecimiento, pero…

—Hagamos una cosa; dame esa granada. —Kamilla le dio un codazo autoritario a Zuzi, que se la tendió muerta de vergüenza—. ¿Ve esa paloma de ahí arriba? —Kamilla señaló a un árbol que se alzaba en su lado de la barricada, desde el que una paloma gorda, atraída por las migas del *kolacky* de Magda, miraba hacia abajo con curiosidad—. Prepárese para comérsela en un pastel.

Antes de que alguien pudiera objetar, tiró de la anilla, se colocó en posición y, con una precisión impecable, arrojó la granada en un arco perfecto, con la punta por delante de la cola, hacia la rama en la que estaba posado el animal, que reventó en una nube de hojas y plumas mientras la Minerki estallaba en un aplauso espontáneo.

—Menudo pastel —masculló Zuzi, mientras contemplaba los restos esparcidos por el suelo.

Los perros, sin embargo, echaron a correr con deleite hacia el festín, mientras Tosia le daba la bienvenida a Kamilla a la Minerki con una palmadita en la espalda. Zuzi dejó escapar un gemido y miró a su madre, que articuló las palabras: «Lo siento» sin pronunciarlas, sacándole una sonrisa. Zuzi siempre había querido y admirado a Babcia Kamilla y, si tenía que llevarse a alguien para atacar un inexpugnable campo de trabajo nazi, seguramente la mejor opción era una persona capaz de arrojar una bomba de aquella manera.

—Vamos a trabajar juntas, Zuzi —dijo su abuela, entrelazando su brazo con el de ella—. Perdona que me haya metido así, pero me estaba volviendo loca. Tengo que hacer algo y, además, así puedo

estar pendiente de tu hermano.

—¿Mi hermano?

Zuzi dejó escapar otro gemido mientras observaba que el tanque de Szymon abría la marcha, con Jacob sentado todavía junto al capitán.

—Pensaba que habías dicho que lo mantendrías a salvo —gritó.

Szymon se encogió de hombros en un gesto de disculpa.

—¿Qué quieres que te diga? La mejor defensa es un buen ataque.

Zuzi no estaba tan segura, y menos cuando vio a Magda sola en la puerta de la Piekarnia Dąbrowska mientras el resto de su familia se alejaba para entrar de nuevo en combate; sin embargo, la batalla había empezado y no podían dejarla a medias. Saludó a su madre con la mano.

—Hasta el anochecer, Mama.

—Hasta el anochecer —le contestó Magda con la voz entrecortada por las lágrimas que llevaba todo el día procurando reprimir, y Zuzi tuvo que volver la cabeza hacia el frente para no llorar.

Atenta al estruendo continuado de los rusos sobre el Vístula, elevó una ferviente oración para que su ayuda no tardara en llegar. Los polacos se habían sublevado tal y como les había pedido Moscú, y ahora Moscú tenía que enviar al Ejército Rojo para salvar Varsovia; y deprisa, si querían que quedara algo que salvar.

QUINCE

5 DE AGOSTO

HANA

—Y entonces Babcia lanzó una granada directa a la torre de vigilancia y, al estallar, ¡bum!, hizo papilla al guardia. ¡Fue mejor que lo de la paloma!

Jacob se rio con una alegría escabrosa y Hana lo miró, preocupada. Acurrucada en la cama con Zuzi y Orla, y su hermano pequeño sentado a sus pies, había disfrutado de aquel momento de unión familiar después de cuatro duros días de insurgencia, pero la alegría con la que su hermano relataba por enésima vez la toma de Gęsiówka la inquietaba.

—Sabes que hacer papilla a la gente no está bien, ¿verdad, Jacob?

—Claro —se apresuró a contestar él—. A la gente normal y agradable, no, pero los nazis… son otra cosa.

Hana suspiró. Tenía su parte de razón, suponía, pero su regocijo seguía resultando perturbador. Cuanto antes llegaran los rusos y tomaran la ciudad, mejor; así los chicos como Jacob podrían abandonar la clandestinidad y regresar a la escuela. Su hermano trepó a la cama y se acurrucó con ellas.

—Solo quiero protegernos, Han-Han —dijo—, como habría hecho Tata si estuviera aquí.

A Hana se le derritió el corazón.

—Lo sé, Jacob —contestó—, y es muy loable, pero esa no es tu

función. Todos tenemos que cuidar unos de otros.

—Así es —dijo Zuzi, y Orla estuvo de acuerdo.

Jacob las miró alternativamente con el ceño fruncido.

—Pero ahora el hombre soy yo, ¿no?

Hana chasqueó la lengua.

—Y nosotras somos las mujeres; las mujeres también podemos protegernos.

—Cierto —convino él—. Prefiero a Babcia antes que a la mitad de los chicos; y a Zuzi también. Tendríais que haberla visto volar esa pared, ¡y la cara que pusieron los alemanes cuando nos vieron entrar por el agujero con el tanque!

Volvió a dejarse llevar por su entusiasmo, pero Zuzi parecía tan orgullosa que Hana no quiso interrumpirlo. El asalto a Gęsiówka había sido un éxito rotundo: tras volar los muros, habían hecho prisioneros a los guardias alemanes mientras los prisioneros judíos bailaban de alegría al darse cuenta de que la incursión no les traía la muerte, sino la libertad.

—Tendríais que haberlos visto —decía Zuzi—. Todos lloraban, nos abrazaban y nos daban las gracias sin parar. Nunca he visto a Babcia tan incómoda, pero hasta ella tuvo la compasión de sonreír y darles palmaditas en la espalda.

—Disfrutó más cuando un grupo formó una fila, saludó a Szymon y le dijo que era «el batallón ZOB, listo para la acción, señor» —intervino Jacob.

—Es verdad —confirmó Zuzi—. La abuela les devolvió el saludo como si llevara toda la vida haciéndolo. —Intercambiaron una sonrisa—. Aunque luego dijo que no le vendría mal «un descansito», y apuesto a que ha estado durmiendo desde entonces.

—Espero que se despierte a tiempo para celebrar la liberación —dijo Orla, y todos levantaron sus tazas de té en un brindis silencioso por el anhelado momento.

Sin duda, los rusos debían de estar a punto de llegar. Habían corrido rumores acerca de la resistencia de los alemanes en la otra orilla del Vístula, pero eso había quedado atrás y las fuerzas aliadas

tenían que cruzar el río, y deprisa. El año anterior, los varsovianos habían contemplado con horror los brutales métodos que usaban los nazis para exterminar a los valientes judíos que trataban de resistirse al vaciamiento del gueto, y por eso sabían muy bien qué destino le esperaba a su propia rebelión si no recibían ayuda externa.

Hana se había pasado los último cuatro días llevando mensajes de la central del AK a todos los centros de enlace y comandantes a los que podían llegar. Los hombres del barrio meridional de Żoliborz habían asegurado su zona, pero, como los alemanes habían conservado el control de la estación de tren de Gdansk y de la enorme ciudadela de piedra que la separaba de Stare Miasto, estaban aislados del resto. Había otras unidades atrapadas en zonas dominadas por los alemanes, o luchando por defender edificios aislados, de modo que mantener a todo el mundo comunicado no era tarea fácil. Varias unidades tenían radios, pero las bombas destruían más cada día, y, como además no tenían forma de asegurar las transmisiones, era más seguro comunicar a mano los planes operativos. Junto con el trabajo de los enlaces, los Scouts habían organizado un espléndido sistema postal que familias, amigos y enamorados usaban para enviarse cartas a diario, pero era un método que también conllevaba un gran riesgo.

El día anterior, Agaton, el exprofesor de Hana, había estado en el cuartel general con un viejo mapa del alcantarillado de Varsovia y había sugerido que trazaran una ruta bajo tierra. Parecía una opción prometedora, pero un ingeniero de saneamiento había explicado que las alcantarillas, aunque eran sólidas y extensas, estaban peligrosamente llenas. Por lo visto, el nivel se reduciría ahora que los nazis habían cortado el suministro de agua a la ciudad, pero seguía siendo muy peligroso para cualquiera que intentara desplazarse por ellas y todos esperaban que no hiciera falta.

Mientras tanto, Hana y las demás chicas que hacían de enlace tenían que abrirse camino, con la cabeza baja y agarrando con firmeza las cuentas de sus rosarios con los dedos sudados, por

detrás de las barricadas o a través de las zonas liberadas que había tras ellas. El día anterior, Hana había cruzado la hermosa plaza del mercado sin esconderse, con los mensajes guardados en su mochila, donde todos podían verlos, y se había sentido liberada. Se había parado en el centro y había girado sobre sus talones poco a poco mientras contemplaba las casas del siglo XVIII que la rodeaban. Sí, eran bonitas, pero enrevesadas y poco prácticas. Había llegado el momento de construir la nueva autovía de Agaton y forjar un estilo de vida moderno para los polacos. La muerte sin sentido de Marek le había dejado huella, y, mientras se preguntaba qué había hecho la Gestapo con el insignificante fajo de mapas por el que lo habían matado, había oído de improviso una ráfaga de fuego en alguna parte no muy lejana y había corrido a resguardarse. Nunca se sabía cuándo podía aparecer un francotirador nazi, ahora que ambos bandos luchaban de incógnito.

El Jardín Sajón, entre Śródmieście y Stare Miasto, era la zona en disputa más peliaguda. El AK controlaba la mayor parte del parque, pero en el centro se alzaba el palacio Brühl, donde el teniente general Stahel se escondía con una guardia reducida, y la Wehrmacht atacaba con ahínco para intentar liberarlo del asedio. Tenían numerosos francotiradores y varios lanzacohetes estacionados en la zona de la inexpugnable ciudadela, y era extremadamente difícil sortearlos. El día anterior, Hana había tenido que meterse en un arbusto para escapar de una ráfaga de balas y avanzar arrastrándose sobre el estómago por la parte de atrás de una fuente, antes de reunir el valor suficiente para echar a correr hacia la siguiente barricada. Le parecía que había pasado una eternidad desde los días en que se escondía entre armarios, pero estaba agotada y atesoraba este descanso en casa.

Paseó la mirada por la habitación que había compartido con Zuzi y Orla durante toda su infancia, ubicada bajo los alerones, en el piso superior de su casa, sobre la panadería. Su madre (y su padre, en la época feliz en la que aún estaba con ellos) dormía abajo, con Jacob a sus pies en una cama nido, y al lado había una acogedora salita.

La cocina estaba en la planta baja, detrás de la panadería, y en ella hacía siempre tanto calor y olía tan bien, que era donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo, aunque a Hana le encantaba el rincón de las chicas.

Tenía dos ventanas abuhardilladas por las que entraba el sol, por un lado al salir y por el otro al ponerse. De tener dinero, a Hana le habría encantado instalar una de esas «claraboyas» modernas que Agaton había enseñado a sus alumnos. Hasta hacía poco, solo se instalaban ventanas en el techo de iglesias o palacios —como la famosa hilera del de Versalles—, pero algunos arquitectos querían incorporarlas en las casas normales. Agaton les había hablado de un hombre danés llamado Rasmussen que intentaba perfeccionar un diseño asequible al que denominaba VELUX, para capturar la combinación ideal de ventilación y luz que, según él, transformaría las anodinas buhardillas en espacios modernos y habitables. Hana estaba totalmente de acuerdo con él y se moría de ganas de intentarlo, pero antes tenían que ganar una guerra.

—¿Van a venir los aviones, Hana? —preguntó Jacob, devolviéndola a la dolorosa realidad.

—¿Cómo lo va a saber ella? —le espetó Zuzi, a la vez que Orla le pasaba un afectuoso brazo sobre los hombros.

Hana se dejó abrazar. Por lo general, ella era la protectora de la familia, pero, en lo tocante a Emil, eran sus hermanas pequeñas las que la protegían, sabedoras del dolor que le ocasionaba su ausencia. Por una vez, no obstante, Hana tenía información al respecto, aunque no fuera del tipo que había esperado.

—Ayer se lo pregunté al comandante —reconoció, mientras le daba vueltas a su anillo en el dedo anular.

—¿Te deja preguntarle esas cosas? —Quiso saber Orla.

Hana asintió. Bór era un hombre muy abierto, sobre todo si se tenía en cuenta su pasado. Nacido en una familia noble, antes de la guerra había vivido en la elegante finca familiar de su mujer y se había labrado una gran reputación como soldado de caballería durante la Gran Guerra y como jinete olímpico después de esta. A

pesar de ser un hombre culto e instruido, escuchaba las opiniones de los demás, incluso de las humildes chicas que hacían de enlace, y Hana se había pasado el día anterior reuniendo el valor para preguntarle por sus planes. Al final, la angustia de no saber nada de Emil y su escuadrón había pesado más que su miedo a parecer irrespetuosa, y se había atrevido a dar un paso al frente.

—¿Qué te dijo? —preguntó Zuzi.

Hana se sabía la respuesta palabra por palabra, porque se le había quedado grabada.

—Que cada mañana y cada tarde envía una petición al gobierno en Londres. Ha mandado mensajes al jefe de la RAF, al Consejo de Guerra y al mismísimo Churchill.

—¿Y?

Hana tragó saliva.

—Dicen que no.

—¿No? ¿Solo eso, «no»?

—Dicen que el escuadrón polaco ya tiene una misión asignada en Francia.

—¿En Francia? —estalló Zuzi, enfadada—. Francia ya tiene un millón de tropas aliadas pululando por el país desde su preciado Día D. ¿Qué pasa con nosotros? ¿Qué pasa con Polonia? Son pilotos polacos; nuestros pilotos.

—Lo sé —dijo Hana con desconsuelo.

—Supongo que no eran conscientes de que teníamos pensado sublevamos porque lo llevamos muy en secreto —dijo Orla mientras le estrechaba los hombros con más fuerza.

—No, no; lo sabían —repuso Hana. Adoraba la naturaleza generosa de su hermana, pero aquello era una ingenuidad—. Según Bór, el gobierno, nuestro gobierno en Londres, nos dio el visto bueno para sublevarnos el veinticinco de julio. Fueron ellos los que informaron al puñetero Consejo de Guerra.

—¡Hana! —protestó Orla, y Hana se mordió el labio.

Aunque siempre procuraba no maldecir, aquella situación bastaba para llevar al límite a cualquiera. A Bór le había enfurecido, y había

argumentado en tono airado —y con toda la razón, en opinión de Hana— que los pilotos polacos habían prestado un servicio magnífico a los británicos para defender su preciada islita, y que lo menos que podían hacer estos era devolverles el favor permitiéndoles regresar a casa para ayudar en la batalla más vital de Polonia. Plantada en el despacho de su superior, Hana había imaginado a Emil subiendo a su avión, con la hermosa violeta pintada en un vivo lila en la parte inferior, y despegando para dirigirse, no al norte a ayudar a su prometida, sino al oeste para ayudar a los franceses. Casi se había echado a llorar, sobre todo al conocer los motivos.

—El gobierno le ha dicho a Bór que Brindisi es la base más cercana en la que destinarlos —les contó a sus hermanas.

—Pero los rusos deben de haber capturado varias bases, ¿no? —objetó Zuzi.

—Sí, lo han hecho, pero no nos dejan usarlas.

—¿A los polacos?

—A nadie; tampoco a los británicos ni a los norteamericanos. Los enormes aviones Liberator de los estadounidenses ya despegaron de algunas de ellas en el pasado, pero les han retirado el permiso. Stalin no les permite aterrizar en territorio soviético.

Se quedaron calladas mientras asimilaban la información, y Jacob las miro a todas.

—¿Quieres decir que Stalin no quiere ayudarnos? —preguntó en tono pausado.

Dicho de esa manera, con la voz joven y aguda de su hermano, sonaba muy crudo.

—Seguramente quiere que se encargue el Ejército Rojo —se apresuró a decir Orla.

—¿Tú crees? —Zuzi alzó la mano hacia la ventana abierta para que entrara el aire fresco de la mañana antes de que el calor se abatiera de nuevo sobre la ciudad—. Escuchad.

Todos ladearon la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Orla—. No oigo nada.

Zuzi asintió con expresión sombría.

—Exacto. ¿Qué falta?

Hana se estrujó el cansado cerebro para descifrarlo. En el aire flotaba el canto de los pájaros y las conversaciones de la gente de Wola, que se despertaba con entusiasmo para afrontar un nuevo día como dueña de su propia vida. Había también disparos en varios puntos de la ciudad, donde el AK y la Wehrmacht habían empezado a luchar desde ambos lados de las barricadas, pero en las inmediaciones reinaba la calma. Demasiada calma.

—¡Las armas rusas! —exclamó—. ¡No oigo las armas rusas!

Durante semanas, la vida de la ciudad había estado acompañada del estruendo del avance ruso que se acercaba de manera inexorable, pero esa mañana, cinco días después del levantamiento cuyo objetivo era facilitar la entrada de los soviéticos en la capital polaca, se había interrumpido.

—Pero él dijo que teníamos que sublevarnos —gimió Orla—. Stalin dijo que teníamos que sublevarnos para… para…

—Para mostrarle el camino al Ejército Rojo —terminó Zuzi la frase —. Así es; yo misma lo escuché en el bosque de Kampinos, el día antes de que el Consejo Nacional decretara la hora W.

—Entonces, ¿a qué viene esto? ¿No lo decía en serio? —balbuceó Hana.

Zuzi meneó la cabeza con gesto grave.

—Me temo que no decía en serio ni una sola palabra. Stalin va a dejar que luchemos solos contra los alemanes para que nos destruyamos entre nosotros, y luego se quedará con Varsovia.

Hana tendió las manos hacia sus hermanas, que se las cogieron y se dejaron abrazar, junto con Jacob, mientras trataban de asimilar el significado de todo aquello. Por lo que parecía, Varsovia estaba sola ante su destino y los Dąbrowska se hallaban atrapados en la línea de fuego. ¿Cómo iban a apañárselas para sobrevivir?

DIECISÉIS

ORLA

Acurrucada en la cama, Orla se pegó a Hana mientras aguzaba el oído para escuchar los ruidos del exterior. Zuzi tenía razón: las armas de los rusos va no resonaban sobre el Vístula, aunque había otra cosa, un sonido casi escalofriante que no encajaba en la soleada mañana.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Jacob se puso en pie de un salto y se dirigió a la ventana.

—Parecen… gritos —observó.

Orla tragó saliva. Eso era exactamente lo que parecían, y no sonaban muy lejos. De improviso, el aire se llenó con el rugido de un motor y un chillido desgarrador, justo antes de que, en alguna parte a apenas tres o cuatro calles de allí, una explosión sacudiera el suelo. La sombra oscura de un avión de delgado fuselaje se proyectó sobre Jacob, que se apartó, pero el aparato remontó el vuelo y volvió a sobrevolar los tejados con otro rugido altanero.

—¡La Luftwaffe! —exclamó Jacob—. ¡Que me aspen si eso no era un Stuka, un bombardero en picado! —Parecía casi emocionado, hasta que otro avión pasó volando y otra explosión estremeció el suelo, esta vez más cerca de su panadería—. Nos van a matar —susurró, al tomar conciencia de la letalidad de la potencia de fuego del estilizado bombardero.

Hana y Zuzi también habían salido de la cama y se estaban poniendo a toda prisa la falda y la camisa sobre la ropa interior.

—Será mejor que bajemos al sótano —dijo Hana—. Vístete, Orla.

Orla cogió del armario el vestido que le quedaba más cerca, una pieza bonita con un estampado de ramitas en flor, demasiado delicado para la sangre del hospital, aunque tal vez sirviera para animar a algún pobre paciente. Agarró también sus zapatos mientras Hana les metía prisa para bajar la escalera, pero a la mitad se encontraron a Magda, que corría hacia arriba con los ojos desorbitados por el miedo.

—Tenemos que irnos, chicas.

—¿Adónde? —preguntó Zuzi—. ¿Adónde vamos?

—A cualquier parte, lejos de aquí. Los alemanes están atacando.

—Hemos visto un avión —la informó Jacob—. Volaba tan bajo que he pensado que se iba a estrellar contra…

—El problema no son los aviones.

Su madre, por lo general tan sonriente, estaba agarrotada por el miedo, y Orla la cogió por los hombros.

—¿Entonces, cuál es problema, Mama? ¿Qué pasa?

—Las calles —contestó ella con la voz entrecortada—. Están en las calles de Wola, atacando por el oeste. La señora Gorka ha venido corriendo a contármelo. Dice que es una especie de banda de salvajes con armas enormes. Están sacando a la gente de sus casas y abatiéndola a tiros.

Orla se la quedó mirando.

—¿Están matando a los miembros del AK?

Magda negó frenéticamente con la cabeza.

—No solo a los miembros del AK, Orla: a todo el mundo. Mujeres, niños, ancianos. A todo el mundo. ¡Escuchad!

Corrió a su dormitorio y abrió la ventana. Orla oyó con más nitidez los gritos, que aunque todavía no sonaban en su calle, estaban más cerca que antes, y se le heló la sangre en las venas. Los alemanes debían de haber atravesado las barricadas que habían levantado en los límites de su barrio y, a todas luces, los amenazantes aviones servían de apoyo a una colosal ofensiva terrestre que se dirigía directamente hacia su casa.

—¡Tenemos que irnos! —exclamó con voz ahogada.

Hasta aquel momento, y a pesar de las indescriptibles heridas que había visto en el hospital, había tenido la sensación de que el levantamiento tenía lugar en los lindes de la ciudad, pero ahora que de pronto se acercaba a su familia con un estruendo atronador, la invadió el terror. Abrió el camino hacia la panadería, desde cuyo gran escaparate se veía a la gente que huía hacia el este, a Stare Miasto, con el horror pintado en el rostro. Una mujer miró hacia el interior del local y vio a Orla.

—¡Corred! —gritó—. Tenéis que escapar. Son monstruos.

A Orla no le hizo falta que le repitieran la súplica.

—Vamos —dijo, a la vez que cogía a Jacob de la mano—. Podemos ir a casa de Babcia; allí estaremos seguros.

La casa de Babcia Kamilla se hallaba en una de las bonitas calles adoquinadas que salían de la plaza del mercado, en el corazón de Stare Miasto, tan angosta y bordeada por fachadas tan altas que a las tropas alemanas sin duda les costaría más avanzar por ella. Corrieron todos hacia la puerta, pero, en el último momento, Magda se paró.

—El equipo de panadería de Kaczper —se lamentó, mientras miraba la acogedora tienda, con su precioso mostrador de madera tallada y los relucientes estantes llenos de panes y tartas.

—Volveremos a buscarlo —le aseguró Zuzi—. Pero ahora tenemos que escapar.

Las calles se estaban llenando de cientos de personas que huían en desbandada de quién sabía qué horrores. Orla vio a uno de sus clientes habituales, un anciano muy amable que avanzaba cojeando apoyado en su bastón, y corrió a ayudarlo, pero él la apartó de un empujón.

—No te preocupes por mí, chiquilla, y vete. Lo que les están haciendo a las mujeres no tiene nombre. Es espantoso.

Orla miró a sus hermanas y vio su propio miedo reflejado en sus ojos. ¿A qué se refería? Por supuesto que los soldados tomaban prisioneros, pero no… Se oyeron chillidos más altos y, al mirar a

través de la multitud que escapaba, distinguió a varios soldados andrajosos y enloquecidos que accedían a su calle disparando a diestro y siniestro. Los gritos de dolor se mezclaron, de una manera escalofriante, con las risas demenciales con la que respondían esos hombres.

—Vamos.

Jacob seguía cogido de su mano y Orla se alegró al ver que echaba la otra hacia atrás para agarrar a Magda, mientras esta hacía lo mismo con Zuzi, y Zuzi con Hana. Aunque eso los convertía en una oruga difícil de manejar, les permitía mantenerse unidos, y Orla miró hacia delante mientras trataba de decidir por dónde avanzar en medio de toda aquella gente frenética que salía apresuradamente de sus casas al escuchar la cacofonía de terror. Cada vez había más personas, lo cual obstruía el paso de una manera peligrosa, y, aunque Orla echó un vistazo a varias calles laterales, no sabía qué podían encontrarse al final y era más seguro permanecer en la ruta de huida principal. Al menos así, pensó con pesimismo, los atacantes tendrían que matar a montones de personas antes de alcanzarlas.

Mientras se abrían camino hacia el oeste, escuchó fragmentos de información.

—Se dirigen hacia el río para dividir en dos las zonas en control del AK.

—Están intentando reunirse con Stahel en el palacio Brühl.

—Son perros de presa de la SS. Hitler ha puesto a Himmler al mando y este ha mandado a sus tropas más despiadadas.

Orla no tenía ni idea de si había algo de verdad en todo ello, pero tenía su lógica, por espantosa que fuera. Los rusos habían dejado de atacar y los nazis habían empezado a hacerlo, y su familia había quedado atrapada en la línea de fuego. Al llegar al cruce con la calle Zelazna, cientos de personas se unieron a la multitud, que cada vez era mayor. La presión circundante amenazó con separar a Jacob de la mano cada vez más sudada de Orla, que se volvió a buscarlo con la mirada, aterrada.

—Estoy aquí, Orla —jadeó él, con el ceño fruncido en un intento

de transmitir valentía—. Sigue adelante.

Ella asintió y se dio la vuelta, pero en ese momento un aluvión de gente la empujó desde la derecha y la mano de su hermano se desprendió de la suya. Le pareció que alguien la llamaba a gritos, pero tuvo que evitar caerse y recuperar el equilibro antes de poder mirar y, para entonces, su familia había desaparecido de su vista. A su lado, una niña había caído al suelo y gimoteaba que quería a su madre, y Orla se agachó a recogerla antes de que la pisotearan.

—No te preocupes, tesoro —le dijo—. Encontraremos a tu Mama. Vamos a…

—Gracias —dijo alguien que le arrancó a la niña de los brazos, y Orla supuso que era uno de sus padres.

La presión de la gente era peor que la de un tranvía en hora punta y eso, sumado al sol que caía a plomo, hizo que Orla se marease. Se obligó a seguir adelante deslizándose hacia la acera en sombra de la calle Chłodna y, cuando la alcanzó, se paró un momento y se pegó a los ladrillos frescos para recuperar el aliento mientras escrutaba la multitud. No divisó a nadie de su familia, pero no importaba: sabía adonde se dirigían todos, así que solo debía mantener la calma y llegar a casa de Babcia lo antes posible.

Empezó a avanzar lentamente, arrimada a las casas, pero no había llegado muy lejos cuando, delante de ella, cinco hombres vestidos con algo que recordaba a un uniforme aparecieron desde una calle lateral y descargaron una salva de disparos sobre la muchedumbre indefensa. Orla se pegó a un portal, con lágrimas en los ojos. Sobre los ladrillos había un enorme símbolo negro de la PW que le manchó el vestido y, por mucho que intentara limpiárselo, lo único que consiguió fue que las manos le quedaran cubiertas de pintura negra, en una burla de la breve dicha del levantamiento inicial. Los nazis se abrían paso entre el gentío, disparando a bocajarro, y, mientras que unas personas caían muertas de inmediato, otras se quedaban tumbadas entre gritos de dolor que parecían divertir a sus torturadores.

—Dios, mío, por favor —rezó Orla—, que sea un disparo limpio.

Pero, afortunadamente, los cinco atacantes pasaron de largo en la dirección de la que ella venía, tal vez con la intención de hacer una pinza entre los habitantes de Wola y los que venían en sentido opuesto, o tal vez llevados únicamente por el desenfreno, pues no parecía que los despiadados asesinatos tuvieran orden ni concierto. Orla dejó escapar jadeos cortos e intensos mientras rezaba para que el resto de su familia hubiera rebasado el cruce antes de que aparecieran los asesinos.

Se obligó a mirar los cuerpos que alfombraban la zona, pero no reconoció a nadie, lo cual no atenuaba la tragedia, aunque hacía que fuera un poco más llevadera. Se abrió camino pensando que tenía que llegar a Stare Miasto. Los salvajes agentes de la SS habían abierto una brecha en Wola y la única manera de permanecer a salvo era llegar al otro lado de la siguiente barricada. Vio una un poco más arriba, guarnecida por jóvenes del AK que asomaban la cabeza por encima con mirada aterrorizada, pero que, al menos, cubrían con sus escopetas a la gente que intentaba atravesarla.

—Solo unos pasos más —se dijo Orla a sí misma.

Sin embargo, el hueco abierto en la barricada solo permitía pasar a una persona a la vez, y la multitud se arremolinaba ante él. Orla se dijo que debía ser paciente, pero en ese momento se escucharon más disparos, en esta ocasión desde arriba, y Orla se dio cuenta de que el enemigo se había infiltrado en las casas abandonadas por la gente que huía y las estaba usando como puestos de ataque. Más adelante le pareció distinguir un atisbo de pelo moreno mientras una joven saltaba sobre la barricada y rezó para que fuera Zuzi acompañada de los demás, pero estaba demasiado rezagada y todo el mundo empujaba en todas direcciones. Con los dientes apretados y los codos abiertos, se abrió paso hacia delante, pero, justo cuando estaba a punto de alcanzar la barricada, otro grupo de hombres irrumpió desde una calle lateral. Orla notó un brazo que le rodeaba con fuerza la cintura y un aliento cálido en la nuca, mientras alguien la levantaba del suelo y la arrastraba hacia un lado.

—¡Suéltame! —chilló, mientras pataleaba en un intento

desesperado de golpear las espinillas de su captor, pero él se rio.

—Ni hablar, cariño. Ahora eres mía.

A Orla se le desbocó el corazón por el miedo, mientras recordaba las palabras sombrías que había pronunciado el cliente de la panadería: «Lo que les están haciendo a las mujeres no tiene nombre. Es espantoso».

Pataleó con más fuerza mientras el hombre la llevaba a rastras por una calle lateral hasta una placita. Trató de dársela vuelta para mirarlo, pero él le cubrió los ojos con la mano mientras se pegaba a su espalda con una erección. Las lágrimas de Orla se filtraron entres los dedos del hombre, que trató de levantarle el borde del vestido con la otra mano y, con las prisas, acabó rompiéndolo. Orla intentó rezar, pero estaba demasiado asustada para respirar y mucho más para hablar con Dios, hasta que de pronto, no lejos de ella, una voz espetó algo en un alemán brusco y su captor la soltó con una maldición.

Orla se frotó los ojos intentando enfocar la vista, pero entonces otro hombre la cogió por los brazos y la hizo avanzar a empujones. Aparcado en un lado de la plaza había un tanque, un enorme y robusto panzer alemán con soldados armados con metralletas y montados a horcajadas sobre él. Aturdida, Orla vio que delante del vehículo había una escalera de mano, colocada en horizontal y apoyada sobre varias sillas, hacia la que empujaban a la gente, en su mayor parte muchachas jóvenes como ella, y temió haberse librado de un horror para caer en otro peor. ¿Qué estaban haciendo los nazis?

No tuvo mucho tiempo para responderse porque enseguida la empujaron hacia el extremo más alejado de la escalera, mientras alguien daba una orden en alemán. Orla notó que le cogían las muñecas desde atrás, esta vez con mucha menos fuerza, aunque sí la suficiente como para que no pudiera escapar, y luego le ataba una especie de cuerda en la izquierda.

—¿Qué haces? —preguntó, furiosa.

Si tenía que morir, lo haría luchando.

—No te muevas —fue la respuesta, para su sorpresa en un polaco fluido.

Se retorció para tratar de ver al hombre que la estaba atando a la escalera, pero él le giró la cabeza.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Orla—. ¿Qué te he hecho yo?

El hombre dejó escapar un sonido ahogado.

—Me tuerzan a hacerlo.

—Y tú me fuerzas a mí.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes?

Se volvió con más ímpetu y en esta ocasión vio los ojos del hombre, que hizo una mueca.

—No te muevas, por favor.

—¿Por qué tendría que hacerte caso?

—Porque, si no lo haces —siseó él—, te pegarán un tiro.

—Vale. Y si me resisto, ¿qué? ¿Me violarán en grupo?

Él tomó aire y negó con la cabeza.

—No, eso no.

—¿Qué me harán, entonces?

Pero en ese momento, los soldados empezaron a derribar las sillas y dieron un tirón a la escalera, llevándose consigo a todas las personas atadas a ella. Orla se esforzó por ver algo y descubrió, con un horror renovado, que estaban uniendo el centro de la escalera a la parte delantera del tanque. Las habían convertido en un escudo humano. La habían convertido a ella, Orla Dąbrowska, en un escudo humano.

—¿Quién eres? —le preguntó a su captor.

Los hombres que estaban atando la escalera no eran muy hábiles con sus manos, lo cual les dio un poco de tiempo.

—Me llamo Eduard —dijo él—. Eduard Mattner. No soy como ellos, de verdad.

—Pues desde mi punto de vista, lo parece.

—Lo digo en serio. Yo no pedí unirme. Me sacaron hace dos semanas.

—¿De dónde?

—De la cárcel. —Orla dio un tirón, pero él le sujetaba con fuerza las muñecas atadas—. No te muevas —siseó—. Es tu mejor opción para sobrevivir.

—¡Qué suerte la mía! Mi salvador es un preso.

—No es lo que parece —susurró de nuevo el soldado, Eduard—. Me encarcelaron por ser objetor de conciencia. Odio la Wehrmacht, odio la guerra, ¡odio a Hitler!

Hablaba en voz baja y teñida por el miedo, y al notar que se volvía a un lado y otro para asegurarse de que sus comandantes no lo oían. Orla estuvo a punto de creerle. Aunque tampoco servía de nada.

—Muy bien, Eduard, pero tus objeciones no me parecen muy de conciencia.

—No. —Él le soltó las muñecas—. Lo siento. Te ayudaré, te lo prometo. Te liberaré.

El joven volvió a mirar a su alrededor, pero estaba tan atrapado en la placita como ella. Orla todavía oía los gritos de los asesinatos en masa en las calles cercanas y, ahora que la escalera ya estaba asegurada, el motor del tanque se encendió con un rugido que reverberó por la plaza cerrada como el de una bestia medieval.

—¡Andando! —ordenó una voz, primero en alemán y luego en polaco—. ¡Andando, zorras! Vamos a comprobar cuánto valoran a sus mujeres vuestros novios rebeldes.

El tanque se puso en marcha y a Orla no le quedó más remedio que avanzar a trompicones. Oyó a Eduard exclamar algo, pero su voz quedó ahogada por las órdenes que daban los comandantes a gritos y, mientras Orla tiraba frenéticamente de las cuerdas de sus muñecas, descubrió que el joven las había dejado lo bastante sueltas como para que pudiera liberarse con facilidad. Eso hizo, pero al buscar una vía de escape se dio cuenta de que, si se arrojaba hacia un lado, uno de los hombres que había en lo alto del tanque se limitaría a abatirla con su arma. Así pues, avanzó con sus petrificadas compañeras mientras escrutaba los edificios en busca de

un sitio donde ocultarse, pero no había ninguno.

El tanque giró por la calle mayor. La ruta estaba despejada casi por completo gracias a los francotiradores, que con sus tiros empujaban a la gente hacia las calles laterales en busca de caminos más seguros para llegar a Stare Miasto. Cuando el tanque giró hacia la derecha, Orla, que se hallaba en el extremo más alejado de la escalera, se vio obligada a correr para no caer. La mujer que tenía al lado tropezó y acabó arrastrada mientras el áspero asfalto le arañaba las piernas, hasta que el tanque se paró para colocarse delante de la barricada y pudo ponerse en pie de nuevo, entre audibles sollozos y pidiendo clemencia a gritos, aunque Orla temía que no llegara pronto. Los miembros del AK que defendían la barricada se enfrentaban a un dilema macabro: salvar a las quince mujeres que precedían al tanque o salvar sus propias vidas y las de todos los que se refugiaban tras su barricada. Era una decisión importante, pero, al fin y al cabo, no tan difícil. Orla iba a morir.

El tanque empezó a avanzar con firmeza hacia la barricada y los soldados del AK levantaron sus armas. Orla miró de nuevo frenéticamente a su alrededor y divisó un portal a su izquierda. Si lograba meterse ahí, tal vez esquivara los tiros. No quería pensar en lo que pasaría después: cada cosa a su tiempo.

Frente a ellas, los miembros del AK balbucearon una mezcla confusa de disculpas que tal vez reconfortaran a sus propias almas, pero que de nada iban a servir para las que estaban a punto de desprenderse de los cuerpos de las mujeres. A medida que se acercaban al minúsculo hueco de la pared, Orla se agarró a la escalera a modo de irónico apoyo y, cuando oyó el sonido de las armas al amartillarse por encima de los gritos que llegaban desde su espalda, se soltó. Un único disparo rebotó en el metal del tanque, seguido por una salva que derribó a las mujeres y arrastró sus cuerpos atados a la escalera mientras los soldados devolvían los tiros con el cañón de la torreta.

Orla se arrojó hacia un lado y buscó el portal mientras el tanque pasaba junto a ella y, cuando creía que lo había logrado, alguien

cayó sobre ella y le vació los pulmones de aire. Esperó a notar el cañón de la pistola en su nuca, pero no ocurrió.

—No te levantes.

Reconoció la voz de Eduard mientras sus brazos la ceñían con fuerza, no como un captor sino como un protector. Mientras el cuerpo empezaba a temblarle, se pegó a la madera áspera de la puerta y dejó que él la protegiera con su cuerpo grande y cálido, mientras los disparos silbaban sin descanso a su alrededor. El tanque pasó por delante de su escondite, pero la batalla seguía en su apogeo y Orla estaba convencida de que, en cualquier momento, aquella bestia metálica arrasaría la barricada y la haría desaparecer. Desesperada, se preguntó si su familia estaría a salvo al otro lado. ¿Habrían llegado a casa de Babcia? No le cabía duda de que estarían buscándola como locos y se sintió fatal por causarles semejante sufrimiento.

Aunque tenía calor y el cuerpo dolorido, siguió tomando aire convencida de que cada vez que lo hacía sería la última, hasta que de pronto, con un estallido espantoso, el oxígeno fue aspirado de la calle y sustituido por el ardor del fuego. El cuerpo de Eduard se sacudió pegado al de Orla, que escuchó insultos en alemán en medio del aire abrasador y el sonido de botas militares sobre el suelo. Se escurrió de debajo del alemán exangüe y vio las llamas que salían por un lado del tanque y lamían la escalera con violencia, prendiendo de fuego las formas inertes de las mujeres muertas que seguían atadas a ella. Orla había escapado por muy poco a ese mismo destino.

—¿Eduard? —El joven tenía un feo pedazo de metralla en el hombro y, mientras lo miraba, Orla supo que, de no ser por él, estaría incrustado en su propio cuerpo. El joven había muerto para protegerla—. Gracias, Eduard —dijo, agachándose para extraérselo.

No quería que lo enterraran para su reposo eterno, si es que podía encontrarse reposo en la devastada ciudad de Varsovia, con un trozo de tanque clavado en la piel.

—¡Auuuu! —El aullido de dolor del chico la hizo retroceder

tambaleándose, mientras él alargaba la mano y tiraba de ella—. Cuidado; el peligro aún no ha pasado.

—Estás vivo.

—Ahí, ahí. ¿Y tú?

Él le tocó la mejilla en lo que parecía un gesto muy íntimo, pero, al retirarla, su dedo estaba cubierto de sangre. Orla se llevó la roano a la cara y encontró un largo corte en un lado, y, aunque en ese momento se dio cuenta de que le dolía, no parecía una herida mortal.

—Vamos —dijo Eduard—, tenemos que sacarte de aquí.

Los alemanes habían abandonado el tanque y los miembros del AK se acercaban a él emocionados y en manada, pero todavía había francotiradores en lo alto y un joven salió disparado hacia atrás gritando de dolor.

—Agáchate —la instó Eduard, llevándola por delante del tanque hacia la barricada.

Unas manos sorprendidas se alargaron para ayudarla a pasar por el estrecho hueco que había en un costado y, aunque ella trató de trepar, tenía las piernas como flanes y Eduard tuvo que cogerla en brazos para entregársela al miembro del AK y dejarla a salvo en el otro lado.

—Gracias —dijo Orla, y él le dedicó una sonrisa tímida antes de dar media vuelta—. ¡No te vayas! —exclamó ella.

Los soldados la miraron como si se hubiera vuelto loca, pero Orla, que ya se sentía más fuerte, alargó la mano y tiró de él, que levantó los brazos con mirada asustada.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó uno de los hombres del AK con el arma en posición.

—Me ha salvado —explicó ella—. Me ha prometido que me liberaría y lo ha hecho. No es uno de ellos; es objetor de conciencia.

—A mí no me lo parece.

El líder del AK clavó su pistola en el pecho de Eduard.

—Es verdad —declaró Eduard en su polaco perfecto—. Mi madre es polaca y mi padre, alemán. Cuando los nazis ocuparon la zona en

la que vivimos, me obligaron a unirme a la Wehrmacht y luego me encarcelaron por negarme a luchar.

—No necesitamos cobardes —dijo el soldado con desdén.

—Me negué a luchar por Hitler —repuso Eduard—, pero lucharé por vosotros. Lucharé por Polonia y me enfrentaré a los animales que están haciendo esto a nuestro pueblo.

Los hombres del AK se revolvieron inquietos y Orla los miró, mareada. Al otro lado de la barricada, el tanque se consumía por el fuego y los cuerpos de las mujeres que no habían tenido tanta suerte como ella se calcinaban con él, y Orla tuvo que apoyarse en los sacos de arena para no desplomarse.

—Lo que dice tiene su lógica —comentó un hombre.

—Ajá.

—Mira. —Eduard se sacó la pistola y los hombres del AK amartillaron sus armas—. Os la doy; para vuestra lucha.

La cogió por la culata y la arrojó a los pies del líder, que la recogió y miró a su pelotón.

—Yo diría que es sincero, señor.

—Podría ser una trampa; estos cabrones son muy ladinos. Lleváoslo para interrogarlo.

Hizo una seña con la mano y dos hombres se adelantaron, agarraron a Eduard, que no opuso resistencia, y lo llevaron a empujones a un edificio cercano. Orla los vio alejarse y experimentó una extraña sensación de pérdida, sin entender muy bien por qué. La mejilla le dolía y la escocía, y la cabeza le daba vueltas, así que lo más probable era que tuviera las facultades mentales mermadas. Aquel hombre llevaba la repugnante águila nazi en el pecho; era un enemigo y, sin embargo, la había salvado.

—Gracias —gritó.

Eduard volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa cohibida.

—Ha sido un placer —gritó a su vez—. Que Dios te bendiga.

Y sin más, desapareció, y el AK regresó a su barricada mientras la espantosa batalla proseguía al otro lado. A Orla empezaron a temblarle las piernas de nuevo y se sintió aliviada cuando una oficial

de enlace se acercó corriendo y le ofreció su brazo.

—Te voy a llevar al hospital —la oyó decir Orla.

—Hospital —afirmó ella con la mente nublada—. Sí. Soy enfermera; tengo que ir a cuidar a los pacientes.

La chica dijo algo así como que, por una vez, era ella la que debía dejarse cuidar y, aunque Orla trató de protestar, se sentía tan débil que fue incapaz. Pensó en su familia y se esforzó por respirar, sin acabar de creerse que aún pudiera hacerlo.

Y entonces las piernas le fallaron y no pudo pensar en nada más.

DIECISIETE

6 DE AGOSTO

ZUZI

Zuzi levantó el martillo y lo estampó con fuerza en la pared. Ese iba por los monstruos que corrían desatados por Wola. Y este —descargó su golpe más potente— por quien hubiera apresado a Orla. Su hermana pequeña jamás le había hecho daño a nadie. Era la persona más buena y gentil que conocía, la única de su familia que era así, tal vez con la excepción de su madre, que no había estado a favor del levantamiento. ¿Por qué tenía que ser Orla la que sufriera?

Zuzi dio otro martillazo en la pared y vio con satisfacción como la atravesaba hasta la habitación contigua. La operación de la Minerki se llevaba a cabo en Stare Miasto, donde estaban derribando las paredes entre los sótanos de las casas para permitir que la gente pudiera desplazarse con seguridad bajo tierra en caso de que hubiera un ataque aéreo.

Zuzi había pedido permiso para ir a buscar a Orla, pero Tosia la había cogido del brazo y le había dicho: «¿No crees que, si está viva, ella te buscará a ti?».

«Sí —había concedido Zuzi—, pero ¿y si no lo está?».

Tosia había hecho un gesto separando las manos.

«Si no lo está, me temo que ya es demasiado tarde para hacer nada».

Por duro que fuera, era la verdad.

«Podría estar herida —había protestado Zuzi—, quizá en un

Hospital».

«En ese caso, cuanto antes abramos un paso seguro por debajo de Stare Miasto, mejor».

La lógica de sus palabras era aplastante y, como la espera había destrozado los nervios de Zuzi, esta había decidido aplacar su inquietud dedicando su energía a destrozar paredes. Y ahí estaba. Ajustó los puntales que sostenían el techo del sótano y golpeó de nuevo la pared. Los dueños de la casa, una simpática pareja con tres niños pequeños, contemplaban el proceso cubriéndose la boca con la mano, y Zuzi les dedicó su mejor versión de una sonrisa tranquilizadora. Los sótanos de Varsovia eran sólidos y firmes, y las paredes que los separaban no eran muros de apoyo sino que respondían a motivos de seguridad. En el extremo más alejado, aquella familia ya estaba conectada con el siguiente y el siguiente y el siguiente, a lo largo de toda la calle, para que los oficiales de enlace, los soldados del AK y el personal médico pudieran desplazarse con facilidad bajo tierra. Gracias al valiente batallón Krybar, que seguía controlando la central eléctrica, podían colocar luces por el pasadizo para que la Varsovia subterránea, aunque caótica, resultara segura. Aquel último derribo al que Zuzi estaba entregada permitiría acceder al hospital Juan de Dios, el hospital en el que Orla debería haber estado cuidando a los heridos, el hospital en el que trabajaba el doctor Bronisław.

Un absurdo estremecimiento recorrió el cuerpo de Zuzi, que lo disimuló con un nuevo martillazo en la pared. El agujero tenía ahora un buen tamaño, y Zuzi se obligó a hacer palanca con las manos para retirar los ladrillos sueltos y proceder así de una manera más ordenada y pulcra. Uno de los hijos de la pareja, una niña de unos diez años, se acercó a ella con timidez.

—¿Te puedo ayudar?

—No estoy segura. No quiero que te hagas daño.

—No me haré daño —insistió la niña—; iré con mucho cuidado. Además —tiró de la manga de la camisa de Zuzi—, quiero hacer algo útil.

Zuzi, que entendía aquel sentimiento, asintió con la cabeza.

—Saca los ladrillos de uno en uno. Si notas que algo se desliza, déjalo caer de inmediato y apártate, ¿vale?

—Sí, señora.

La niña le hizo un torpe saludo militar y, durante un instante, se pareció tanto a Orla que Zuzi tuvo que agarrarse a un ladrillo para reprimir el instinto de abrazarla.

—Gracias.

Su padre, un hombre mayor con una cojera pronunciada, también se ofreció a ayudar, mientras su mujer se llevaba a los dos niños más pequeños para ponerlos a salvo y prometía volver con tazas de té. Hacía mucho calor y, a pesar de hallarse bajo el nivel del suelo, Zuzi estaba sudando por el esfuerzo, así que el té sería más que bienvenido.

El agujero era ya lo bastante grande como para pasar por él y, mientras sus ayudantes se quedaban allí para ensancharlo, Zuzi se coló en el sótano contiguo y echó un vistazo a su alrededor. Se hallaba en la parte del hospital que había sido secreta y a la que, una semana atrás, por increíble que pareciera, había llevado material médico para su hermana, como castigo por haber desprendido la anilla de una granada. Después de todo lo que había pasado desde entonces, la pérdida de unos cuantos calabacines parecía risible y el hospital apenas era reconocible.

En lugar de ordenadas filas de camas inmaculadas, el lugar estaba atestado de pacientes, unos pocos afortunados tumbados en colchones, pero muchos otros en una serie de jergones improvisados entre las camas. La mayoría sobrellevaba su dolor con paciencia, pero había quien gemía y pedía ayuda a gritos, y las enfermeras corrían de un lado a otro haciendo todo lo posible por ayudarlos. Zuzi no pudo evitar observarlas cuando pasaban por delante, con la esperanza de que una de ellas fuera Orla, pero, como era de esperar, no había ni rastro de su hermana.

—¿Żelazo?

Alguien le tocó con suavidad el brazo, sobresaltándola, y al alzar

la vista, Zuzi se encontró con los ojos marrones más afables que había visto en su vida.

—Doctor… ¿Łukasz?

Él sonrió con dulzura.

—Creo que ya no hace falta usar nombres en clave, ¿no te parece? Llámame Bron.

—¿Bron? Está bien. Sí, eso haré. Yo me llamo Zuzi.

—Un nombre precioso.

—Gracias. —No se le ocurría nada más que decir, lo cual no era propio de ella y, a decir verdad, resultaba patético, pero el caso era que aquel joven hacía que le ardieran las entrañas como si alguien hubiera arrojado una *filipinka* en ellas, y se le hacía muy difícil concentrarse cuando estaba en su presencia. Se dijo con acritud que era un hombre como cualquier otro, de no ser por aquellos ojos marrones y aquella hermosa sonrisa y el hecho de que fuera médico, con el poder de salvar vidas y… Zuzi apartó esos pensamientos de su mente—. ¿Cómo va todo? Quiero decir… —Echó un vistazo a la abarrotada sala y se sintió aún más estúpida—. Salta a la vista que la situación es complicada, pero me refería a ti. ¿Cómo lo llevas?

Nada de lo que decía sonaba como ella pretendía, pero entonces él sonrió de nuevo.

—Ahora que te he visto, mejor —dijo, y borró de un plumazo todas las preocupaciones de Zuzi.

—Solo estoy ayudando a facilitaros el paso —dijo ella, y señaló con la mano el agujero que quedaba a su espalda.

Sus ayudantes, el padre y la hija, le devolvieron el saludo con gesto atento y Zuzi se preguntó qué pensaría Bron de la escena, pero él no pareció darle importancia.

—Será de gran ayuda —dijo con seriedad—. Ahora que los nazis nos están bombardeando, es difícil meter a la gente en el hospital subterráneo.

—No creo que esto lo vaya a facilitar mucho —dijo Zuzi, mirando con una mueca su agujero irregular.

Él dejó escapar una risa burlona.

—Tal vez no, pero podría reducir la posibilidad de que un soldado reciba una segunda herida antes de que podamos tratarle la primera. Eso es un triunfo, ¿no?

—No sé yo si un triunfo…

—No. —Bron ladeó la cabeza de una manera que despertó mariposas en el estómago de Zuzi y, si era sincera, también más abajo—. Tienes razón, Zuzi. Pero tal vez sí mitigue la derrota.

—Ajá —contestó ella, pensando que quizá podía quedarse allí con él, debatiendo sobre pedantes matices lingüísticos.

—¿Dónde está Orla? —preguntó él, disipando esa posibilidad.

De inmediato, Zuzi deseó estar en cualquier otra parte.

—Ha desaparecido —confesó, aunque pronunciar esas palabras le costó tanto como si hubiera tenido que dar tres martillazos.

—¿Desaparecido? ¡Oh, no! ¿Tú estás bien?

Su amabilidad era agradable, o al menos eso suponía Zuzi, pero también una terrible equivocación: era ella la que había dejado que su hermana se perdiera, y no merecía compasión alguna.

—Claro que no —soltó—, pero seguramente estoy mejor que ella.

Él no reaccionó como ella esperaba, sino que asintió sin inmutarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y Zuzi sintió que se ahogaba y tuvo que apoyarse en la cama más cercana para conservar el equilibrio—. ¿Zuzi? Ven, por favor; siéntate aquí.

Bron sacó una silla de quién sabe dónde y, después de que ella se sentara, agradecida, se agachó y le cogió las manos en un ademán inconsciente.

—Puedes hablar conmigo —le dijo, y añadió con una media sonrisa—: Soy médico.

Zuzi trató de devolverle la sonrisa, pero no pudo. Lo que en realidad deseaba era que él hablara con ella porque le apetecía, no porque lo hiciera con todo el mundo. Se maldijo por dentro, enfadada; aquel no era el momento de ponerse blanda.

—Hemos tenido que escapar de casa —se limitó a decir.

Él le dio un apretón en las manos.

—¿Vivís en Wola?

—Vivíamos —respondió ella con amargura—. Ahora estamos con mi Babcia, Kamilla, en Stare Miasto. Al menos mi madre, Hana y Jacob están allí. Orla… —Su voz se ahogó de nuevo, pero él no le había soltado las manos y, aunque no dijo nada, su afable presencia bastó para calmarla—. Nos cogimos de la mano para no separarnos, pero había tanta gente que cundió el pánico. Claro que no es de extrañar, porque los nazis estaban descontrolados, disparando a todo el mundo y llevándose a las chicas para… para…

—Violarlas —dijo él.

Era un hombre muy directo, algo que a Zuzi le gustaba.

—Fue espantoso. Intentábamos salir de Wola.

—Normal.

—Pero entonces hubo un aluvión de gente que venía desde otra dirección y se llevó a Orla. Jacob le soltó la mano. No, no la soltó. Quiero decir que no fue culpa suya. Tiene solo trece años y seguramente sus manos todavía no son muy grandes. Tendría que haber sido yo la que cogiera a Orla de la mano. Es mi hermana pequeña; tiene…

—Dieciocho años, Zuzi. Es una adulta. Lo ocurrido no es responsabilidad tuya, ni tampoco tu culpa.

Zuzi lo miró a los ojos. Deseaba creerlo, pero lo que decía no tenía sentido.

—Es tan culpa mía como de cualquiera.

—Cierto, pero en realidad no es culpa de nadie.

¡Aquel hombre era imposible!

—No importa —dijo Zuzi con impaciencia—. El caso es que Orla ha desaparecido. La multitud la engulló. Los demás atravesamos la barricada y ella no, lo cual significa que todavía está allí, en Wola, con esos hombres infames y perversos. —Se aferró a los dedos de él —. ¿Y si la están violando? ¿Y si la tienen inmovilizada en el suelo y… y…?

Las lágrimas habían asomado en sus ojos y no había manera de reprimirlas. Bron le sujetó las manos con fuerza y le acarició el dorso

con los pulgares, dibujando círculos, mientras ella lloraba. No le ofreció las típicas frases de consuelo ni trató de convencerla de que todo iría bien, y Zuzi se lo agradeció. Al cabo de un rato, encontró fuerzas para continuar.

—Yo estaba a favor, ¿sabes? Estaba a favor del levantamiento.

Me moría de ganas de aplastar a los nazis, pero ahora tienen a mi hermana pequeña y yo no puedo hacer nada.

—Puedes seguir aplastándolos.

—¿Qué?

—Para que su muerte no sea en vano; si está muerta, claro, cosa que no sabemos. Ahí afuera reina el caos y apuesto a que Orla no se ha rendido sin más. Por lo poco que la conozco, es una chica dulce, sí, y solícita y optimista, pero no miedosa, ¿verdad?

Zuzi volvió a mirarlo a los ojos mientras pensaba en Orla, y supo que él tenía razón.

—Es usted un hombre muy sabio, doctor.

—Bron —dijo él con delicadeza—. Me gustaría mucho que me llamaras Bron.

—Bron —repitió ella.

—¿Dónde está la casa de tu Babcia? —Ella lo miró, desconcertada—. Si Orla aparece por aquí, así podré ir a decíroslo.

—Ah, claro. Gracias. Está en la calle Rybaki, número 113, saliendo de la plaza del mercado en dirección al Vístula. Tiene unas vistas maravillosas del no-avance de los rusos.

Dejó escapar una risa amarga y él volvió a acariciarle los dedos.

—Entendido —dijo Bron. Una enfermera se había acercado y él la miró, incómodo—. Me temo que tengo que irme. ¿Estarás…?

—Claro. —Zuzi se moría de vergüenza. Allí estaba ella acaparando a un médico con sus triviales preocupaciones, cuando a su alrededor había personas con heridas horribles que lo necesitaban mucho más—. Ve a trabajar. Lo siento. No quería…

Se puso en pie, pero él no le soltó las manos.

—Por favor, Zuzi, no te disculpes. Ven a verme cuando quieras y hablame de lo que quieras.

—Porque eres médico, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Porque me caes bien.

Y, sin más, casi antes de que las palabras acabaran de salir de su boca, se alejó con la enfermera para inclinarse sobre un paciente en el otro extremo de la abarrotada sala. Zuzi lo miró, confundida. Sin lugar a dudas, era un hombre de lo más intrigante y Orla tenía mucha suerte de poder trabajar con él cada día. El corazón le dio un vuelco.

—Orla —murmuró en voz baja, y de pronto supo que tenía que irse a casa.

El agujero ya era lo bastante grande; Zuzi había hecho su trabajo y ahora era el momento de estar con su familia… o lo que quedaba de ella. Se dio la vuelta y atravesó la pared del sótano a la carrera, sin olvidarse de coger el martillo por el camino y de darles las gracias a sus aplicados ayudantes. Avanzó a través de varias casas hasta llegar a una escalera de fácil acceso y, al salir a la calle, se dio cuenta de que el sol se estaba poniendo. Un Stuka atravesó el cielo con un rugido y descargó una bomba sobre el tejado de una iglesia, y Zuzi se encogió mientras la aguja se partía y, con un estruendo doloroso, se derrumbaba sobre sí misma mientras la cruz se desprendía de lo alto entre los gritos de horror de la gente que había debajo. Zuzi se santiguó y, con la cabeza gacha, salió disparada hacia casa de Babcia.

Magda estaba allí, caminando de un lado a otro del elegante vestíbulo de entrada y dibujando surcos maternales en las baldosas blancas y negras.

—¿Está aquí? —preguntó Zuzi.

Magda negó con la cabeza.

—Ha anochecido y no hay ni rastro de ella.

—El sol sigue existiendo —dijo Zuzi con vehemencia—. La traeremos a casa antes de que vuelva a ponerse.

—¿Cómo, Zuzi?

Zuzi no tenía la respuesta a esa pregunta.

—¿Hana está en casa? —dijo en cambio.

—No; está repartiendo mensajes.

—¿Y Jacob?

—Arriba, llorando desconsolado, el pobre. Dice que es culpa suya.

—Todos pensamos que es culpa nuestra, ¿verdad?

Magda asintió sin decir palabra y, cuando se apartó el pelo rubio de la cara, Zuzi se fijó en que tenía mechones grises, como si hubiera envejecido años en el último día.

—¿Y Babcia Kamilla? —preguntó.

—Acosando a las «autoridades», quienquiera que crea que son, para que busquen a Orla. Hemos decidido que era mejor que alguien se quedara aquí, por si vuelve, pero la espera me está matando, Zuzi.

Esta rodeó a su madre con los brazos.

—Alguien muy sabio acaba de decirme que Orla es más fuerte de lo que todos creemos. Ha dicho que…

—¡No!

—De verdad, él…

Pero su madre la apartó de un empujón y se acercó tambaleándose a la puerta, donde, aturdida pero sin lugar a dudas ilesa, estaba…

—¡Orla! Oh, Orla, estás aquí. Estás viva. Has sobrevivido. ¿Cómo lo has hecho?

Zuzi no pudo evitar que las palabras salieran atropelladamente de su boca mientras estrujaba a su hermana pequeña y le daba palmaditas para asegurarse de que no había sufrido daño alguno. Tenía un corte con mal aspecto en una mejilla, pero se lo habían lavado y vendado y, por lo demás, parecía estar bien. Magda la cubrió de besos y luego corrió adentro para llamar a Jacob, que bajó en estampida y de dos en dos por la elegante escalera y se arrojó como una bala sobre ellas para sumarse al abrazo.

—Orla; te solté. Te solté y pensaba que te habían apresado.

—Casi lo hacen —dijo ella—, pero no fue culpa tuya, Jacob. Fui yo la que te soltó a ti.

Hablaba con su inconfundible voz dulce y perfecta, y Zuzi sintió que las lágrimas arañaban sus ojos. Tras reprimirías durante un breve instante, se rindió y les dio rienda suelta.

—No lo han hecho, ¿verdad? —dijo, sujetando a su hermana a cierta distancia para mirar sus preciosos ojos azules—. No te han apresado.

Orla negó con la cabeza.

—Me ataron a un tanque y…

—¡¿Qué?!

—Pero me escapé. Bueno, alguien me ayudó a escapar. Un alemán.

—¿Un alemán? —espetó Zuzi.

—Un alemán bueno.

—No hay alemanes buenos.

—Pues parece que sí. Era… No importa.

—Exacto —convino Magda—. Lo único que importa es que estás aquí, sana y salva. Ay, mi niña. —La estrujó contra su busto—. Mi pequeña Orla.

Orla sonrió y luego miró a su alrededor.

—¿Dónde está Hana?

—Enseguida llegará, y Babcia también. Vamos dentro; he hecho pan.

La maravillosa mundanidad de sus palabras provocó la risa de Zuzi.

—Cómo no, Mama.

Magda se encogió de hombros mientras se secaba las lágrimas.

—Tenía que amasar alguna cosa o me habría vuelto loca.

Zuzi asintió.

—Yo he derribado varias paredes —comentó—. De hecho, una que daba a tu hospital, Orla. Ese médico estaba allí… ¿Cómo se llama?

—Bronisław —contestó Orla—. No hagas como que no lo sabes.

Y entonces le guiñó el ojo, se lo guiñó de verdad, y Zuzi sintió tal alivio por que su hermana estuviera allí en una pieza, que se limitó a sonreír y la llevó a la cocina, mientras Hana y Babcia entraban corriendo por la puerta lanzando gritos de alegría. Orla les contaría su historia cuando se sentaran alrededor de la mesa al anochecer, todos juntos, como debía ser.

Lo único que podía hacer Zuzi era rezar para que las cosas siguieran así.

SEGUNDA PARTE

He recibido su carta referente a Varsovia. Debo informarlo de que, tras haber analizado el asunto más a fondo, he llegado a la conclusión de que los sucesos acaecidos en Varsovia, llevados a cabo sin informar ni contactar con el mando soviético, fueron una empresa irreflexiva que ocasionó bajas sin sentido entre la población. Por si fuera poco, generaron una campaña de desprestigio en la prensa polaca, que señaló al mando soviético como responsable de engañara los ciudadanos de Varsovia. A la luz de todos estos hechos, el mando soviético ha decidido desligarse públicamente de la empresa de Varsovia, pues los asuntos de dicha ciudad no son ni deberían ser responsabilidad suya.

CARTA DEL MARISCAL STALIN A STANISŁAW MIKOŁAJCZYK,
PRIMER MINISTRO DE POLONIA,
A MEDIADOS DE AGOSTO DE 1944

DIECIOCHO

7 DE AGOSTO

HANA

Llana contempló el cielo nocturno buscando luces entre las estrellas, pero era imposible. Sin fuerzas de defensa aliadas que los detuvieran, los Stuka alemanes atacaban Varsovia a diario, arrojando bombas incendiarias que ocasionaban tantos incendios que el cielo tenía un permanente color naranja turbio, como una malograda puesta de sol infinita. Hana se hallaba en la zona nororiental del gueto en ruinas, dentro de la hilera de cementerios que había demostrado ser una línea de defensa crucial alrededor de Stare Miasto.

Acompañada por sus camaradas, esperaba un milagro, pero a pesar de ello estaba preocupada. Aquellas condiciones distaban mucho de ser perfectas para los aviones y, por primera vez desde que se había enterado de que la RAF iba a hacerles llegar suministros por aire, deseó que ni siquiera lo intentaran. Los aeroplanos serían blancos fáciles en medio de la rampante luz de los incendios, una presa fácil para el sofisticado armamento antiaéreo de los alemanes; eso si lograban atravesar la vasta extensión de territorios controlados por los nazis entre Brindisi y Varsovia. Agaton le había contado un rato antes que se trataba de un viaje de ida y vuelta de dos mil kilómetros sobre un terreno peligroso, pero, por lo visto, los pilotos polacos estaban decididos a intentarlo y Churchill les había dado su apoyo.

Hana sintió el corazón henchido de orgullo, pero enseguida se le contrajo de nuevo por el miedo. Si Emil era uno de los pilotos de la misión de aquella noche, sería muy vulnerable allí en los cielos, encima de ella. Necesitaban la ayuda, eso era innegable. Los rusos no se habían retirado, pero tampoco habían avanzado y, como consecuencia, el AK se veía obligado a defender la ciudad en solitario y se estaba quedando rápidamente sin munición para hacerlo. Las despiadadas brigadas de la SS habían ocupado Wola y abierto una ruta a través de Varsovia después de tomar el control del Jardín Sajón y el palacio Brühl, y de avanzar hasta el puente de Poniatowskiego, de modo que ahora disponían de una vía de acceso libre por el centro de la ciudad.

Irónicamente, era casi la misma ruta que habían propuesto los urbanistas para la autovía este-oeste antes de que empezara todo aquello. Hana había perdido su único mapa en la huida de Wola y, por lo que ella sabía, el resto de los mapas, tanto el de la ciudad en su estado actual como el proyectado para el futuro, seguían en la Central Telefónica, que por desgracia continuaba siendo uno de los baluartes de la Wehrmacht. El AK había intentado una y otra vez asaltar el edificio sin éxito, y la imponente torre de cemento se cernía amenazante sobre Śródmieście, infestada de francotiradores que disparaban a cualquiera que fuera a buscar agua o pan para sobrevivir un día más.

Hana se estremeció al imaginárselo. Por desgracia, todos se habían acostumbrado ya a que hombres y mujeres sufrieran heridas espantosas. Después de escapar por los pelos de los alemanes, Orla había vuelto al trabajo y cada noche, al llegar a casa, les explicaba en susurros las funestas laceraciones que había visto. Hana era consciente de hasta qué punto aquellas imágenes partían el hermoso corazón de su hermana pequeña y nada deseaba más que poder evitarle aquel dolor, pero por el momento estaban todos juntos en aquello.

Miró hacia las demás enlaces, agachadas en sus escondites entre los escombros del gueto, cada una con un farol que encenderían

cuando oyeran los motores…, si es que los oían. Tres días antes habían recibido la noticia de que la RAF tenía autorización para hacerles llegar suministros por aire. Si las condiciones eran propicias para la entrega, la BBC reproduciría la conocida canción popular polaca «Una mazurca más» al terminar su emisión para Polonia a las ocho de la tarde. Dos veces habían puesto la radio y habían escuchado con afán, y dos veces se habían llevado una decepción, pero esa noche sí habían sonado los acordes de aquella melodía tan preciada para la cuidad y todo el mundo se había puesto en marcha. Como oficial de enlace de Bór, en realidad Hana no debería haber formado parte de las tropas ligeras, pero había suplicado a Czajnik que la dejara unirse a ellas y, escasa de efectivos porque tenía a dos chicas en el hospital, esta había accedido.

Hana tenía que reconocer que, en aquel momento, empezaba a dudar de su decisión. La primera noche que habían pasado en Stare Miasto, después de que Orla regresara, se habían sentado en la elegante sala de Babcia dando gracias a Dios por estar todos a salvo.

«Ya lloramos por vuestro padre —había dicho Magda con solemnidad—. No permitáis que volvamos a llorar».

Hasta Babcia se había mostrado precavida y, aunque había hecho sus habituales comentarios sobre su deber con Polonia, las había instado a proceder con cautela. El Levantamiento de Varsovia ya no era una victoria rápida y excitante, sino una guerra de desgaste, y Hana había pedido a su querida familia que no asumiera riesgos innecesarios en los días posteriores. Babcia tenía una bonita cruz de plata —una preciada reliquia familiar— y todos habían colocado sus manos encima y habían jurado hacer todo lo posible por conservar la vida, porque se necesitaban unos a otros. ¿Por qué, entonces, se había ofrecido voluntaria para posicionarse a campo abierto, con una luz que señalaba con precisión su ubicación tanto para los camaradas como para los enemigos?

Czajnik, que estaba a su derecha liderando en persona a su pequeño escuadrón, miró el reloj a la sobrecogedora luz de los

incendios.

—Se hace tarde —susurró—. No estoy segura de que vayan a venir.

Hana sintió una punzada de alivio, seguida de inmediato por un dolor aún más intenso. La música de la BBC indicaba que el plan se había puesto en marcha, así que si los aviones no llegaban, lo más seguro era que se debiera a que los habían derribado.

—Esperemos un poco más —le pidió—. Vienen de muy lejos.

—No tendrían que hacerlo si pudieran usar las bases rusas —fue la airada respuesta de Czajnik.

Hana asintió y se agarró a los ladrillos del pequeño muro tras el que se escondía, mientras se preguntaba por qué Churchill y Roosevelt dejaban que Stalin se saliera con la suya después de haberlos engañado de aquella manera. Sin duda eran aliados que luchaban en su mismo bando…, aunque quizá no con los mismos objetivos para cuando terminara la guerra.

—Contrólate —masculló Hana por lo bajo.

Sí, se hallaba entre las ruinas de un gueto cruel, esperando unos aviones que tal vez no llegaran nunca, con tan solo un puñado de pistolas para enfrentarse al sinfín de tanques y bombarderos en picado alemanes, pero eso no significaba que tuviera que sucumbir a aquellos miedos siniestros. Aunque los nazis hubieran abierto una ruta por el centro de Varsovia, el AK seguía controlando casi todas las demás zonas de la ciudad y, en cuanto llegaran aquellas armas, volvería a atacar. Había planes para asaltar la Central Telefónica y eso quería decir que tal vez podrían recuperar los mapas de la ciudad que la Gestapo le había arrebatado a Marek antes del levantamiento. Una Varsovia nueva y regenerada, en eso debía concentrarse; en eso y en mantenerse con vida el tiempo suficiente para poder formar parte de su creación.

Desde algún lugar ubicado en la zona bajo control alemán que se hallaba más allá del cementerio llegó el inconfundible sonido de pasos de botas militares. Una patrulla. Hana se arrojó al suelo, con la cabeza junto a una piedra redondeada con una estrella de David

dibujada con tiza. Se apartó un poco y vio dos nombres escritos debajo con sumo cuidado: Zachariah y Tobías, acompañados por fechas; «1911-1943» para el primero y «1940-1943» para el segundo. A Hana se le encogió el corazón, pues aquello indicaba que, en el algún lugar debajo de los escombros que la protegían del fuego nazi, estaban un padre y su hijo.

El gueto había sido una afrenta para la humanidad, y su destrucción, la atrocidad definitiva. Hana, junto con el resto del AK, había aplaudido a los últimos judíos por su valeroso alzamiento, pero no pudo evitar recordar cómo había terminado. De las cuatrocientas mil personas que en su día habían abarrotado aquella zona de Varsovia ahora en ruinas, las únicas que habían sobrevivido eran las cincuenta que Zuzi y su Minerki habían liberado de Gęsiówka la semana anterior. Esas y otras personas valientes como el Kapitan Szymon Ancel, que se había escapado y ocultado en otra parte. ¿Qué pensarían él y su familia de aquel segundo intento fallido de liberación?

«Los británicos van a venir», se recordó Hana con firmeza, aunque en ese momento, con el haz de luz de una linterna brillando sobre sus escondites, los alemanes parecían estar mucho más cerca. Por suerte, la luz no podía alcanzar sus posiciones y acabó alejándose acompañada del sonido de botas.

—Muy bien, chicas —susurró Czajnik—, creo que tenemos que dar por…

Se interrumpió mientras, muy bajito al principio pero aumentando rápidamente de volumen, todas escucharon el inconfundible ruido de motores en el aire nocturno. Hana miró hacia el sur y vio, recortada contra las llamas de Wola, la silueta de un avión, un avión británico, seguido por dos más, que volaban hacia ellas velozmente y sin desviarse de su rumbo.

—¡Ahora! —ordenó Czajnik—. Luces, ¡ahora!

Hana sacó una cerilla con manos trémulas y acercó la llama al gas, rezando para que prendiera. Una ráfaga de aire apagó la primera, así que encendió una segunda, que sí prendió, y una llama

brilló dentro de la caja de cristal. Tras cerrar la puertecita, se alejó de la morada final de Zachariah y Tobías para ocupar su posición, desde la que formaba un cuadrado con sus compañeras.

—Sostenedlas en alto, chicas; ¡necesitamos esos suministros!

Hana levantó el brazo, deseando ser más alta. Ya no oía las botas de los nazis y no tenía ni idea de si eso significaba que se habían ido o que se habían parado para echar otro vistazo a la zona del gueto. Los hombres encargados de las defensas antiaéreas habían localizado los aviones y apuntaban al cielo con sus potentes reflectores, que capturaban en su luz a los aeroplanos como si fueran actores en un escenario. La batería antiaérea había abierto fuego y el humo negro de sus proyectiles se abría paso entre los rayos blancos como rosas ominosas, recortado con nitidez sobre el resplandor anaranjado de la ciudad en llamas. Era como un hermoso cuadro, de no ser porque podía conllevar la muerte de una o de todas ellas. Llana se aferró a su farol y lo sostuvo por encima de la cabeza, y, aunque le dolía el brazo, se obligó a no soltarlo. Sí aquellos hombres podían volar sobre dos mil kilómetros de territorio enemigo para llegar hasta allí, ella podía soportar un nimio dolor muscular para guiarlos y procurarles seguridad.

Los misiles antiaéreos explotaban en lo alto, descargando una lluvia de metralla sobre ellas, y Hana se alegró de llevar el casco de acero que le había dejado uno de los miembros del pelotón de protección del AK que las cubría. Los restos de proyectil rebotaban sobre él con un sonido metálico, en una imitación burlesca del ruido de la lluvia al caer sobre la lona de su tienda de campaña cuando, de niña, iba de acampada con su familia. No muy lejos se oyó un grito en alemán y el sonido de botas militares que se acercaban. Sonó un disparo, seguido por muchos más del AK. A Hana le temblaba hasta el último centímetro del cuerpo, pero los aviones estaban tan cerca que casi podía ver a los pilotos en sus cabinas, inclinándose hacia delante para localizar sus luces.

—¡Estamos aquí! —chilló por encima del ruido de las armas.

Vio que las compuertas de la bodega del primer avión se abrían y

empezaban a descargar paquetes. Tenían una inquietante forma de bomba y, durante un aterrador instante, Hana pensó que tal vez se tratara de una tarea letal, pero entonces los cordeles se desplegaron y unos paracaídas en miniatura blancos se abrieron, suavizando su caída para que flotaran con suavidad, como cabezas gigantes de diente de león. Era una imagen hermosa. En aquellos cilindros se hallaban las armas y la munición que el AK necesitaba para impedir que los nazis tomaran Stare Miasto. Talvez supusiera un peligro para Hana en aquel momento, pero a la larga podía salvarlos a todos. Una bala rebotó en un muro a un metro a su izquierda y, aunque le entraron ganas de arrojarse al suelo, los soldados del AK que se encontraban en el extremo más alejado liquidaron al atacante, y Hana mantuvo su posición. Los otros dos aviones estaban cada vez más cerca, con las bodegas abiertas para soltar más paquetes mágicos.

—¿Lo veis? —chilló en la dirección aproximada en que se encontraban los nazis—. No estamos solas. Tenemos amigos, tenemos aliados, ¡y vienen a por vosotros!

Otra bala surcó el aire y le pasó tan cerca que estuvo a punto de besarle la mejilla, pero los aviones estaban ya cerrando las compuertas y daban media vuelta, esquivando los proyectiles como verdaderos profesionales, de modo que su trabajo casi había terminado. Emil no se encontraba entre los pilotos, pero tal vez había sido absurdo por su parte albergar esperanzas de que fuera uno de ellos. Debía de haber cientos de pilotos en Brindisi. Volvió a agacharse detrás del montón de escombros y se rodeó el cuerpo con los brazos mientras trataba de visualizar a su prometido. Al principio le resultó imposible, pero, poco a poco, una imagen se formó en su mente: Emil apareciendo en la panadería, al comienzo de su relación, con una cesta de pícnic y una manta recién lavada, y preguntándole si le haría el honor de acompañarlo a comer.

«No es precisamente el hotel Europejski, ¿no?», había dicho Zuzi a su espalda con una risita, pero a Hana no le había importado.

La comida con Emil, sentados entre las flores de los prados de las

orillas del Vístula, había sido la mejor experiencia de su vida. Sobre todo cuando él se había inclinado hacia delante y había juntado sus labios con los de ella y… El grito excitado de una de sus compañeras interrumpió el maravilloso recuerdo.

—¡Viene otro!

En efecto, un cuarto avión se acercaba a gran velocidad para alcanzar a sus compañeros. Las chicas se colocaron de inmediato en posición y Hana reunió el valor para hacer lo propio. Se moría de ganas de volver a la bonita casa de Babcia, con sus mullidas alfombras y sus elegantes muebles; a la cómoda cama que compartía con sus hermanas y a la panadería improvisada que su madre había montado en la cocina. Una bala rebotó en su casco y la hizo tambalearse hacia un lado. ¿Sabría el avión dónde dejar caer los paquetes? ¿Podrían regresar sin que las descubrieran antes de que fuera demasiado tarde? Desesperada, miró hacia arriba. El avión estaba muy cerca y las compuertas de la bodega despidieron destellos plateados en el cielo nocturno al abrirse.

Y fue entonces cuando la vio. Pintada en el dorso de las puertas, en el tono de lila más hermoso imaginable, había un violeta con pétalos dibujados con sumo cuidado en una inconfundible forma de corazón.

—¡Emil!

Todos los pensamientos sobre su hogar se esfumaron al instante. El cansancio abandonó su brazo. El miedo se disipó. Lo único en lo que podía pensar era en su prometido, volando a no más de cincuenta metros sobre su cabeza. ¡Había venido! Estaba vivo y había venido a traer esperanza a Varsovia… ya Hana.

—¡Emil! —gritó de nuevo.

Él no podía oírla, pero tal vez, de alguna manera, captaría su presencia, sentiría su amor elevándose por los aires, más brillante e intenso que cualquier odioso foco.

—¡Fiolet! ¡Agáchate!

Czajnik le hizo un placaje para arrojarla al suelo justo antes de que las balas silbaran por el lugar en el que, un instante antes, había

estado Hana. El farol se estampó sobre la piedra en la que alguien había escrito con tiza y delicadeza los nombres de Zachariah y Tobías, y la llama se extinguió al instante, mientras ella le daba las gracias a su líder con un jadeo y se sentaba con cautela para mirar por última vez a su prometido.

Las puertas de la bodega se estaban cerrando mientras los paquetes flotaban por el aire, y el avión se inclinó hacia un lado antes de elevarse y alejarse por encima del Vístula Hana sintió dolor al verlo partir, pero le deseó un buen viaje de vuelta a su base, de vuelta a la seguridad para vivir un día más, igual que ella. Sin duda, ahora que habían visto la seriedad con la que los Aliados se tomaban lo ocurrido en Varsovia, a los rusos no les quedaría más remedio que ayudarlos. Se tocó el anillo, de un violeta tan bello como la hermosa flor llena de esperanza que decoraba el avión de su prometido, y sonrió mientras los veía desaparecer en la seguridad de la noche. Hana estaba segura de que volvería, y pensaba hacer todo lo que fuera necesario para estar allí esperándolo cuando eso ocurriera.

DIECINUEVE

11 DE AGOSTO

ORLA

—¿Aquí abajo? —Orla contempló horrorizada los escalones húmedos, oscuros y cubiertos de musgo que llevaban bajo tierra. Por si no bastara con haber tenido que acudir al cementerio mientras caía la noche, ahora se esperaba que, además, se introdujera en una tumba. Le hizo una mueca a Bronisław—. ¿En serio?

Él le devolvió la mueca.

—Es el mejor sitio que vamos a encontrar aquí.

—¿No da mala suerte operar a la gente en una tumba?

—A lo mejor es un buen presagio. A lo mejor los muertos son tacaños con su espacio y se aseguran de que nadie más acabe aquí.

Orla lo miró para ver si hablaba en serio, pero, con la luz crepuscular y la entonación inexpresiva de Bronisław, era imposible decirlo.

—Eso espero —dijo, echando un nuevo vistazo a su alrededor.

A Bron y a ella les habían asignado la tarea de establecer un quirófano, como parte del hospital de campaña, en el vasto cementerio protestante que, junto con el católico, el ortodoxo y el judío, formaba una gran franja curvada de terreno al aire libre en el extremo occidental de Stare Miasto, Aunque se hallaban todos bajo control del AK, la Wehrmacht estaba atacando sus lindes y la información de la que disponían apuntaba a que esa noche lanzaría un importante ataque. El hospital se iba a levantar en la zona

oriental, controlada por el AK y que, mucho tiempo atrás, una familia acaudalada había amurallado para proporcionar intimidad a sus antepasados. Aunque era el lugar más seguro posible, a Orla seguía pareciéndole de mal agüero.

—¿Bajamos?

Bron hizo un gesto hacia los escalones y Orla pisó con cautela el primero, mirando con incredulidad las profundidades tenebrosas. Unas semanas atrás, la idea de siquiera entrar al cementerio por la noche la habría aterrorizado. Sus amigas y ella siempre se contaban historias sobre los fantasmas que deambulaban entre las siniestras tumbas, y se agarraban unas a otras entre chillidos infantiles al pensar en varsovianos fallecidos mucho tiempo atrás que se alzaban de entre los muertos para atormentar a los vivos. Ahora, Orla descendía hacia ellos. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Esa noche casi habría agradecido la compañía de los fantasmas del pasado para defender su amada ciudad y, sin lugar a dudas, prefería ver a un caballero sin cabeza que a un soldado del AK decapitado.

Y hablando de eso, tenían un hospital que montar, y rápido. El AK estaba ocupando sus posiciones entre las tumbas y desde el oeste llegaba un amenazador estruendo de tanques. La batalla se hallaba demasiado cerca para mostrarse remilgada. Bronisław enfocó la linterna hacia abajo y a Orla no le quedó más remedio que seguir su haz de luz, mientras rezaba para acabar en algún espacio bonito de mármol, con columnas elegantes y tal vez un altar, para poder fingir que se encontraba en una capilla. Pero no tuvo esa suerte. La cámara subterránea era un área angosta y oscura, con el suelo de tierra aplastada, un techo del que caían gotas de agua y nichos de piedra a ambos lados, sobre los que descansaban ataúdes de hierro. Del más cercano se había desprendido la tapa, dejando a la vista un cadáver real que Orla pudo atisbar mientras la luz de la linterna de Bronisław barría el lugar, y tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no gritar.

—Da un poco de grima —reconoció Bron, mientras la rodeaba con un brazo firme y se apresuraba a apartar el haz de luz—, pero

procura verlos como a nuestros amigos.

—¿Nuestros aliados? —dijo Orla en tono sombrío.

Varias noches atrás, Hana había llegado a casa hablando con entusiasmo de los pilotos de la RAF que habían dejado caer suministros sobre el gueto, algo que en efecto había sido todo un logro. Por lo que había entendido Orla, sin embargo, la mayoría de las cajas había acabado tras las líneas alemanas debido al viento, que había empujado los delicados paracaídas que transportaban las armas, balas y vendajes que el AK tanto necesitaba, y estos habían acabado en manos de sus enemigos. Además, a pesar de que los cuatro aviones —pilotados todos por polacos— habían cumplido su misión, otros dos no lo habían logrado y, desde entonces, no se habían realizado más vuelos. El resultado final había sido un equipo de combate que había durado menos de medio día y que ya hacía mucho que se había agotado.

A lo que había que sumar, se recordó Orla, el hermoso brillo en los ojos color avellana de su hermana mientras describía la violeta que había visto en el fuselaje del último avión. Era incapaz de imaginar lo dura que debía de ser para Hana aquella situación. Llevaba cinco años prometida y su boda seguía estando tan lejana como antes de que Emil se declarara. Ver la prueba de que él seguía con vida y la echaba de menos había renovado las fuerzas de la hermana mayor de las Dąbrowska, y había significado mucho para toda la familia.

Cuatro días después, sin embargo, ahí estaban, luchando por sobrevivir entre los muertos. Zuzi y su Minerki eran una parte fundamental del grupo que colocaba minas en el lado alemán de los cementerios para entorpecer su avance. Babcia Kamilla estaba con ella, en teoría trabajando en la retaguardia para proporcionar equipo a las chicas más jóvenes, pero a Orla le preocupaba lo que sucedería cuando el combate escalara. Jacob estaba totalmente integrado en el pelotón de Szymon Ancel, que iba a desplegar el tanque robado desde los laterales, y Hana también se encontraba allí, preparada para llevar mensajes a las demás unidades a medida que se

desarrollaran los acontecimientos. A pesar de su juramento de procurar mantenerse a salvo, las Dąbrowska estaban todas en el meollo de la batalla, y esa tarde Magda les había dado tantos besos al despedirse que Orla tenía la sensación de que aún le escocían las mejillas. Aunque no se quejaba; al fin y al cabo, las muestras de amor nunca estaban de más.

Y tampoco los pasteles. Se metió la mano en el bolsillo del delantal que en su día había sido blanco, sacó un trozo de la deliciosa *szarlotka* que le había dado Magda antes de marcharse, para que «cargara las pilas», y le dio un bocado. Como el azúcar escaseaba, estaba más agria de lo habitual, pero la dulce viscosidad acanelada de la manzana, en contraste con la masa ligera cubierta de nueces, bastó para transportar a Orla a un lugar mejor. Claro que tampoco se le ocurrían muchos lugares peores que aquel.

La lámpara de gas que Bron había colocado sobre el hueco más alto de los ataúdes proyectaba una luz titilante sobre su macabro hospital e iluminó su furtivo refrigerio.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó él.

—Tarta —confesó Orla.

A la tenue luz de la tumba, Bron hizo un puchero igual que habría hecho Jacob, y ella se rio y, tras cortar un pedazo, se lo dio. Le resultaba agradable la compañía de aquel hombre que era como un hermano mayor, y más agradable sería que un día lo fuera de verdad, si Zuzi y él llegaban a… No, aquel no era el momento de pensar en romances.

—Eres increíble, Orla Dąbrowska —dijo Bron, mientras se comía el pastel con gemidos de placer.

—Mi madre es increíble —lo corrigió ella, más animada gracias a la comida—. Y ahora, doctor, ¿en qué sitio de esta cámara de muertos tienes pensado instalar nuestra mesa de operaciones?

Bron miró a su alrededor mientras se lamía los dedos para limpiarse los restos del delicioso pastel.

—No tenemos demasiadas opciones.

—No.

—Pues…

Señaló el ataúd de hierro que quedaba más cerca del suelo y se agachó para agarrar un asa. Orla se estremeció.

—No podemos hacer eso, Bron.

—Creo que no nos queda otra. Vamos.

Tiró del asa y Orla se agachó a regañadientes para coger su extremo del féretro y ayudar a trasladarlo al centro del sepulcro.

—No es lo bastante alto.

—Todavía no —convino él con seriedad, y fue a buscar el ataúd que quedaba en el estante de encima.

Orla se santiguó por profanar la morada de los muertos, pero lo ayudó a poner el segundo féretro sobre el primero para crear una mesa perfecta que llegaba a la altura de la cintura.

—Siento perturbar vuestro descanso —susurró Orla a quienquiera que estuviera dentro.

Bron le dedicó una sonrisa irónica.

—Llevan una eternidad aquí metidos; seguramente están aburridísimos.

Orla dejó escapar un gemido.

—Daría lo que fuera por estar aburrida.

Bron le dio un breve apretón en la mano.

—Solo quedan unos días —dijo.

Orla no se lo rebatió, aunque ambos sabían que, desde el comienzo del levantamiento, todo el mundo decía lo mismo. En aquel momento llevaban ya dos semanas de lucha sin un final a la vista y, por ello, la promesa ya no resultaba tan creíble. Pero ¿qué podían hacer? Ningún polaco pensaba rendirse, así que debían seguir luchando y rezar para que el mundo exterior acudiera en su auxilio antes de que… Orla apartó el pensamiento de su mente y fue a ayudar a Bron, que estaba colocando su instrumental sobre el estante vacío.

Volvió a pensar en las ridículas historias de fantasmas que sus amigas y ella compartían alrededor de las fogatas. Si la vieran ahora, no se lo creerían, aunque en realidad muchas de ellas estaban

haciendo algo muy parecido. Los nazis les habían robado la alegría inocente de una infancia normal cuando habían ocupado su ciudad, así que allí estaban, luchando para recuperarla.

Sería agradable disponer de ayuda para lograrlo.

De pie junto a Bron, Orla procuró no fijarse en el esqueleto expuesto que, a la luz titilante de la lámpara de gas, parecía moverse. Era una enfermera y estaba allí para realizar un trabajo importante, no para…

Orla dejó escapar un grito al oír pasos en los escalones de piedra. Madre del amor hermoso, estaba atrapada allí, rodeada de féretros con los que tropezarse, y el enemigo se había colado para caer sobre ellos. El corazón le martilleaba las costillas y se escondió detrás de Bron, como si eso fuera a servir de algo.

—Contraseña —dijo él con brusquedad, agarrando lo único que tenía a mano para defenderlos: un bisturí y una aguja de cinco centímetros.

—*Rzepa* —contestó alguien con voz firme; «nabo». Quien hubiera elegido la contraseña de aquel día tenía un sentido del humor retorcido—. Camilleros a sus órdenes, doctor Kaminski.

El corazón de Orla se calmó, pero entonces el segundo camillero hizo su entrada en la pequeña tumba y se le desbocó de nuevo.

—¿Eduard?

—¡Ángel! —exclamó él en tono afectuoso y con los ojos brillantes —. Tenía la esperanza de volver a verte.

Orla se quedó mirándolo.

—¿Ángel? —preguntó.

Él se revolvió.

—Así es como te llamo en mi cabeza. No sabía tu nombre y… En realidad, aún no lo sé. ¿Puedo preguntarte cómo…?

—Orla —contestó ella, tendiéndole la mano—. Orla Dąbrowska.

—¡Ángel Orla! —Le besó el dorso de la mano y el roce de sus labios atravesó el cuerpo entero de Orla, como si contuviera más azúcar que cincuenta *szarlotka* de su madre—. ¿Estás bien?

—Muy bien —confirmó ella.

—¿Y el corte de la cara?

Le tocó la mejilla con el dedo y ella se regocijó con el contacto. El corte apenas era visible, pero era una buena excusa para acercarse a aquel bondadoso joven.

—Se está curando. ¿Y tu hombro?

Orla estuvo a punto de alargar la mano hacia él, pero entonces se dio cuenta de que de esa manera acabarían abrazados, lo cual sería agradable, sin duda, pero del todo inapropiado dadas las circunstancias.

—También se está curando; gracias.

—Me alegro. Yo también tenía la esperanza de volver a verte —reconoció ella.

Seguramente era un comentario demasiado descarado, pero cuando un hombre se hallaba tan cerca de ti en los confines de una vieja tumba, los convencionalismos habituales del cortejo no parecían importar tanto. Además, él la había llamado «ángel».

—¿De verdad querías verme? —preguntó él.

—Para darte las gracias.

A pesar de la escasa luz que proporcionaba la lámpara de gas, Orla vio que se ruborizaba.

—¿Por qué? ¿Por atarte a una escalera y mandarte a una muerte prácticamente segura?

—No —contestó ella con suavidad—. Por casi atarme a una escalera y luego protegerme con tu propio cuerpo.

—Era lo mínimo que podía hacer, después de… bueno…

—¿Casi atarme a una escalera?

Él se dio una palmada en la frente.

—¿Puedes hacer bromas sobre lo que pasó? ¿Ya?

Ella se encogió de hombros.

—Mejor reír que llorar, ¿no?

Eduard asintió y se acercó más a ella. El otro camillero había traído varios frascos de antiséptico y, por suerte, Bron y él estaban enfrascados en una conversación, lo que le daba a Orla un poco más de tiempo para disfrutar de Eduard.

—Entonces, ¿te han aceptado en el AK? —preguntó.

—Más o menos. No querían que manejara un arma, lo cual no es de extrañar, pero me ofrecieron el puesto de camillero y lo acepté. Aunque no tiene nada de glamuroso, lo único que quería era que me dieran la oportunidad de demostrar que puedo ser útil. Sin embargo, Orla, no te quepa duda de que, de haber sabido que esto me permitiría reunirme contigo, habría sido lo primero que hubiera pedido; antes que llevar armas, conducir un tanque o incluso estar al mando de toda Varsovia.

Ahora fue Orla la que se ruborizó. Aquello era absurdo.

—Si estuvieras al mando de toda Varsovia, Eduard, podrías ver a quien quisieras.

—Solo si supiera su nombre. No podría mandar a las oficiales de enlace a buscar a un ángel, ¿no te parece?

—¿Quieres decir que no crees que nadie más me ve como un ángel?

Él meneó la cabeza.

—Eres muy graciosa, Orla. Muy aguda.

Ella se rio.

—Las agudas son mis hermanas. Hana, la mayor, es tan lista que no se le escapa ni una, y Zuzi es fiera como un puma. Yo solo intento estar a la altura.

—¿Tienes dos hermanas?

—Y un hermano pequeño, sí. Tienes que conocerlos.

—Si me dejas, me encantaría tomar un té con ellos, quizá, o… —Se interrumpió en seco y paseó la mirada por la tumba.

Orla sintió el impulso de reír de nuevo. ¿Qué hacían hablando de conocer a su familia y tomar el té cuando se enfrentaban a una batalla extraordinaria e inminente que podía costarles la vida a ambos? Y, sin embargo, ¿qué mejor momento?

—Tomaremos el té —dijo, mientras se atrevía a extender el brazo y le cogía la mano—. Cuando todo esto acabe, tomaremos el té.

Él sonrió y le besó de nuevo la mano, pero en ese momento, muy por encima de ellos, se oyó el estruendo del disparo de un

tanque y de ráfagas de metralleta.

—Será mejor que me vaya —dijo Eduard—. Estoy seguro de que nos veremos pronto.

Orla asintió, sabiendo que cuando eso ocurriera él no iría vestido con su mejor traje, con un ramillete de flores en una mano y una gorra en la otra, sino que estaría trasladando a su mesa de operaciones hecha con ataúdes a hombres que sangrarían y gemirían. De pronto, el té pareció alejarse hasta el final de un largo y lúgubre camino, y la *szarlotka* de Magda se le revolvió en el estómago mientras se colocaba junto a Bron a esperar lo que aquella noche oscura les deparara.

VEINTE

ZUZI

—¿Qué dices que es?

Zuzi miró a Bartek y luego a la pequeña plaza que tenían delante.

—Una caja mortal —repitió el líder del AK.

La segunda vez no sonó mejor.

—¿Cómo funciona? —preguntó Kamilla, que estaba junto a Zuzi.

Bartek se colocó en el centro de la zona, flanqueada a ambos lados por tumbas; construcciones elegantes y adornadas, llenas de cadáveres del siglo XIX. En el extremo más alejado, habían unido las tumbas a dos grandes lápidas pertenecientes a muertos ligeramente menos acaudalados con otras lápidas, trasladadas desde su posición original y apoyadas sobre las ya existentes para crear una especie de caja.

—Vamos a luchar en este lado. —Bartek señaló más allá de las tumbas recolocadas a un pequeño grupo de hombres del AK agachados tras una barricada, visibles únicamente a través del estrecho hueco que quedaba entre las piedras verticales—. Los alemanes se acercarán por este lado. —Señaló el hueco mucho más amplio que había entre las tumbas—. Desde allí, sobre todo en medio la oscuridad, les parecerá un paso fácil, pero en cuanto entren en la caja…

—Estarán atrapados —dijo Zuzi.

—Y entonces será cuando lancemos las granadas —terció

Kamilla.

—Exacto —confirmó Bartek. Zuzi se estremeció y él la miró con una sonrisa de disculpa—. Sé que parece desalentador, pero, dado el armamento del que disponemos, es la mejor estrategia.

Zuzi sabía que era así. Recordó el alijo de armas que sus compañeras de la Minerki y ella habían desenterrado de debajo de los calabacines. Aunque solo habían pasado dos semanas, parecía que hacía una eternidad. En aquel momento se habían sentido muy orgullosas de sí mismas y se habían regocijado con la reserva oculta de armas y municiones, pero en realidad aquel pequeño cargamento, transportando con orgullo de contrabando por la Varsovia ocupada, apenas había bastado para un único pelotón durante una hora.

La norma del AK de que solo dos personas conocieran la ubicación de un escondite de armas había resultado contraproducente después de las numerosas bajas debidas a los renovados ataques alemanes. Parecía innegable que estaban rodeados de armamento oculto, del que nadie conocía la existencia ni la localización, mientras que el número de armas que sí tenían menguaba con rapidez. Necesitaban desesperadamente más suministros, pero, hasta que Emil y sus compañeros recibieran permiso para sobrevolar de nuevo la ciudad, estos escaseaban, salvo por las granadas de producción casera que eran la especialidad de Kamilla. Durante los dos días anteriores, Zuzi había trabajado con ella en un taller subterráneo, bajo la plaza del mercado, con los grupos de voluntarios civiles entrenados por la Minerki en el arte de la fabricación de filipinkas.

No eran difíciles de hacer; tan solo había que mezclar un poco de explosivo con metralla improvisada y meterlo en la lata para después pasárselo a un experto que introducía la mecha de fricción —diseñada por dos ingenieros polacos antes de la guerra— que haría que la minibomba estallara al impactar en el blanco. Había quien las llamaba Sidolówka, por las latas de abrillantador de metales polaco Sidol, que tenían el tamaño y la fuerza perfectos para las granadas y

se vendían con una tapa metálica que evitaba que explotaran por accidente. Ahora, sin embargo, se habían quedado sin latas de abrillantador y usaban cualquier cosa que encontraban, añadiendo tapas improvisadas con el máximo cuidado posible. Aun así, eran artefactos volátiles, y la Minerki había trasladado su cargamento con la mayor cautela al cementerio donde ahora estaban alineadas, a la espera de que las usaran en las «cajas mortales» del AK.

—Entonces, nosotros esperamos aquí —dijo Kamilla, señalando la zona semiprotegida detrás de una de las tumbas—, y cuando ellos entren, arrojamos una granada y… ¡bum! ¡Nazis muertos!

—Exacto.

Kamilla asintió con entusiasmo y Zuzi la miró a la cada vez más escasa luz del crepúsculo que bañaba el cementerio. Su abuela, que tenía los ojos iluminados, iba vestida con un uniforme improvisado con las prendas de su marido fallecido, al que había añadido con orgullo el brazalete del AK. Aunque en su momento la desaparición de Orla la había dejado tocada, ahora volvía a estar en plena forma.

—¿Estás emocionada con todo esto, Babcia? —preguntó Zuzi, mientras Bartek se iba a organizar a las demás componentes de la Minerki alrededor de sus cajas mortales.

—Claro. Esos cabrones le pegaron un tiro a mi marido y ejecutaron a mi hijo; es hora de pagarles con la misma moneda.

Dicho así, no había réplica posible, pero a Zuzi aún le costaba acostumbrarse a la idea de matar hombres. Se había enrolado para fabricar bombas y sabotear vías de tren, edificios y hasta coches, pero la batalla cuerpo a cuerpo era algo totalmente distinto. Chasqueó la lengua, molesta consigo misma. Se habían pasado el día colocando minas a lo largo del borde occidental del cementerio para eliminar la primera oleada de atacantes alemanes, lo cual venía a ser lo mismo, con un único grado de diferencia. Además, cuando había hecho volar por los aires aquellos trenes y coches, sabía muy bien que dentro había conductores, de modo que era hipócrita por su parte fingir que no había matado a nadie. Aun así, ocupó su puesto entre las tumbas de aquel lúgubre campo de batalla de los

muertos con cierta inquietud.

—¡Ya vienen!

Lo que más impresionó a Zuzi cuando el enemigo comenzó su avance no fue tanto el estruendo de los tanques o el tableteo de las armas, sino el destello cegador de los reflectores que apuntaban hacia el cementerio. De improviso, sus escondites entre las destartaladas tumbas y los fantasmales sepulcros parecieron quedar al descubierto y Kamilla y ella se pegaron a la pared de mármol. Mientras sus ojos se acostumbraban a la luz, vieron que, por suerte, los reflectores apenas alcanzaban su posición e iluminaban sobre todo la línea de soldados alemanes mientras estos cargaban por encima del muro del cementerio en dirección al AK. Zuzi se asomó a tiempo de ver cómo la primera mina de la Minerki hacía volar por los aires a un joven, antes de que los nazis empezaran a caer como moscas.

—¡Los tenemos! —jadeó Kamilla, y Zuzi tuvo que reconocer que, con los nazis a punto de echárseles encima, generaba cierta satisfacción haber detenido su avance.

Aunque no iba a durar mucho. Cientos de efectivos trepaban sobre el muro y Zuzi sabía a ciencia cierta que solo habían colocado cuarenta y ocho minas. La segunda oleada se encontró el camino allanado por sus compañeros menos afortunados, y cargó con rapidez. El AK disparaba allí donde podía, pero había recibido estrictas instrucciones de hacerlo solo cuando tuvieran al enemigo a tiro para no desperdiciar munición.

—No hay nada que hacer —masculló Zuzi.

—Chorradas —dijo Kamilla de manera sucinta, y Zuzi nunca se había alegrado tanto de tener a su abuela junto a ella—. Las tumbas están dificultando su avance de maravilla, y mira: nuestro cebo funciona.

En efecto, un pequeño destacamento se abría camino agachado en dirección al pelotón de Bartek, al que veían con nitidez a través del hueco entre las tumbas. Zuzi agarró una granada y se alegró de ver que no le temblaba el pulso. Por primera vez, entendió cómo se

las apañaban los hombres para luchar, pues en aquel momento en el que se enfrentaba a la cruda elección entre la vida de sus enemigos o la suya, su cerebro se estaba despejando.

—Todavía no —susurró Kamilla mientras los soldados se acercaban—. Todavía no, todavía no… ¡Ahora!

Tres hombres habían entrado en su zona de tiro y, confundidos por la barrera de lápidas, trataban de dar media vuelta. Zuzi y Kamilla destaparon sus filipinkas al unísono, se pusieron en pie y las arrojaron a la caja mortal con precisión milimétrica. Acababan de agacharse de nuevo cuando las latas explotaron y desataron gritos de dolor, y luego… silencio. El resto de los alemanes se retiró apresuradamente en busca de otra ruta y Kamilla blandió el puño en un ademán de júbilo silencioso.

—¡Lo hemos logrado, muchacha! —Se asomó por encima del sepulcro—. Eso va por Kaczper —les siseó a sus víctimas—. Y por Aleksander. ¿Cuándo nos dejaréis vivir en paz?

Zuzi no tenía ni idea de si los hombres estaban vivos para escucharla, pero sus palabras la conmovieron y, cuando el siguiente grupo se acercó, la encontró preparada. Los alcanzaron una vez más, mataron una vez más, pero la línea de ataque alemana avanzaba de manera inexorable y se hallaba cada vez más cerca. Un tanque derribó el muro del cementerio con gran estrépito y, tras cruzarlo, empezó a rodar sobre las tumbas, aplastándolas sin piedad bajo sus demoledoras orugas. Lo seguía el camión con los reflectores, que proyectaban sobre los árboles y las lápidas la sombra de un tanque del doble de tamaño que el monstruo real, como si se tratara de una película abominable.

—Replegaos —escucharon gritar a Bartek, y Zuzi cogió a Kamilla del brazo.

—Vamos, Babcia.

—Enseguida. Mira; vienen más.

En efecto, otro grupo había picado al anzuelo de la caja mortal. La luz de su reflector iluminaba directamente a los hombres del AK que había al otro lado, y el trayecto era demasiado evidente como

para evitarlo… o eso creían.

—¡Ahora! —gritó Kamilla y, por tercera vez, ambas arrojaron sus granadas entre las tumbas.

Los hombres volaron por los aires con la explosión, pero sus camaradas, que los seguían de cerca, no se apartaron, sino que pidieron refuerzos a gritos y dibujaron una curva en dirección a su escondite.

—¡Vamos, Babcia!

Los alemanes estaban ya tan cerca que Zuzi percibía el olor de su colonia por encima del hedor a cordita y sangre que flotaba en el cementerio. Bartek les hacía señas frenéticas para que retrocedieran hacia la línea del AK, que, a pesar de hallarse a apenas veinte metros, era imposible de alcanzar a la carrera debido a los árboles y las tumbas. Zuzi tiró de Kamilla para ocultarse detrás de una gran lápida mientras las balas silbaban a su alrededor. Las oyó rebotar en la piedra y bendijo a quien estuviera enterrado debajo por cuidarlas de aquella manera. Por lo visto, era tarea de los muertos de Varsovia ofrecer protección a los vivos, aunque estos lo estuvieran dando todo.

—Tenemos que volver.

Kamilla se limitó a asentir. Se había quedado sin palabras ocurrentes y en sus ojos oscuros ya no se reflejaba una feroz energía asesina, sino el mismo miedo desbocado a perder la vida que sentía Zuzi.

—A esa tumba, ¿vale? —dijo esta, mientras señalaba una que quedaba a varios metros.

Kamilla asintió y echó un vistazo a su espalda. El cementerio estaba lleno de tropas que disparaban de manera indiscriminada, y el corazón de Zuzi palpitaba frenéticamente, desesperado por continuar latiendo.

—¡Va!

Salieron agachadas y se abrieron camino a trompicones entre las tumbas, mientras las luces nazis revelaban su posición y, al mismo tiempo, guiaban sus pasos. Zuzi se encogió detrás de la piedra y

dejó escapar un suspiro de alivio cuando Kamilla se escurrió tras ella. No hubo balas que las siguieran y Zuzi escuchó su respiración entrecortada mientras daba las gracias al cielo por seguir respirando. Pero aquel no era el momento de quedarse quieta y regocijándose.

—Esa.

Escogió otra de las lápidas más grandes, que se hallaba a solo unos metros de las barricadas del AK. Si la alcanzaban, su siguiente carrera las llevaría por encima de los sacos de arena a la relativa protección de la zona polaca, por la que podrían regresar a Stare Miasto.

—La primera que llegue a casa elige pastel de Mama —jadeó Zuzi, que notó que Babcia le cogía la mano y le daba un fuerte apretón.

—Eres una buena chica, Zuzi.

—No mucho, pero soy rápida, y eso es lo que cuenta ahora. ¿Lista?

—Lista.

—¡Vamos!

Zuzi abrió el camino. Allí la luz era más escasa y la lucha parecía concentrarse a su derecha. Tropezó con la raíz de un árbol y dio un traspié, pero logró apoyarse en una lápida para conservar el equilibrio y siguió adelante. Oyó un grito: «*Hier!*», y una lluvia de balas les cayó encima, pero Zuzi se agachó y se arrojó detrás de la lápida. Con el corazón desbocado, se volvió para ayudar a Babcia Kamilla, pero su abuela se había quedado petrificada por las balas y estaba acurrucada tras una cruz de piedra.

—Aquí, Babcia. Estoy aquí. Puedes hacerlo.

Babcia estaba temblando, pero miró a Zuzi, asintió y se recompuso a ojos vista.

—¡Por Kaczper! —gritó, antes de ponerse en pie y echar a correr.

Zuzi estiró el brazo para cogerle la mano y Babcia alargó la suya, pero justo cuando sus dedos estaban a punto de tocarse, su abuela lanzó un chillido y cayó al suelo sujetándose el estómago.

—¡Babcia!

Zuzi salió disparada, la agarró y la llevó a rastras con dificultad hasta la lápida. Estaba viva, pero gemía agónicamente y Zuzi la apoyó en la piedra.

—Mírame, Babcia. Mírame a los ojos. Estás aquí; estás viva.

—Me duele.

—¿Dónde? ¿Aquí?

Zuzi se inclinó y, al apartar con delicadeza las manos de su estómago, la sangre salió a borbotones. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no chillar, pero sabía que en aquel momento no le haría bien a nadie.

—No es muy grave —mintió—. Toma. —Se quitó la chaqueta y la anudó toscamente alrededor de la cintura de Babcia—. Y ahora, vamos. Tenemos que seguir moviéndonos.

Veía a los hombres del AK haciéndole señas y trató de levantar a Babcia, pero esta estaba medio inconsciente y no pudo con su peso.

—Auxilio —jadeó. Los alemanes se acercaban y Zuzi oía los gritos de otros polacos a los que daban caza y abatían a tiros—. Ayuda, por favor.

Kamilla entreabrió los ojos y le clavó los dedos.

—Déjame aquí.

—No.

—Tienes que hacerlo, no hay otra opción. No quiero ser responsable de tu muerte. ¡Déjame!

—¡No!

Zuzi trató de llevarla a rastras, pero las tumbas y las raíces se lo impedían. De pronto, alguien apareció junto a ella.

—Déjame a mí.

—¡Bartek! Ay, Bartek, gracias.

—Deprisa. —El hombre levantó a Babcia Kamilla en brazos como si pesara poco más que una filipinka y echó un vistazo a su alrededor—. ¡Ahora!

Echó a correr con Kamilla en brazos y Zuzi pisándole los talones con la mirada clavada en los brazos de su abuela, que colgaban inertes a ambos lados de la fornida espalda de Bartek, mientras

procuraba ignorar las balas y las bombas que explotaban a su alrededor. El AK abrió un hueco en la barricada y Bartek se introdujo por él con Kamilla, antes de que unas manos se alargaran y tiraran de Zuzi para ponerla a salvo. Esta cayó al suelo, jadeando, mientras los hombres cerraban el hueco tras ella, pero no había tiempo para descansar.

—Tenemos que irnos —dijo Bartek—. Vamos a replegarnos detrás del segundo muro. Vamos.

Zuzi se puso una vez más en pie, tambaleándose, y siguió a los demás hacia una verja del alto muro mientras les pedía a sus piernas que la llevaran hasta allí. Le temblaban como hojas, pero de alguna manera consiguió entrar en el cementerio privado y tomó una bocanada tras otra de preciado aire. Entonces se acordó.

—¿Babcia?

—Sigue viva —dijo Bartek—. Los camilleros están en camino.

Tenía una linterna con la cual hizo señas en un código secreto, y Zuzi oyó los pasos de dos hombres que se acercaban a la carrera. Uno era mayor, con el pelo blanco a la escasa iluminación de los reflectores alemanes, pero el otro era un joven que, a todas luces, debería haber estado luchando. Sin embargo, Zuzi dio gracias a Dios por que no fuera así.

—Aquí —le dijo, tirándole del brazo—. Ve con cuidado; es mayor.

—Pero dura, ¿eh? —dijo el hombre, en un polaco con un acento curioso y tono amable.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene que serlo o no estaría aquí metida. No te preocupes; tenemos un hospital de campaña justo allí y hay un cirujano excelente esperando.

—¿Bron? —preguntó Zuzi.

El hombre asintió brevemente mientras Bartek tendía a Kamilla sobre la camilla. Una parte de la mente de Zuzi tomó nota de que el médico era Bron, el de los ojos castaños, el hijo del hombre que había puesto a salvo a Kamilla.

—No sé cómo os pagaré todo lo que tu familia ha hecho por

nosotras —le dijo a Bartek.

—Todavía no ha acabado —dijo él en tono sombrío—. ¡Andando!

Echaron a andar de nuevo y Zuzi llamó a sus piernas al orden con severidad, y estas dieron la talla y la transportaron a buen ritmo detrás de los camilleros hacia el fondo del cementerio. Se pararon delante del sepulcro más grande de todos y el hombre joven enfocó con la linterna encendida un agujero que había en la tierra.

—¿Ahí abajo? —dijo Zuzi con voz entrecortada.

—Es seguro.

No lo parecía, pero los hombres habían empezado a bajar a Kamilla y no le quedaba otra opción que seguirlos. La cámara estaba iluminada con una lámpara de gas que proyectaba inquietantes destellos de luz sobre una escena lúgubre. A ambos lados había varios estantes con ataúdes y, en los que estaban vacíos, yacían dos soldados del AK, ambos con vendajes y, por suerte para ellos, inconscientes. Los féretros que debían haber ocupado su lugar se hallaban en el centro de la cámara, uno encima del otro, para crear una mesa de operaciones sobre la que los camilleros estaban deslizando a Babcia.

—¡Dios mío! —gimoteó Zuzi, pero en ese momento alguien se arrojó sobre ella y la rodeó con los brazos, y, al alzar la vista, desconcertada, se encontró con unos ojos azules maravillosamente familiares—. ¡Orla!

—Zuzi. Cuánto me alegro de verte.

—Pero Babcia… Le han disparado. Está inconsciente y…

—En las mejores manos que hay. Ven, siéntate en el escalón y deja que sigamos trabajando.

Las piernas de Zuzi obedecieron la orden, encantadas. Los camilleros pasaron junto a ella para rescatar a otros infortunados y la joven se quedó sola en una posición privilegiada para ver que Bronisław desataba su chaqueta de la cintura de Babcia y le levantaba la blusa. Zuzi estaba demasiado abajo para ver la herida, cosa que agradeció, pero por las caras que ponían Bron y Orla supo que era grave.

Bron adoptó una expresión de intensa concentración.

—Bisturí —le pidió a Orla, que lo cogió del montón de instrumental que había a los pies del ataúd—. Antiséptico.

Zuzi observó que Orla cogía un frasco y vertía una cantidad mesurada en un trapo, con el que limpió la herida de Babcia con esmero profesional. Zuzi se acordó de cuando su hermana era una niña que corría detrás de Hana y ella, tan «plasta» como todas las hermanas pequeñas, y se dio cuenta de hasta qué punto había crecido y madurado. Se abrazó las rodillas contra al pecho y dio mentalmente ánimos a su hermana y al perspicaz médico.

—Pinzas —le dijo Bron a Orla—. Tenemos que sacar la bala. ¿Puedes limpiar la sangre?

Orla lo intentó, pero a Zuzi no le pasó por alto que el puñado de toallas viejas que tenían era de todo menos apropiado para la tarea. Kamilla estaba medio despierta y gimoteaba mientras Orla le hablaba en tono tranquilizador, sin apartar ni por un momento los ojos de su tarea. De repente, Bron sostuvo las pinzas en alto con un asentimiento sombrío de satisfacción y una bala desprendió un destello dorado a la luz de la lámpara.

—Aguja.

Zuzi no quería mirar, pero los movimientos del médico mientras cosía con destreza a su abuela resultaban hipnóticos.

—Más antiséptico —le pidió a Orla y, mientras lo aplicaba con unos toquecitos, miró a Zuzi—. Creo que lo hemos conseguido. Hemos sacado la bala y detenido la hemorragia. Ahora solo necesita descanso. —Paseó la mirada por la sepultura y le dedicó una sonrisa irónica—. Y mejor si no es aquí.

Zuzi tomó impulso y se puso en pie.

—No es el sitio más relajante que he visto en mi vida —convino, mientras reunía el valor para acercarse más a Babcia.

A lo largo de su blanca barriga había una hilera de puntos, muy bien cosidos pero con un hilo burdo que revelaba las complicadas condiciones en que se había llevado a cabo la operación. En ese preciso instante, su abuela abrió los ojos.

—Madre del amor hermoso —dijo—, ¿estoy muerta?

—No, Babcia —la tranquilizó Zuzi—. Estás vivita y coleando.

—Gracias a Dios. Espero que el cielo sea mucho más bonito que esto.

Todos se echaron a reír y Zuzi notó que el alivio la inundaba. La primera luz del alba se deslizaba por los escalones y fuera no se oía nada. Los alemanes debían de haberse retirado, al menos por esa noche, y eso significaba que podían trasladar a Babcia a un hospital en condiciones para que se recuperara.

Zuzi miró a Bron con timidez.

—Le has salvado la vida.

Él le dedicó una sonrisa espontánea, que volvió a provocarle esa curiosa sensación explosiva en las entrañas.

—Eso todavía no lo sabemos —dijo el médico—, pero las perspectivas son buenas.

Babcia intentaba sentarse y él le colocó una mano autoritaria en el hombro y la empujó con delicadeza para que se estirara de nuevo.

—No se mueva, por favor. No hay que forzar los puntos.

—Sí, doctor —dijo Babcia en voz baja, tumbándose.

Zuzi lo miró asombrada.

—Por lo general, nunca hace lo que le piden.

Él volvió a sonreír.

—Seguro que por lo general no está en una tumba con una bala en el estómago.

—Ya no está en su estómago —lo corrigió ella—, gracias a ti.

—Ha sido un placer poder ayudar.

Se encontraba muy cerca de Zuzi y tenía los ojos castaños clavados en los de ella, que no podía quitarse de la cabeza que Orla estaba justo allí, yendo de un lado a otro y haciendo todo lo posible por no mirarlos. Sintió más explosiones en las entrañas, que prendieron fuego en lugares en los que estaba segura de que las muchachas de bien no debían sentir nada.

—Bueno, te debo una —consiguió articular con rigidez—. Todos te la debemos. Nuestra familia. Te traeré un trozo de pastel de

nuestra panadería.

—O podrías venir a tomar el té —propuso Orla en tono jovial, y los dos se volvieron hacía ella—. Ya he invitado a alguien, así que Bron se puede apuntar.

—¿Té?

Ambos se la quedaron mirando y luego intercambiaron una mirada.

—Debe de estar alucinando —le dijo Zuzi a Bron.

—Sin duda —coincidió él—. Será mejor que le sigamos la corriente. ¿Quiere que le sirva, señorita?

Le hizo una reverencia a Orla y Zuzi pensó que nunca había visto un ademán más atractivo, pero en ese momento uno de los pacientes del AK se despertó con un gemido de confusión y ella se dijo a sí misma que no era momento de tonterías. Estaban tan lejos como se podía estar de una agradable tarde de té, y tenían que dejar de bromear como niños y llevar a Babcia a la retaguardia antes de que los alemanes atacaran de nuevo.

Y, sin embargo, a medida que más rayos de sol se colaban en aquel demencial hospital subterráneo y derramaban su luz rosada sobre su abuela, su hermana y aquel médico inteligente, serio y sorprendentemente gracioso que le había salvado la vida, Zuzi no vio motivos para apresurarse. Las balas regresarían, sin duda antes de lo que deseaban, así que durante ese extraño y sereno momento bastaba con deleitarse en el hecho de que seguían con vida para contemplar un nuevo amanecer.

VEINTIUNO

15 DE AGOSTO

HANA

Padre nuestro, que estás en los cielos, ten piedad de nosotros.
De Polonia, nuestra madre patria, ten piedad, oh, Señor.
De la nación de los mártires
Del pueblo que siempre ha sido leal a Ti…

Mientras el sacerdote entonaba la letanía para la nación polaca entre el estruendo de las bombas que caían no muy lejos de allí, Hana echó un vistazo a sus singulares feligreses a través de sus manos unidas. Era el día de la Asunción, una fiesta fundamental en el calendario polaco, pero aquella no era una misa mayor convencional. La iglesia se hallaba en el sótano del hospital Juan de Dios, las filas de camas cumplían la función de bancos y el altar era una mesa tosca cubierta con una sábana, aunque al menos se hallaba coronada por el hermoso crucifijo de plata de Kamilla. Su abuela le había pedido a Jacob que se lo trajera para ponerlo en la cabecera de la cama, desde la que ahora Babcia presidía con orgullo la congregación mientras el resto de la familia se sentaba a su alrededor para aquel peculiar, aunque muy bienvenido, servicio.

Santa María, madre de Dios, reina de Polonia,

reza por nosotros.
San Estanislao, padre de nuestra tierra,
san Adalberto, patrón de Polonia,
San…

Hana, que tenía la cabeza en otra parte, entonaba las respuestas de forma automática. La lista de santos dedicados a procurar seguridad a Polonia era tremendamente larga, aunque en los días por venir tal vez el país necesitara la ayuda de todo el mundo y, más en concreto, de los británicos y los estadounidenses. Por lo visto, la RAF estaba impaciente por volver a volar desde Brindisi y, según les habían informado, los estadounidenses tenían un cargamento de suministros listo para arrojarlo sobre Varsovia desde su moderno avión Liberator. Cada noche, Hana escuchaba con ilusión el programa para Polonia de la BBC esperando la señal de que iban a llegar más aviones, pero, hasta el momento, la canción «Una mazurca más» no había sonado. Alguien le había comentado que, en los últimos días, el tiempo en Italia había sido muy inestable, así que con suerte ese era el problema.

—Santa María, madre de Dios, reina de Polonia —susurró su propia plegaria—, que vengan esta noche, por favor. —Se santiguó antes de añadir—: Si es seguro.

Lo último que deseaba era poner a Emil en peligro, pero sabía Dios cuánto necesitaban los suministros que sus compañeros y él podían traer. Los alemanes habían tomado los cementerios y, aunque todavía no habían lanzado un ataque global sobre Stare Miasto, se estaban preparando para hacerlo. Los varsovianos habían confiado en la capacidad del AK para defender las angostas calles en las que, por el momento, llevaban una vida relativamente normal, pero esa mañana, los oteadores habían alertado al cuartel general de una nueva arma nazi que había llegado en tren.

La llamaban Karl-Gerät y los informes la describían como un lanzacohetes gigante, tanto que cada proyectil pesaba dos toneladas y había que trasladarlos por separado para no volcar el tren. Para

cargarlos era necesaria una grúa y se creía que podían alcanzar un blanco a un kilómetro de distancia. Teniendo en cuenta que Stare Miasto se hallaba a menos de quinientos metros de la ciudadela nazi del norte donde estaba instalada aquella monstruosa arma, las cosas no pintaban bien.

El sacerdote, que había llegado al final de la larga lista de santos, tomó aire, miró a los feligreses con solemnidad y, según le pareció a Hana, comprobó que todo el mundo le prestaba atención, algo que resultaba difícil con las bombas que estallaban al nivel del suelo y el hecho de que varios miembros de la congregación necesitaban atención médica continua. Sin embargo, él no se dejó amilanar y prosiguió con su letanía.

De un largo y severo castigo de la historia,
líbranos, Señor.
De los grilletes de la esclavitud,
de la hora de duda,
de la incitación a la traición…

Hana miró a Zuzi, que entonaba las respuestas con un orgullo vehemente, y supo que habían llegado a la parte de la letanía polaca que más le gustaba a su hermana. Igual que Babcia, Zuzi era muy apasionada con respecto a su lucha contra la opresión, aunque Hana sabía que la grave herida y la operación de su abuela habían hecho tambalear su seguridad y esperaba que aquella oración colectiva la ayudara a recuperarla.

Justo al lado de su hermana estaba el médico, Bronisław, que a todas luces prestaba más atención a Zuzi que al Todopoderoso, y Hana sonrió al verlo. Justo después de ellos se encontraba Orla con Eduard, el alemán transformado en insurgente que la había rescatado de los horrores de un escudo humano para convertirse en su camillero y, si la vista de Hana no la engañaba, su buen amigo. O incluso algo más. Hana sonrió de nuevo. Si el amor podía abrirse camino entre las bombas y las balas, todavía quedaba esperanza

para todos ellos.

Hana agachó la cabeza, procurando que los muy poco cristianos celos no se colaran en sus sentimientos hacia sus hermanas, y al fijarse en su bonito anillo, símbolo de su aparentemente interminable compromiso, tuvo que reconocer que ver a Zuzi y Orla con hombres jóvenes hacía que echara mucho de menos a Emil.

Aquella guerra había despojado a Hana de lo que habrían sido ya cinco años de matrimonio, y no veía el momento de que terminara.

En los últimos días había escuchado a varias personas mascullar por lo bajo que el Consejo Nacional se había equivocado al decretar el levantamiento, pero se trataba exactamente de las mismas personas que, en su día, habían dado la lata para echar a los ocupantes, así que no pensaba hacerles caso. Los Aliados iban a venir. Churchill enviaría aviones, Roosevelt tenía sus Liberator listos, y ambos estaban presionando a Stalin para que dejara de jugar al gato y el ratón con Varsovia y mandara al Ejército Rojo para echar a los nazis. Lo único que tenía que hacer el AK era resistir.

Fe en ti y confianza en María,
concédenos, Señor.
Esperanza en la victoria de la noble causa…

Hana miró la cruz de plata y pidió fuerzas para hacer lo que tenía que hacer, y sabiduría para saber qué era. Los dedos de los pies se le contrajeron dentro de las resistentes botas y le pareció percibir olor a alcantarillas en el cálido aire de agosto. Eran todo imaginaciones suyas, por supuesto, las mismas que había tenido ya en varias ocasiones durante los últimos días, pero eso no impidió que se preocupara.

Agaton había bajado a las alcantarillas. Dos días atrás, se había introducido por una boca para dirigirse a Żoliborz, en el norte, y nadie lo había visto durante un tiempo que se había hecho eterno. Hana se había imaginado al que había sido su profesor de arquitectura cayendo en los canales de alcantarillado, golpeándose la

cabeza con un ladrillo afilado o viéndose arrastrado por las aguas residuales de la ciudad. También se había torturado a sí misma con la posibilidad de que los nazis hubieran colocado trampas explosivas en las alcantarillas, igual que habían hecho con un tanque unos días antes.

Una patrulla de triunfales soldados del AK se habían apropiado del tanque cuando su conductor lo había abandonado en un estado de pánico, habían cruzado la barrera con él y habían desfilado arriba y abajo por la calle Kilińskiego, dejando que los niños se subieran a sus macizos costados. Un centenar aproximado de personas se había reunido para celebrar su prendimiento y, entonces, el vehículo había estallado justo delante del cuartel general del AK. Por suerte, en ese momento Hana estaba trasladando mensajes, pero había visto las secuelas y había escuchado cómo los temblorosos testigos describían una lluvia de sangre y extremidades sacada de una pesadilla.

Gracias a Dios, la explosión no había alcanzado a Bór ni al resto del Consejo Nacional, que se hallaban en el tercer piso, aunque la ola expansiva los había lanzado al otro extremo de la habitación y algunos habían perdido el conocimiento. Bór se había visto obligado a guardar cama, aquejado por intensos dolores de cabeza y una sordera extrema. A pesar de estar luchando con valentía para recuperarse, era difícil ejercer de comandante cuando uno no podía desplazarse a todas las zonas que estaban bajo su mando, y ese era el motivo por el que Agaton había bajado a las alcantarillas. Y esa misma mañana, para regocijo de todos, había vuelto a salir tras haber completado con éxito el trayecto de vuelta bajo tierra. Aunque había que verlo. El que había sido el elegante profesor de Hana se había transformado en una verdadera rata de alcantarilla que desprendía un hedor espantoso, teñida de negro por todo tipo de residuos. La única parte de su cuerpo que se había mantenido limpia eran los dientes, que habían quedado al descubierto cuando había sonreído con orgullo a todo el mundo.

«No es fácil desplazarse por ahí abajo —había señalado, lo cual

se quedaba corto teniendo en cuenta que había tardado casi cuarenta y ocho horas en recorrer los dos kilómetros de ida y vuelta —. Pero con cuerdas, señales y mapas, puede ser seguro».

En ese momento había mirado a Hana, que había dicho que estaría encantada de ayudar a dibujar los mapas.

«Espléndido —había contestado él—. Y…, bueno, no es tan malo como parece; lo que pasa es que he resbalado casi al final. Con unas botas en condiciones y una buena linterna, no tendrás problema».

Hana lo había mirado, horrorizada.

«¿Quiere que baje yo?».

Agaton se había encogido de hombros, «Es la única manera de dibujar los mapas, ¿no te parece, Fiolet?».

Agaton, como gran parte de los miembros más cautelosos del AK, seguía usando nombres en clave, y a Hana se le había henchido el corazón al recordar la maravillosa imagen de la vibrante flor pintada en el fuselaje del avión de Emil. Pero también había fortalecido su decisión.

«No tengo problema en crear los mapas a partir de esbozos y descripciones de otros, pero no puedo bajar allí. No puedo».

Sabía que Agaton se había sentido decepcionado y, aunque era lo último que deseaba, eso no la había hecho cambiar de opinión. Era ella la que había hecho jurar a su familia que no correrían riesgos innecesarios y tenía que honrar aquel juramento; aunque en esas circunstancias el concepto de «riesgo» cambiaba sin parar. Los Stuka rugían sobre Stare Miasto cada día mientras dejaban caer sus bombas sobre las hermosas calles medievales con regocijo indiscriminado, y cualquiera de los Dąbrowska podía ser víctima de ellas. Aun así, también podían limitar los peligros a los que se enfrentaban, y sumergirse en el alcantarillado suponía hacer todo lo contrario.

Hana alzó de nuevo la cabeza hacia la cruz y luego miró a su querida familia, reunida alrededor de la cama de Kamilla mientras el sacerdote terminaba por fin su letanía y procedía a dar la bendición a todos los presentes ofreciéndoles la hostia sagrada. Por mucho

que Agaton se lo pidiera, Hana no pensaba meterse en los conductos subterráneos de la ciudad; se lo debía a su familia, a su esperanza de regenerar Varsovia y a Emil. Si él podía conservar la vida para llevarles ayuda con su avión, ella podía conservar la suya para convertirse, un día, en su esposa.

VEINTIDÓS

ORLA

Orla se santiguó y se apartó en silencio de su familia mientras las plegarias concluían. Había pacientes que necesitaban sus cuidados, aunque, a decir verdad, la bendición de un sacerdote tal vez les fuera de más ayuda que lo que ella podía hacer. Cada vez tenía más experiencia como enfermera, pero no soportaba ser testigo de tanto sufrimiento, sobre todo cuando le tocaba de cerca. Fregar del suelo la sangre del estómago de Babcia Kamilla, mientras Bron hurgaba dentro del cuerpo de su abuela para extraer la perversa bala nazi no había contribuido en absoluto a fomentar su apego por su profesión, aunque no podía sino reconocer que el éxito de la operación le había proporcionado cierta satisfacción. Se había percatado de que Zuzi la miraba con algo muy parecido a la admiración y, después de años de vivir a la sombra de sus hermanas mayores, Orla había disfrutado de la sensación.

—Perdóname, Padre, porque he pecado de orgullo —murmuró por lo bajo.

No iba a hacerle perder tiempo al sacerdote con su frívola confesión. El pobre hombre tenía que celebrar numerosos servicios en sótanos, patios y capillas improvisadas por todo Stare Miasto, y lo último que necesitaba era preocuparse por sus inseguridades respecto a su familia.

—Deje que le cambie esos vendajes —le dijo Orla a un joven con una venda en la cabeza empapada con la sangre de una herida.

Se dirigió al lugar donde guardaban los apósitos, rezando para que hubiera vendajes nuevos, pero, como era habitual, solo encontró los que habían retirado a otros pacientes que ya no los necesitaban y que luego habían lavado con sus cada vez más escasas reservas de agua. Como la red de suministro estaba cortada, dependían de los pozos que algunas personas tenían en sus jardines, muchos de ellos excavados durante el sitio de tres semanas de 1939, pero ese verano hacía tanto calor que el agua no abundaba y habían tenido que racionarla.

El hospital tenía un pozo decente en el patio trasero, pero era visible desde las posiciones alemanas en el Jardín Sajón y, a menudo, los francotiradores mataban a la gente inocente que hacía cola para acceder a uno de los suministros esenciales para la vida. Orla los odiaba por ello, y luego los odiaba aún más por hacerla odiar. Durante toda su vida, había procurado seguir el principio cristiano de «ama al prójimo como a ti mismo», pero cuando el prójimo era la clase de persona que disparaba a niños con cubos de agua y ataba a mujeres al frontal de sus tanques, resultaba difícil. Los romanos habían sido perversos, pero Orla estaba convencida de que Jesucristo jamás había tenido que poner la otra mejilla a un nazi.

Con un suspiro, cogió el vendaje menos sucio de todos, regresó con su paciente y, mientras lo distraía dándole conversación —la parte más fácil de su trabajo—, retiró la venda manchada y procuró que el horror no se reflejara en su tono al ver la herida abierta que había debajo. Los puntos de Bron resistían, pero, entre ellos, la carne estaba inflamada y tensa, y rezumaba un pus amarillo que hizo que Orla deseara correr afuera y devolver.

—Qué peste —dijo el chico—. ¿Soy yo? ¿Tan mal huelo? Dios mío, ¿me estoy pudriendo?

—No, no, no —contestó ella—. Se debe al proceso de tu cuerpo para sanarse.

—Buen intento, enfermera —gruñó él—, pero es mejor aceptar que me queda poco, ¿verdad?

—Te quedará poco si te rindes —le dijo Orla con sequedad—. Ahora te voy a limpiar esto con un poco de… astringente.

Abrió la botella fuera de la vista del joven, para que no se diera cuenta de que no iba a usar un antiséptico convencional, sino vino tinto; uno bastante bueno, a juzgar por su aroma afrutado. El día anterior, la Minerki de Zuzi se había abierto paso hasta la bodega de un importante comerciante de vino y había encontrado miles de botellas. A falta de agua y otros desinfectantes, habían incautado todas las que habían podido para repartirlas entre los diversos hospitales de la ciudad y el personal del Juan de Dios lo había agradecido mucho. Cuando menos, servía para aliviar el dolor de los pacientes.

—Puede que te escueza un poco —dijo Orla, mientras vertía el vino sobre la herida palpitante y cruzaba los dedos por aquella mentira, que no era más que un intento de minimizar el efecto de una manera tan burda.

—¡Auuuuu!

—Lo siento —dijo ella, pero siguió echándolo.

El vino limpiaba el pus, pero al mismo tiempo contribuía a que el joven pareciera el actor de una película de terror.

—Basta, por favor —suplicó él, revolviéndose y agitando los brazos de una manera peligrosa.

—Déjame a mí. —Eduard apareció junto a Orla y sujetó con delicadeza al chico para que permaneciera estirado—. Deja que la enfermera haga su trabajo y luego podrás darle un trago o dos a este delicioso vino añejo.

Orla terminó de limpiarlo y Eduard le acercó la botella a los labios, dejando que bebiera lo suficiente como para, con suerte, caer dormido y ahorrarse el dolor.

—Gracias —dijo Orla, mientras ambos se alejaban.

—Ha sido un placer.

—¡Lo dudo!

—Cuando tú estás cerca, todo es un placer. ¿Por qué crees que siempre traigo a mis pobres heridos al Juan de Dios?

Orla se sonrojó.

—Qué zalamero eres. —Paseó la mirada por la sala, pero el sacerdote, bendito fuera, estaba paseándose de cama en cama y la mayoría de los pacientes se hallaban tan ocupados esperando a que les llegara el turno, que ninguno prestaba atención en aquel momento—. ¿Quieres una taza de té?

—Por favor.

Entraron en la cocina improvisada del fondo y se encontraron a Alicja, que con una Daniella inquieta apoyada en su cadera, trataba de remover una enorme sartén llena de huevos.

—¡¿Huevos?! —A Eduard se le iluminaron los ojos y se adelantó rápidamente, como si dentro de la sartén hubiera oro puro.

—Uno de los camilleros encontró un palomar lleno y me los trajo para que los pacientes se dieran un festín.

—¿El personal? —preguntó Eduard, esperanzado.

—Si ayudan a cocinar, tal vez.

—Hecho.

Extendió la mano hacia el cucharón y Alicja se lo dio con prontitud.

—Perfecto. A lo mejor ahora puedo calmar a Nella. ¿Crees que Mama te puede calmar, bichito? ¿Sí?

Se puso a hablar con la niña en tono dulce, pero Daniella no paraba de gimotear, lo cual no era de extrañar. En aquel momento tan delicado de su vida, la pobre criatura debería haber disfrutado de toda la atención de su madre y, en cambio, esta se veía obligada a compaginar su cuidado con su trabajo en el hospital.

—¿Quieres que la coja un rato? —se ofreció Orla.

A Alicja se le iluminaron los ojos.

—¿Lo harías? —Le dedicó una sonrisa agradecida a Orla mientras esta cogía a Nella en brazos—. Necesito tomar el aire aunque sea cinco minutos. Me estoy asando. —Salió disparada hacia la puerta lateral, pero antes de cruzarla se paró y señaló a Eduard—. No quemes mis huevos.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

Blandió la cuchara de madera con alegría y luego siguió removiendo la preciada comida.

—Poco a poco y a fuego lento, esa es la clave con los huevos —le dijo a Orla.

—¿Sabes cocinar huevos?

—Claro. Crecí en una granja y mis padres siempre estaban ocupados con el ganado, así que mi trabajo era ocuparme de las gallinas y eso incluía preparar huevos para el desayuno de toda la familia. Me convertí en todo un experto.

Orla lo miró tratando de imaginárselo de niño, delante de los fogones de la cocina de una granja.

—Me gustaría haberlo visto. ¿Tienes hermanos?

—Sí. Bueno, tenía.

—¿Cómo dices?

Él encorvó los hombros y, de manera instintiva, Orla le cogió la mano mientras se apoyaba a Nella en la cadera. La niña parecía haber percibido también el tono emocionado de Eduard, porque había dejado de gimotear y los miraba fijamente.

—¿Quieres contármelo? —preguntó Orla.

Eduard la miró a los ojos.

—No se lo he contado a nadie. Es decir, no ha habido nadie a quien pudiera contárselo. No…

Se le saltaron las lágrimas y se las secó con el dorso de la mano, enfadado.

—A mí me lo puedes contar —le dijo Orla con firmeza.

—Sí —dijo él—. En ti puedo confiar. —Aun así, le costó encontrar las palabras y, cuando habló, lo hizo con una voz ronca por años de lágrimas no derramadas—. La Wehrmacht nos atacó al amanecer y arrasó nuestro pueblo sin previo aviso. Estábamos todos ordeñando las vacas o llevando las ovejas a pastar. No era una localidad muy grande, más una aldea que un pueblo, donde nadie hacía daño a nadie y solo nos dedicábamos a criar un puñado de criaturas del Señor para venderlas. Pero ellos entraron de todos modos y se pusieron a disparar a todo el que veían, como si nos hubieran puesto

allí para su diversión.

»Éramos alemanes, Orla: hablábamos alemán, nuestros carteles estaban en alemán, teníamos casas alemanas; pero ellos no nos consideraban alemanes. Nos gritaban: "Polacos ignorantes" o "bestias inmundas". Luego empezaron a buscar aguardiente y, una vez se pusieron finos, fue aún peor. Abatieron… —Eduard tragó saliva, pero continuó—: Abatieron a tiros a mi padre, a sus vacas y también a mi madre cuando corrió hacia él; aunque tal vez tuvo suerte, porque después de ver lo que les hicieron a las mujeres que sobrevivieron a sus balas, me alegro de que no tuviera que pasar por ello. Estaba mejor en brazos de Dios.

Eduard se estremeció y Orla se acercó a él. Nella seguía mirándolo fijamente, como sí estuviera asimilando todo lo que decía, pero los huevos se estaban pegando a la sartén. Orla los retiró del fuego sin decir nada; algunas cosas, incluso en una Varsovia asolada por el hambre, eran más importantes que la comida.

—¿Y tus hermanos?

Él le apretó la mano con fuerza y Orla le pasó el brazo por la cintura para ayudarlo a conservar el equilibrio.

—Mi hermana pequeña trepó a un árbol para esconderse. Le encantaban los árboles y se pasaba el día subiendo y bajando de ellos. La llamábamos *eichhórnchen*, «ardilla». Era el lugar donde se sentía más segura, pero esos malnacidos…, esos malnacidos le… —Eduard se había echado a llorar—. Le pegaron un tiro y la derribaron del árbol como si fuera una atracción de feria. La vi desplomarse, la vi caer al suelo con un golpe sordo. Al menos fue un disparo limpio y no sufrió; murió al instante. Estaba allí, escalando a un árbol como hacía siempre, y de pronto… quedó inerte y vacía sobre el suelo.

—Su cuerpo estaba vacío —observó Orla con delicadeza—. Su alma había trepado el árbol más grande, el que lleva al cielo.

Él sonrió a través de sus lágrimas.

—Eso es muy bonito, Orla. Gracias. —La rodeó con el brazo y la estrechó contra su cuerpo, y el gesto resultó tan natural, tan normal, que Orla se fundió en el abrazo con Nella encajada felizmente entre

ambos—. A mi hermano le pegaron un tiro mientras huía a las montañas —continuó él. Se notaba que ahora ya no le costaba tanto hablar—. Así que a lo mejor él también escaló una montaña hasta el cielo.

—No te quepa duda. ¿Y tú, Eduard? ¿Dónde estabas?

—Oh, estaba justo allí, en medio del caos, pero a mí no me dispararon. Me juntaron con los demás chicos sanos y nos dijeron que podíamos elegir entre luchar o morir. —Eduard estrechó a Orla con más fuerza—. Yo no quería morir y por eso, que Dios me perdone, accedí a luchar. Me puse su uniforme, juré lealtad a su perverso Führer y marché con ellos. Dejé a mis padres y a mis hermanos pequeños muertos en nuestros campos y me fui de allí con sus asesinos. ¿En qué me convierte eso?

—En alguien sensato —contestó ella—. En alguien valiente y fuerte.

—¿Por abandonarlos?

—Estaban muertos, Eduard. No podías hacer nada por ellos, salvo mantenerte con vida. Es lo que habrían querido.

—Eso fue lo que me dije a mí mismo.

—Y tenías razón. Tenías toda la razón.

—A mí no me lo pareció. Intenté desertar en cuanto tuve ocasión, pero me persiguieron y me metieron en la cárcel. Me pasé dos años picando piedra y luego me asignaron al grupo de Dirlewanger y…, bueno, el resto ya lo sabes.

—Lo que sé es que ahora estás aquí, conmigo…, quiero decir, con… con nosotros…

—Contigo —dijo él con firmeza. Tenía el rostro inclinado hacia el de ella y sus labios estaban a centímetros de distancia—. Orla, ¿crees que un día, cuando toda esta pesadilla haya acabado, podríamos…, podríamos…?

—¿Tomar el té juntos?

Él se rio.

—Tomar el té, sí. Tomar el té cada día durante el resto de nuestras vidas.

Ella tomó aire con fuerza.

—Me encantaría —dijo.

No era una respuesta propia de una señorita, lo sabía, pero no había tiempo que perder ni era momento de observar los buenos modales.

—Ay, Orla, mi madre te habría adorado.

Y entonces sus labios se juntaron y ella soltó la mano de Eduard para deslizaría sobre su cuello y acercar su rostro aún más, hasta que los chillidos de protesta de Nella los obligaron a separarse entre risas.

—Perdona, enana —dijo Eduard, alborotándole el pelo a la niña —, pero hay cosas que son demasiado importantes para dejar que nada se interponga.

Nella se retorció mientras señalaba con decisión los huevos, provocándoles más risas.

—Vale —dijo Eduard—. Primero la comida y después los besos.

Miró a Orla con tanta intensidad que ella tuvo la sensación de que todo su cuerpo se derretía por dentro.

—No mucho después —dijo en tono esperanzado, y él se inclinó para darle otro beso rápido antes de concentrarse en la sartén con los huevos.

Orla reflexionó sobre la situación: allí estaban los dos, cocinando huevos con una niña entre ellos, y se preguntó si era así como tal vez pudieran ser las cosas en un futuro que se moría de ganas de que llegara. Estaba harta de bombas, incendios y carne desgarrada por las balas. Estaba harta de…

—¿Qué narices ha sido eso?

Eduard y ella se miraron mientras un sonido muy peculiar atravesaba el aire: una especie de mugido siniestro de dolor.

—Parece una vaca dando a luz —dijo Eduard, desconcertado, pero en ese momento el ruido se interrumpió.

Un denso silencio inundó la cocina y, apenas unos segundos después, seis explosiones sacudieron las paredes en rápida sucesión.

—¿Por qué nos atacan ahora? —preguntó Eduard, mientras corría

hacia la puerta.

Orla lo siguió y se asomó por el marco. Calle abajo, dos casas habían sido alcanzadas y las llamas salían por los agujeros. La gente había abandonado sus plegarias del día de la Asunción y gritaba horrorizada, y Orla distinguió a Alicja entre la multitud. La joven madre saludó a la pequeña Daniella y empezó a cruzar la calle hacia su hija, pero en ese instante se oyó de nuevo aquel ruido siniestro desde el cielo.

—¡A cubierto! —gritó Eduard.

Tiró de Orla hacia el umbral de la puerta del hospital mientras un silencio sepulcral se abatía sobre la calle, y desde allí Orla vio seis pequeños y estilizados proyectiles que dibujaban un arco sobre el edificio y se dirigían directamente hacia ellos, centelleando a la luz del sol. Alicja se pegó a la pared del otro lado de la calle, con los ojos clavados en Daniella.

—¡Mama vendrá enseguida, Nella! —gritó—. Mama está…

Tres de los proyectiles impactaron sobre la pared, apagando las palabras de la joven mientras hacían volar ladrillos por el aire hasta que, con un crujido furioso, todo el edificio se derrumbó sobre ella.

—¡Alicja!

Orla puso a Nella con brusquedad en brazos de Eduard, echó a correr y empezó a escarbar entre los ladrillos, pero hasta ella sabía que era demasiado tarde. Nadie podía haber sobrevivido a semejante avalancha. Nella esperaba con expresión lastimera y, tras darse la vuelta, Orla vio a la niña en brazos de Eduard y le entraron ganas de llorar. Sin embargo, el extraño ruido animalesco volvió a surcar el aire y les privó de la oportunidad de lamentarse por su pérdida.

—Suena más cerca —dijo Eduard—. Ven.

La llevó a rastras hacia el espantoso ruido y, aunque parecía ser una decisión descabellada, en última instancia los proyectiles dibujaron un arco justo por encima de sus cabezas…

E impactaron de lleno en el hospital Juan de Dios.

—¡No! —chilló Orla.

Los viejos muros se sacudieron con aparente indignación mientras los obuses atravesaban los ladrillos color crema, justo en el lugar en el que Eduard y Orla habían estado segundos antes, y luego empezaban a desplomarse hacia dentro. Orla escuchó los gritos de terror que salían del interior y, cuando un muro se derribó a plomo, una sala entera quedó a la vista, con las camas más cercanas tambaleándose de manera precaria en el borde del suelo. Las enfermeras corrieron a sujetarlas, pero llegaron demasiado tarde a una de ellas, que se inclinó dejando que su paciente se deslizara y cayera sobre los escombros antes de estamparse encima de él. El personal empezó a tirar de las demás camas hacia dentro, pero el edificio era antiguo y, sin la fachada, se estaba derrumbando… con toda la familia de Orla en el sótano.

Esta corrió hacia la puerta en la que se había refugiado con Eduard y Daniella hacía tan solo unos segundos y, aunque ahora era apenas un marco de madera bamboleante, desprovisto de todos los ladrillos, la escalera al sótano estaba intacta. Los pacientes subían por ella tambaleándose y apoyándose en el personal, y Orla vio con alivio salir a Magda, que ayudaba al joven soldado con la cabeza ensangrentada. Jacob la seguía pisándole los talones con una niña de la mano, y Orla corrió para alejarlos de las precarias ruinas del hospital. Los proyectiles surcaron el cielo para estrellarse en las vidas de otras pobres almas en la calle de al lado, pero en esta ya habían hecho todo el daño posible.

—¿Dónde está Hana? —le preguntó Orla a su madre.

—Con Zuzi, intentado sacar a Babcia.

Orla salió disparada hacia la puerta, pero Magda la agarró del brazo.

—No entres ahí, Orla. No os puedo perder a todas. No puedo.

Pero justo en ese momento salió Hana, cubierta de yeso blanco, y cuando se acercaron a ella con premura vieron lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—No puedo llegar a dónde están —jadeó—. Se ha caído una viga y no puedo llegar.

VEINTITRÉS

ZUZI

A Zuzi le zumbaba el cerebro con el ruido que habían hecho las piedras al caer, tenía la boca llena de polvo y, por mucho que se esforzaba por enfocar sus ojos, solo distinguía formas vagas en la oscuridad. No sentía sus extremidades, hasta que un pedazo de yeso cayó sobre su pierna y le arrancó un grito de dolor.

—Así que estás viva —dijo una voz seca en medio de la negrura.

—¿Babcia? ¿Eres tú?

—Claro que soy yo, Zuzi. ¿Ya no te acuerdas de en qué cama estabas sentada?

—¿Estás bien?

—He estado mejor.

—Sí, ya; yo también. Me refiero a si estás entera. ¿Te ha caído algo encima?

—¿Aparte de tú?

Zuzi notó un leve empujón en el brazo y se dio cuenta de que estaba medio tendida sobre su abuela. El polvo había empezado a disiparse y los rayos de luz se abrían paso hacia el agujero en el que habían acabado en esta ocasión. Se sentó con cuidado y echó un vistazo a su alrededor. Dos vigas se habían hundido y, de milagro, habían caído una contra otra sobre sus cabezas, creando un hueco alrededor de la cama, aunque esta estaba rodeada por todas partes por montones de escombros entre los que no parecía haber una ruta de salida evidente.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —Silencio—. ¡Hola! —gritó tan alto como le fue posible con todo aquel polvo en la garganta—. ¡Auxilio!

La única respuesta que recibió fue el crujido de las vigas sobre ellas, y Zuzi miró hacia arriba con preocupación.

—Estamos atrapadas, ¿verdad? —preguntó Babcia.

Su voz era tan vigorosa como siempre, pero Zuzi percibió un trasfondo trémulo y extendió la mano a tientas para coger la de su abuela.

—Por ahora —dijo—. Pero estoy segura de que los demás están haciendo todo lo posible para sacarnos de aquí.

—Eso si no están enterrados debajo de todo esto —Kamilla hizo un gesto con las manos hacia los escombros y luego le dio un apretón a Zuzi y añadió—. Perdona. Eso no ayuda. No sirve de nada ser negativa, ¿verdad?

—No —convino Zuzi con cautela—, pero tal vez sea una buena idea ser pragmáticas. Si vamos a despejar un camino, tenemos que decidir en qué dirección.

Bajó de la cama y echó un vistazo a los escombros. El hueco en el que se hallaban se parecía un poco a las cabañas que hacía con Hana cuando era pequeña, aunque esta era de ladrillos y vigas y no de sábanas y cojines. Nunca dejaban entrar a Orla para que jugara con ellas, algo que hacía enfadar a su hermana pequeña. Un día, cuando Orla tendría unos cinco años, se frustró tanto que se dedicó a colocar piedras, con paciencia y en silencio, por la parte inferior de sus paredes de sábanas, y Zuzi todavía recordaba el pánico que había experimentado al intentar levantarlas. Hana y ella se habían puesto a gritar hasta que Magda llegó corriendo para liberarlas, pero, aunque Magda siguiera con vida y estuviera ahí fuera tratando de ayudarlas, esta iba a ser una tarea mucho más complicada que levantar unas cuantas piedras de una sábana.

Zuzi se obligó a concentrarse y aplicar los principios que le habían enseñado en la Minerki. Los aspectos de su entrenamiento relacionados con la ingeniería la habían fascinado, y ahora era el

momento de ponerlos en práctica.

—La luz viene de allí —dijo, señalando los rayos que se colaban entre los ladrillos—. Así que esa es nuestra mejor opción.

Empujó con mucho cuidado los ladrillos para dilucidar lo sueltos que estaban; lo último que quería era que se derrumbaran sobre ellas. La más grande de las dos vigas les proporcionaba cierto apoyo y Zuzi sacó con cautela uno de los ladrillos que quedaba justo debajo. Los escombros sueltos se movieron, pero no cayeron, así que fue sacando uno tras otro y, a medida que lo hacía, empezó a entrar más luz, lo cual le dio esperanzas, pero al sacar el quinto una masa de piedras pequeñas cayó a través del hueco que tanto le había costado abrir y Zuzi se vio obligada a retroceder, tambaleándose.

Kamilla suspiró.

—Ven aquí, Zuzi, y métete en la cama conmigo. Si vamos a morir aquí abajo, ¿por qué no hacerlo cómodas?

—¡Babcia!

—Es verdad.

—No vamos a morir.

—¿Y en qué te basas?

—No estoy segura —reconoció Zuzi—, pero no pienso darme por vencida después de cinco ladrillitos.

Babcia dejó escapar una risita.

—No, Zuzi, tú no eres de esas, bendita seas.

El temblor en su voz era ahora más evidente y Zuzi se acercó de nuevo a la cama para darle un abrazo. Su abuela permaneció tendida con rigidez, pero no se apartó y eso le dijo a Zuzi todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué tal tu herida? —preguntó.

—Duele. —Zuzi tocó a tientas y con cuidado el cuerpo de Babcia, procurando no fijarse en lo delgada y frágil que parecía, y al llegar a la zona del estómago, su abuela lanzó un jadeo de dolor, mientras Zuzi tocaba con preocupación algo húmedo que se filtraba a través de su ropa—. Estoy sangrando, ¿verdad?

—Un poco.

—Necesitamos de nuevo a tu apuesto doctor.

—No es nada mío.

—Todavía no, pero te gusta, ¿verdad?

—¡Babcia! No es el sitio ni el momento para hablar de esas cosas.

—Al revés, yo diría que es el sitio y el momento perfectos. ¿Acaso tenemos otra cosa que hacer?

—Excavar para salir de aquí —replicó Zuzi, levantándose de nuevo.

Empujó los ladrillos con la vista clavada en las vigas y retiró unos cuantos con cuidado. Vio un brillo en la oscuridad y movió unos cuantos más con esperanza creciente.

—Ahí hay algo que brilla y… ¡Oh! —Cerró la mano alrededor del objeto y lo sacó de los escombros—. ¡Mira, Babcia! —Era la cruz de plata, con un brazo doblado y una piedra preciosa resquebrajada pero, por lo demás, intacta. Zuzi se acercó a la cama para colocarla entre las manos de su abuela—. Dios está con nosotras —le dijo.

—Me compadezco de Él —dijo Kamilla con sequedad, aunque agarró la cruz y empezó a rezar el Padrenuestro en un murmulla mientras Zuzi retomaba la tarea de retirar ladrillos.

Parecía una tarea inútil. Cada vez que quitaba uno, otro se deslizaba y ocupaba su lugar, y empezó a temer que Babcia tuviera razón y acabaran muriendo allí abajo, bien porque el edificio se derrumbara sobre ellas o bien más lentamente, de sed. Ambas posibilidades la hicieron estremecer.

Al final se metió en la cama con Kamilla, agotada.

—Qué manera más triste de morir.

—Es Su voluntad.

Su abuela estaba aferrada a la cruz y con la vista clavada en la escasa luz que reflejaba. Tenía la tez pálida y fantasmal, como sí ya hubiera empezado a apagarse, y Zuzi sintió que el miedo la embargaba. Podía enfrentarse a la situación siempre que Babcia estuviera con ella, pero, si tenía que hacerlo sola, era posible que se

volviera loca.

—Sé fuerte, Babcia. Vendrán a ayudarnos.

Kamilla meneó la cabeza.

—No tengo miedo; ni por ti, ni por mí ni por Varsovia. Para el caso que nos hacen nuestros supuestos aliados, la ciudad entera podría estar igual de enterrada que nosotras.

—Eso no es cierto. Hana vio a Emil, ¿no? Churchill mandará ayuda.

—¡Desde Italia! A quien necesitamos es a los rusos. —Cogió las manos de Zuzi entre las suyas—. Qué ironía, Zuzi. Durante todo este tiempo hemos conservado los grilletes de mi padre para recordar cómo nos esclavizaron los soviéticos y ahora estamos esperando a que lleguen al rescate. Me temo que hemos sido idiotas.

Zuzi temía que su abuela tuviera razón, pero en aquel momento no podía permitirse pensar en ello.

—Bueno, ahora estamos aquí y hay que hacer lo que sea para salir —dijo, y se acercó de nuevo al montón de escombros—. ¿Acaso tenemos algo mejor que hacer?

Tiró del ladrillo que le quedaba más cerca, pero estaba atascado y, frustrada, tiró con más fuerza. Al final cayó en sus manos, pero acompañado de un torrente de otros que la obligó a retroceder trastabillando para evitar que le aplastaran los pies.

—Bien hecho, Zuzi —dijo Babcia con sorna.

Ella se mordió la lengua para no saltar, pero en ese momento escuchó un sonido, un sonido hermoso y mágico: voces.

—¡Aquí! —gritó Zuzi, arrastrándose con prudencia sobre el montón de escombros. Daba la sensación de que ahora entraba más luz en su alcoba y, sin lugar a dudas, se escuchaban voces—. ¡Estamos aquí! ¡Somos Zuzi y Babcia Kamilla! Estamos aquí. ¡Estamos vivas!

—¿Zuzi? —Fue la respuesta, apagada pero de una claridad gloriosa—. ¡Zuzi! Gracias a Dios. Ya vamos; no os mováis. Ya vamos.

Con las piernas flaqueando de alivio, Zuzi regresó junto a la cama de Babcia. Alguien las había encontrado. No habría sabido

decir quién era, pero alguien las había encontrado; alguien que sabía cómo se llamaba ella y que haría todo lo posible para sacarlas a las dos.

—Aguanta —le dijo a su abuela—. Ya vienen a ayudarnos.

—Alabado sea Dios. —Kamilla sostuvo la cruz bajo la luz tenue, que se reflejó en el zafiro de lo alto y alumbró su cabaña forzosa con un brillo azulado—. Y ahora siéntate, Zuzi, por el amor de Dios, y no hagas que todo se derrumbe antes de que lleguen.

—En realidad he sido yo la que ha soltado… —Se interrumpió.

No importaba; lo único que importaba era que, en aquel momento, estaban excavando entre los escombros para llegar a ellas. No iba a morir allí, en la oscuridad, con la única compañía del cadáver de su abuela mientras su cuerpo se deshidrataba. Si aguzaba el oído, podía escuchar el sonido de los ladrillos que alguien iba desprendiendo con metódica meticulosidad por encima de ellas. Sentía deseos de ponerse en pie de un salto y arrancar los de su lado, y, para evitarlo, buscó a tientas el borde de la sábana de su abuela y se metió en la cama con ella.

—Debemos ser pacientes, Babcia.

Kamilla le dio una palmadita en la mano.

—A ninguna de las dos se nos da muy bien la paciencia.

—No.

Kamilla dejó escapar una risita.

—Siento haber dicho que íbamos a morir. Ha sido un momento de debilidad, pero no lo decía de corazón, Zuzi. Si algo deseo es sobrevivir para ver que echamos a patadas a los nazis de nuestra ciudad.

—Yo también, Babcia.

—Nuestra situación actual refleja un poco lo que han sido estos últimos cinco años de ocupación: estamos vivas pero rodeadas por los cuatro costados de ladrillos que pueden caerse en cualquier momento.

Zuzi asintió en la oscuridad; era una buena analogía. Cuando los nazis habían invadido el país, ella tenía diecisiete años y le

encantaba su vida, que transcurría entre sus estudios, sus amigas y los chicos con los que hablaba de vez en cuando. En aquella época tenía la sensación de que el futuro empezaba a abrirse ante ella, hasta que, entre zumbidos de Stuka, se había derrumbado a su alrededor. La Wehrmacht había marchado sobre Varsovia y se había hecho con el poder de la ciudad, y de pronto todas sus cafeterías y todos sus cines favoritos se habían vuelto *Nur für Deutsche*. Todos sus movimientos habían pasado a estar controlados; su comida, racionada, y sus documentos, comprobados sin cesar por guardias altivos que los amenazaban como si tuvieran que dar las gracias hasta por vivir. ¡En su propia ciudad! Varsovia se había convertido en su cárcel y al menos ahora, por difícil que fuera, estaban presentando batalla.

—Hicimos bien en sublevarnos.

—Por supuesto que sí. No nos quedó otra opción. Santo cielo, Zuzi, cuando me uní a tu maravillosa Minerki me sentí más viva de lo que me había sentido desde que me arrebataron a mi Aleksander.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Perderlo fue muy duro. Nadie me aceleraba el corazón como él. —Zuzi se revolvió sobre la cama y Kamilla se rio—. Venga ya, Zuzi; ahora ya eres una adulta. Podemos hablar de esas cosas, ¿no?

Zuzi no estaba segura de sentirse muy adulta, aunque sin lugar a dudas sentía curiosidad.

—¿Qué quieres decir con que se te aceleraba? —preguntó con timidez.

—Se me desbocaba, me martilleaba en el pecho, ¡aleteaba como una mariposa! Aleksander era tan guapo que, al verlo, una sensación extraña me revoloteaba por el cuerpo.

—¿En el estómago?

Kamilla negó con la cabeza.

—En el estómago no, Zuzi, más abajo.

—¡Babcia!

—Bueno, es verdad. Aleksander era muy apuesto. No tenía una

belleza convencional, de esas que hacen que todo el mundo te señale en el salón de baile, pero para mí siempre… brilló.

—Qué bonito.

—A decir verdad, al principio me enfadé bastante. Era el primer baile de la temporada y me fastidió todos mis planes. No tenía intención de enamorarme de nadie; solo quería disfrutar de unos meses de diversión y alegría, y bailar con todos los jóvenes de Varsovia. Y entonces apareció Aleksander Dąbrowska y todo se fue al traste, porque ya no quise bailar con nadie más que él.

Zuzi se rio, algo que no parecía casar con su situación en aquel agujero polvoriento, pero Babcia se mostraba tan indignada por haber encontrado el amor que no pudo evitarlo.

—¿Y él sintió lo mismo?

—Por suerte, sí. Bailamos una vez y luego cogió mi tarjeta y escribió su nombre en todos los huecos. Hasta tachó alguno con él que ya me había comprometido a bailar y escribió el suyo encima. Debería haberme enfurecido, pero la verdad es que ya contaba el tiempo que faltaba para el siguiente baile. Nos casamos dos meses después, y me pareció una eternidad. No veía el momento de acostarme con él.

—¡Babcia! —Zuzi estaba genuinamente asombrada.

—Oh, muchacha, no me vengas con milongas. Es de lo más normal. Todas damos por hecho que los hombres se mueren de ganas de acostarse con sus novias, pero lo cierto es que, cuando encuentra al hombre correcto, la novia tiene las mismas ganas.

—¿Y eso es…? Quiero decir, ¿a Dios no le parece mal?

Ahora le tocó a Babcia reírse, tan fuerte y durante tanto rato que Zuzi temió que su júbilo hiciera que los ladrillos se desplomaran sobre ellas.

—No, Zuzi, a Dios no le parece mal. Él nos creó de modo que encajáramos, y nosotros deberíamos honrarlo y disfrutar.

Era una idea curiosa. Zuzi había visto parejas en callejones oscuros con los cuerpos pegados, había visto cómo se miraban a los ojos y se agarraban de las manos, pero siempre le había parecido

una especie de espectáculo, una interpretación para el resto del mundo; una mascarada con el fin de transmitir: «Mirad, he encontrado a alguien». Y, sin embargo, no podía negar que Bron prendía un fuego en su interior. ¿Le estaba diciendo su abuela que eso era algo bueno?

—A tu padre y tu madre les pasaba lo mismo, ¿sabes? —prosiguió Babcia en tono desenfadado—. Desde el principio fue evidente que disfrutaban de su matrimonio. Justo después de casarse, que Dios los bendiga, venían a cenar una vez a la semana y eran muy educados y cumplidores, pero saltaba a la vista que no veían el momento de llegar a su casa y arrancarse la ropa.

—¡Babcia, por favor!

Su abuela se rio de nuevo.

—¿Tú nunca lo has sentido, Zuzi? ¿El aleteo?

Zuzi notó que le ardían las mejillas.

—Quizá. No estoy segura de que sea un aleteo; se parece más a… —Se ruborizó, pero estaba oscuro y se hallaba muy cerca de su abuela, y se moría de ganas de saber si lo que sentía era normal—. A un fuego.

Kamilla aplaudió.

—No sabes cuánto me alegro, chiquilla. Supongo que hablamos de ese joven doctor, claro.

—¡Ya basta, Babcia!

Pero era evidente que su abuela no tenía intención de parar. Cogió la mano de Zuzi y le dio un apretón.

—No voy a parar, Zuzi, porque esto es importante. Si él te hace sentir así, es maravilloso. Es la manera que tiene Dios de decirte que tendréis bebés preciosos.

—¡Babcia!

—Y que os divertiréis mucho haciéndolos. No le des la espalda a esos sentimientos, chiquilla; abrázalos. ¡Abrázalo a él! Por el amor de Dios, llevamos demasiado tiempo aplastados bajo las botas nazis y, si puedes escapar de la opresión en la cama de un joven guapo, amable y decente, no te lo pienses dos veces.

—Pero ¿lo importante no es el amor? —preguntó Zuzi, dubitativa.

—¡Claro! Pero también el deseo, mi querida nieta; eso es lo que diferencia la unión entre un hombre y una mujer de cualquier otra relación, lo que la hace tan especial, maravillosa y distinta. —Tiró de Zuzi para acercársela. Los gritos del exterior se oían cada vez más cerca y las vigas crujían amenazantes sobre ellas—. Eres una joven lista, vivaracha y apasionada, la viva imagen de tu abuela cuando era más joven, y me encanta verme reflejada en ti. Prométeme que le darás una oportunidad al amor, Zuzi, y también al deseo. Créeme, si todo este doloroso asunto que es la vida merece la pena, es por eso.

—Si tú lo dices, Babcia…

—Vaya si lo digo. Así que prométemelo.

Zuzi se rio con timidez.

—Prometo que le daré una oportunidad al amor.

—Y también al deseo.

Zuzi suspiró y trató de reprimir la emoción que las palabras de Babcia habían desatado en ella. Todas aquellas desconcertantes sensaciones que experimentaba cuando estaba cerca de Bron no solo eran normales y estaban permitidas, ¿sino que además había que darles rienda suelta? Sin lugar a dudas, era una idea embriagadora.

—¿Crees que…? —empezó, pero entonces se dio cuenta de que la mano de su abuela se había quedado inerte entre la suya—. ¿Babcia? Babcia, despierta. Aguanta un poco; ya están aquí. —Zuzi veía moverse los ladrillos más cercanos—. Babcia, por favor. —Las lágrimas le obstruyeron la garganta seca—. No te mueras, Babcia. No te…

—¿Es que no puedo tomarme ni un descanso? —murmuró Kamilla, provocándole un sonoro jadeo de alivio.

Y en ese preciso instante, un puñado de ladrillos rodaron sobre el montón y en su cueva se coló un rayo de luz que se reflejó en la cruz de plata que Babcia tenía en las manos e iluminó las gemas, bañando su rostro cansado en una multitud de colores.

—¡Se acabó, Babcia! Lo hemos logrado. Han venido a por nosotras.

—¿Quién ha venido?

Babcia cogió la mano de Zuzi para incorporarse, mientras otro ladrillo se desprendía y una cara se asomaba con expresión angustiada por el hueco; una cara joven, seria e innegablemente atractiva.

—¡Bron! —exclamó Zuzi, y luego miró a Babcia, que arqueó las cejas en un gesto tan ridículo y sugerente que ambas se echaron a reír—. Lo siento —jadeó Zuzi entre carcajadas—. Estoy tan aliviada, tan… tan…

Pero entonces se quedó sin palabras porque Bron había entrado por el agujero y la tomó entre sus brazos y Zuzi habría jurado que iba a besarla allí mismo, delante de su abuela. Las mariposas aletearon en su estómago y, sí, tal vez un poco más abajo, pero en esta ocasión no intentó reprimirlas sino que dejó que levantaran su rostro hacia el de él. Y, sí, Bron iba a besarla y…

La viga crujió y ambos se separaron de un salto mientras Babcia gemía.

—Vamos a sacarte de aquí —dijo Bron, acercándose a ella.

—No hay prisa —dijo Kamilla—. Haced como si no estuviera.

Pero la magia del momento se había esfumado y Zuzi fue a ayudar a Bron a sacar a su querida e inimitable abuela de aquella cueva oscura, con la esperanza de que la magia volviera a surgir. Por el momento, se conformó con salir al aire más o menos limpio de Varsovia, que el sol del verano y un incendio acre en las cercanías había vuelto denso y cálido, pero que, aun así, seguía siendo mil veces mejor que el polvo de su agujero subterráneo. Orla la abrazó con fuerza y, mientras Magda y Jacob corrían a sumarse al abrazo y Hana trataba de rodearlos a todos, Zuzi experimentó una sensación maravillosa.

—¡Somos libres! —exclamó.

Aunque en realidad no lo eran. Con los alemanes que se acercaban por todos sus flancos y los rusos que seguían con sus

rojos brazos cruzados a la orilla del Vístula, distaban mucho de serlo, pero en aquel momento, rodeada de su familia y sus amigos, y con aire en los pulmones para disfrutar de ellos un día más, aquella libertad era suficiente. Zuzi miró a su abuela y recordó la promesa que le había hecho de dar una oportunidad al amor en todas sus gloriosas guisas. Por primera vez, sentía que hacerlo le proporcionaría una gran dicha. Lo único que se interponía en su camino era el pequeño problema de la guerra que tenían que ganar para que eso fuera posible.

VEINTICUATRO

17 DE AGOSTO

HANA

Hana cogió una escoba y se puso a barrer con ímpetu lo que en su día había sido la elegante planta baja de la majestuosa casa de Babcia Kamilla, y que ahora era la Piekarnia Dąbrowska en el salón de la izquierda y el hospital Juan de Dios en el comedor de la derecha. Su mundo era cada vez más reducido, pero al menos toda la familia continuaba junta, podían cuidar de Babcia en su propio hogar y la panadería volvía a estar operativa, aunque su productividad se hubiera visto reducida drásticamente. Por más que barriera, las baldosas de mármol nunca quedaban limpias. Stare Miasto estaba en llamas y las cenizas de demasiadas casas, negocios y cuerpos entraban en la casa arrastradas por el viento. Los nazis, frustrados por su incapacidad de penetrar en las estrechas calles del barrio medieval con sus tanques de matones, habían desplazado a Varsovia una gran variedad de armamento aterrador que sacudía día y noche las calles con su sonido mortal.

Por un lado estaban los mastodónticos proyectiles del monstruoso Karl-Gerät, a los que se habían sumado los ataques desde lo que ahora sabían que era un lanzacohetes Nebelwerfer, aunque todos lo llamaban Kowa por sus mugidos al arrojar sus séxtuples obuses. Los proyectiles surcaban el aire con rapidez y potencia, y los nazis los llenaban con una serie de sustancias infernales, desde azufre en polvo hasta vaselina viscosa que se

pegaba a todo y a todos al estallar.

La gente había empezado a vivir en los sótanos de la ciudad, que estaban atestados y divididos en espacios delimitados por biombos o muebles para proporcionar cierta intimidad, dado el interminable desfile de oficiales de enlace, soldados y camilleros que se desplazaban bajo tierra. De alguna manera, y a pesar de la gran presión a la que estaba sometido, el batallón Krybar seguía controlando la central eléctrica en la orilla del río del lado de Śródmieście, y eso les permitía usar la luz para ahuyentar lo peor de las sombras, pero con la infinita retahíla de gritos de dolor, de polvo y fuego, la Varsovia subterránea no tenía nada de acogedor. Ya había quien hablaba de rendirse, mientras que otros lo hacían callar a gritos.

«Ya hemos llegado hasta aquí —protestaban—; ¿por qué detenernos ahora?».

«Porque vamos a morir todos».

«No es así. Los Aliados están al caer. Vendrán a salvarnos».

Hana rezaba para que los más dogmáticos estuvieran en lo cierto, pero, si los Aliados iban a venir, se lo estaban tomando con calma. Cada noche, Hana se pegaba a la radio de Babcia y esperaba con desesperación que sonara «Una mazurca más», anunciando así la llegada de los aviones para traerles suministros, pero cada noche se oía otra canción en la radio y ella tenía que irse a la cama en su rincón del sótano sin haber atisbado la preciosa violeta de Emil.

Hana barrió con más vigor y arrojó el polvo de Varsovia fuera de su santuario. Aunque estaba agotada después de pasarse el día repartiendo mensajes a las unidades del AK por todo Stare Miasto, la casa de Babcia era un preciado refugio y tratar de mantenerla bonita le hacía sentir que tenía cierto control sobre sus vidas. A su espalda, Magda sacaba pan de la cocina para entregárselo a la paciente cola de clientes. Su pelo estaba cubierto casi por completo de canas y, aunque cada día que el sitio del levantamiento se alargaba, el rubio se desvaía un poco más, Magda conservaba intacta su sonrisa. Había improvisado un mostrador en el elegante aparador de Babcia y

desplegaba el pan en su mejor vajilla, pero, a pesar de sus esfuerzos, el espectáculo resultaba triste.

La harina era cada vez más escasa y si Magda se las apañaba para seguir trabajando era gracias a que la Minerki de Zuzi había entrado en las bodegas de la cervecería Haberbusch y Schiele y se había apropiado de un valioso suministro de cebada. Después de mucho experimentar, Magda había encontrado la manera de triturar los granos con un molinillo de café y Jacob había dedicado la mayor parte del día anterior a pasearse por las casas que aún seguían en pie para buscar los pequeños instrumentos. Era una tarea laboriosa y la harina resultante era muy gruesa, pero todo el mundo agradecía cualquier alimento que pudiera encontrar y la Piekarnia Dąbrowska trabajaba día y noche. A Hana le preocupaba que su madre no descansara ni de lejos todo lo que necesitaba, pero Magda se limitaba a decir: «ya dormiré cuando nos liberen», se arremangaba y seguía horneando, que era su propia y amorosa manera de luchar.

Hana se encogió al escuchar el elocuente silbido de los Stuka que sobrevolaban Varsovia una vez más. Los ataques de los aviones nazis eran incesantes; empezaban a las ocho de la mañana y se reproducían cada media hora hasta que el sol se ponía, como un reloj infernal. El sol sacaba destellos plateados a sus bombas mientras estas caían dando vueltas como luciérnagas gigantes, antes de impactar en la casa de alguien y enviar llamas danzantes hacia el cielo, mientras sus ocupantes salían gritando a la calle. Era un milagro que, hasta el momento, la casa de Babcia Kamilla hubiera permanecido intacta, aunque solo era cuestión de tiempo que corriera la misma suerte que las demás.

Hana echó un vistazo al hospital instalado en lo que antes era el elegante comedor. Orla y Bron habían recuperado de las ruinas del Juan de Dios todas las camas posibles y todo el material médico utilizable, y habían colocado a Babcia en la cama principal, la suya, con un enorme dosel que ya no tenía postes porque habían tenido que serrarlos para bajarla por la escalera. Era la más apropiada para su elegante abuela, de no ser porque la hacía parecer pequeña y

consumida. Bron había vuelto a coserle el estómago, pero, como en aquellos días había más polvo que oxígeno en el aire de Varsovia, era imposible mantener limpias las heridas. Babcia confiaba en los grilletes de su padre, colgados de la pared sobre ella, y en la cruz de plata de la familia, colocada en un altar improvisado junto a la puerta y que, según ella, representaba la fuerza del hombre y la protección de Dios, y los llevarían al triunfo.

Hana admiraba su optimismo, pero le costaba compartirlo.

—¡Hana! ¡Hana, ven a escuchar esto! —Jacob cruzó a la carrera el hospital improvisado—. ¡Es la radio! —dijo—. A Hana le dio un vuelco el corazón.

—¿Vienen los aviones?

Jacob frunció el ceño, pero enseguida recuperó la compostura.

—No, no es eso, pero te gustará. Ven.

Hana dejó la escoba y lo acompañó, igual que Magda, seguida por la pequeña cola de clientes como si fueran ovejas. En el comedor Hana vio a Orla con su delantal de enfermera y a Bron con su bata, que ya no era blanca. Nella estaba sentada en la cama con Kamilla, jugando con las cuentas de su rosario. Después de extraer los restos de su joven madre de entre los escombros del Juan de Dios, la habían enterrado bajo una sencilla cruz junto con muchos otros, demasiados, de modo que la pequeña estaba sola en el mundo. La hermana Maria había intentado encontrar una familia que la adoptara, pero a los habitantes de Varsovia ya les costaba suficiente mantener con vida a los suyos como para hacerse cargo de una huérfana de nueve meses, así que, por el momento, la niña vivía con los Dąbrowska.

Orla se apoyó a Nella en la cadera con una facilidad recién adquirida mientras Jacob subía el volumen de la radio, y cuando Eduard, el camillero, cruzó la sala para reunirse con ellos, Hana pensó que parecían una familia de postal. A Hana le dolía el corazón por Emil y empezó a toquetearse el anillo mientras todo el mundo se arremolinaba alrededor del transistor que descansaba junto a la cruz de plata, en un extremo de la estancia.

—Las escenas de júbilo se repiten por toda la ciudad —estaba diciendo el reportero polaco.

Hana miró con avidez por la puerta, pero lo único que vio fue a una mujer que corría a refugiarse mientras un Stuka descargaba una ráfaga de balas sobre ella mientras volvía a su base, después de bombardear casas y dejar a sus dueños sin hogar.

—La gente ocupa las aceras, vitoreando y arrojando flores a los desfiles de soldados…

—¿Desfiles? ¿Dónde?

—… que marchan por los Campos Elíseos al ritmo de *La Marseillaise*.

—¿París?

—París —confirmó Jacob—. Ha sido liberada.

—Es maravilloso —jadeó Hana, pero Magda la hizo callar.

—Escucha, cariño.

—El presidente De Gaulle ha llegado hoy para dar las gracias a las tropas del general Eisenhower por acudir en ayuda de la valerosa Resistencia, que se sublevó contra los debilitados alemanes para devolver con nobleza el control de su ciudad a los franceses.

En la sala se hizo el silencio. Hana paseó la mirada por la variopinta mezcla de pacientes, médicos, familiares y clientes de la panadería, y vio que todos se esforzaban por asimilar el significado de lo que estaban escuchando.

—Así pues —dijo Orla en tono pausado—, la Resistencia francesa se sublevó y tomó su capital.

—Así es —convino Jacob.

—Y luego las tropas estadounidenses entraron en la ciudad y los ayudaron a consolidar el control.

—Sí.

—¿Y cuánto tardaron?

—En la radio han dicho que tres días.

—¿Tres días?

Las palabras se propagaron por la estancia como un susurro sagrado. Estaban a 25 de agosto; habían pasado exactamente

veinticinco días desde que la Resistencia polaca se había sublevado para tomar Varsovia y, sin embargo, allí estaban. Solos.

—¿Qué tienen ellos que no tengamos nosotros? —preguntó Orla.

—Estadounidenses —soltó Eduard—. He oído decir que Eisenhower ni siquiera tenía intención de tomar París porque la ciudad carecía de «importancia estratégica» en la marcha hacia Berlín, pero, cuando la Resistencia se sublevó, le escribieron para solicitar su ayuda y él envió varios batallones de inmediato.

—¡De inmediato! —Una vez más, la palabra sobrevoló el pequeño grupo, esta vez en tono más elevado… y colérico.

—Entonces —exclamó Zuzi al entrar en la habitación—, ¿es porque no somos tan importantes como París? ¿Porque no tenemos una moderna torre metálica, ni un montón de obras de arte de las que presumir ni… ni…?

—¿*Croissants*? —sugirió Eduard con amargura.

—Nuestras panaderías tienen las mejores pastas del mundo —dijo Jacob con vehemencia—. Sobre todo la de Mama.

Magda alargó la mano y le alborotó el pelo.

—Gracias, hijo, pero me temo que el único problema es que estamos demasiado al este. París tenía a los estadounidenses; Roma, a los británicos, y nosotros tenemos que conformarnos con los rusos.

—No es justo —estalló Zuzi—. Nosotros somos el primer aliado. Nos unimos a los británicos mucho antes que los franceses, y los italianos lucharon contra ellos durante dos años. La Marina polaca patrulla el Mar del Norte para atacar a los submarinos alemanes, y la infantería polaca fue la que tomó finalmente Monte Cassino…

—Y los pilotos polacos colaboraron en la batalla de Inglaterra —intervino Hana con tristeza.

—¡Exacto! Nosotros los salvamos y ellos se quedan tan tranquilos mientras nos bombardean día sí, día también. ¿Qué aliados son esos?

—Unos aliados de mierda —convino el médico, Bronisław, mirando a Zuzi con una admiración resplandeciente.

«Madre mía», pensó Hana mientras su hermana le devolvía la mirada al joven, con un fuego que ardía en sus ojos con tanta intensidad como en cualquier casa de Stare Miasto. Desde que Babcia y Zuzi habían escapado de las ruinas del hospital Juan de Dios, su hermana había estado exaltada y no había parado de decir que su Minerki iba a asaltar la Central Telefónica, como si echar a los nazis de una torre de cemento fuera la tarea más sencilla del mundo. Hana le había pedido que, si el ataque se llevaba a cabo, buscara los mapas que con tanta crueldad le habían arrebatado a Marek en la noche de los tiempos, antes del levantamiento, y Zuzi había accedido con vigor. Hana se había quedado atónita, pero ahora sabía de dónde sacaba su hermana su reciente energía.

Por lo visto, todo el mundo estaba enamorado menos ella. Es decir, ella también lo estaba, pero Emil le parecía alguien tan lejano que recordar lo que sentía cuando estaba con él era como tratar de imaginar un día gélido durante el verano abrasador, o una época en la que se podía pasear por la ciudad sin que los nazis controlaran todos tus movimientos, o incluso un día sin que los bombarderos y los lanzacohetes volaran edificios a tu alrededor. Es decir, imposible.

—Tres días —repitió con amargura—. Si los rusos hubieran hecho lo mismo por nosotros, como dijeron que harían cuando Radio Moscú nos instó a sublevarnos, llevaríamos ya veintidós días liberados. Estaríamos paseando bajo este sol, bañándonos en el Vístula, de pícnic en el Jardín Sajón, recibiendo a nuestro gobierno, igual que hacen ahora los franceses; los franceses, que capitularon, ¡que colaboraron!

Notó unos brazos que la rodeaban y hasta que Magda no empezó a acariciarle el pelo y hablarle en un murmullo, como hacía cuando ella era pequeña y se creía objeto de una de las numerosas injusticias de la infancia, no se dio cuenta de que estaba gritando. Pero ¿qué más daba? No hablaban de que le hubieran dado menos mermelada que a sus hermanas, o de que le hubieran robado un juguete o de que no la dejaran columpiarse; hablaban de una traición a su ciudad y su país en favor de otros más «occidentales»,

y era algo que dolía muchísimo.

Trató de apartar a su madre con delicadeza.

—Será mejor que vuelva al trabajo. Seguro que Bór tiene mensajes que distribuir relacionados con el anuncio.

Magda aflojó su abrazo, pero no la soltó.

—¿Estás segura, Hana? Te veo… cansada. No creo que…

—Todos estamos cansados —la interrumpió ella—. Orla está cansada de tratar a personas con quemaduras provocadas por los perversos compuestos químicos de los nazis. Zuzi está cansada de abrir pasadizos entre los sótanos porque nuestros conciudadanos no pueden caminar seguros por nuestras calles. Jacob está cansado de trabajar con el pelotón de su tanque… a sus trece años. Babcia está cansada porque ha recibido un disparo en el estómago y se ha quedado atrapada debajo de un hospital en el que intentaban ayudarla a recuperarse. Y tú, Mama, tú estás cansada de intentar alimentar a todo Stare Miasto sin ayuda de nadie. Todos estamos cansados, pero tenemos que seguir adelante porque, si no lo hacemos, nos aniquilarán. Que los parisinos lancen flores sobre sus tanques; nosotros tenemos que conducir a los nuestros hacia las líneas enemigas que avanzan un día sombrío tras otro, mientras el resto del mundo está de fiesta en los Campos Elíseos.

Hana se soltó y se dirigió a la puerta echando humo por las orejas.

—Ten cuidado, Han-Han —le pidió Magda, y el dolor que se reflejaba en su voz atravesó la ira de Hana como ninguna otra cosa podía hacerlo.

—Lo tendré —dijo, obligándose a sonreír. Y fue entonces cuando lo escuchó: la retransmisión radiofónica estaba a punto de terminar y ahí, para cerrar el programa, estaba «Una mazurca más». Hana se quedó mirando la radio—. ¡Por fin! —exclamó—. ¡Es la señal de que los aviones van a venir!

—¿Lo ves? —dijo Orla—. Al final resulta que no nos han abandonado.

—No —convino Hana—, han sido tan amables de dejar que los

pilotos polacos vuelen para ayudar a la capital polaca. Qué nobleza la suya.

Aun así, no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro, y tiró uno tras otro de los miembros de su familia para darles un abrazo, incluso al reacio Jacob, antes de salir por la puerta para regresar al cuartel general de Bór. Los aviones iban a venir y tenía la intención de estar allí cuando llegaran, para saludarlos desde tierra.

Tres horas después, Hana esperaba a la sombra de media iglesia mientras la vibración de una aeronave Halifax atravesaba la fina capa de nubes, con el corazón desbocado como si tuviera una metralleta en el pecho. Sabía que era absurdo, por supuesto. Aunque por un milagro uno de los aviones fuera el de Emil, no era como si pudiera verlo a él. No era como si él fuera a aterrizar entre los escombros, saltar de su cabina y rodearla con sus brazos. No era como si Emil pudiera acariciarle el pelo o pasarle el brazo por la cintura o pegar sus labios a los de ella…

Cerró los ojos y se rodeó con los brazos como si fueran los de él, imaginando el tacto de su piel. Durante los largos y deprimentes años de la ocupación, había soñado en muchas ocasiones con él y, si había empezado a estudiar Arquitectura, había sido en parte para dejar de atormentarse con deseos vanos, aunque a decir verdad eso le había permitido descubrir un campo que le apasionaba. Los sueños habían remitido, pero, en las últimas semanas, con la muerte siempre pisándole los talones, habían regresado con apasionamiento. Hana no quería morir sin volver a ver a Emil.

El ruido del motor aumentó y ella abrió los ojos, mientras se reprendía por desaprovechar la posibilidad de tenerlo cerca, aunque fuera solo en teoría. Escrutó el cielo nocturno y de improviso aparecieron los aviones, atravesando las nubes como ángeles.

—¡Vamos, vamos, vamos! —indicó Czajnik, y Hana se apresuró a encender su lámpara y colocarse en posición.

Volvían a hallarse en los terrenos del gueto, en esta ocasión en el

lado oriental, donde, durante los vertiginosos primeros días del levantamiento, Zuzi, Jacob y Babcia habían formado parte del grupo que había liberado el campo de concentración de Gęsiówka. ¡Cómo lo habían celebrado! Hana tenía grabada la imagen de Zuzi bailando en lo alto de la recién levantada barricada, mientras los vecinos de Wola corrían a arrojar sus preciados muebles para impedir el paso de los nazis. Tan solo unos días después, la mayoría de esas mismas personas había acabado abatida a tiros a sangre fría y, si su querida Orla había sobrevivido a la masacre, era solo gracias a Eduard.

—¡Levantad bien las luces, chicas!

Hana obedeció, pero, como si también hubieran escuchado la orden de la líder de la unidad, los reflectores de los nazis se encendieron y varios haces de luz barrieron malévolamente el cielo de Varsovia, iluminando los aviones que se acercaban con una perversa precisión.

—Ni se os ocurra —siseó Hana.

Los aeroplanos estaban cerca y ella alzó la vista buscando con desesperación la reluciente esperanza de una flor violeta. Las baterías antiaéreas disparaban sus temibles proyectiles, que parecían clavarse en el corazón acelerado de Hana. Pero los aviones seguían volando; las compuertas del fuselaje del primero se abrieron y los paquetes empezaron a caer, como si fuera Navidad y Papá Noel estuviera repartiendo regalos desde el aire. Los paracaídas se desplegaron y los valiosos contenedores flotaron lentamente hacia ellas, antes de aterrizar con un suave golpe entre los vítores de las demás chicas. Hana, por su parte, estaba demasiado concentrada en los aviones. El primero llegó y se alejó sin violeta alguna, el segundo también, pero el tercero…

Desplazó la lámpara que sostenía hacia un lado, para que su luz no la deslumbrara, y, sí, ahí estaba, desplegando sus pétalos en forma de corazón mientras dejaba caer sus regalos sobre Varsovia.

—Emil —susurró Hanna, y lo repitió en voz más alta—: ¡Emil! ¡Emil! —Como si él pudiera escucharla por arte de magia y saber que estaba viva, igual que ella sabía ahora que él lo estaba—. ¡Emil!

—Shhh —la amonestó Czajnik—. ¿Quieres que los alemanes nos maten a todas a tiros?

—Perdón —musitó ella.

Había puesto en peligro a todo el grupo y no era justo, aunque hasta la última parte de su ser deseaba agitar su lámpara, gritar y patear el suelo, y decirle a Emil que lo amaba y que se moría de ganas de casarse con él cuando toda esa locura terminara.

Otros dos aviones se acercaron y Hana miró en su dirección para asegurarse de que los guiaba por el buen camino, y fue entonces cuando oyó, más que vio, el sonido estridente y metálico de un proyectil al alcanzar un fuselaje. Al volver la cabeza, divisó un valiente aeroplano plateado estremecerse en el cielo nocturno antes de caer en picado girando sobre sí mismo, con la vistosa violeta de la parte inferior dejando tras de sí una estela del morado más puro mientras se desplomaba cada vez más rápido, hasta sumergirse en el Vístula con un siniestro siseo y salpicando a su alrededor.

Hana se cubrió la boca con las manos y la lámpara se estampó sobre los escombros, despidiendo esquirlas de cristal y chispas de fuego a su alrededor como si el proyectil también la hubiera alcanzado a ella. Se dejó caer de rodillas mientras las demás chicas se acercaban a la carrera, pero Hana no vio sus miradas desorbitadas ni las manos que le tendían con preocupación. Lo único que veía era una estela violeta precipitándose hacia el río, llevándose con ella sus sueños, sus esperanzas y sus planes de futuro.

—Emil —gimió, y repitió en voz más alta—: ¡Emil!

Pero Emil se había ido para siempre y, aunque Hana gritara a pleno pulmón y elevara su voz al cielo lleno de humo de Varsovia, no volvería. Se había quedado sin prometido, futuro ni esperanza, y era difícil seguir encontrándole sentido a todo aquello.

VEINTICINCO

19 DE AGOSTO

ORLA

—Come algo, Han-Han, por favor.

Orla se agachó junto a su hermana mayor con el cuenco de sopa que Magda había improvisado con los restos que habían rescatado de las despensas y tiendas que seguían en pie en Stare Miasto. Cada vez era más difícil encontrar comida y la gente adelgazaba a ojos vista, en especial Hana, que no había levantado cabeza después de ver cómo abatían el avión de su prometido dos días antes.

Zuzi había preguntado por el piloto, pero el avión se había hundido en el fondo del Vístula con él dentro, y, como los alemanes seguían controlando los puentes y, en consecuencia, el río, no había manera de recuperar su cuerpo. El único consuelo, aunque nimio, parecía ser que el lugar de reposo eterno de Emil Andrysiak se hallaba cerca de su prometida. Desde su muerte, Hana se había dedicado o bien a repartir mensajes por Varsovia con el piloto automático puesto o bien, como en aquel momento, a acurrucarse en una esquina del hospital, con el cuerpo inmóvil y la mirada perdida. Orla no soportaba verla así, pero no encontraba la manera de arrancarla de su aflicción.

—Por favor, Han-Han, hazlo por mí.

Hana alzó la cabeza al escuchar sus palabras, pero se limitó a dedicarle una débil sonrisa y luego se quedó mirando un punto indefinido en la distancia en el que, Orla suponía, veía imágenes de

su futuro perdido. Con un suspiro, Orla le dio la sopa a un paciente agradecido, se sentó en el suelo junto a su hermana y se limitó a abrazarla. Hana se acurrucó contra su cuerpo y la rodeó con los brazos como si se aferrara a la vida misma, mientras Orla le acariciaba el pelo, le cantaba en voz baja y rezaba para que su amor fuera capaz de darle fuerzas a Hana, hasta que su corazón se curara lo suficiente como para seguir adelante.

—¿Cómo está?

Al levantar la mirada, vio que Zuzi había entrado en el comedor-hospital. La ceniza que ahora lo cubría todo la teñía de negro y, aunque el cansancio ribeteaba sus ojos, su mirada seguía destilando compasión por su hermana y por lo mal que lo estaba pasando.

—Triste —contestó Orla escuetamente.

Zuzi asintió.

—Pobre Hana. Burra de mí, no me di cuenta de hasta qué punto contaba con volver a ver a Emil. No me imagino lo que debe de ser sentir algo así por alguien.

—No me digas —comentó Orla en tono desenfadado, mientras miraba al otro extremo de la habitación, donde Bronisław atendía a un paciente.

—No —respondió Zuzi con sequedad—. Durante un día o dos me pareció que podía, pero, después de ver cómo sufre Hana, se me han vuelto a quitar las ganas. Los romances no son para mí.

Orla meneó la cabeza.

—No tiene por qué ser un «romance», Zuzi. No se trata de corazones, flores y serenatas, sino de conectar con alguien, de que te fascine, de querer saberlo todo sobre él y desear estar con él.

—Ah, ¿sí?

—Claro.

—Porque en esos libritos ridículos que lees, parece que todas las chicas caen rendidas a los pies del protagonista, lo cual me parece de lo más incómodo.

Orla no pudo reprimir la risa.

—Estoy de acuerdo.

—¿De verdad?

—Sí. Para mí, el amor no tiene nada que ver con eso. El amor te eleva, no te hace caer.

Zuzi la miró con los ojos entornados.

—A veces eres muy rara, cervatilla. Entonces, ¿eso es lo que te hace sentir nuestro amigo Eduard?

Orla notó que el rubor le teñía las mejillas.

—No hablábamos de mí, sino de Hana.

—Ya, pero ahora estamos hablando de ti. Dime, ¿es así como él te hace sentir?

Orla había olvidado lo condicionadamente directa que podía ser su hermana. Se revolvió, incómoda, pero en ese momento Eduard entró corriendo en el hospital con el camillero que trabajaba con él y una sonrisa asomó en su rostro sin que pudiera evitarlo. ¿Y qué tenía eso de malo? No había muchas cosas por las que sonreír, así que más valía aprovecharlas.

—Pues sí —dijo sin vacilar—. Quiero decir que creo que podría hacerme sentir así si con el tiempo llegamos a conocernos más y… y… Será mejor que vaya a ayudar. Tú quédate con Hana.

Orla se separó de su hermana y, tras ponerse de pie, fue a ayudar a Eduard a encontrar una cama —o más bien un sitio en el suelo— para el nuevo paciente. Mientras Bron se apresuraba a acercarse, Orla volvió la cabeza y vio a Zuzi sentada junto a Hana con la espalda rígida, acariciándole el pelo con delicadeza mientras los miraba fijamente.

También observó con satisfacción que Bron no paraba de mirar hacia Zuzi.

—¿Tienes alguna chica bonita esperándote en Łodź, Bron? —preguntó de pasada mientras examinaban la mano fracturada del paciente.

—Para nada —contestó él de inmediato, inclinado sobre el paciente—. Soy libre como un pájaro, por si…, bueno, si alguien lo pregunta. Quiero decir que… —Bron se centró en lo que estaban haciendo—. La herida es grave. Tráeme agua, Orla, por favor.

—Lo intentaré.

Orla corrió a la cocina, pero todos los cubos de agua estaban vacíos.

—Lo siento —dijo Magda desde la mesa en la que estaba bregando un gran pedazo de masa—. He usado la poca que quedaba para este pan; si es que se le puede llamar pan.

Hizo una mueca mientras contemplaba la sustancia viscosa a la que trataba de dar vida con sus manos, y Orla le devolvió la mueca. Ahora se vería obligada a ir al pozo a buscar más agua y, aunque el AK montaba guardia junto a él y el personal médico tenía preferencia, de modo que no tendría que esperar mucho rato, siempre sentía que había cosas más importantes que hacer. Por eso dio gradas al cielo cuando Jacob apareció en la puerta.

—Ya iré yo a buscar el agua —dijo el chico.

Orla lo miró, sorprendida. No era propio de su hermano pequeño ofrecerse a ayudar sin que se lo pidieran; tal vez el hecho de unirse al AK le estaba haciendo bien.

—Gracias, Jacob.

—Lo que necesites, hermanita. —Orla lo miró con suspicacia y, de pronto, él le guiñó el ojo—. Además, así podré probar mi nuevo casco.

Jacob se sacó de la espalda un recargado casco de estilo prusiano, con una cresta rematada en punta.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del cuarto de Babcia. Dice que era del bisabuelo Kaczper, el que se llamaba igual que Papa. La abuela me ha pedido que le fuera a buscar un camisón y, cuando he encontrado el casco, me ha dicho que me lo podía quedar y llevarlo con orgullo, o sea que… —Se lo encasquetó en la cabeza y cogió un cubo con cada mano—, ¡ahí voy!

Y, sin más, se marchó. Orla miró a Magda, que le dedicó una sonrisa titubeante.

—Lo está haciendo muy bien, pero, que Dios me perdone, me preocupa que se pasee por ahí con cascos chulos, minas robadas y tanques, como si todo esto fuera solo un juego.

Orla abrazó a su madre.

—Da miedo, lo sé, pero seguramente sea lo mejor para él. Lo podrían matar igual si estuviera escondido en un sótano.

Por terrible que sonara, era la verdad. Montones de edificios se derrumbaban cada día bajo el peso del fuego enemigo. Hasta el momento, la casa de Babcia, ubicada en la orilla oriental del río en Stare Miasto, había sobrevivido intacta, pero, a medida que los horrendos lanzacohetes alemanes se acercaban, el peligro aumentaba. Bron había hablado de trasladar el hospital al sótano y, siempre que tenían un rato libre, bajaban para hacer espacio a sus numerosos pacientes, aunque con los incesantes ataques los ratos libres escaseaban.

—Será mejor que vuelva a ayudar —le dijo Orla a Magda—. Cuando Jacob regrese, mándamelo. Necesitamos el agua con urgencia y a Babcia le encantará verlo con ese casco.

—No te preocupes.

Magda estaba dividiendo la masa para sus hogazas, con el ceño fruncido en una expresión de intensa determinación, aunque Orla sabía que, bajo su delantal, el enorme corazón de su madre estaba roto por la pobre Hana. Por Varsovia. Por todos ellos. Y, aun así, ¿qué podían hacer sino seguir adelante?

Las hogazas estaban subiendo gracias al calor húmedo de agosto, que seguía apretando, y sin duda a Magda le sobraban sitios en los que hornearlas, pues las ascuas de lo que quedaba de la que en su día había sido la bonita plaza del mercado viejo estarían tan calientes como cualquier horno. El estómago de Orla empezó a emitir ruidos, cosa que le hizo menear la cabeza: no era momento de preocuparse por la comida. Por lo visto, los humanos podían acostumbrarse a todo tipo de horrores con más rapidez de la que su cuerpo necesitaba para adaptarse al hambre y la sed, así que Orla aceptó de buen grado el mendrugo que le dio Magda y se lo metió en la boca mientras regresaba al hospital.

Su humor mejoró en cuanto vio a Eduard atando a los pies de la cama de Babcia los infames grilletes y las cadenas que habían

rescatado de los escombros del Juan de Dios, y paseó la mirada por la sala para ver si le daba tiempo a hablar con él. Bron le había vendado la mano al muchacho del AK para protegerla de la suciedad del aire mientras esperaban que llegara el agua y, por lo visto, estaba intentando aplacar la angustia de Hana haciendo uso de sus habilidades médicas. Aunque habría sido más exacto decir que lo que en realidad estaba haciendo era hablar con Zuzi.

O, más exacto aún, que Zuzi y él lanzaban palabras al aire, pues ninguno de los dos parecía capaz de relajarse en presencia del otro.

Con una sonrisa, Orla se reunió con Eduard junto a la cama de Babcia Kamilla y le pasó un brazo por la cintura. Sabía que era un gesto atrevido, pero después de ver la incomodidad del flirteo de su hermana, agradecía que su romance fuera más franco.

—¡Mi enfermera preferida! —Eduard le cubrió la mano con la suya, afectuosa y reconfortante—. ¿Te gusta cómo han quedado los grilletes de tu Babcia?

—¡Me encanta!

Orla no estaba segura de que las siniestras cadenas mejoraran el aspecto de la elegante cama, pero su abuela parecía contenta y eso era lo importante. La herida se le había vuelto a abrir cuando el Juan de Dios se había desplomado a su alrededor y, después de que la ceniza y la suciedad de las que era imposibles escapar en la sitiada Varsovia penetraran en su cuerpo, ahora supuraba pus de una manera alarmante. Orla se la lavaba siempre que tenía ocasión con el vino añoso encontrado en la bodega del fabricante de vinos, con la absurda esperanza de que cuanto más lujoso fuera el viñedo, más propiedades curativas tendría. Sin embargo, no servía de mucho, y el día anterior Kamilla había sugerido: «¿Por qué no dejas que me lo beba? Será mucho más útil». Por la cantidad que quedaba en la botella, saltaba a la vista que eso era lo que había estado haciendo. Le dedicó una sonrisa atontada a Orla.

—Los grilletes no pueden durar para siempre —dijo.

—Muy cierto, Babcia —convino Orla con vehemencia, aunque era difícil saber cómo iba a acabar todo aquello.

Los alemanes estaban acumulando cada vez más armamento y munición mientras que, desde la trágica noche en que el avión de Emil se había estrellado en el Vístula, los Aliados brillaban por su ausencia y los rusos estaban sentados cómodamente en la otra orilla del río, en apariencia mirando la película de terror con regocijo. Los varsovianos se habían sublevado para liberar su cuidad, pero, a diferencia de París, nadie había movido más que un dedo meñique para ayudar. A Orla no le parecía justo, aunque ¿qué sabía ella? En su modesta opinión, creía que tal vez había llegado el momento de rendirse antes de que muriera más gente, pero sabía que los polacos nunca se rendían, que eso no formaba parte de su espíritu, así que se guardaba su opinión para sí misma.

Al ver llegar a Jacob con el agua, le hizo señas para que se acercara y él se sentó en la cama de Babcia y se puso a hablar con entusiasmo del casco que lo había salvado de la bala de un francotirador. Orla rezó para que su historia obedeciera más a su imaginación que a la realidad, pero Babcia lo escuchaba con emoción y era agradable verla animada.

—Gracias por tu ayuda —le dijo Orla a Eduard.

—Haría cualquier cosa por ti. —Orla se puso de puntillas para darle un beso rápido en los labios—. Mi ángel —murmuró él, y por un instante fue como si estuvieran solos, sin sangre, ni ceniza, ni calor ni sufrimiento, solo ellos dos en su pequeño mundo.

Pero entonces oyó a Bron.

—¡Enfermera! —gritó el médico, y Orla se separó de mala gana de Eduard.

—Espero que no se trate de una amputación —gimoteó.

—¿No te gustan?

—¿A ti te gustarían?

—No, pero prefiero ayudar en el proceso que someterme a él.

Orla suspiró.

—Tienes toda la razón. Soy una inútil.

Él la abrazó.

—No, no lo eres. Eres valiente y fuerte y bondadosa y…

—E incapaz de sujetar la pierna de un hombre que sufre sin desmayarme.

—Eso forma parte de tu naturaleza bondadosa. Tengo una idea, ¿por qué no lo hago yo?

—¿Perdona?

—Si lo único que hace falta es sujetar al pobre hombre, puedo hacerlo tan bien como tú.

—Es verdad, pero tú eres camillero.

—Eso no es del todo cierto, Orla. Soy un granjero que se convirtió de mala gana en soldado para luego convertirse en camillero. He dedicado más tiempo de mi vida a ayudar a parir ovejas que a disparar un arma o transportar hombres. Todos hacemos lo que podemos para sobrevivir, así que tú ve a ayudar a los pacientes mientras yo voy a sujetar una pierna, ¿te parece?

Orla se quedó mirando a ese hombre bueno, franco y honrado al que había tenido la asombrosa suerte de conocer.

—Me parece —dijo, y le dio otro beso.

—¡Enfermera! —volvió a llamar Bron, esta vez en un tono más desesperado, y ambos se apresuraron a separarse.

Orla vio que Eduard se acercaba a zancadas a Bron, que aceptó su ayuda con un gesto entusiasta de la cabeza, y casi se desmayó del alivio…, lo cual era aún más patético que desmayarse durante la operación. Tras chasquear la lengua en señal de desaprobación hacia sí misma, estaba a punto de ir a comprobar cómo se encontraba Hana cuando un gemido agudo sonó en la esquina de la sala y la detuvo en seco.

—¡Nella! —La niña se había despertado sobresaltada en la cuna que habían improvisado con el cajón inferior de la cómoda Kammler de Babcia, y Orla corrió hacia ella para cogerla en brazos—. Ea, ea, pequeña. Todo va bien, todo va bien.

Nella se calmó, pero Orla se sintió culpable de nuevo. En el joven mundo de Nella, nada iba bien. Su madre había muerto y su hogar había desaparecido, y, aunque la hermana Maria estaba hablando con las monjas para que la acogieran en el orfanato, estas tenían ya

muchos niños. Orla no soportaba la idea de que aquella bebé de nueve meses se hubiera quedado sin familiares que la quisieran. Tras apoyársela en la cadera, se la llevó con sus hermanas con la esperanza de que su inocente carita aliviara el sufrimiento de Hana.

Cuando llegó al rincón, Zuzi se puso en pie, aliviada.

—Gracias a Dios, Orla. Tengo que volver al trabajo. Estamos preparando el asalto a la Central Telefónica y ya llevo demasiado tiempo aquí.

Orla la miró, espantada.

—¿La Central Telefónica? ¿Esa enorme torre de cemento que parece una fortaleza medieval?

Zuzi cambió el peso de pie.

—Esa misma. Un viejo que trabajó allí ha cavado un túnel que llega hasta el sótano para que podamos acceder y hacerlos volar por los aires.

—¿No será muy complicado?

—Sí, no es nuestro trabajo más sencillo, pero ese edificio les da a los nazis demasiado control sobre Śródmieście.

—Pero los nazis controlan toda la zona del Jardín Sajón que hay entre aquí y allí —señaló Orla—. ¿Cómo vais a llegar?

Zuzi volvió a cambiar el peso de pie.

—Cruzando un campo de minas —reconoció, levantando una mano para adelantarse a las protestas de Orla—. No te preocupes, somos la Minerki; las minas son lo nuestro.

—Vuestras minas, no las suyas.

—Es lo mismo. Y hay que hacerlo; tenemos que echar a los nazis de Śródmieście si queremos evacuar a la gente allí.

—¿A la gente? ¿Te refieres a nosotras? ¿Tenemos que irnos de Stare Miasto?

—Esto no es exactamente el paraíso, Orls.

—¡Lo sé! Pero ¿marchamos? ¿Todos? ¿Cómo vamos a hacerlo? No nos vais a hacer reptar por campos de minas, ¿no?

—¡No!

—¿Entonces?

—Pregúntaselo a Hana.

Orla miró hacia el suelo y vio que, al menos, su hermana mayor había alzado la vista.

—¿Cómo vamos a salir de aquí, Hana?

Esta irguió la espalda.

—Las alcantarillas —dijo, y un extraño brillo asomó a sus ojos.

—¿Las alcantarillas? —repitió Orla, horrorizada—. Pero… ¡son túneles oscuros, sucios y peligrosos!

—Así es —convino Hana, asintiendo con algo que se parecía extrañamente al entusiasmo—. Pero ahí abajo no hay nazis.

—El jefe de Hana las ha recorrido, ¿verdad, Han? —terció Zuzi, dedicando a Orla una mirada disimulada para hacerle saber que ella también se había percatado de que su hermana mayor parecía más animada.

—No es mi jefe, sino mi antiguo profesor, y, sí, Agaton ha ido y vuelto de Żoliborz por el alcantarillado. Algunas de las oficiales de enlace y varios *scouts* que hacen de correos también han usado esa ruta.

—Pero tú no, ¿verdad?

—No. No quería, antes de que…

Las lágrimas ahogaron su voz, pero las reprimió con firmeza y se puso en pie tan deprisa que tanto Zuzi como Orla tuvieron que retroceder de un salto para esquivarla. Sobre la cadera de Orla, la pequeña Mella dio una palmada de alegría, pero de pronto Orla ya no celebró tanto la repentina recuperación de su hermana.

—Hana, no pensarás…

—¿Ofrecerme voluntaria? Es justamente lo que voy a hacer. ¿Por qué no? Alguien tiene que hacerlo. ¿Quieres que nos quedemos aquí mientras Stare Miasto arde a nuestro alrededor?

—Yo… No, pero…

—Alguien tiene que dar un paso adelante y buscar una solución. Agaton dice que ya hay gente colocando asas de cuerda y carteles para que el camino sea más seguro. Y también se están dibujando mapas. Eso es algo que puedo hacer, chicas. Se me da bien.

—Sí, Hana, pero el peligro…

—Ahora eso ya no parece importar mucho. —Las cogió de la mano—. Emil murió después de volar cientos de kilómetros para tratar de traernos ayuda, así que yo bien puedo caminar entre un poco de caca, ¿no?

—No es la caca —objetó Orla—, es todo lo demás. Sé que estás sufriendo, Hana; sé que lo ves todo negro y estás desesperada, y siento mucho, muchísimo, que tu futuro con Emil ya no sea posible, pero nosotras también te queremos, ¿verdad, Zuzi?

Zuzi asintió con timidez.

—Ya sé que… bueno, que no lo digo muy a menudo, pero Orla tiene razón, Hana. No queremos perderte.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Pero ¿tienes que ser tú? Piensa en el dolor que sientes por haber perdido a Emil. ¿Quieres que nosotras pasemos por lo mismo?

—Claro que no.

—Porque eso es exactamente lo que sentiremos si…, bueno, si no sobrevives.

Orla se vio inundada de amor hacia la arisca Zuzi, a la que abrazó antes de tirar de Hana para que se uniera a ellas.

—Zuzi tiene razón, Han. Si te perdiéramos, nos quedaríamos destrozados.

Hana les devolvió el abrazo.

—Lo sé, chicas. Yo siento lo mismo y significa mucho para mí, de verdad que sí, pero tengo que hacerlo. Si Zuzi puede ir a Śródmieście y asaltar la Central Telefónica para que recuperemos su control, yo puedo bajar a las alcantarillas para que todos los demás tengamos una manera de llegar allí, ¿no?

—Hana…

Pero la mayor de las hermanas Dąbrowska había cogido carrerilla.

—Llevo muchos días lamentándome, pero eso se ha acabado. Cuidaos mucho, chicas. Hasta el anochecer, ¿vale?

—Hana…

—Hasta el anochecer.

—Hasta el anochecer, Hana —contestó Orla, resignada.

Y, tras un último abrazo, su hermana se marchó. Orla miró a Zuzi, que se encogió de hombros.

—Supongo que tiene que hacer lo que cree que le corresponde. Igual que yo. Cuídate, cariño.

Le lanzó un beso a Orla y se marchó también a volar cosas por los aires en nombre de la libertad. Orla se apoyó contra la pared y abrazó a Nella. Al otro lado de la sala, vio a Bron y Eduard inclinados sobre la mesa de operaciones y oyó el rechinar de la sierra y los gemidos del pobre hombre que estaba a punto de quedarse sin mano. Jacob se hallaba a los pies de la cama de Babcia, deleitándola con el relato de una hazaña del AK, y los ojos de su abuela brillaban de orgullo. ¿A qué se debía que todos los miembros de su familia fueran tan valientes? O más bien, ¿por qué no lo era ella?

Agachó la cabeza y se esforzó por no llorar mientras Nella jugaba con sus trenzas, pero entonces sintió que alguien le pasaba un cariñoso brazo por los hombros y, al alzar la vista, se encontró a Magda junto a ella.

—¿Hana ha vuelto al trabajo?

Orla asintió.

—Va a bajar a las alcantarillas, Mama. Y Zuzi va a travesar un campo de minas para volar la Central Telefónica. Son muy valientes.

—Muy inconscientes.

Orla negó con la cabeza.

—No, es valentía. Papa se sentiría muy orgulloso de ellas si estuviera aquí.

—Y de ti también, tesoro.

Orla dejó escapar una risa lúgubre.

—¿Por esconderme en un hospital en el que ni siquiera soy de gran ayuda como enfermera?

—¡No! Ya os lo dije cuando todo esto comenzó: cada uno lucha a su manera, y tú lo haces preocupándote por los demás, cuidándolos y manteniendo unida a la familia.

—Mama… Te agradezco lo que dices, pero dudo que Tata se refiriera a eso cuando dijo que no dejáramos de luchar, ¿no crees? Han a y Zuzi están hechas de la misma pasta que él, mientras que yo… —Su voz se apagó.

—¿Estás hecha de la misma pasta que yo?

—¿Qué?

Magda le puso un dedo bajo la barbilla y le giró la cara para que la mirara.

—¿Acaso yo soy atrevida, valiente e intrépida?

—Bueno, no, pero tú eres Mama. Estás aquí para… para…

—¿Cuidar a todos y mantener unida a la familia?

—Sí. Y lo haces de maravilla.

—Igual que tú, Orla, cariño; igual que tú. Y no solo con la familia. —Se sacó un mendrugo de pan de pasas del bolsillo de su delantal y se lo dio a Nella, que lo agarró y se puso a succionarlo con placer. Orla la meció sobre su cadera y Magda sonrió—. Cuidar a los demás no es un talento tan malo, ¿sabes? Al fin y al cabo, tu padre me amaba por ello, y sé…, de hecho, estoy segura de que a ti también te amaría por ello.

—¿Sí?

—No todo el mundo puede volar cosas por los aires, tesoro. Tiene que haber gente que las reconstruya.

Magda le dio un beso y se marchó a sacar sus hogazas de los hornos para alimentar a los famélicos habitantes de Varsovia. Orla la miró con amor mientras se alejaba. Siempre había pensado que ella tenía que ser valiente y osada como su padre, pero su madre también era un maravilloso modelo a seguir.

Más contenta, fue a dejar a Nella a los pies de la cama de Babcia para que se entretuviera con las descabelladas historias de Jacob y corrió a pasar un paño por la frente del pobre hombre al que Bron había vendado.

—Gracias, enfermera —dijo él con un hilo de voz, y a Orla se le partió el corazón por él, igual que se le partía por todos ellos.

Era consciente de que rendirse era un signo de debilidad, pero

¿acaso era mejor morir? Tenía la espantosa sensación de que corrían el peligro de averiguarlo.

VEINTISÉIS

20 DE AGOSTO

ZUZI

Zuzi se agachó en la entrada del túnel, haciendo acopio de toda su valentía, fuerza, osadía y todas las demás cosas que su padre habría esperado de ella, pero a la escasa luz de la linterna, aquel pasaje excavado a mano parecía muy enclenque. Atravesar el campo de minas había sido ya bastante complicado, pero al menos era algo para lo que la habían entrenado y la Minerki había avanzado con cautela y a ritmo constante al abrigo de la oscuridad, sin detonar ni un solo artefacto enemigo. Y ahora se encontraban allí, delante de la Central Telefónica, o más bien debajo, y por lo visto sus obstáculos no habían hecho más que empezar.

Alzó la vista hacia el hombre que había cavado el pasaje subterráneo, un valeroso anciano de sesenta y seis años con el pelo blanco y arrugas que eran como surcos en su rostro curtido por la vida al aire libre.

—¿Estás convencido de que es seguro, Albert?

Él se inclinó el casco de obrero hacia delante.

—Lo juro por mi vida, señorita. Sé que no parece gran cosa, pero fui ingeniero durante cuarenta años y sé cómo colocar un puntal en condiciones.

Zuzi le dedicó una sonrisa. Por muy atemorizador que fuera su túnel, aquel hombre era un héroe. Por lo visto, al comienzo del levantamiento se había presentado ante el AK y había suplicado que

lo dejaran unirse, pero, como las armas ya escaseaban para los soldados entrenados, lo habían rechazado. Sin desanimarse, él había procedido a excavar por sí solo un túnel hasta la Central Telefónica, donde había trabajado en el próspero periodo de entreguerras, con la única ayuda de una pala y un balde. Dos días atrás había accedido al sótano y ahora Zuzi y las otras doce chicas que quedaban en la Minerki iban a recorrer el pasaje para colocar las minas que, con suerte, abrirían el camino al AK para tomar aquel edificio esencial.

—Es un trabajo impresionante —le dijo.

—Es lo mínimo que podía hacer. Y yo estaré justo detrás de vosotras, así que ya sabéis, jovencitas, ¡id allí y enviad a esos malditos nazis al infierno!

Zuzi le hizo un saludo militar y se introdujo en el pasaje porque ¿qué otra cosa podía hacer? Pensó en Hana, sumergiéndose en el laberinto de alcantarillas que había bajo la ciudad, y se dijo que era capaz de hacerlo. Su hermana mayor se había despedido con un abrazo apasionado y le había recordado que buscara los mapas que la Gestapo le había arrebatado a su compañero antes del levantamiento. Zuzi había olvidado por completo el incidente, pero era evidente que su hermana no y, aunque le parecía que un puñado de mapas no era algo muy valioso, había aceptado encantada. Habría hecho cualquier cosa por ver a Hana sonreír de nuevo.

Sus pies tocaron la primera de las tres piedras que Albert había colocado en la pendiente inicial y recordó con desagrado los escalones viejos del sepulcro al que habían llevado a Babcia Kamilla después de que le dispararan. Si la dulce Orla había podido trabajar con serenidad rodeada de esqueletos, Zuzi podía lidiar con las pocas lombrices que eran su única compañía en el túnel.

Bronisław también había estado en ese sepulcro, operando sobre ataúdes, y al pensar en él sintió un calor en el cuerpo que le sirvió de bienvenida distracción. Mientras gateaba por debajo de la calle hacia la guarida nazi, se concentró en la desconcertante conversación que había tenido con Babcia Kamilla sobre él. En aquel momento también ellas habían estado bajo tierra, aunque no por

voluntad propia. ¡Se estaban convirtiendo todos en topos!

Zuzi se sobresaltó cuando un poco de tierra se desprendió junto a ella con un tamborileo.

—Es solo un poco de tierra suelta —dijo la voz tranquilizadora de Albert desde la cola de su pequeño grupo, y Zuzi se obligó a seguir adelante.

¿Qué había dicho Babcia? «Dios nos creó de modo que encajáramos, y nosotros deberíamos honrarlo y disfrutar». Era una idea tentadora. Zuzi no conocía con exactitud la mecánica del proceso, pero sabía que, cuando Bronisław se hallaba en la misma habitación que ella, sentía deseos de estar a su lado…, lo más cerca posible de él. Antes pensaba que eso la convertía en una especie de pecadora, pero, si creía a Babcia, era una respuesta de lo más natural. Respiró hondo a medida que el túnel se volvía aún más angosto y se permitió imaginar qué se sentiría al besar a Bronisław, al pegarse a él y rodearlo el cuello con el brazo y unir sus labios con…

—Hemos llegado —susurró la chica que iba detrás de ella, y Zuzi no supo si sentirse aliviada o lamentarlo.

«A lo mejor lo que tienes que hacer es ir y besarlo», se dijo, y la audacia de la idea le dio el valor necesario para entrar en el enorme sótano y mirar a su alrededor. Haría aquel trabajo lo mejor que pudiera y luego saldría de allí, buscaría a Bron y le diría que le gustaba. Bueno, quizá lo hiciera. Era algo que le daba más miedo que arrojar granadas a un puñado de alemanes armados hasta los dientes, así que se quitó de la cabeza aquellos pensamientos libertinos y se concentró en el trabajo que tenía entre manos.

El resto de la Minerki había entrado ya en el sótano junto con Albert, y mientras el pelotón del AK que las acompañaba hacía lo propio y su líder, el Kapitan Szymon Ancel, se colocaba junto a ella, Zuzi no pudo evitar ruborizarse. ¡Si aquel hombre pudiera leerle el pensamiento! Sin embargo, lo había visto bailando muy pegado a su guapa esposa pelirroja el día que habían levantado las primeras barricadas, así que tal vez él también hubiera experimentado esas

sensaciones. Tal vez todo el mundo se había sentido así. Tal vez…

El último soldado del AK entró en la estancia y Zuzi ahogó un grito al ver a su hermano pequeño tocado con un casco prusiano. ¿Había atravesado también a rastras el campo de minas en medio de la oscuridad? De haberlo sabido, quizá se habría puesto aún más nerviosa.

—¿Jacob? —balbuceó.

—A sus órdenes, señora.

—Esto no es un juego —le soltó ella, con más brusquedad de la debida.

Él encogió los hombros, pero no se amilanó.

—No estoy jugando —dijo, levantando una pistola—. Voy muy en serio.

—¿De dónde la has sacado?

Durante un fugaz instante, él pareció avergonzado.

—De un hombre que… ya no la necesita.

—¿Está muerto?

—Como muchos otros.

—Precisamente por eso me preocupo por ti.

—Y yo por ti —replicó él. Zuzi se quedó mirándolo y Jacob se acercó a ella—. Es insoportable quedarse en casa esperando a que volváis todas. Estar aquí y participar me resulta más fácil.

Zuzi suspiró.

—Lo entiendo, pero Jacob, por favor, ve con cuidado.

—Lo haré, si tú también lo haces.

Le tendió el meñique torcido y, con una media sonrisa, ella entrelazó el suyo con el de él, antes de que los dos remedaran un apretón de manos para sellar su trato. Zuzi no tenía ni idea de qué diría Magda si pudiera verlos en aquel momento, listos para asaltar un fortín enemigo, pero tenía que reconocer que tener a su hermano junto a ella le resultaba tranquilizador.

—¿Todo el mundo tiene su kit? —preguntó Tosía en un susurro, y Zuzi se dijo de nuevo que debía concentrarse.

Buscó sus minas y granadas en su mochila y, mientras

comprobaba que todas tuvieran la anilla asegurada, le vino a la cabeza el estúpido incidente con los calabacines y la mente se le despejó de inmediato. Explotar una granada antes de tiempo allí abajo podía suponer que la mitad de los soldados del Tercer Reich se abalanzaran sobre ellos. Era algo que daba que pensar, y Zuzi miró hacia el techo como si pudiera ver a los defensores alemanes a través del cemento.

—Recordad que no son muchos —susurró Tosia—, y lo más seguro es que estén cansados y hambrientos. Hace días que tenemos el edificio sitiado para que no les lleguen suministros, así que con suerte estarán débiles.

Nadie señaló que, con la escasez de suministros en Varsovia, todos estaban débiles. Al despedirse, Magda le había dado a Zuzi un poco de preciado pan, y esta aprovechó para sacarlo y repartirlo entre todos. Agradecidas, las chicas de la Minerki se hicieron con una hogaza, y Zuzi le dio la otra a Szymon para sus hombres.

—Que Dios te bendiga —dijo él mientras le daba una palmadita en el brazo, y Zuzi se vio embargada por la añoranza de su propio padre, que los había dejado hacía ya demasiado tiempo.

—Esto es por Tata —le susurró a Jacob, que asintió con la cabeza.

—¿Hasta el anochecer?

—Hasta el anochecer.

Colocaron sus minas en lo alto de una tosca escalera que llevaba a las trampillas cerradas y las distribuyeron con cuidado, lo más lejos posible de la viga de carga para que toda la estructura no se derrumbara sobre ellos. Zuzi desenrolló las mechas mientras recordaba lo aburridos que le habían parecido los interminables ejercicios del verano anterior y lo mucho que le habían servido.

El grupo se colocó hábilmente en posición y Tosia miró a Szymon.

—¿Listos?

Él paseó la mirada por sus hombres y asintió.

—Listos.

—¡Pues ahí vamos! Zuzi, procede.

Zuzi prendió una de las cerillas de su valioso alijo y la acercó a la mecha, que se encendió con un sonido crepitante mientras todos se agachaban en el extremo más alejado del sótano y la veían avanzar titilando, subir hacia los artefactos pegados al muro y hacerlos detonar. La ensordecedora explosión reverberó por el sótano y todos se protegieron mientras las trampillas volaban por los aires, convertidas en centenares de astillas de madera vieja. El AK tenía las escaleras de mano preparadas, pero las minas se habían instalado con la suficiente precisión como para no derrumbar la escalera existente, y Zuzi los miró subirla a la carrera con Jacob cerrando el grupo.

—¡Adelante, Minerki!

Zuzi se dirigió hacia arriba con el corazón desbocado y la sangre bombeando por su cuerpo seguramente al doble de su ritmo normal. En el piso de encima se escuchaban, gritos frenéticos en alemán y, mientras los miembros del AK que las precedían abrían fuego, rezó como no había rezado nunca para que Jacob estuviera a salvo. De pronto, una granada cayó cerca de sus pies y tuvo que cruzar una puerta agachada y alejarse dando traspiés antes de que explotara. Un escritorio se partió y los pedazos salieron disparados en todas direcciones. A Zuzi se le clavó una astilla en el hombro, pero no había tiempo para quejarse. Oía pasos que bajaban por la escalera e, instintivamente, sacó una granada de su mochila y la arrojó a través de la puerta.

La explosión y el grito de dolor, sonaron casi al unísono, y luego se hizo el silencio. En los pisos superiores se oía el ruido de los enfrentamientos, pero en el pasillo no se escuchaba nada. Poco a poco, Zuzi se arrastró hasta el marco de la puerta y asomó la cabeza. Un hombre con uniforme alemán yacía con las piernas abiertas a través de la barandilla de hierro y un gran agujero en el pecho, allí donde la granada de Zuzi debía de haberle alcanzado de lleno. Notó que el vómito le subía por la garganta y se tapó la boca

con la mano.

Ella era la responsable de aquello. Había despedazado a un hombre y casi le había arrancado el corazón del pecho. Sí, era alemán; sí, era el enemigo —un representante de la crueldad a la que todos habían tenido que enfrentarse durante los últimos cinco años—, pero también era un hombre, el hijo de alguien el hermano de alguien, tal vez el marido de alguien. En Alemania una mujer lloraría, igual que Hana había Horacio por Emil, y todo por el control de una torre de cemento, algo que parecía tan nimio. Pero entonces escuchó al AK pidiendo refuerzos y Tosia pasó corriendo a su lado, cogiéndola del brazo y tiraba de ella hacia arriba.

—No le des más vueltas, Zuzi. No mires, no te preocupes y no pienses. Tenemos que conservar la vida.

Zuzi asintió y siguió a su líder, pero en el edificio lleno de humo reinaba la confusión y apestaba a cordita y sangre.

—¡Apartaos! —gritó Tosia, y arrojó una granada escalera arriba.

Un hombre cayó por los escalones entre gritos de furia y miedo, y aterrizó a sus pies con los músculos crispados. Tosia y otra chica lo levantaron y lo lanzaron por encima de la barandilla al atrio central que había abajo. El cuerpo aterrizó con un golpe seco y Zuzi se adelantó para mirar, pero todas habían empezado a marchar ya hacia arriba. Siempre hacia arriba. Y siempre hacia el enemigo. Era como una repetición de lo sucedido en la Prudential, pero más intenso y en un espacio más reducido.

La luz del día se filtraba a través de la carnicería y, cuando el sol salió por completo, se coló a través de las tablas que cubrían las ventanas, dibujando formas misteriosas en las volutas de humo. Zuzi vio pasar varias veces un casco prusiano y dio gracias a Dios, pero la lucha era encarnizada y hacían falta horas para controlar cada planta. El AK estaba empujando poco a poco a los nazis hacia arriba, pero no sin que estos opusieran resistencia, y varios soldados tuvieron que ser transportados abajo para dejarlos en manos de los médicos o, peor aún, enterrarlos apresuradamente en los escombros de delante de la puerta.

Y entonces un grito se elevó por el edificio:

—Han colgado una señal de SOS.

Zuzi corrió a la ventana del tercer piso, donde estaban posicionadas con seguridad, y vio una bandera de socorro ondeando en el sexto. La Minerki subió con cautela para unirse al AK en la cuarta planta y Zuzi se alegró horrores al ver a Jacob con Szymon. Todos esperaron en un ambiente tenso a ver qué sucedía en el exterior, pero, aparte de unos disparos esporádicos desde las posiciones nazis calle abajo, no pasó nada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zuzi.

—Ahora seguimos adelante —contestó Szymon—, y los obligamos a subir hasta el tejado, donde estarán atrapados.

—¿Cuántos son?

—Es difícil saberlo. Tal vez un centenar.

—¿Un centenar? —Zuzi miró al grupo: once chicas de la Minerki y veinte soldados del AK, más Jacob—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—Por suerte —fue la respuesta inmediata—, os tenemos a vosotras.

—Vamos a tener que echar mano de todos nuestros trucos —dijo Tosia—. Quiero minas en este techo, luego nos retiramos al de abajo, desplegamos las mechas largas y, literalmente, hacemos desaparecer el suelo bajo sus pies.

—Genial —dijo Jacob, aunque no con su entusiasmo habitual.

Estaba muy pálido y Zuzi sintió deseos de llevárselo de allí a rastras y enviarlo a casa con Magda, pero sabía que él no se lo perdonaría nunca. Así que, en cuanto colocaron las minas y todo el mundo se retiró al tercer piso para ponerse a cubierto, lo que hizo fue aprovechar la ocasión para escabullirse bajo una mesa junto a él.

—¿Cómo lo llevas, Jacob?

—Bien. Estoy bien, Zuzi. He matado a un nazi.

—Yo también —dijo ella—. No es muy agradable, ¿eh? —Él la miró, sorprendido, y ella le pasó una mano por los hombros y le dio un rápido apretón—. Sé que son el enemigo, pero cuando los tienes

tan cerca no lo parecen, ¿verdad?

—Es verdad —convino él, dejando escapar el aire de sus pulmones.

Zuzi aborrecía que su hermano pequeño hubiera tenido que aprender aquella lección tan brutal a tan tierna edad, y también aborrecía a los nazis por haberlo obligado, aunque no lo suficiente como para querer verlos muertos a sus pies. Era una sensación muy desconcertante.

—Mecha —ordenó Tosia, y Zuzi ya no tuvo tiempo de pensar.

Salió de debajo de la mesa y, tras acercar una cerilla a la larga mecha que subía por la escalera hacia el techo del piso superior, la prendió y corrió a reunirse de nuevo con Jacob, mientras la llama se desplazaba por la mecha hasta salir por la puerta. Zuzi agarró con fuerza a Jacob y él se aferró a ella, y entonces llegó la tremenda explosión seguida por el estruendo de vigas y madera al caer y, casi con toda seguridad, también hombres. Sobre sus cabezas, el techo se combó de manera visible, pero aguantó, y Szymon gritó a los hombres del AK que subieran por la escalera con las armas preparadas para despejar el cuarto y el quinto piso. Zuzi no soltó a Jacob y él no protestó, pero cuando Szymon anunció a gritos que estaba todo despejado, él le dio un beso rápido en la mejilla y salió disparado para unirse de nuevo a los hombres.

Zuzi salió a gatas de debajo de la mesa y miró a sus compañeras de la Minerki, que estaban todas cubiertas de polvo y hollín, como ella, y se frotaban los ojos con gesto cansado. Llevaban horas luchando y, aunque habían hecho progresos, la batalla aún no había terminado.

—Recuento de municiones —ordenó Tosia, y todas abrieron las mochilas y sacaron las reservas que les quedaban.

Eran escasas, y sin duda no bastaban para abatir a un centenar de nazis si estos decidían lanzarse al ataque por la escalera. Sin embargo, encima se había hecho el silencio. Zuzi aguzó el oído y escuchó a Szymon ordenar en susurros a sus hombres que ocuparan sus posiciones en la escalera y, al asomarse, se alegró de ver que

Jacob se hallaba en la cola. Por lo que había visto por toda Varsovia, sabía que su hermano no era ni mucho menos el único adolescente armado con una pistola en una lucha desigual y que los efectivos eran tan escasos que los necesitaban desesperadamente, pero agradeció que Szymon hubiera colocado a su hermano en una posición más segura. Aun así, escuchó que los soldados subían la escalera con el corazón en un puño, pero al cabo de un momento se oyeron gritos de triunfo y, luego, de desconcierto.

—¡Se han ido! ¿Dónde narices se han ido?

—Vamos, chicas —las instó Tosia.

Todas salieron disparadas escalera arriba y, tras pasar junto a las fauces abiertas del quinto piso, llegaron al sexto y último. En lo alto del edificio había un gran espacio abierto y abuhardillado que, con la excepción de una serie de complejo instrumental telefónico, estaba completamente vacío.

—¿Dónde están? —preguntó Tosia.

Le respondió un extraño sonido reverberante, como el bramido de una criatura mítica.

—¡Ahí! —exclamó Jacob mientras salía corriendo hacia la esquina más alejada, donde un enorme tubo de metal servía como conducto a prueba de agua para varios cables y, por lo visto, también para que los nazis se deslizaran por él llevados por el pánico.

—¿Adónde va? —Szymon se asomó a la boca y luego se dio la vuelta—. ¡El sótano! Los cabrones han conseguido llegar al sótano. ¡Vamos, vamos, vamos!

Bajaron la escalera en estampida y, al llegar al enorme vestíbulo de entrada, encontraron a varios nazis que tiraban de la puerta principal intentando desesperadamente salir del edificio.

—¡Quietos! —Rugió Szymon, primero en polaco y después en alemán—. ¡Armas al suelo! ¡Manos arriba!

Los soldados enemigos se miraron unos a otros, pero saltaba a la vista que estaban atrapados y, además, se los veía desastrados y desmotivados, Szymon les indicó con un gesto que arrojaran sus armas al centro del vestíbulo, mientras el AK los apuntaba desde la

balaustrada ubicada de manera conveniente sobre el espacio abierto. Uno tras otro, los alemanes obedecieron y se desplazaron con las manos en alto hasta la pared más alejada. Del sótano iban saliendo más hombres y Zuzi se quedó allí plantada mirando cómo se entregaban al AK y suplicaban clemencia entre balbuceos.

—Decoro —ordenó Szymon—. Estos soldados son prisioneros de guerra bajo la Convención de Ginebra, que reconocemos plenamente en nuestra propia condición de soldados.

—*Banditen* —masculló uno de los nazis, pero sus compañeros se apresuraron a hacerle callar.

Mientras el AK recogía las armas y la munición —un tesoro en toda regla—, y los hacía salir bajo una vigilancia feroz, Zuzi se dio cuenta de algo.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó, abrazando a Tosia—. Lo hemos logrado; ¡hemos tomado la central!

—Así es.

Tosia parecía tan aturdida como Zuzi. Era la primera victoria importante del AK en días y, aunque todavía no lo habían asimilado del todo, en la calle se oían vítores e insultos a medida que varios de los hombres de Szymon sacaban a los prisioneros, mientras los demás comprobaban que no quedaran soldados en el edificio.

—Ya verás cuando se lo contemos a Hana y Orla —dijo Jacob dando saltos de alegría, y fue entonces cuando Zuzi se acordó.

Agarró al prisionero con aspecto de ser el primer oficial.

—Tú —dijo, intentando recordar el alemán que había aprendido en la escuela—. ¿Dónde están los mapas? —Él se quedó mirándola —. Los *karten*. Los *stadtplan*.

—*Stadplan! Ja*. —El hombre asintió de buena gana y señaló hacia un despacho que había a un lado.

Zuzi pidió permiso a Szymon y Tosia con la mirada y, tras recibir como respuesta un asentimiento teñido de curiosidad, se dirigió a la habitación con Jacob pisándole los talones y miró a su alrededor. El despacho estaba tan bien ordenado como esperaba, pero no se veían muchos archivadores. Entonces distinguió un armario en una

esquina con los cajones convenientemente etiquetados, uno de ellos con un cartel que decía: *Karten*. Lo abrió de un tirón y allí, en una pulcra carpeta de papel Manila, había un juego de mapas con una etiqueta: «Varsovia: planos futuros».

Lo agarró y lo blandió en el aire en dirección a su hermano.

—Ay, Jacob, Hana se va a poner loca de contenta cuando lo vea.

Ahora que empezaba a asimilar la victoria, Zuzi lo cogió de las manos y ambos se pusieron a bailar por el despacho en el que ya no había alemanes.

—Lo va a necesitar —dijo él con una risita—, porque si ha estado en las alcantarillas, ¡apestará!

—No seas malo —dijo Zuzi, riendo con él y dejando a un lado sus peores miedos sobre los peligros del laberinto subterráneo—. Venga, vamos a asegurarnos de que el edificio está despejado y luego nos iremos a casa, ¿vale?

—¡A casa! —convino él.

Derrengada y harta de lucha y muerte, Zuzi pensó que nunca dos palabras habían parecido más dulces. Solo rezó para que su casa siguiera en pie, porque en Varsovia ya no se podía dar nada por hecho.

VEINTISIETE

HANA

Hana parpadeó para reprimir las lágrimas, pero estas no dejaron de asomar a sus ojos. Los gases eran tan acres que tenía la sensación de que sus globos oculares estaban en llamas, lo cual hacía todavía más difícil ver algo en aquellos pasadizos interminables e iluminados solo por el haz de luz errante de la linterna de Agaton. Al menos lo enfocaba hacia la parte superior de la alcantarilla para que alumbrara los ladrillos mojados, y no hacia el lodo que se deslizaba alrededor de sus tobillos y a menudo hasta sus rodillas. Hana no quería ver entre qué se estaba abriendo camino. Los continuos bultos y la sustancia pegajosa que rodeaba sus piernas enfundadas en medias bastaban para darle arcadas, y agradecía inmensamente la lavanda que su jefe le había atado alrededor del cuello para contrarrestar el hedor.

—Para un momento.

Hana hizo lo que le indicaban, aunque tuvo que obligar físicamente a sus piernas a detenerse, porque estas le pedían a gritos que saliera de allí y corriera, corriera, corriera hacia la boca de alcantarillado más cercana y trepara por los escalones metálicos hasta ver el cielo y respirar aire puro. Por supuesto, eso sería una locura. La alcantarilla era ovalada y los lados curvados eran tan empinados que uno tenía que andar con los pies en diagonal, y era demasiado fácil dar un traspié y caer en el… Hana se estremeció y agarró con fuerza los ladrillos más altos a ambos lados.

—¿Puedes sujetarme esto? —preguntó Agaton. Hablaba en voz baja, pero, aun así, esta resonaba por el túnel con una cualidad fantasmal. Tras tenderle una escarpia metálica, se puso a buscar un martillo en su mochila, separando las piernas como una estrella para mantener el equilibrio—. Gracias.

Se quedó quieto y aguzó el oído, peto no había nada que escuchar salvo el chapoteo de las aguas residuales que corrían entre sus pies, así que colocó la escarpia sobre el mortero a la altura de la cintura y la fijó con varios golpes potentes, cuyo eco reverberó a su alrededor como un redoble de tambores infinito. Aterrorizada, Hana miró a ambos lados del túnel. Si había alemanes cerca, no les costaría nada abrir una boca y arrojar una granada, y, sí el artilugio explosivo venía hacia ellos, Hana no tendrá a dónde ir y la derribaría y…

El sonido de los martillazos se apagó, reemplazado de nuevo por el del torrente de residuos humanos.

—Bien —dijo Agaton, sacando de su mochila un rollo de cuerda fina y atando un extremo a la escarpia—. Sigamos. —Echó a andar y ella se dijo que tenía que seguirlo, pero sus pies parecían estar pegados a los ladrillos. Él se paró y la alumbró con la linterna—. ¿Estás bien, Fiolet?

Al escuchar el nombre, estuvo a punto de venirse abajo. Se tocó el dedo buscando el anillo, pero, con los guantes que llevaba, no lo notó. De pronto, ante sus ojos apareció una mancha de color lila que ya no tenía forma de corazón, sino que era una estela mortal que se estrellaba en el Vístula, llevándose con ella todos sus sueños y esperanzas. De pronto, Emil apareció ante sus ojos, aturdido y apenas consciente, tai vez quemado y ensangrentado, luchando por salir de su cabina debajo del agua caudalosa… sin conseguirlo.

—¡Fiolet! Mírame. Aquí; mírame a los ojos. —Agaton la tenía sujeta por los hombros—. Vuelve, muchacha; estoy aquí. Estamos juntos. Podemos hacerlo.

Ella lo miró a los ojos, azules, amables y que le suplicaban que respondiera.

—¿Puedes llamarme Hana? —susurró.

—¿Hana? Por supuesto. Hecho. Lo estás haciendo muy bien, Hana, de verdad. Vale, ahora tenemos que dar veinte pasos para clavar la siguiente escarpia. ¿Sabes contar hasta veinte?

La pregunta era tan pueril que casi la hizo reír.

—Claro que sé contar hasta veinte.

—Eso espero. Un arquitecto que no sepa contar no sirve de mucho, ¿no crees? Y tú vas a ser una gran arquitecta, Hana. Tienes un talento innato.

—Solo lo dices para que no me entre el pánico.

Agaton se rio.

—No es así, pero, si también sirve para eso, mucho mejor. Y ahora vamos, veinte pasos. Uno, dos…

—Tres, cuatro… —continuó Hana, servicial.

Se dio cuenta de que los números la ayudaban a poner un pie delante de otro y a concentrarse en algo que no fuera la infinita oscuridad que tenían por delante y la masa urente de debajo. Sin saber muy bien cómo, dieron los veinte pasos y se pararon a clavar la siguiente escarpia.

—¿Dónde estamos? —susurró ella.

—Debajo de la calle Leszno. Esta es la alcantarilla E septentrional, que va de Stare Miasto a Żoliborz. El resto de los túneles también van de norte a sur; el A es el más occidental, y luego viene el B y por último el C, que es el más cercano al río y que hacia el sur se convierte en el D. Los demás túneles son más pequeños y discurren de este a oeste entre los principales. Hay mapas, pero, cómo no, los tienen los nazis.

Eso le recordó algo a Hana.

—Hoy mi hermana participa en el asalto a la Central Telefónica.

Agaton arqueó una ceja a la tenue luz.

—Tu familia es muy valiente.

—No más que cualquier otra familia de Varsovia en este momento, pero la cuestión es que le he pedido que, si lo logran… —Se interrumpió, mientras la posibilidad de que Zuzi no lo lograra

amenazaba con abrumarla, pero el martilleo de Agaton sobre el siguiente clavo la devolvió a la realidad—. Que intente encontrar los mapas. Ya sabes, los que…

—¿El pobre Marek se llevó de clase?

Ella asintió y Agaton le cogió una mano.

—Muy inteligente por tu parte, Hana. Espero de corazón que lo consigan. La central es esencial para nuestra defensa de Śródmieście, y esos mapas… son nuestra esperanza, nuestro futuro. Nos permitirán reconstruir la ciudad y que quede incluso mejor de lo que estaba antes de que esos cabrones se apropiaran de ella.

Hana pensó de nuevo en Emil precipitándose a su muerte. La vida con él había sido su futuro, el tema de todos sus sueños nocturnos, pero había decidido estudiar Arquitectura para distraerse y también para tener algo a lo que recurrir, por sí acaso. Siempre había sabido que era posible, incluso probable, que él muriera —era algo intrínseco a la profesión de piloto—, y al menos había descubierto una cosa que la inspiraba de verdad. Hana miró a Agaton. Aquel hombre que con tanta valentía recorría el alcantarillado para facilitar el camino a los que los seguirían era un arquitecto excepcional, obligado por las circunstancias a trabajar como un topo en medio de las aguas residuales de la ciudad. Sí él podía hacerlo, ella también.

—Nuestro futuro —repitió Hana, y sus palabras reverberaron por el túnel como la promesa de un enamorado.

El futuro que ella había imaginado era más personal —un marido, hijos, una casa que cuidar—, pero, si ese no era su destino, abrazaría otro más amplio y colectivo. Trabajaría, estudiaría y formaría parte del equipo que haría que Varsovia se alzara de las cenizas de los nazis.

Aunque antes tenía que salir de aquella alcantarilla.

—La calle Leszno —dijo Hana—. Entonces, ahora vamos a subir por el túnel por debajo de Elektoralna y luego de Grzybowska.

Agaton le dedicó una sonrisa.

—Exacto. Grábatelo en la cabeza, muchacha, porque cuando

salgamos de aquí, quiero mapas. Mapas del alcantarillado. Considéralo tus deberes.

Hana asintió. Los deberes parecían pertenecer a otro mundo, a uno más feliz. Los mapas del alcantarillado no eran ni de lejos tan glamurosos como los de una nueva y atrevida autovía, pero, por el momento, era lo que necesitaban. Mientras avanzaba imaginando las calles que había sobre sus cabezas y tachándolas mentalmente, las alcantarillas le parecieron un poco menos sombrías y el hedor, un poco menos desagradable, y, poco a poco, las lágrimas desaparecieron de sus ojos.

Para sorpresa de Hana, muy poco después llegaron a su destino, una boca en la calle Prosta, en Śródmieście. Su cabeza estaba llena de calles y cruces, y lo único que quería era una hoja de papel para anotarlo todo, pero, en cuanto un grupo de muchachos del AK la ayudó a salir, se le olvidó todo. Una vez fuera, empezó a girar sobre sus talones muy despacio mientras contemplaba con incredulidad las escenas que se desarrollaban a su alrededor.

—Es todo tan… ¡normal!

Sabía que el AK tenía el control de una zona de unos trece kilómetros cuadrados en el centro moderno de Śródmieście y que la mayor parte del potencial ofensivo de los nazis se centraba más al norte, en Stare Miasto, pero de lo que no había sido consciente hasta aquel momento era de la maravillosa sensación de libertad que se disfrutaba allí. Las calles estaban llenas de gente que paseaba bajo la luz del sol y la mayoría de los edificios estaba en pie e incluso tenían cristales en las ventanas. Había cafeterías con mesas en la acera y la gente charlaba mientras tomaba café y pasteles, como si el levantamiento no existiera, ni siquiera la guerra. En el extremo más alejado de la calle Prosta, Hana distinguió una barricada gigante que cumplía con su función a la perfección, de modo que tras ella los ciudadanos de Varsovia eran libres de verdad.

—Asombroso, ¿verdad? —le dijo Agaton—. Es como si fuera otra

ciudad totalmente distinta. Supongo que ahora te das cuenta de por qué tenemos que crear una ruta segura para evacuar a la gente hasta aquí.

Hana asintió con entusiasmo y miró al norte, hacia Stare Miasto, fácil de situar por la cortina de humo negro que colgaba sobre él. A apenas un kilómetro de allí, la gente vivía en sótanos, escarbaba por todas partes para encontrar comida y agua, y esperaba a que un Stuka o un Kowa alcanzara los restos del edificio que tenía encima y la enterrara viva. Allí Orla atendía a pacientes con quemaduras espantosas, Magda sufría para encontrar harina suficiente para elaborar hasta el pan más tosco y Zuzi…

Hana agarró del brazo a uno de los hombres del AK que la había ayudado a salir por la boca de la alcantarilla.

—¿Qué ha pasado con la Central Telefónica? —le preguntó.

Él sonrió de oreja a oreja, que era todo lo que ella necesitaba.

—La han tomado. El AK la ha tomado.

—¿Y la Minerki?

—Ah, sí. ¡Menudas jabatas están hechas esas mujeres! Si pudiera meter a una en mi…

Se interrumpió al darse cuenta de con quién hablaba, pero Hana estaba tan contenta de haber sobrevivido a las alcantarillas y haber encontrado una Varsovia en la que la vida todavía parecía ser digna de vivir, que se echó ą reír. La central se hallaba a apenas dos calles de allí y, con suerte, eso quería decir que Zuzi no estaba lejos.

—Mi hermana es una de esas mujeres —le explicó al joven— y, si te acercaras demasiado a ella, te comería vivo.

Él se encogió mientras sus compañeros estallaban en carcajadas.

—Por lo visto, podría comerte ahora mismo —dijo de pronto uno de ellos—. ¡Ahí vienen!

Hana siguió la dirección en la que señalaba y, en efecto, vio acercarse a las chicas de la Minerki, caminando con aire presuntuoso, las mochilas al hombro, el pelo despeinado y contoneando las caderas bajo la ropa negra por el humo de sus propios explosivos. Y al frente, con una sonrisa que no le cabía en la

cara, estaba su hermana.

—¡Zuzi! —Hana corrió a abrazarla y se puso a toser por los gases adheridos a su ropa—. Apestas a humo.

—Tú apestas a algo peor, Hana. Parece que las dos necesitamos lavarnos.

Hana suspiró.

—Mataría por lavarme.

—En ese caso, alégrate de haber llegado a Śródmieście. Mira.

Zuzi señaló hacia un gran pozo que producía un cubo tras otro de agua limpia para una cola de civiles que esperaban con paciencia. Hana ahogó un grito y el chico del AK que había hablado con lascivia de la Minerki hizo un tímido saludo con su gorra y echó a correr. Tras mostrar su credencial para que le dejaran ponerse al comienzo de la cola, regresó con un cubo lleno del agua más cristalina que Hana había visto desde el comienzo del levantamiento. Otro chico le pasó una taza y ella la sumergió y dio un largo trago, saboreando el sabor a limpio y fresco como si fuera un vino excelente, antes de ahuecar las palmas de las manos y echársela en la cara.

La sensación fue maravillosa, como si se estuviera limpiando la suciedad no solo de las alcantarillas sino también de las tres últimas y agónicas semanas, desde la huida de Wola, pasando por la sombría batalla de los cementerios y el derrumbe del Juan de Dios, hasta el trajín diario de vivir en la que en su día había sido la bonita casa de Babcia, transformada ahora en panadería y hospital de campaña. Tenían que sacar a todo el mundo de Stare Miasto, y las alcantarillas, esos lúgubres portadores de deshechos, podían acabar siendo el salvavidas perfecto. Hana decidió que dibujaría los mapas de inmediato. Oh, pero…

Se volvió hacia Zuzi.

—¿Has conseguido los mapas?

Zuzi arqueó una ceja.

—Querrás decir: ¿ha sido muy dura la batalla, hermanita? ¿Ha ido bien? ¿Te han herido? ¿Cómo está Jacob?

—¿Jacob? —Hana miró a su hermana, atónita—. ¿Ha luchado

contigo?

—Sí, y además lo ha hecho muy bien. Ahora mismo está bebiendo aguardiente con el resto de su pelotón en la Central Telefónica. —¿Aguardiente, Zuzi? Es demasiado joven.

—Y también lo es para conducir tanques y disparar un arma, pero, teniendo en cuenta que esas dos cosas ya las hace, es difícil impedirle que beba. —Zuzi meneó la cabeza—. ¿En qué nos estamos convirtiendo, Han-Han?

Se la veía descolocada, y Hana le dio un codazo cariñoso.

—En personas que no preguntan por sus seres queridos, ni más ni menos. Estoy segura de que la batalla ha sido muy dura, pero, a juzgar por vuestra actitud victoriosa, ha ido bien, y como te tengo aquí delante tan guapa como siempre, doy por hecho que no estás herida.

Zuzi puso los ojos en blanco.

—No soy guapa.

—¿Quieres que se lo preguntemos al doctor Bronisław?

—¡Cierra el pico, Hana! —Incómoda, Zuzi se apresuró a cambiar de tema—. Pues resulta que he encontrado una carpeta…

Metió la mano en la mochila y sacó una carpeta de papel de Manila tan parecida a la que Hana había visto por última vez cuando la Gestapo se la había arrebatado a Marek antes de abatirlo a tiros que sintió que las piernas le fallaban y tuvo que sujetarse a lo que le quedaba más a mano…, que resultó ser el brazo de Agaton.

—Lo siento —dijo, avergonzada, pero su antiguo maestro también tenía la mirada clavada en la carpeta y no le prestó atención.

—¿Puedo?

Zuzi asintió, se la tendió y Hana se inclinó sobre ella mientras Agaton la abría con reverencia y miraba los mapas y bocetos que había en su interior…, y que no habían visto anteriormente.

—¿No es lo que buscabais? —preguntó Zuzi.

—No es lo que pensábamos —contestó Hana—, pero sin lugar a dudas es algo importante.

Se quedó mirando las hojas que, a pesar de estar encabezadas con el nombre de su ciudad, no se parecían en nada a la Varsovia que ella conocía. Databan de 1940 y estaban firmadas por alguien llamado Pabst, y el texto, ahora que se fijaba bien, estaba todo en alemán.

—¿Qué es esto? —jadeó Agaton—. Mira aquí; esto es el Vístula y esta es la orilla oriental, pero al oeste… Stare Miasto no está aquí, ni la avenida Jerusalén, ni siquiera una carretera este-oeste de algún tipo, y mucho menos una autovía, solo esta arteria alrededor de… — Se acercó para ver mejor y casi se ahogó—. De lo que parece un complejo de casas de estilo alpino. —Levantó la cabeza y miró a Hana—. Estas no son nuestras bellas ideas para Varsovia, sino lo que quieren hacer con ella los nazis. Este es el plan del Tercer Reich para nuestra hermosa capital: un lugar de tránsito en la ruta hacia el este, operado por esclavos polacos que vivirían en la orilla *oriental y un montón* de *patanes alemanes en* sus casas de reloj de cuco en el centro. Esto es una broma. Una broma de mal gusto.

Hana hizo lo posible por asimilarlo todo.

—¿Serían capaces de algo así? ¿De borrar siglos de hermosos edificios para construir unos chalés de madera? ¿Qué pasa con el palacio Brühl, con la ciudadela y el Castillo Real, y los espléndidos edificios de la plaza del mercado?

Agaton soltó una risa burlona.

—¿Los espléndidos edificios de la plaza del mercado, Hana? Creía que eras una fanática del diseño moderno.

Ella se revolvió, incómoda.

—Lo era. Quiero decir que lo soy, pero solo en la medida en que acompañe a lo antiguo, no a su costa. Nuestros edificios son los que nos definen, los que recuerdan y cuentan nuestra historia. No podemos borrarlos del mapa.

Como si contestara sus palabras, una fila de Stuka silbó por el cielo y dejó caer sus bombas en la zona de Stare Miasto, que ya estaba en llamas.

—Por eso nos están aniquilando —susurró Hana, recordando lo

que la Gestapo le había dicho a Marek: «No sois nadie para hacer mapas de esta ciudad porque no es vuestra, sino nuestra. Ni siquiera deberíais estar aquí, ninguno de vosotros. Hitler quiere deshacerse de vosotros y transformar Varsovia en una base de tránsito para nuestro imperio oriental». Miró a Agaton y continuó—: Ese ha sido siempre su plan, ¡y el levantamiento les ha dado la excusa perfecta para llevarlo a cabo!

Agaton asintió con expresión lúgubre.

—Pero no funcionará. La resistencia corre por las venas de los polacos, y por eso no se rendirán. Hemos organizado un gobierno clandestino, un Estado clandestino y un ejército clandestino durante su maldita ocupación, y ahora hemos organizado casi literalmente una ciudad subterránea. Los sótanos y las alcantarillas de Varsovia mantendrán con vida a sus habitantes, Hana, y eso es lo único que importa. Cuando todo esto acabe, cuando los derrotemos, nosotros seguiremos aquí. Los edificios pueden reconstruirse, pero es el alma de nuestra nación lo que estamos luchando por preservar, y vosotras, chicas, sois una parte esencial de esa lucha. Bien hecho hoy. —Les dio sendas palmadas a Hana y Zuzi en la espalda y cerró la carpeta.

»Voy a llevar esto a mis superiores de inmediato, y luego iré a visitar a los prisioneros de la Central Telefónica. Alguien tiene que saber dónde están nuestros mapas y pienso averiguarlo. Aunque, por ahora, ¿qué os parece si comemos algo en ese maravilloso café de ahí?

—¡Sí, por favor! —chillaron ellas.

—Y luego otra vez a las alcantarillas para volver a casa.

Hana dejó escapar un gemido. Lo último que quería era volver a sumergirse en la oscuridad, pero Orla, Magda y Babcia Kamilla seguían en Stare Miasto y debían sacarlas de allí —a ellas y a todos los demás— antes de que la bella zona medieval quedara reducida a un montón de cenizas y tumbas.

VEINTIOCHO

22 DE AGOSTO

ORLA

—Es lo mejor —le dijo Orla a Nella, a la que llevaba apoyada en la cadera mientras atravesaban la serie de sótanos en dirección al convento—. Allí cuidarán de ti. Son muy buenas, de verdad. Las monjas, ya sabes; son muy dulces y muy… muy… cariñosas. Te cuidarán mejor que yo, porque yo estoy siempre corriendo de un lado para otro y no puedo prestarte la atención que te mereces, ¿verdad? No puedo ser tu Mama.

Era consciente de que estaba balbuceando y de que la gente acurrucada en las alcobas y las habitaciones improvisadas le dedicaba miradas de curiosidad, pero tenía que seguir hablando si no quería perder el valor. En los sótanos reinaba una oscuridad inquietante. De alguna matrera, el AK había logrado conservar el control de la central eléctrica, pero varias secciones habían sufrido serios daños debido a los bombardeos y el diésel escaseaba, de modo que la luz estaba racionada, como todo lo demás. A menudo, la gente tenía que apañárselas con velas o lámparas de gas, o con el resplandor titilante de las llamas que se elevaban hacia el cielo; en aquellos días, todos vivían un poco en las sombras.

La hermana María le había conseguido a Nella un sitio en el convento de las Hermanas Benedictinas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento y le había dado permiso a Orla para llevar a la niña, así que habría sido de mala educación negarse, además de una

estupidez. Se pasaba el día yendo de un lado a otro para atender las cada vez más numerosas heridas y quemaduras sufridas tanto por los soldados del AK como por los ciudadanos inocentes de Stare Miasto, y Nella se quedaba demasiado a menudo al pie de la cama de un paciente o gateando en un entorno en el que, a decir verdad, las condiciones no eran de lo más salubres.

Muchas veces Magda la sentaba en la elegante trona familiar y charlaba con ella mientras trataba de improvisar algún tipo de pan para los hambrientos varsovianos. A Babcia le gustaba tenerla con ella en la cama, pero se cansaba con facilidad y Orla no se atrevía a dejar a Nella sin supervisión por miedo a que gateara sobre la herida de su abuela, que todavía estaba enconada. Babcia tenía fiebre, y Orla solo podía rezar para que su cuerpo estuviera generando calor para atacar la infección, porque no tenían mucho más con que tratarla. Sin embargo, el calenturón dejaba a su abuela grogui y agotada, y la niña no podía quedarse con ella.

No, las monjas eran la mejor opción. Y, además, tal y como le había señalado Babcia Kamilla en voz bajita el otro día, Orla tenía que pensar en su propia vida después del levantamiento. Su abuela le había dicho que Eduard era un joven encantador y que saltaba a la vista que podían construir una vida feliz juntos, pero ¿qué hombre querría cargar con la hija de otro? Lo mejor era que la pequeña Nella fuera a las Hermanas del Sacramento. Orla habría preferido preguntarle a Eduard, pero no había encontrado la manera de hacerlo sin parecer presuntuosa, de modo que allí estaba, de camino al convento. Y sería lo mejor para la niña, sin lugar a dudas. Aunque, si era así, ¿por qué se sentía tan culpable?

La vida en Stare Miasto era dura. Hana y Zuzi les habían descrito las maravillas de la existencia prácticamente normal que disfrutaban en Śródmieście, y se hacía difícil creer que, a solo unas calles de distancia, la gente saliera a cenar fuera. Por suerte, Jacob se había quedado en el centro moderno de la ciudad con el pelotón de Szymon, a cargo de la Central Telefónica, y era un alivio para todas saber que estaba relativamente a salvo, además de que eso le daba

la oportunidad de recopilar harina y dársela a Hana, que aprovechaba sus frecuentes desplazamientos por las alcantarillas para llevársela a Magda. A sus compañeras y a ella habían empezado a llamarlas *kanalarki* —«viajeras de los canales»—, aunque Zuzi, muy celosa de su Minerki, insistía en llamarlas «ratas de alcantarilla». A Orla le hacía gracia ver a sus hermanas discutir sobre sus cometidos, aunque prefería no pensar demasiado en los peligros a los que ambas se enfrentaban.

La noche anterior, Llana se había sentado con ella en la cama de Babcia para relatarles su viaje por el alcantarillado y, aunque Orla sospechaba que su hermana les había ahorrado los detalles más escabrosos, le había parecido horrible. Según Hana, si en los próximos días no llegaba ayuda externa, tenían pensado evacuar a Śródmieście a todos los soldados del AK, el personal médico y el auxiliar, y Orla no estaba segura de qué le daba más miedo, si estar atrapada entre los escombros ardientes de Stare Miasto o bajar a las alcantarillas.

—Al menos tú no tendrás que bajar ahí —le dijo a Nella tras llegar al final de la serie de sótanos, mientras subía por la escalera hacia el exterior—. Las monjas se sumarán a la rendición y nadie va a hacer daño a una monja, ni siquiera los nazis. Con ellas estarás a salvo.

En la calle hacía un calor abrasador. Al otro lado había una casa en llamas, con la fachada volada y sus habitantes abrazados mientras contemplaban cómo el ávido fuego devoraba sus habitaciones, decoradas con tanto cariño, y las transformaba en nubes de ceniza viscosa que caía sobre ellos.

—Bajad a los sótanos —los instó Orla.

La madre se volvió hacia ella con la mirada desorbitada.

—Está en llamas. Todo está en llamas.

—Bajad a los sótanos —repitió Orla, cogiendo a la mujer por los hombros y dándole la vuelta. En ese momento el piso superior se derrumbó y dos camas y una cuna se deslizaron hacia el infierno—. Llévate a tus hijos abajo.

—¿Para qué? —preguntó la otra—. No nos queda nada.

Aun así, rodeó a sus hijos con los brazos y se los llevó bajo tierra para reunirse con los muchos otros refugiados. En la pared derruida estaba pintado el signo PW y Orla apartó la mirada de los pedazos rotos del que en su día había sido el audaz símbolo del AK, mientras trataba de no interpretar su destrucción como una señal. El aire estaba cargado de polvo y Orla se cubrió la boca con el cuello de la camisa para protegerse, y, aunque trató de hacer lo mismo con Nella, la pequeña se lo apartó enfadada y se frotó los ojos.

—Vamos —dijo Orla, dirigiéndose hacia la barricada que había al final de la calle.

Dos soldados del AK apenas mayores que Jacob montaban guardia y, al verla con un bebé, se adelantaron como verdaderos caballeros para ayudarla a pegarse a los sacos de arena.

—Fritz está en ese edificio de allí —le indicó uno, señalando un piso que había pasada la barricada. Fritz era como llamaban a los soldados alemanes—. Aunque con el brillo del fuego no creo que te vea. —Hizo una mueca—. Las nubes…

Orla le dio las gracias y, abrazando con fuerza a Nella, agachó la cabeza y esperó a que le dieran la señal para echar a correr por la parte de detrás de la barricada y cruzar la calle. Una vez al otro lado, volvió a bajar a los sótanos y emprendió el resto del camino subterráneo hasta el convento.

Las Hermanas del Sacramento llevaban en Varsovia desde 1688 y eran una institución en la ciudad, visible solo a través de su hermosa iglesia de San Kazimierz cuando la abrían al público durante las fiestas religiosas. Eran una comunidad de clausura que no había permitido la entrada al convento a nadie en siglos, pero el primer día del levantamiento un oficial del AK había llamado a su puerta y había pedido con respeto que le permitieran estacionar a un pelotón allí. El convento se hallaba en el límite oriental de Stare Miasto, en lo alto de una de las secciones más sólidas de la vieja muralla, y por ello, había explicado el oficial a la madre superiora, constituía un lugar estratégico excelente para la defensa.

La abadesa, que era en primer lugar una religiosa, pero, en un cercano segundo lugar, polaca, no había vacilado y, tras dar la bienvenida a los hombres —los primeros varones en cruzar el sagrado umbral en toda su historia—, los había instalado en su despacho. Se había convertido en un puesto muy solicitado, con acceso a la cocina del convento y sus extensos jardines, pero las monjas habían acabado abriendo también sus puertas a huérfanos y personas que se habían quedado sin hogar, y ahora la comida escaseaba igual que en el resto del barrio. Su amor, sin embargo, era ilimitado, y Orla estaba convencida de que Alicja se habría alegrado de que se hicieran cargo de su hija.

—Ya hemos llegado —le dijo a Nella en tono alegre, aunque la niña gimoteaba infeliz después del trayecto en medio de la oscuridad y el polvo.

La Minerki había abierto aquella ruta que terminaba en la bodega del convento, y eso le permitió a Orla subir los escalones que llevaban al claustro. El antiguo pórtico era precioso y le proporcionó una sensación instantánea de seguridad, a pesar de no ser precisamente un lugar tranquilo, sino un hervidero de familias que creaban miserables habitáculos en los huecos. Una monja que estaba rezando con un grupo se acercó a Orla.

—¿Te puedo ayudar en algo, chiquilla?

—Sí, gracias. Tengo una huérfana…

Señaló a Nella, que, tras mirar a la mujer con su austero hábito, hundió la cara en el hombro de Orla. La monja le dedicó una sonrisa amable.

—Tal vez sea mejor que traigas tú misma a la pequeña. Por aquí.

Orla la siguió por el claustro hasta lo que, en una época más feliz, debía de haber sido una elegante y serena sala capitular y que ahora estaba atestada de cunas y camas de todos los tamaños y formas. En cada cuna había bebés sentados, mientras los niños un poco mayores corrían entre ellas con todo tipo de juguetes improvisados. Debía de haber un centenar de niños allí dentro.

—¿Tantos son? —jadeó Orla.

La monja juntó las manos.

—La guerra es cruel, chiquilla, sobre todo para aquellos que no participan en ella de manera activa.

Era algo que Orla veía día sí, día también en el hospital, pero allí la realidad era más cruda y evidente. Todos esos niños se habían quedado sin padres y ahora unos desconocidos tendrían que criarlos, y todo para que se cumpliera el deseo de un lunático de germanizar el mundo.

—Lo odio —dijo.

—Te entiendo, mi niña, pero no podemos dejarnos llevar por el odio. Debemos combatirlo con amor.

—¿El amor es tan poderoso como un tanque nazi? —preguntó Orla en tono malhumorado.

—Oh, mi niña, mucho mucho más —se apresuró a contestarle la monja—. Porque el amor seguirá aquí mucho después de que nosotros nos hayamos ido, mucho después de que los tanques se hayan oxidado y los hombres que ordenaron que invadieran nuestro país descansen en sus tumbas. El amor no se limita a una persona o dos, sino que es la suma de la bondad de todos los seres humanos que dedican tiempo a cuidar de otros, sin importar lo que suceda a su alrededor, y no hay arma, por brutal que sea, que pueda eliminar eso.

Orla le dedicó una sonrisa.

—Tiene razón.

—Ya nos lo enseñó Jesús: «Ama al prójimo como a ti mismo».

—Ojalá estuviera aquí para decírselo a los nazis —observó Orla, y la monja se rio.

—En efecto, sería maravilloso, pero, como no es posible, nos corresponde a nosotros trasladar Su mensaje. La paz llegará, estoy convencida, y algunas estaremos aquí cuando ocurra. Con eso basta.

Agachó la cabeza y se sumió en una breve oración mientras Orla la miraba, asombrada por su bondad. Tenía razón, por supuesto, pero Orla no pudo evitar desear de manera egoísta que ella fuera una de las que estuviese allí cuando llegara la paz, acompañada de

su familia y, cómo no, de Eduard.

—En fin —dijo la monja, alzando de nuevo la cabeza—. Jesús también dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí», así que ¿qué te parece sí cojo a esta pequeña? —Tendió las manos hacia Nella, pero esta se hundió aún más en el hombro de Orla—. Vamos —dijo la monja con más sequedad—, esta señorita tiene otras personas a las que cuidar.

«Otras personas a las que cuidar». Las palabras dieron vueltas en la mente de Orla. Nella estaba en sus brazos cuando Alicja había muerto a menos de cinco metros de distancia, y ahora una monja desconocida le estaba diciendo a la pequeña que: era menos importante que «otras personas».

—¿Cómo se llama? —preguntó la monja.

—Nella —dijo Orla—. Daniella. Le pusieron el nombre por su padre, Daniel, al que mataron el año pasado.

—Pobrecita —dijo la monja en un arrullo.

Pero, al mismo tiempo, había empezado ya a pasear la mirada por la habitación, lo cual no era de extrañar. Había un centenar de niños a los que cuidar. Y solo una Nella.

—No estoy segura de esto —soltó Orla.

—Es mejor hacerlo rápido, chiquilla. Dame.

La monja extendió los brazos de manera repentina y tras agarrar a Nella, la metió en una cuna con otro bebé, un niño de aspecto enfermizo que se puso a llorar en protesta por su nueva compañera. Nella se aferró a las barras y se puso en pie con lágrimas corriéndole por la cara mientras miraba a Orla.

—Será mejor que te vayas, chiquilla. Es peor alargarlo y…

—¡Mama! —La palabra salió de la boca de Nella alta y clara, y Orla se paró en seco y se la quedó mirando—. Mama —repitió la niña, estirando sus bracitos.

A Orla se le partió el corazón. No podía hacerlo. Tal vez en casa de Babcia reinara el caos y las condiciones no fueran muy salubres, pero al menos allí había personas que querían a Nella, como Orla. Y, sí, tal vez eso significara que Eduard no querría casarse con ella,

pero, si era la clase de hombre capaz de darle la espalda a una huérfana, quizá no era el marido que Orla necesitaba.

—¡Nella! —Se adelantó y volvió a coger en brazos a la pequeña.

—No te dejes llevar por el sentimentalismo, chiquilla —dijo la monja en tono desaprobatorio.

Orla se llevó la mano al corazón y casi percibió cómo este se henchía con un afecto protector hacia la niña que se aferraba a ella.

—No, hermana —dijo—. No es sentimentalismo; es amor.

La monja sonrió y asintió.

—En ese caso, que Dios os bendiga y os guarde.

Orla agachó la cabeza para recibir su bendición y, con una disculpa silenciosa a los demás niños, a los cuales no se podía llevar, abrazó con fuerza a Nella y se dirigió de nuevo al claustro para bajar la escalera y volver con su familia. Notaba los dedos de la niña enredados en su pelo, sus piernecitas sujetas alrededor de su cintura y el latido de su corazón sobre el suyo, y la estrechó entre sus brazos mientras se sumergía de nuevo en la Varsovia subterránea. Ahora Nella era su hija; era una Dąbrowska y se quedaría con ellos mientras les durara el pan.

VEINTINUEVE

ZUZI

Zuzi acercó su silla a la cama de Kamilla y aguzó el oído para escuchar la respiración de su abuela, aterrorizada por si se interrumpía. Era ya de madrugada y Zuzi debería haber estado durmiendo, y sin duda estaba agotada, pero el día anterior Tosia les había dicho que la Minerki se iba a trasladar a Śródmieście para ayudar en el asalto a otros fortines nazis, y quería disfrutar de un rato a solas con su abuela antes de irse.

Orla y Hana dormían en la habitación contigua, lo que había sido el comedor, con la pequeña Nella acurrucada tranquilamente entre ellas. Zuzi no se había sorprendido al ver a su dulce hermana regresar con la bebé el día anterior. Debido a su trabajo, había visto los atestados orfanatos de la ciudad e imaginaba que dejar allí a la niña, que ya se había convertido en parte del mundo de la familia, había sido demasiado para Orla. Y, aunque tal vez fuera complicado tener que cuidar de la pequeña, ¿qué más daba una persona más en una casa ya llena de pacientes y refugiados?

En el edificio reinaba una calma extraña. Por lo general, los nazis no atacaban por la noche porque, como no había aeronaves aliadas que se opusieran a los Stuka bajo la brillante luz del sol, podían hacerlo de día con impunidad. Eso hacía que la situación durante el día fuera precaria, pero al menos les daba un respiro durante las tranquilas horas de oscuridad. Ahora, muchos civiles dormían durante el día acurrucados en los sótanos, y por la noche salían a

tomar el aire y pasear en silencio, como fantasmas, entre los escombros de lo que habían sido sus casas.

Zuzi miró a su alrededor con timidez. Bronisław trabajaba esa noche, pero, por suerte, el apuesto médico se hallaba en la otra punta de la sala, atendiendo a un hombre con quemaduras en un costado. Las quemaduras eran a menudo las peores heridas, pues enormes áreas de piel se convertían en una superficie de carne roja e inflamada que palpitaba de manera dolorosa si se dejaba expuesta al aire caliente y polvoriento de Varsovia. Uno de los mayores desafíos del hospital era encontrar vendas suficientes para proteger las quemaduras de aquella exposición, y muchos pacientes estaban envueltos en tiras de sábanas, blusas y camisas.

Si Zuzi encontraba cualquier tela en sus viajes a los lugares que habían sufrido ataques, se la llevaba a Orla y Bron, pero solían estar sucias y, con la escasez de agua, era imposible dejarlas lo bastante limpias como para aplicarlas sobre la piel sensible. La Varsovia herida se estaba colapsando y tenían que evacuar a la gente a Śródmieście, pero había miles de personas atrapadas en Stare Miasto e, incluso con la relativa seguridad del camino a través de las alcantarillas, nunca lograrían sacarlas a todas. Por no hablar de que muchas no estarían dispuestas a marcharse, entre ellas su abuela.

—Respira, Babcia —la instó Zuzi, y enseguida se preguntó si era justo.

¿Debería pedirle a su abuela que luchara para mantenerse con vida, o invitarla a rendirse a Dios y reunirse con su marido y su hijo en un lugar mejor? La herida de su estómago seguía supurando de manera inquietante y Zuzi extendió el brazo para cogerle la mano, mientras recordaba la batalla en el cementerio en la que Kamilla había recibido el disparo. Esa noche había estado tan llena de vida, arrojando granadas que había fabricado ella misma en la «caja mortal» de Bartek mientras gritaba: «Esa va por Kaczper» y enviaba a un nazi al otro mundo. Removiendo aún más en su memoria, le vino a la cabeza la imagen de su abuela derribando a una paloma de un árbol con alegre aplomo para demostrarle sus indudables

habilidades a Tosia y poder unirse a la Minerki. Ah, ese día había estado maravillosa; apasionada, decidida y viva.

Zuzi suspiró. Hacía tan solo tres semanas que se había subido a las barricadas de Wola mientras Babcia colocaba en lo alto, con ademán triunfal, su odiado retrato de Hitler para que el enemigo lo abatiera a tiros, y, sin embargo, parecía que hubiera pasado una eternidad. Durante tres gloriosos días, el levantamiento había sido un éxito, una liberación. Todos estaban tan contentos, tan orgullosos de haber abierto las puertas de Varsovia a los rusos…, pero los rusos no habían venido y los nazis les habían arrojado encima todo un arsenal, y ahí estaban ahora, viviendo entre el humo y las sombras.

—¿Cómo se encuentra?

Bronisław se había acercado con un paso tan silencioso que Zuzi no lo había oído llegar y se sobresaltó, mientras él se inclinaba sobre la paciente y su pecho rozaba la mano de Zuzi que sujetaba la de Babcia. Un fuego se desató en su estómago y sí, también un poco más abajo, y recordó la explicación de su abuela acerca de aquellas sensaciones desconcertantes: «Es la manera que tiene Dios de decirte que tendréis bebés preciosos». Bron la miraba con curiosidad y aquellos pensamientos no la ayudaban, así que se los sacó de la cabeza y lo miró como miraría a un profesional.

—Me parece que no muy bien, doctor.

Él se sentó en la silla que había junto a ella.

—Zuzi, te he dicho que me llames Bron, por favor.

Ella se atrevió a mirarlo y él le devolvió una mirada teñida de una preocupación y un afecto tales que esta vez lo que sintió se pareció menos a un fuego y más a una cálida manta que la envolviera.

—Me parece que no muy bien, Bron.

Él le cubrió la mano con la suya.

—Tienes que prepararte para lo peor.

A Zuzi se le hizo un nudo en la garganta y solo pudo asentir. Aunque era lo mismo que pensaba ella, escucharlo en boca de otra persona lo volvía demasiado real.

—¿Está sufriendo? —preguntó con voz entrecortada.

—No, creo que no, pero su cuerpo ya no da más de sí y se está apagando poco a poco.

Zuzi fue incapaz de seguir reprimiendo las lágrimas. Se dio la vuelta para intentar ocultarlas, pero, sin inmutarse, Bron le pasó el brazo por los hombros y la acercó a él, mientras se las secaba dulcemente con el dedo.

—Dios cuidará de ella, Zuzi.

—Lo hará mejor de lo que lo hemos hecho nosotros —dijo ella con ironía, paseando la mirada por la atestada y sucia casa de Babcia, que tan bonita había sido.

—Lo que habéis hecho es extraordinario, todas vosotras. Tienes una familia maravillosa, Zuzi, y verte con tus hermanas es precioso. Salta a la vista que estáis muy unidas.

—¿Tanto como para querernos a pesar de que nos pasamos la vida discutiendo?

—Sí. Esa es la mejor clase de relación. Puedes reñir con alguien y seguir queriéndolo. Puede sacarte de tus casillas, pero, aun así, harías cualquier cosa por esa persona.

Zuzi lo miró. Él la había alejado con delicadeza de la cama de Babcia sin retirar el brazo de sus hombros, y su rostro estaba muy cerca del de ella mientras ambos hablaban en susurros a la luz tenue del hospital en medio de la noche. Al mirar sus ojos, Zuzi sintió que los horrores de Varsovia se sumían en sus propias sombras y los dejaban en un mundo minúsculo y perfecto en el que solo existían ellos.

—¿Es eso lo que sientes tú por tu familia? —Quiso saber.

—Oh, sí —contestó él.

Una sonrisa se dibujó de inmediato en su rostro y Zuzi se animó al verla.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ellos?

Él pareció sorprenderse.

—Me encantaría —dijo—, pero no sé si tenemos tiempo. ¿No deberíamos descansar?

—Hablar contigo es todo el descanso que necesito.

Santo cielo, Zuzi no había querido decirlo en voz alta, pero era la verdad, y él le dio un apretón en los hombros.

—Gracias. No… No sé muy bien por dónde empezar…

Zuzi se apoyó en él.

—Orla dice que tu madre es comadrona.

—Así es. —A Bron le brillaron los ojos—. Una comadrona espléndida. La mejor de Łodź, sin lugar a dudas. Aunque cuando era niño eso me molestaba un poco porque no podíamos ir a ninguna parte sin que recibiera un mensaje. Si comíamos fuera, íbamos al cine o incluso al parque, tarde o temprano escuchábamos: «Comadrona Kamiński, por favor, acuda al teléfono». Y entonces ella nos pedía perdón con un beso y se marchaba a traer otro niño al mundo. De pequeño yo lo llevaba muy mal y me quejaba de que esas otras familias la veían más que nosotros, pero al hacerme mayor aprendí a amar su entrega a su oficio. Y, además —le dedicó a Zuzi una repentina sonrisa traviesa que prendió de nuevo el fuego en sus entrañas—, toda la gente que llamaba para requerir sus servicios luego nos traía regalos de agradecimiento, así que en nuestra casa nunca faltaban pasteles ni tartas.

—Qué maravilla —dijo Zuzi—. ¿Y qué me dices de Bartek, tu padre? También parece un buen hombre.

—Oh, lo es, aunque el hombre al que tú has conocido no es el mismo con el que yo me crie. Cuando vivíamos en Łodź trabajaba en una imprenta y era un hombre callado y sin pretensiones, nada que ver con el guerrero al que ves aquí en Varsovia.

—Supongo que la guerra cambia a la gente.

—Sin duda, le saca una cara distinta. Mi padre siempre ha protegido con ferocidad a su familia, y ahora que mi madre y mi hermano están en los campos…

—Está desesperado por sacarlos de allí.

Bronisław asintió.

—Igual que yo, aunque me temo que yo no soy tan guerrero como mi padre.

—Según mi madre, cada uno lucha a su manera —dijo Zuzi.

Él le dedicó una sonrisa agradecida.

—Tiene razón. La verdad, Zuzi, es que, si yo tuviera que hacer lo que haces tú, no daría pie con bola. Habría acabado volando por los aires en el primer ataque y ¿de qué le habría servido a nadie? Eres increíble.

Zuzi se revolvió, pero él la tenía ceñida con el brazo y no podía huir a ninguna parte.

—Gracias —consiguió decir—. Pero yo no daría pie con bola si tuviera que dedicarme a cuidar a la gente. Soy demasiado impaciente.

—Cada uno lucha a su manera, ¿no?

—Exacto.

—Me gusta. —Él se interrumpió, sin apartar la mirada de sus ojos —. Pero también pienso que eres increíble.

El fuego ardía, cálido e insistente, en las entrañas de Zuzi. Aquel hombre, aquel hombre guapísimo, inteligente y competente pensaba que ella era increíble. Sintió deseos de inclinarse hacia delante y pegar sus labios a los de él, pero eso habría sido demasiado atrevido.

—¿Cómo se llaman tus hermanos? —balbuceó.

Él parpadeó.

—Zander y Jakub.

—¿Jakub, como el mío?

—Sí, pero mi hermano pequeño está en un campo de trabajo en alguna parte. Los dos lo están. Lo ultimo que supe fue que los habían enviado a un sitio llamado Mauthausen y solo puedo esperar es que estén juntos y a salvo.

Zuzi trató de imaginar lo que sentiría si no supiera dónde se encontraban Hana y Orla, y el corazón se le partió solo de pensarlo.

—Debe de ser muy duro. ¿Cuándo fue la última vez que los viste?

—En febrero de 1943. La Gestapo asaltó nuestra casa y se los llevó a los tres. A mi padre y a mí nos avisaron antes y nos escondimos unos días en casa de unos amigos muy amables, pero

cuando nos enteramos de que habían mandado a mi madre, a Zander y a Jakub fuera de la ciudad, huimos a Varsovia. Mi padre había conocido a Bór cuando imprimía documentos falsos para los judíos del gueto de Łodź, y enseguida le ofrecieron un puesto en el AK. Yo también me presenté voluntario, pero cuando averiguaron que era médico, me asignaron al Juan de Dios y desde entonces no he parado de aprender.

—Febrero de 1943. —Zuzi meneó la cabeza—. Hace ya un año y medio.

—Un año, seis meses y quince días —dijo él, y se sonrojó—. Llevo la cuenta.

—No me extraña. Yo haría lo mismo. La familia es lo más importante.

—Sí. —Su brazo seguía sobre los hombros de ella y su rostro se hallaba a centímetros del suyo—. Siempre he pensado —continuó con voz ronca— que mis padres tuvieron mucha suerte de conocerse y ser tan felices juntos porque, gracias a eso, nosotros, sus hijos, también somos felices.

Zuzi asintió.

—A mis padres les pasaba lo mismo, aunque eso hizo que mi madre se quedara destrozada cuando mi padre murió.

—¿Lo ejecutaron?

Zuzi reprimió las lágrimas una vez más, pero tenía que contárselo. Para que la historia de su padre no cayera en el olvido.

—Lo arrojaron del balcón de la cárcel de Pawiak con una soga al cuello.

Bron jadeó.

—¿Delante de vosotros?

—Sí, delante de todos nosotros. Nos obligaron a mirarlo, a punta de pistola. Fue… Fue…

—¿Inenarrable?

—No —espetó ella—. Quiero decir que sí, fue atroz, pero tenemos que hablar de ello, ¿no? No podemos sufrir en silencio. La gente tiene que saber; tiene que saber lo que nos han hecho esos

monstruos, lo que nos siguen haciendo. Tiene que saber de la existencia de los guetos y los campos, que esos miserables están exterminando a sangre fría a la población judía y que ahora van a por nosotros. Tiene que saber de la masacre de Wola y de los bombardeos sobre nuestros hospitales. Lo que están haciendo los nazis en Polonia no tiene nada que ver con la guerra, Bron, es aniquilación. Una aniquilación calculada y a sangre fría.

Zuzi había elevado la voz y se mordió el labio para obligarse a callar. Bron dejó escapar un gemido grave y ella se quedó inmóvil, mirando al fondo de sus ojos mientras trataba de recordar lo que había dicho Orla acerca del romance; algo así como que no iba de corazones y flores, sino de conectar de verdad con alguien. Eso era lo que Zuzi deseaba, y lo deseaba en ese preciso momento. Se inclinó hacia Bronisław y él respondió de inmediato acercando sus labios a los de ella, cuyo cuerpo entero se puso a cantar al notar su roce. Él le rodeó la nuca con la mano y la acercó a su rostro, y ella le devolvió el beso, y en el momento en que sus labios se fundieron, su pequeño mundo explotó. Zuzi se olvidó de la guerra, de la ocupación, de las bombas, las sogas y los deprimentes lechos de enfermo; se olvidó del fuego que asolaba Varsovia y se sumergió en el que ardía entre ella y aquel hombre increíble.

—Zuzi. —Bron gimió su nombre sobre sus labios y deslizó la mano por su espalda, pegándola más a él—. Te quiero, Zuzi.

—Bron, yo…

—Quiero decir que quiero que formes parte de mi vida. Siempre. Quiero que seas mi…

Pero en ese momento Babcia Kamilla lanzó un grito. Consternada consigo misma, Zuzi aparró su mirada de la Bronisław, se soltó de sus brazos y corrió de nuevo hacia su abuela.

—¿Babcia? Babcia, ¿te duele?

Kamilla le tendió la mano.

—No durante mucho tiempo más —dijo con voz ronca—. Me voy con Aleksander, Zuzi. Siento abandonaros a todos, pero… pero…

Dejó escapar un jadeo mientras trataba de tomar aire y Zuzi le

agarró la mano suplicándole mentalmente que se quedara.

—Zuzi —dijo Bron a su espalda, pero ella no podía hablar con él, no en ese momento.

Lo había besado, se había arrojado a sus brazos desatendiendo a su abuela y se avergonzaba de sí misma. Cuando Babcia le había dicho que escuchara sus sentimientos, no se refería a que lo hiciera a expensas del bienestar de su familia, y sin duda no a expensas de ella misma.

—Ve a buscar a mis hermanas —dijo con voz entrecortada.

Notó que Bron se alejaba y se obligó a ignorar el escalofrío que le provocó su ausencia. Aquel no era el momento de pensar en ella misma.

—Te queremos, Babcia —dijo.

Su abuela recuperó el aliento lo suficiente para chasquear la lengua.

—El amor —murmuró en tono mordaz, pero entonces una sonrisa se dibujó en su rostro—. ¿Acaso hay algo más importante?

Orla y Hana aparecieron junto a Zuzi, y Magda salió corriendo de la cocina, cogió la cruz de plata de Kamilla del altar improvisado y la sujetó sobre la cama. Los ojos vidriosos de Kamilla se clavaron en ella, y volvió a sonreír.

—Cuidaos unas a otras —dijo con brío renovado—. Cuidad de la familia. Cuidad de Varsovia.

Y entonces cerró los ojos con el más tenue de los suspiros.

—¿Se ha muerto? —gimoteó Hana.

Zuzi no tenía ni idea y se sintió agradecida cuando Orla se agachó sobre su abuela y le buscó el pulso con mano ahora experta, antes de asentir con tristeza.

—Ha muerto.

—Ahora está con Dios —dijo Magda—, y con sus queridos Aleksander y Kaczper.

La voz se le rompió y Zuzi deslizó la mano en la suya. Su madre pareció sorprenderse, pero se la estrechó con fuerza mientras colocaba la cruz de plata sobre el pecho de Kamilla y todas

agachaban la cabeza en una muestra de dolor compartido. A Zuzi le daba vueltas la cabeza. ¿Cómo era posible que alguien dejara de respirar, así, sin más? ¿Cómo era posible que la vida terminara? Hacía tres largas semanas que lo veía por todas partes, pero Babcia Kamilla siempre había parecido tener vida suficiente para cinco personas y ver cómo se extinguía se clavó en lo más hondo de su ser, allí donde apenas un instante antes daba rienda suelta a sus pasiones más libertinas. No debería haberlo hecho. Estaban en medio de una guerra, una guerra dura, vital y urgente, y debía concentrarse en eso.

Por el rabillo del ojo vio a Bronisław en una esquina, pero en aquel momento no había tiempo para romances y nunca debería haberse dejado llevar. «Cuidad de Varsovia», les había pedido Babcia con su último aliento y, con el corazón roto por la muerte de la mujer a la que había tomado como ejemplo durante toda su vida, Zuzi juró hacerlo hasta que su querida ciudad en ruinas volviera a ser libre.

TREINTA

25 DE AGOSTO

HANA

No enterraron a Babcia con una gran misa en una bonita basílica y con cientos de asistentes bien vestidos, sino con una rápida ceremonia en el jardín trasero, entre ataques de los Stuka.

—No es lo que ella habría querido —se lamentó Magda.

—Es un entierro propio de una guerrera —repuso Zuzi con rotundidad.

—Estamos aquí, y eso es lo que importa —añadió Orla.

Hana supuso que así era y se acercó al corro que formaba su familia, mientras esperaban a que el bombardeo se interrumpiera para poder salir y bendecir la tumba de su abuela. Todos se habían quedado muy tocados. Alguien había ido a buscar a Jacob a Śródmieście, y Szymon Ancel, que lo había traído en persona, esperaba también respetuosamente, un poco alejado. Pegado a Magda, al pobre Jacob se lo veía perdido como un niño, a pesar del casco prusiano que sujetaba bajo el brazo y que Hana tanto detestaba, aunque se alegraba de que su hermano estuviera con ellas. Había muchas familias que se habían visto obligadas a separarse después de quedar atrapadas en diferentes zonas de Varsovia y que solo podían comunicarse gracias al valeroso trabajo de los *scouts* que hacían de correos. Los Dąbrowska tenían suerte de seguir juntos, y en aquel momento necesitaban apoyarse unos a otros.

Orla lloraba sin disimulo mientras abrazaba a Nella y dejaba que sus lágrimas mojaran el suave pelo de la bebé, y Hana envidió la facilidad de su hermana para expresar su dolor. Zuzi, en cambio, estaba rígida y se rodeaba el cuerpo con los brazos mientras reprimía el llanto, y, aunque Bronisław no andaba muy lejos, igual que había hecho durante toda la noche, ella se negaba rotundamente a mirar en su dirección. Hana deseó que su arisca hermana dejara entrar en su vida a aquel hombre encantador; todos necesitaban consuelo, y Zuzi más que nadie. Ella era la que había estado más unida a Babcia y la que había estado a su lado cuando había recibido el disparo, y también cuando el techo del hospital se había derrumbado. Hana temía que Zuzi considerase que su muerte era responsabilidad suya, y no soportaba verla sufrir.

Los Stuka desaparecieron del cielo y, tras santiguarse, el sacerdote salió con rapidez a lo que en su día había sido un hermoso jardín para empezar el servicio antes de que la siguiente oleada de aviones se cerniera sobre Varsovia, y ocupó su lugar en la cabeza del montículo de tierra que cubría el cuerpo de Babcia, seguido por la familia. Eduard había cavado la tumba al alba, antes de dirigirse a su trabajo como camillero, y Bronisław y él habían tendido dentro a Kamilla, envuelta en las sábanas de su ajuar de boda, que había guardado con cuidado en el fondo de una cómoda de madera tallada.

Al menos ellas tenían el cuerpo de Babcia para poder enterrarlo y presentarle sus respetos, pensó Hana. El de Emil estaba hundido en algún lugar en el fondo del Vístula, desconocido para todos menos para ella, que lo llevaba en su corazón. Un día, cuando todo aquello terminara, le buscaría una tumba en condiciones, pero por ahora el entierro de su abuela se mezclaba de alguna manera con el entierro de su prometido, y Hana agachó la cabeza y rezó por los dos mientras escuchaba las apresuradas palabras del sacerdote.

Por lo menos, la tumba estaba marcada de una manera apropiada para una mujer de la talla y el orgullo de Babcia Kamilla, y Hana contempló a través de sus lágrimas la majestuosa cruz de

plata que brillaba entre las muchas de madera que llenaban el jardín devastado. Los interminables incendios habían arrasado los hermosos macizos de flores, de modo que los únicos colores que adornaban la tumba eran los de las piedras preciosas de la cruz, que brillaban desafiantes a la inclemente luz del sol y proyectaban reflejos de una hermosura incongruente sobre la tierra que cubría el cuerpo. Hana se alegró por aquel recordatorio de que la belleza seguía existiendo incluso en aquella tierra calcinada y dejada de la mano de Dios.

—Que el Señor bendiga y acoja su alma, amén.

—Amén —repitieron todos mientras el sacerdote agachaba la cabeza.

Apenas habían pronunciado la palabra cuando el revelador silbido de un Stuka los obligó a escabullirse de nuevo dentro del edificio, y el entierro se interrumpió como todo lo demás en la asediada Varsovia. Hana se detuvo en la puerta para mirar atrás y la cruz pareció guiñarle el ojo, bañada en un destello de luz reflejado en el fuselaje plateado del bombardero. Eso la hizo sonreír.

—Mirad —les dijo a los demás—. Incluso muerta, Babcia Kamilla se atreve a desafiar al enemigo.

Orla y Zuzi se acercaron, cada una con el brazo alrededor de la cintura de la otra, y, al mirarlas, Hana sintió una vez más la responsabilidad de cuidar de sus hermanas menores.

—La abuela querría que fuéramos felices —dijo.

—Tú no lo eres —replicó Zuzi.

Hana tragó saliva.

—Estoy triste por haber perdido a Emil, sí, pero soy feliz de teneros todavía a vosotras.

—Por ahora.

—No digas eso —protestó Orla, colocándose mejor a Nella sobre la cadera—. Solo tenemos que mantenernos con vida y, de alguna manera, todo mejorará.

Le dio un beso a la niña en su suave naricita y Hana la miró con cariño.

—¿Eduard se ha alegrado de que Nella haya vuelto? —se atrevió a preguntar.

Orla se encogió de hombros.

—Casi no he podido hablar con él, por… —Señaló la tumba—. Pero fue mi decisión y no me arrepiento.

—Claro. —Hana miró a su hermana pequeña y admiró la nueva fortaleza que erguía sus hombros—. Lo que hiciste estuvo bien, Orla.

—¿Tú crees? Seguro que Babcia diría que soy una boba sentimental, y lo soy (sentimental, quiero decir), pero eso ya no me parece una bobada.

—A mí me parece muy valiente —le dijo Han a con rotundidad—. ¿A ti no, Zuzi?

—¿Qué?

—¿No te parece valiente dejarte llevar por los sentimientos? —¿Los sentimientos? No. En fin, no mientras estemos en guerra. Babcia nos pidió que cuidáramos de Varsovia.

—También nos dijo que cuidáramos unas de otras.

—Y pienso hacerlo. —Zuzi dedicó una mirada indómita a sus hermanas—. Sabéis que moriría por vosotras, igual que por Mama y Jacob.

Hana tragó saliva.

—Gracias, supongo, pero no me refería a eso. —Se interrumpió mientras reunía el valor para añadir—: Creo que Bronisław quiere hablar contigo…

Señaló al médico, que seguía esperando cerca de ellas, pero Zuzi negó con la cabeza.

—No tengo tiempo para eso; debo volver al trabajo. Es lo que Babcia habría querido de mí… y de vosotras también.

—Babcia entendería… —empezó Hana, pero, tras darles un beso brusco a las dos, Zuzi se dio la vuelta—. ¡Cuídate, Zuzi! —le gritó Hana—. Hasta el anochecer, ¿vale?

—Hasta el anochecer —gritó Zuzi por encima de su hombro. Y, sin más, desapareció en dirección a las ruinas de Stare Miasto para seguir luchando, y Hana solo pudo rezar para que el dolor que su

hermana se negaba a reconocer y expresar no empañara su juicio en las peligrosas situaciones que le esperaban.

—Supongo que será mejor que yo también me vaya —le dijo a Orla a regañadientes.

A decir verdad, estaba harta de la guerra, harta del hambre, el dolor y el sufrimiento. Hablaba de corazón cuando decía que se alegraba de tener todavía a su familia, pero parecía que lo único que hacían ahora era aferrarse unos a otros mientras flotaban en un bote salvavidas deteriorado, lejos de la orilla. Varsovia se había sublevado y había mandado un mensaje desafiante al mundo, y el mundo no había escuchado. Por lo visto, al mundo le importaban un bledo los habitantes de Varsovia, y Hana no pudo evitar mirar hacia la tumba poco profunda en la que descansaba el cuerpo de Babcia y preguntarse cuántos yacerían a su lado antes de que terminara aquella guerra.

«Vamos —se dijo, contrariada—. Babcia no aprobaría estos lamentos autocompasivos». Su abuela le diría que volviera al trabajo, igual que había hecho Zuzi, y, en realidad, ¿qué otra cosa podía hacer? Acurrucarse en un rincón y ponerse a llorar no le iba a servir de nada a nadie.

Una hora después, Hana se hallaba en el cuartel general de Bór mirando a su jefe con preocupación. Desde el sombrío día en el que el tanque había estallado delante de su despacho, el comandante había tenido constantes dolores de cabeza y, a todas luces, el de ese día era intenso. Tenía los ojos entornados para protegerse del perenne sol que entraba por las ventanas y se masajeaba las sienes con los dedos, como si quisiera arrancarse el dolor de dentro.

—¿No cree que debería acostarse, señor? —preguntó Hana, nerviosa.

—No hay tiempo para descansar —fue la brusca respuesta.

Hana suponía que era verdad, pero no entendía cómo él podía lidiar con aquella pesadilla sintiéndose así. Por lo visto, su mujer

seguía con vida en algún lugar de Varsovia, con su hijo de dos años y otro bebé a punto de nacer en cualquier momento, pero Bór no podía estar con ellos, lo cual era espantoso. Hana estaba convencida de que ella habría sido incapaz de apañárselas de no haber podido abrazar a su familia cada noche, y el corazón se le partía por el comandante del AK, que parecía estresado. Le dedicó una mirada nerviosa a Agaton, que dio un paso adelante.

—Los preparativos para evacuar Stare Miasto casi han finalizado, señor, y creo que el Consejo Nacional debería ser el primero en salir de allí. La radio está en las últimas y ¿de qué sirve tener un centro de mando si no puede contactar con aquellos a los que ha de mandar?

—Eso es cierto —refunfuñó Bór, y a Hana le pareció ver una expresión de alivio cruzar su rostro—. ¿Y dice que la situación en Śródmieście sigue bajo control?

—Por completo, señor.

—¿No tengo que rendirme?

—¡¿Rendirse?! —exclamó Agaton, y Bór hizo una mueca—. Disculpe, señor, pero ¿por qué iba a rendirse?

—Hay gente que lo ha pedido porque cree que nuestra situación es desesperada. ¿Lo es, Agaton?

Hana vio vacilar a su jefe, pero enseguida se recompuso.

—No si los Aliados nos ayudan —contestó con determinación.

Bór suspiró.

—Envío un mensaje a Londres todos los días. Los estadounidenses tienen un montón de suministros en un almacén y están esperando a que Stalin les permita utilizar las bases rusas para traérnoslos por aire. Además, Churchill ha ordenado a la RAF que vuelva a volar desde Brindisi.

El corazón de Hana, magullado ya por la pena del entierro de su abuela esa mañana, se desgarró con un nuevo dolor. Los pilotos de la RAF despegarían de Brindisi, pero Emil Andrysiak no estaría entre ellos. Ninguna violeta sobrevolaría Varsovia, aunque eso no menguaba el valor de los suministros que sus compañeros les

traerían con valentía.

—Esa una noticia excelente, señor —se obligó a decir.

—Excelente —convino Agaton—. Mandaremos mensajes de inmediato a todas las tropas. ¿Usamos la señal habitual en la BBC?

Bór asintió y cerró los ojos. Hana vio cómo batallaba con su dolor de cabeza y deseó que Churchill y Roosevelt pudieran ver la presión a la que estaban sometidos ese hombre y su valiente ciudad. No se engañaba pensando que a Stalin le importara —los rusos estaban tan insensibilizados al dolor de los polacos como los alemanes—, pero tal vez, si los Aliados occidentales presenciaban los horrores de la vida en la ciudad, los hombres que habían liberado Roma y París intervendrían en Varsovia.

—Se lo haremos saber y pondremos en marcha los planes de evacuación para su personal y usted. Varsovia lo necesita a salvo, señor.

En el rostro de Bór se dibujó una sonrisa cansada.

—No estoy seguro de servirle de algo a Varsovia —dijo, pero de inmediato se sacudió las dudas y le dedicó un brusco saludo militar al arquitecto—. ¡Adelante! Gracias, Agaton.

Escribió las nuevas instrucciones con una mano casi firme y se las entregó a Agaton, que abandonó el despacho con Hana. Esta extendió la mano para coger el papel y empezar a hacer la ronda por las unidades del AK, pero Agaton la retuvo.

—Sé dónde están los mapas, Hana.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Los mapas de Marek? ¿Cómo? ¡¿Dónde?!

—El cómo es fácil: les hice una visita a nuestros prisioneros de la Central Telefónica y… los convencí para que me proporcionaran la información.

—No los torturó, ¿verdad?

Agaton torció el gesto.

—Creo que no sería capaz ni aunque quisiera. No, me limité a hablar en mi alemán más persuasivo y dejé caer que, si me daban la información, tal vez consiguieran acabar en un campo de prisioneros

de guerra en una zona rural. Esos miserables detestan tanto como nosotros estar atrapados en la ciudad.

—¿Ellos se largan y nosotros tenemos que quedarnos aquí?

—A ellos los enviamos al bosque y nosotros nos quedamos aquí para defender nuestra ciudad.

Hana asintió con cara seria.

—Bueno, ¿y dónde están nuestros mapas?

—En la universidad.

Hana dejó escapar un gemido. Los edificios de la universidad, ubicada en lo alto del Jardín Sajón, estaban controlados por una guarnición de la Wehrmacht desde el comienzo del levantamiento y protegidos por el corredor fortificado que habían abierto los asesinos de la SS a través de esa zona desde Wola.

—¿Te lo dijo un prisionero?

—Sin atisbo de duda. Se hallan en lo que era el departamento de Historia, en un despacho de la planta baja. Por lo visto, alguien ha colgado uno en la pared y van tachando los edificios a medida que los vuelan.

—Cabrones —soltó Hana—. Nos tratan como si fuéramos una especie de juego de mesa.

Le parecía aberrante que un grupo de desalmados soldados nazis se dedicara a tachar con alegría las casas, que tanto le había costado pagar a la gente, cuando las reducían a escombros. ¿Llevaban también la cuenta de las personas a las que habían asesinado? ¿Tenían un cuaderno en el que anotaban cuántas piernas polacas se habían cargado, tal vez? A Hana le hirvió la sangre, pero poco podían hacer ante la potencia de fuego alemana.

—Entonces, podemos darlos por perdidos, ¿no? —dijo con tristeza—. Tanto los planos de los edificios existentes como los proyectos de los nuevos.

Suponía que era un problema menor comparado con la pérdida de vidas, pero no dejaba de ser otra injusticia que sufrían los polacos.

—Tal vez. —Agaton le dio una palmadita en el brazo—. Y tal vez

sea mejor así. Quizá eso quiere decir que cuando por fin recuperemos nuestra ciudad, lo que queda de ella, tendremos que construirla de cero. Y eso nos dará la posibilidad de crear una ciudad completamente moderna y con un diseño bien pensado.

—¿Como hacen los bolcheviques?

—Supongo que sí. Pero menos austera.

—Pero ¿qué pasa con nuestra historia? ¿Y con los siglos de civilización reflejados en nuestros palacios, nuestros edificios públicos y nuestras casas?

Agaton la miró con una sonrisa.

—¡Mira qué cosas dice nuestra chica moderna!

Hana se acercó a la ventana sin cristal y contempló Stare Miasto. El inhóspito esqueleto de los antaño orgullosos edificios se recortaba contra el brillante cielo, con su interior expuesto y desprovistos de toda dignidad debido al fuego enemigo. Era algo que la entristecía. Aquellos edificios habían sido testigos de los numerosos acontecimientos que marcaban la accidentada historia de Varsovia, y algunos se alzaban allí desde que la ciudad había reemplazado a Cracovia como capital de Polonia en 1596, algo que llenaba de orgullo a los varsovianos. Tal vez su ciudad nunca hubiera tenido la belleza de postal de su equivalente septentrional, pero el corazón de la nación había latido en su interior. Y seguía haciéndolo, a pesar de que el cuerpo que lo albergaba estuviera siendo destruido a base de bombas.

—El diseño moderno está bien —dijo con cautela—, pero es mejor cuando tiene el contrapeso de lo antiguo. Lo que deberíamos hacer es sumar a la rica historia arquitectónica de nuestras ciudades, no sustituirla.

Agaton le dedicó una sonrisa triste.

—La guerra te ha vuelto sabia.

Ella suspiró.

—En ese caso, preferiría seguir siendo tonta. Además, ¿qué podemos hacer? El enemigo aniquila a diario nuestra rica historia arquitectónica y, por lo visto, también tiene los mapas que nos

permitirían reconstruirla. Menudo desastre, Agaton.

—A menos que los recuperemos.

—¿Perdón?

—Uno de los miembros de mi pelotón trabajaba en la universidad; era profesor de Literatura Clásica, aunque eso es irrelevante. Según él, las alcantarillas pasan justo por debajo de la universidad. Un profesor de Historia amigo suyo las presentaba en clase como ejemplo de diseño del siglo XIX, y llevaba a sus alumnos a una boca que había en el patio de detrás de su departamento para que bajaran y las vieran con sus propios ojos.

—¡Seguro que les encantaba! —rio Hana.

—A ellos les despertaba curiosidad; para nosotros, ahora, es una necesidad. Y he pensado que…

—Si podemos acceder a la boca, podemos colarnos en el edificio y encontrar los mapas.

—Exacto.

—Es una idea brillante.

Agaton la cogió del brazo.

—No lo es, Hana; es una locura. Quien lo intente se estará metiendo de lleno en el corazón de la Wehrmacht, y solo un idiota lo haría.

—Un idiota con un objetivo muy loable.

—Seguiría siendo un idiota. Es demasiado arriesgado. —Agaton le dedicó una sonrisa—. Podemos construir edificios nuevos.

—Así es —coincidió Hana—, de la misma manera que podemos incorporar a personas nuevas a nuestra familia, pero, si todas son nuevas, ¿sigue siendo la misma familia?

—¿Más perlas de sabiduría, Hana?

Ella se rio.

—No estoy muy segura. Puede que la guerra nos haga más sabios, pero, al mismo tiempo, nos obliga a actuar como idiotas.

Agaton levantó una mano.

—Es demasiado arriesgado, Hana. Venga; tenemos mensajes que entregar. Lo último que queremos es que cuando esos aviones

lleguen, no encuentren un comité de bienvenida.

Agaton echó a andar y Hana lo siguió de manera automática, aunque su cabeza daba vueltas como una estela violeta cayendo sobre el Vístula. La gente corría riesgos para tomar edificios, para preservar barricadas, para matar a los líderes enemigos, así que ¿por qué no correrlos para encontrar los mapas que les permitirían reconstruir su ciudad? ¿Acaso no era igual de importante el orgullo nacional que un pequeño pedazo de territorio? Quizá la recompensa fuera menos inmediata, pero no menos sustancial en el marco general de la historia de Varsovia. Emil había corrido un riesgo enorme al volar con su avión para tratar de ayudar a la ciudad y había pagado un precio muy alto. ¿Por qué no iba a hacer ella lo mismo?

«Cuidad de Varsovia», las había instado Babcia con su último aliento, y tal vez aquella era la manera en que Hana podía hacerlo. Cuando menos, sería algo positivo. Era consciente de que había hecho jurar a su familia que no correrían riesgos innecesarios, pero eso había sido al comienzo del levantamiento, cuando todos creían que podía triunfar. Ahora Babcia estaba muerta, Emil estaba muerto y las normas del juego habían cambiado. Después de tantos días alfombrados de peligros, ¿qué era en realidad un riesgo innecesario en el corazón de un territorio en guerra?

TREINTA Y UNO

28 DE AGOSTO

ORLA

—Sé que es desagradable, pero no tenemos otra cosa. —Orla le dedicó una sonrisa de disculpa al paciente al que le estaba dando la sopa aguada que Magda había improvisado con la cebada de la fábrica de cerveza—. Escupe las cáscaras.

—Todos somos cáscaras —se lamentó el joven—. El mundo nos ha escupido.

Orla le dio la razón mentalmente, pero ¿de qué servía ser negativo?

—Mi hermana me ha dicho que los británicos volverán a enviar aviones —dijo en tono animado.

Era cierto, a pesar de que Hana lo había dicho en un tono sombrío y teñido de pena por el piloto que no iba a volar. A decir verdad, Orla apenas recordaba a Emil Andrysiak. Tenía solo trece años cuando él había tenido que huir de Varsovia, al principio de la guerra, y en aquella época estaba demasiado ocupada en sus propios asuntos para prestar mucha atención al prometido de su hermana mayor. Recordaba con vaguedad a un hombre alto de pelo moreno, con un bigote cuidado y unos ojos castaños que brillaban siempre que miraba a su hermana, aunque el recuerdo de cómo brillaban los de Hana al devolverle la mirada era más vívido. Por aquel entonces, Orla y sus amigas habían hecho sus primeras incursiones en las novelas románticas, de modo que, cuando Hana

se prometió, había sido como si una de sus historias preferidas hubiera cobrado vida. Y ahora había terminado.

—¿Traerán munición los británicos? —preguntó el soldado con entusiasmo apoyándose en el codo para incorporarse, aunque su brazo izquierdo había quedado tan destrozado que jamás volvería a sostener un arma.

—Espero que traigan comida —contestó Orla—. Y ahora, toma un poco más sopa.

Él refunfuñó, pero dejó que ella le diera otra cucharada del rudimentario caldo. Los hombres lo llamaban *plujka*, «sopa de escupitajos», debido a las innumerables cáscaras, pero no había tiempo para tamizarlas antes de servirla y, además, si las masticabas se volvía un poco más sustanciosa o, al menos, te permitía distraerte durante más rato de lo vacío que tenías el estómago.

Agosto casi había terminado, pero el levantamiento no. Orla recordaba el esperanzador comienzo, cuando todos pensaban que bastaba con que sus alegres barricadas resistieran tres o cuatro días antes de que los rusos llegaran y sellaran su liberación. Desde entonces había pasado ya un mes y los rusos seguían de brazos cruzados, después de haber abandonado su cacareado plan de arrasar Berlín para, en cambio, contemplar cómo ardían los polacos. Orla siempre procuraba no odiar a nadie, pero en aquellas circunstancias le resultaba difícil.

—Muy pronto nos iremos todos a Śródmieście —le dijo al soldado —, y por lo que me han dicho, allí todo es normal. Hasta tienen cafeterías y restaurantes.

—¿Con una sopa mejor que esta?

—No puede ser mucho peor.

Él soltó una risita, pero luego meneó la cabeza mientras miraba su brazo roto.

—A los zoquetes inútiles como a mí no nos evacuarán, ¿verdad? Me dejarán aquí y los nazis acabarán conmigo.

—Por lo que tengo entendido, evacuarán a todos los miembros del AK que puedan caminar.

—¿De verdad? —Al joven se le iluminaron los ojos—. Está bien, enfermera, déjame bajar de esta cama.

—No hasta que te comas la sopa —dijo ella con severidad.

Él dejó escapar un suspiro, pero abrió obedientemente la boca para que Orla introdujera la siguiente cucharada. La joven volvió la cabeza al escuchar una carcajada alegre procedente de la cocina y sonrió al ver a Nella riendo mientras Magda jugaba a hacerle caras escondiéndose detrás de una sartén. La niña estaba tan delgada como todos los demás, pero eso no le quitaba la alegría y Orla daba gracias a Dios un centenar de veces al día por haber evitado que la dejara en el orfanato.

La noche anterior, Hana había llevado al Consejo Nacional por las alcantarillas y había regresado agotada pero triunfal. De los cuarenta hombres que lo componían, entre ellos el delegado del gobierno, algunos tenían más de sesenta años, así que pedirles que recorrieran casi un kilómetro de túneles de un metro y medio de diámetro no había sido moco de pavo. Por lo visto, habían mostrado el valor que se esperaba de los hombres que habían liderado el levantamiento y todos habían completado el trayecto, lo cual era bueno, suponía Orla, pero ¿adónde habían llegado para que viajar agachado a través de la oscuridad, metido hasta las rodillas en excrementos humanos, se considerara una opción atractiva?

Se estremeció al pensar que ella también tendría que hacerlo, pero, como Stare Miasto se había convertido en un infierno de paredes que se desplomaban, no le quedaba otra. Los nazis habían superado el borde occidental del barrio y la casa de Babcia, ubicada en el extremo oriental, se encontraba ahora al alcance de sus malditos lanzacohetes. El día anterior se había desatado un enorme incendio en una majestuosa casa a dos puertas de la suya, y si el único hospital que quedaba en la zona se había salvado era gracias al pelotón de Bartek, que se había apresurado a derrumbar el edificio que quedaba entre ambos. Era solo cuestión de tiempo que los proyectiles los alcanzaran, y Orla había atendido a demasiadas personas que se retorcían de dolor por sus espantosas quemaduras

como para pensar en esa perspectiva con algo que no fuera un pánico total.

—Muy bien —dijo mientras el hombre terminaba valerosamente la sopa, tendido en una cama que se había convertido en un amasijo de cáscaras escupidas—. Vamos a dar una vuelta.

Él retiró las sábanas con júbilo y bajó las piernas por el borde la cama, pasando su brazo bueno por los hombros de Orla para tomar impulso y ponerse de pie. Al hacerlo, se tambaleó y parpadeó como loco mientras trataba de sobreponerse al mareo de estar de pie por primera vez en días, pero no tardó en recuperar el equilibro y dio un paso con firmeza.

—Bien —dijo Orla—. Eso está muy bien.

El soldado dio varios pasos más y ella lo acompañó, dándole palabras de ánimo y procurando no pensar en cómo narices se las iba a apañar el pobre para caminar por una alcantarilla. En ese momento vio aparecer a Eduard por la puerta y sintió que el corazón se le henchía, aunque enseguida se sintió mal porque eso significaba inevitablemente la llegada de un nuevo paciente al que tendrían que hacer sitio en una sala que estaba ya atestada. Aun así, el hecho de saber que estaba vivo y bien le daba esperanzas, y lo saludó con la mano para transmitirle su alivio por que se encontrara a salvo. Apenas habían tenido tiempo de hablar desde que ella había vuelto del orfanato con Nella y Orla no tenía ni idea de qué opinaba él al respecto, aunque en aquel momento tampoco importaba. Si no se concentraban en sobrevivir al presente, no habría futuro del que preocuparse.

—Creo que ya es suficiente —le dijo al paciente. Magda había entrado con un nuevo caldero de sopa y Orla tenía que ocuparse de servírsela a otros pacientes—. Vamos a darte la vuelta y… ¡Oh, no!

El mugido de mil demonios de los proyectiles del Kowa atravesó el aire y todo el mundo se quedó paralizado en medio de un silencio absoluto, a la espera de escuchar el sonido de los seis impactos mortales al cabo de unos segundos. La única que siguió hablando fue Nella, que por suerte no era consciente de la amenaza, y Orla se

emocionó con su balbuceo infantil antes de que un proyectil plateado atravesara la pared lateral con un tremendo estruendo y alcanzara el aparador preferido de Babcia, que estalló en una lluvia de astillas. Orla se arrojó al suelo junto con su paciente, sin oír apenas sus gritos agónicos por encima de los demás chillidos de dolor y alarma y el elocuente crepitar el fuego. Dos proyectiles más alcanzaron el edificio y sacudieron las paredes, que por el momento resistieron el impacto, aunque los obuses debían de estar impregnados de azufre, porque el fuego se propagó con rapidez. Las llamas lamían el suelo y se aferraban con avidez a los muebles de madera y las sábanas de algodón.

—¡Tenemos que salir! —gritó Orla en medio de un humo cada vez más denso.

Magda había caído derribada y su preciada sopa se había derramado sobre el suelo, apagando por un momento algunas llamas. Orla corrió para ayudarla a levantarse y la empujó hacia la puerta. Esta seguía en pie, pero el fuego había alcanzado el marco y no tenían mucho tiempo para cruzarla. Buscó frenéticamente con la mirada a Nella, pero no consiguió ver nada en medio del caos. Los pacientes que podían andar salían tambaleándose de la sala, con los brazos sobre la cabeza para protegerse de la violencia de las llamas que empezaban a consumir las vigas de madera del techo. El calor era insoportable y el humo se metió en los ojos y la garganta de Orla, que se subió la blusa para cubrirse la cara y parpadeó como una loca.

—¡Nella! ¡Eduard!

Se esforzó por recordar donde había visto por última vez a su chico. ¿Junto a la puerta? Sí, sin duda él la había saludado desde la puerta, pero ¿había entrado? ¿Había acabado aplastado bajo una de las vigas como tantos otros pacientes?

—Orla, tienes que salir de aquí.

Un hombre la agarró del brazo y Orla pensó que era él, pero cuando se inclinó sobre ella vio que se trataba de Bronisław.

—Eduard —gimió.

—Eduard sabe cuidar de sí mismo. Vamos.

—Pero Nella no —protestó ella, y en ese momento lo escuchó: el llanto de un bebé—. ¡Nella!

A su izquierda, una parte de la pared se había desplomado y parte del humo se escapaba por el hueco, aclarando un poco el aire, y eso permitió a Orla ver lo último que hubiera deseado ver: a la pequeña atrapada en su trona en medio de la cocina en llamas.

—Tengo que ir a buscarla. —Se agachó para tratar de entrar de nuevo, pero Bron la tenía sujeta con fuerza—. ¡Suéltame! ¡Tengo que ir a buscarla!

Orla se liberó y dio dos pasos para adentrarse en la sala. Todas las vigas estaban ardiendo y el calor era sofocante. Nella se hallaba a unos tres metros y Orla se obligó a seguir andando, pero entonces alguien la apartó de un empujón, entró en la cocina, cogió a la niña y a la trona con los brazos y se dio la vuelta, tosiendo y escupiendo.

—¡Eduard!

—¡Sal de aquí!

El joven se abalanzó en su dirección con la mirada desorbitada y Orla hizo lo que le pedía: cruzó la puerta a la carrera y salió a la calle dando traspiés para dejarle espacio para escapar. Esperó durante uno, dos, tres segundos que se le hicieron interminables, hasta que, por fin, él irrumpió a través del marco de la puerta y cayó en sus brazos, tambaleándose. Jadeaba y le costaba respirar, y Nella gimoteaba a punto de echarse a llorar, pero Orla nunca había escuchado un sonido más dulce, porque significaba que los dos estaban allí. Que estaban vivos.

—Ay, Eduard, la has salvado. —Orla cogió a la pequeña de la trona humeante, la abrazó con fuerza y luego levantó la cabeza hacia el amado rostro del joven—. Has salvado a Nella.

—Pues claro —dijo él, mientras las rodeaba a las dos con sus brazos—. Es nuestra niña, ¿no?

Orla se echó a llorar.

—¿Nuestra?

—Sí. Bueno, si me aceptas. Si me dejas compartirla contigo. Si

me dejas compartir la vida contigo.

—¿Compartir la…? Ay, Eduard, claro que sí. Quiero decir que…, Eduard, ¿te encuentras bien?

Él la había soltado y había caído de rodillas, y Orla bajó la vista, espantada, preguntándose si estaba herido. ¿Se le habrían llenado los pulmones de humo?

—Orla Dąbrowska —dijo Eduard, y su voz no sonaba ronca. De hecho, sonaba perfectamente normal—. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

—Yo… —A Orla se le aceleró el corazón—. ¡Sí! Ah, Eduard, sí, sí…

—Moveos, chicos, rápido. Tenemos que alejarnos del edificio.

Un bombero del AK que iba de un lado a otro afanosamente levantó a Eduard del suelo sin miramientos, y Orla y él se alejaron a trompicones. Aunque habían interrumpido su gran momento, era por una buena razón. Al llegar a la plaza del final de la calle, se abrazaron mientras la hermosa casa de Babcia, que durante tanto tiempo había sido un refugio para la familia y mucha otra gente, se desplomaba consumida por el salvaje fuego. Orla vio que Bronisław atendía a Magda mientras un puñado de pacientes trémulos se sentaba sobre las montañas de escombros, y se le rompió el corazón al darse cuenta de que eran muy pocos los que habían sobrevivido. Pero entonces se acordó…

—¿Me acabas de pedir que me case contigo? —preguntó, volviéndose hacia Eduard.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Así es. ¿Y tú me has dicho que sí?

—¡Sí! —Orla corrió hacia Magda, arrastrando a Eduard tras ella—. ¡Nos vamos a casar, Mama!

—Alabado sea Dios. —Magda la abrazó y luego le dio a Eduard dos sonoros besos en las mejillas—. Bienvenido a la familia, muchacho. Ahora eres un Dąbrowski.

—Bueno, técnicamente Orla se apellidará… —empezó a decir él, pero se interrumpió con una sonrisa—. Nada me haría más feliz que ser un Dąbrowski, ¿verdad, Nella?

Cogió a la niña de brazos de Orla y la levantó hacia el cielo, mientras Magda aplaudía con regocijo. Hana y Zuzi aparecieron corriendo por la calle, mientras contemplaban el edificio en llamas, horrorizadas. Orla las saludó.

—¡Aquí! —exclamó con voz ronca pero firme—. Estamos aquí, a salvo. ¡Y vamos a casarnos!

En cuanto sus hermanas llegaron a su lado se fundieron todas en un abrazo lleno de amor, con Eduard atrapado entre ellas y feliz de estar ahí. Orla se había quedado en la calle, sin casa, sin comida y sin ropa, pero nunca había sido tan feliz. Solo esperaba que esa felicidad durara.

TERCERA PARTE

Nos preocupa la impresión que causará en la opinión mundial el hecho de abandonar a su suerte a los guerreros que luchan contra los nazis en Varsovia. Creemos que nosotros tres deberíamos hacer todo lo posible para rescatar al mayor número posible de patriotas. Esperamos que haga llegar por aire de inmediato provisiones y munición a los patriotas polacos de Varsovia o, en caso contrario, que acceda a proporcionar ayuda a nuestros aviones para que lo hagan cuanto antes. Esperamos que dé su aprobación. El factor tiempo es de suma importancia.

MENSAJE URGENTE DE ALTO SECRETO
DEL PRESIDENTE ROOSEVELT Y EL SEÑOR CHURCHILL
AL MARISCAL STALIN 20 DE AGOSTO DE 1944

TREINTA Y DOS

4 DE SEPTIEMBRE DE 1944

ZUZI

Incómoda, Zuzi se tiró de la falda del vestido que su madre la había obligado a ponerse. Después de pasarse un mes vestida con los pantalones y la guerrera del AK, se sentía rara, pero debía reconocer que la sensación no era desagradable. Además, hasta ella entendía que no era de recibo que una dama de honor se presentara con un uniforme desaliñado, y el mero hecho de encontrarse allí, libres de vestirse con sus mejores galas y acompañar a Orla al altar, era motivo de celebración.

Tres días atrás, la familia había huido de Stare Miasto a través del alcantarillado junto con el resto del AK. Había sido una noche de terror. Habían tenido que dividirse en grupos de cincuenta personas y apiñarse en callejones, acompañados por la guía, o *kanalarki*, como todo el mundo las llamaba ya, designada para cada uno, a la espera de que los soldados del AK que rodeaban la boca del alcantarillado de la plaza Krasinski les dieran la señal para avanzar. Habían rodeado la boca de altos muros hechos con sacos de arena para protegerla de los francotiradores nazis del Jardín Sajón, y la vigilaban con ferocidad para evitar una avalancha de civiles. Se había establecido un rígido sistema de acceso que solo permitía bajar a los miembros del AK y el personal auxiliar, pero toda la familia de Zuzi había logrado entrar.

Hana, su *kanalarki* personal, había obtenido un pase para Magda

como cocinera esencial, y nadie habría tenido el valor de negarle el acceso a Nella, abrazada al amplio pecho de Eduard y cubierta con un paño de altar rescatado de una iglesia bombardeada. La niña había sido tal vez la más afortunada de todos porque la noche antes de su huida los Stuka habían atacado el convento de las Hermanas del Sacramento, arrojando sus bombas en el centro de la iglesia mientras las monjas acompañaban en oración a las muchas personas de Stare Miasto que se habían quedado sin casa. Su hermosa iglesia se había desplomado sobre sí misma y pocos habían escapado con vida.

«Dios me dijo que me quedara a Nella», había dicho Orla, temblorosa.

«Y tú fuiste lo bastante lista como para escucharlo —le había contestado Eduard con cariño—. Somos muy muy afortunados».

Ya fuera por la bendición de Dios o por pura suerte, algo de lo que Zuzi no estaba segura, el caso era que las Dąbrowska habían rezado con tristeza por los miles de ciudadanos y soldados heridos del AK que habían quedado atrás. Hana les había contado que los Aliados habían escrito a Bór para informarlo de que por fin se había otorgado a los miembros del AK el estatus de combatientes, lo cual significaba que los alemanes tenían que hacerlos prisioneros con honor en tanto que soldados, en lugar de abatirlos a tiros como meros espías. Tal vez no fuera un gran logro, sobre todo porque a las peores unidades de la SS las habían movilizado lejos de la ciudad y la Wehrmacht volvía a ejercer el control en diversas zonas. Seguían siendo nazis, por lo que nadie se fiaba un pelo de ellos, pero al menos tenían cierta idea del orden militar y el AK esperaba que trataran con humanidad a la gente que se había quedado en Stare Miasto.

Zuzi debía reconocer que en un momento dado, a mitad de camino por el conducto del alcantarillado, con el hedor a residuos humanos mezclado con el penetrante hedor del miedo, casi había deseado que los varsovianos se rindieran. Mientras el lamento de alguien que había perdido la cabeza resonaba por los túneles

habitados por ratas, había pensado que un campo de trabajo, aunque fuera nazi, sería mejor que aquello. Pero luego había seguido adelante, con una mano aferrada a la cuerda asegurada a los ladrillos y la otra sobre el hombro de la persona de delante, y cuando la alcantarilla los había escupido al mundo exterior se habían encontrado con un milagro.

La vida en Śródmieście, por increíble que pareciera, seguía siendo tan normal como cuando Zuzi se había desplazado allí para tomar la Central Telefónica. Sí, tenían que compartir casa con otras tres familias, pero disponían de un dormitorio propio y a Magda le habían dejado usar la cocina para la nueva Piekarnia Dąbrowska. No estaba a la altura de la panadería original, ni siquiera de la versión que había creado en el elegante comedor de Babcia, pero aquí tenían harina e incluso azúcar y pasas, y Magda se sentía como pez en el agua horneando pan para los miles de personas que abarrotaban la zona. Hasta la iglesia en la que Orla y Eduard iban a pronunciar sus votos estaba intacta.

Cuando sonó el órgano, Orla se cogió del brazo de Jacob y, sin vacilación alguna, cruzó la puerta y echó a andar por el pasillo, de modo que Zuzi y Hana tuvieron que apurarse para seguirle el paso. Jacob caminaba con orgullo, con la espalda erguida y el brazo firme para Orla. Había conseguido un uniforme completo a juego con su casco, y en aquel momento se parecía tanto a su padre que Zuzi tuvo que apoyarse en el respaldo de un banco para no perder el equilibrio.

—Kaczper —murmuró Magda mientras se acercaban.

Era evidente que ella también se había dado cuenta, pero entonces Jacob se adentró en una zona bañada por la tenue luz de colores que entraba por la vidriera, todavía intacta, y Magda se secó una lágrima y sonrió a su hijo para darle ánimos.

Hana se adelantó para pasar un brazo por la cintura de su madre y Zuzi se sintió culpable de que no se le hubiera ocurrido a ella. Se parecía demasiado a su abuela, ese era el problema. Kamilla creía que mostrar emociones era algo vulgar y Zuzi estaba totalmente de

acuerdo, pero, Dios, cómo deseaba que su abuela pudiera estar allí con ellos. Habría sido muy feliz al ver a toda la familia unida junto al altar.

A Zuzi le habría gustado traer al menos la cruz de plata para bendecir aquella ocasión familiar. La habían encontrado asomando entre los escombros de la casa de Babcia Kamilla después de que el viento apagara finalmente las llamas y, aunque habían estado a punto de cogerla para guardarla como recuerdo, al final habían decidido que era mejor dejarla donde estaba para que montara guardia sobre su dueña, enterrada en el jardín, y que nadie pudiera olvidar a Babcia por mucho que lo intentara. Aun así, la ausencia de su abuela en la iglesia era tan dolorosa como la de su padre, y Zuzi tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para reprimir el llanto, tal como habría querido Babcia.

Alzó la vista hacia las ventanas de la bonita cúpula del techo, con la esperanza de que su abuela los estuviera mirando desde el cielo y pudiera compartir su felicidad, y luego se volvió de nuevo hacia Orla y contempló maravillada cómo su hermana pequeña llegaba junto a Eduard y le dedicaba una sonrisa radiante. Estaba preciosa. El sencillo vestido blanco prestado por una amable ciudadana le quedaba como un guante, pero lo que la hacía resplandecer de verdad era el fulgor de la felicidad. Zuzi observó fascinada el júbilo con el que Orla incluía a la pequeña Nella —que sonreía en brazos de Magda—, y se asombró por la facilidad y la rapidez con la que su hermana era capaz de entregarse a otro ser humano sin miedo aparente a perder su independencia.

«¿Y sí acabas por darte cuenta de que él no te gusta?», le había preguntado a Orla la noche anterior.

«Estoy segura de que habrá días en que me sienta así —había contestado su hermana sin pensárselo—, pero siempre lo amaré, así que ya encontraremos la manera de solucionarlo».

Su confianza era tan ciega que Zuzi tuvo que reconocer que le daba cierta envidia.

«Pero ¿cómo lo sabes?», había preguntado.

Orla se había reído y le había dado un beso.

«Es fácil, boba. Porque eso es lo mismo que me pasa contigo y con Hana».

«Pero a nosotras no nos elegiste».

«Tengo muchas más posibilidades de hacer que las cosas funcionen con alguien a quien he elegido».

Su seguridad era tan adorable que Zuzi no había sido capaz de seguir insistiendo ni de preguntarle cómo sabía que había escogido bien o —quizá más importante— cómo lo sabía la otra persona. Suponía que Orla, con su carácter dulce, no tenía que preocuparse por esas cosas, porque ¿quién iba a cansarse de una vida con ella? Zuzi, en cambio… Tenía la desagradable sensación de que cualquier hombre que acabara conociéndola de verdad huiría despavorido.

Miró hacia los bancos del otro lado del pasillo y vio a Bronisław, guapísimo con un traje prestado. Desde que Zuzi lo conocía, era la primera vez que su ropa no estaba manchada con la sangre de otra persona. Él pareció percibir su mirada, porque se volvió hacia ella y se la devolvió, de una manera que despertó en ella el deseo de apartar a empujones a toda la gente que se interponía entre ellos y arrojarse sobre él. Pero eso habría sido de lo más indecoroso y, además, Zuzi no era como su hermana. Ella tenía cosas más importantes que hacer que perderse en los brazos de un hombre…, aunque en aquel momento no fuera capaz de recordar cuáles eran, por más que lo intentara.

—Eduard y Orla, ¿habéis venido hoy aquí para uniros en santo matrimonio sin coacciones, libre e incondicionalmente? —preguntó el sacerdote.

—Sí —contestaron los dos al unísono.

Su entusiasmo desató una risa jubilosa entre los asistentes. Había pocas cosas por las que alegrarse en Varsovia en ese momento y aquellas dos personas que se miraban con tanto amor eran una rareza que había que atesorar. Las puertas de la iglesia se habían dejado abiertas para que entrara la luz de aquel día de finales de verano y, aunque el servicio había empezado con la única

presencia de aquellos familiares y amigos que habían logrado salir de Stare Miasto, más gente se había sumado a la ceremonia y ocupaba los bancos del fondo, deseosa de participar en aquella dichosa ocasión. Cuando el sacerdote declaró a Eduard y Orla marido y mujer, un clamor de aprobación recorrió los bancos y sobresaltó a los recién casados, que dejaron de mirarse uno al otro y se volvieron con expresión cómica hacia el grupo de gente que vitoreaba su amor.

—Gracias —dijo Orla, mientras un rubor encantador teñía sus mejillas—. Muchas gracias.

Luego miró a Eduard, que ahuecó sus grandes manos sobre su mentón con un gesto tierno antes de besarla, lo que desató una nueva oleada de aplausos.

—¡Tres vivas por los novios! —gritó Szymon Ancel, y todo el mundo cumplió.

Aquella tarde, Szymon había dejado de lado sus deberes con el AK para acompañar a Jacob a la iglesia. También había aprovechado para llevar a su mujer y sus hijas, y los cuatro se hallaban sentados felizmente en un banco. A pesar de ser judíos, el amor era el amor en cualquier religión, y parecían tan encantados como los demás de participar en la feliz ceremonia. Ver cómo los padres se abrazaban mientras Tasha y Amelia se peleaban por disfrutar de la mejor vista era como contemplar un recordatorio de tiempos mejores, de la vida normal que los varsovianos se habían sublevado para recuperar y que cada vez parecía alejarse más en el horizonte. Zuzi sonrió al mirarlos.

Los alemanes estaban ocupados tomando Stare Miasto, pero los refugiados procedentes de esa zona tenían claro que no tardarían en atacar también Śródmieście, motivo por el que el AK se estaba reagrupando a un ritmo frenético. La noche anterior, los aviones británicos habían surcado los cielos de la ciudad y, aunque Hana no se había ofrecido voluntaria para alumbrarles el camino, se había quedado con Zuzi junto a la ventana de su casa prestada y había observado los innumerables paracaídas que se abrían como medusas

aéreas, así como la parte inferior de todos los fuselajes. No había visto ninguna violeta, pero se había negado a llorar.

«Sabía que no vendría —había dicho con frialdad—. Sé que está muerto. Vi cómo su avión se estrellaba en el Vístula, y nadie podría sobrevivir a algo así».

Sin embargo, Zuzi sabía que su hermana mayor había albergado la vana esperanza de que los nuevos aviones trajeran consigo un milagro y le había dolido que no fuera así. A decir verdad, el amor solo producía dolor. Zuzi paseó una vez más la mirada por la iglesia y se encontró, de nuevo, con la mirada de Bronisław. Mientras Orla y Eduard se separaban con una expresión tímida en sus resplandecientes rostros, Zuzi recordó lo que había sentido al besar al médico; cómo, al abrazarlo, su cuerpo entero había cobrado vida. Luego recordó el grito de dolor de Kamilla que los había separado con brusquedad y se avergonzó de sí misma. Lo que ella sentía por Bron, fuera lo que fuese, no tenía nada que ver con el amor puro y genuino que había entre Orla y Eduard. Dios lo sabía y por eso la había castigado llevándose a Babcia cuando se habían besado.

Al apartar la mirada de la pareja, vio que detrás de Bron se encontraba su padre, Bartek. Como muchos de los presentes, iba vestido con el uniforme, listo para retomar sus responsabilidades cuando terminara el banquete. Magda había dedicado los últimos días a hornear frenéticamente pequeñas exquisiteces con los ingredientes que le había ofrecido la gente con amabilidad, y ahora se hallaban colocadas en bandejas en la sacristía, junto con varias botellas de vino de muy buen aspecto que, allí en Śródmieście, la gente todavía bebía, en lugar de echarlo sobre las heridas abiertas. Al pasear por las calles, Zuzi envidiaba a aquellos varsovianos, cuya experiencia del levantamiento se limitaba a poco más que la inconveniencia de las barricadas, aunque al mismo tiempo rezaba para que todo continuara así hasta el final. Fuera cual fuera.

—¡Oremos!

La suave voz del sacerdote la sacó de sus inquietas reflexiones y la hizo agachar la cabeza, obediente, mientras él pedía la bendición

de Dios para la pareja, sus familias y toda Varsovia.

—Os presento al señor y la señora Dąbrowski.

Los asistentes lanzaron más vítores de júbilo, pero Zuzi y Hana intercambiaron una mirada de asombro.

—Dąbrowski —le susurró Zuzi a Orla, que le guiñó el ojo con alegría.

—No soy tan tonta como pensabas, ¿eh, Zuzi?

—Yo no pensaba que… Quiero decir que no pienso… Pero… ¿él va a adoptar tu apellido?

Eduard miró en su dirección.

—Es un buen apellido —dijo, y miró a su alrededor, avergonzado, antes de añadir—: Y, en este momento, mejor que uno alemán.

Tenía su lógica. Eduard estaba tan implicado en el AK que Zuzi había olvidado que, aunque fuera contra su voluntad, el joven había entrado en Varsovia como parte del grupo de asesinos de la SS de Dirlewanger. Aun así, a Zuzi no le cabía en la cabeza que su marido adoptara su apellido, por mucho que ella lo amara. Eso no estaría bien, ¿no? Sería mucho más natural que ella se convirtiera en, por ejemplo, la señora Kamiński…

Chasqueó la lengua, contrariada consigo misma, y Hana y Orla la miraron con sorpresa.

—A mí me parece genial —dijo Hana.

—No, a mí también —se apresuró a contestar Zuzi—. Estupendo. Bienvenido a la familia, Eduard.

—Y Nella —dijo Orla con regocijo—. Ella también será una Dąbrowska.

Zuzi la abrazó. En el mundo de su hermana todo era muy sencillo, veía lo que quería, abría los brazos y lo aceptaba. Era simple y, tal vez, lo más sensato. Volvió a mirar a Bronisław, pero este estaba hablando con su padre y, en esta ocasión, no le devolvió la mirada. No pasaba nada; al fin y al cabo, tenía que cumplir con sus deberes como dama de honor. Suponía. Si lograba averiguar en qué consistían.

Una vez en la sacristía, cogió una fuente con pastas y las fue

ofreciendo con educación al improvisado grupo de invitados, ignorando la exagerada mirada de sorpresa de su madre. Sin embargo, la fuente se vació con rapidez y, al ir a buscar otra, alguien le cortó el paso.

—Estás muy guapa, Zuzi —dijo Bronisław.

Ella se ruborizó y se pasó la manos por el vestido prestado, aunque lo único que consiguió fue cubrirlo con las migas de la fuente de pastas vacía.

—Así que prefieres a las chicas que llevan faldas, ¿eh?

—Te prefiero a ti a cualquier otra chica, lleves lo que lleves.

—Ah. Gracias. Supongo.

—¿Cómo estás?

Su tono era serio, como casi siempre, y, aunque por lo general a Zuzi le gustaba, ese día sentía envidia de la sencilla felicidad de Orla y quería que las cosas fueran más livianas.

—Genial, gradas. Contenta de ver a mi hermana tan feliz.

—Claro. ¿Y tú? ¿Eres feliz, Zuzi?

Su preocupación la puso de los nervios.

—Creo que me puedo permitir estar contenta por Orla aunque sea por un día sin que nadie me recuerde mis miserias cotidianas, gracias.

Él se quedó desconcertado y, a decir verdad, la respuesta de Zuzi había sonado más brusca de lo que ella quería.

—Por supuesto que sí —dijo Bron—. Es solo que… he estado preocupado por ti desde que…, bueno, ya sabes…

—¿Desde que te besé? —lo desafió ella.

—Desde que nos besamos —la corrigió él con delicadeza—. Pero me refería más bien a la muerte de tu abuela.

—Ah. Sí. —Las lágrimas asomaron a los ojos de Zuzi, que odió a Bron por habérselas provocado—. Muchas gracias por recordarme algo tan triste en un día tan feliz.

Bronisław se quedó consternado.

—No era mi intención, Zuzi, de verdad. Siempre he pensado que es mejor hablar de los muertos para mantener vivo su recuerdo que

disimular nuestra pena, pero te pido disculpas si me he pasado de la raya.

Su observación era acertada, pero ese era el día de la familia de Zuzi y ella era quien debía hacer las observaciones. Si eran necesarias.

—No importa —dijo—. Y ahora, si me dejas, tengo que pasar las fuentes.

—Un trabajo importante.

—Lo es.

—Lo decía en serio.

Bron separó las manos en gesto de derrota y Zuzi se sintió mezquina. Su obligación era dar la bienvenida a sus invitados, no hacerlos sentir mal.

—Lo siento —dijo—. Soy una cascarrabias. Seguro que ahora ya no me prefieres a las demás chicas.

—Te equivocas. La pena es que tú no me prefieras a mí. —Frunció un poco el ceño, con los ojos oscuros clavados en ella—. Te dejo que disfrutes de la velada.

Empezó a alejarse y, cuando Zuzi extendió la mano para detenerlo, la fuente que aún sostenía chocó con la puerta de la vicaría y cayó al suelo, haciendo que todo el mundo se sobresaltase y la mirara. Alguien aplaudió, otros rieron y ella tuvo que escabullirse para evitar sus miradas. Cuando por fin se recompuso, Bronisław había desaparecido.

—Maldita sea —blasfemó, y enseguida echó un vistazo a la escultura de Jesucristo y añadió—: Perdón.

»¿Qué debería hacer? —susurró para sí misma.

—Ir tras él —fue la respuesta alta y clara que le dio Orla con su voz dulce.

Zuzi se alegró de que fuera ella, aunque le dio vergüenza que la hubiera pillado.

—¿Y perseguirlo? ¡Ni hablar!

—¿Por qué no?

—Podría pensar… Podría creer…

—¿Qué, que te gusta? ¿Y qué más da?

Zuzi estaba convencida de que sí importaba, pero era muy difícil rebatir el punto de vista de Orla sobre la vida, con su perfecta sencillez.

—Tú olvídate de todo esto —dijo con firmeza—, y ve a bailar con el novio, que es lo que toca ahora.

Hana, que se había acercado a ellas, aplaudió para mostrar su acuerdo.

—Por supuesto que sí. Y mira, esos dos hombres con tanto talento pueden poner la música.

Señaló a dos hombres mayores que se habían sumado a la boda de los Dąbrowski con sendos violines, que ahora sacaban con entusiasmo de sus fundas. Alguien retiró los bancos mientras ellos se situaban al pie del altar y empezaban a tocar una alegre melodía popular, que transformó la iglesia en un salón de baile con Orla y Eduard en el centro. Zuzi contempló asombrada la exuberante celebración. Hacía solo cuatro días aquel par había escapado por los pelos de un edificio en llamas, y ahora ahí estaban, disfrutando de su primer baile de casados en medio de una multitud entregada. Era un verdadero milagro.

El ritmo de la música le dio ganas de bailar y buscó a Bronisław con la mirada. Podía disculparse. Podía decirle que sí que lo prefería a los demás hombres. Al fin y al cabo, era verdad, y apenas podía considerarse una declaración de amor o un compromiso o cualquiera de esas cosas tan profundas. Al verlo cerca de la puerta, reunió el valor para acercarse a él, pero no había dado ni tres pasos cuando las luces se apagaron con un chasquido sonoro y espantosamente definitivo, sumiendo en la oscuridad la boda y a todos los invitados.

TREINTA Y TRES

ORLA

—¿Eduard?

Orla se aferró a su marido cuando las luces se apagaron y notó que sus brazos cariñosos y reconfortantes la rodeaban.

—No te preocupes, cariño. Seguro que es un fusible.

Orla dejó escapar una risa jovial al recordar una época en la que su único problema eran unos cables defectuosos, pero eso no mitigó su miedo a que se tratara de una nueva arma alemana y que una bomba estuviera a punto de poner fin con un rugido a su recién estrenado matrimonio antes de que pudieran consumarlo. Poco a poco, sin embargo, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y, a la luz de los últimos rayos de sol y de las dos grandes velas del altar, vio que todo el mundo estaba a salvo. No se oía el silbido de los Stuka ni el mugido de los Kowa ni el tableteo de las metralletas, tan solo el murmullo de las conversaciones de un centenar de invitados desconcertados.

La gente corrió afuera para ver qué pasaba, pero, al volver, informaron de que no parecía haber motivo de alarma. El sacerdote sacó más velas de un armario de la sacristía y la gente las encendió y las puso en candelabros, macetas y vasos por toda la iglesia, hasta que el espacio se llenó de destellos.

—Aún mejor que antes —dijo Eduard—. Bueno, ¿por dónde íbamos?

Hizo una seña a los violinistas, que cogieron sus instrumentos

para retomar sus melodías, pero apenas habían tocado cinco acordes cuando las puertas se abrieron y un soldado del AK irrumpió en la iglesia.

—¡Es la central eléctrica! ¡Los nazis han tomado la central eléctrica!

Orla hundió el rostro en el hombro de Eduard.

—¿No podrían haber esperado un día? —se lamentó.

—O no haberla tomado. Espero que no haya mucha gente herida.

Orla se sintió culpable de inmediato. Los valientes hombres del batallón Krybar habían hecho un heroico esfuerzo para conservar el control de la asediada central eléctrica y el ataque de los nazis debía de haberlos pillado agotados. Rezó para que Hana no se equivocara cuando decía que ahora los nazis debían tratar a los miembros del AK como prisioneros honorables, pero era una mala noticia para los varsovianos que quedaban en la ciudad. Incluso en la relativa paz de Śródmieście, la vida sería difícil sin electricidad, y lo peor era que debían suponer que el hecho de que los nazis hubieran tomado la central eléctrica significaba que estaban preparando otro ataque a gran escala. Los soldados del AK que hacía un momento bailaban alegres se dirigían ya hacia la puerta, y el banquete de boda se estaba disolviendo en la oscuridad.

Bartek se acercó para presentarles sus disculpas.

—Lo siento, pero el deber me llama.

—Hoy día el deber siempre llama —contestó Eduard con tristeza.

Bartek se inclinó hacia delante.

—A vosotros dos no, al menos esta noche. Y tampoco vais a necesitar mucha luz. —Le estrechó la mano a Eduard y le dio un beso en la mejilla a Orla—. Que Dios os bendiga a los dos.

Después de que se marchara, el Kapitan Szymon Ancel también se acercó a desearles felicidad antes de sumergirse en la noche, dejando a su mujer y sus hijas bailando en un corro silencioso.

—Lo nazis lo estropean todo —se lamentó Orla.

—No todo —contestó Eduard en un susurro ronco—. Todavía nos

tenemos el uno al otro. Y si el banquete ha terminado…

Orla se sonrojó, aunque no era una sensación desagradable, y, al mirar a los ojos de su marido, supo que él tenía razón. Ya tendrían tiempo de bailar cuando la guerra acabara. Esa noche era solo para ellos.

—Antes, voy a despedirme.

—Claro.

Una amable señora mayor les había dejado su piso, que no se hallaba muy lejos, para que pasaran la noche; un pequeño estudio con una cocinilla, dos sillas, una mesa minúscula y una gran cama.

«¡Perfecto!», había exclamado Magda con entusiasmo cuando habían ido a verlo el día anterior.

Luego, la señora y ella habían intercambiado una mirada picara que había obligado a Orla a escabullirse hasta la ventana para contemplar las vistas… o al menos fingir que lo hacía. En el camino de vuelta a su casa compartida, Magda le había explicado a Orla lo que ella denominaba «las verdades de la vida» en términos sencillos y llanos, cosa que había hecho que la explicación resultara bastante curiosa.

«¿No es un poco raro?», había preguntado Orla, tratando de encajar mentalmente todos aquellos ángulos.

«Un poco —había reconocido Magda—, pero eso forma parte de la diversión y todo cobra sentido cuando empiezas. No te preocupes, Orla, te vas a casar con un buen hombre que cuidará de ti. Tú solo tienes que decirle lo que te hace disfrutar».

Orla había dicho que lo haría, pero, a decir verdad, la conversación la había dejado más desconcertada que antes sobre la noche de bodas, a la que ahora estaba a punto de enfrentarse.

Hana fue la primera a la que encontró.

—Nos vamos, Han.

—¡Claro!

—No es por eso. —Se inclinó hacia su hermana mayor—. Cuando estabas…, bueno, prometida… —No era lo que había querido decir, e hizo una mueca—. Perdona, olvídalo. Lo siento, Han-Han, no debería

haber sacado el tema.

Hana le dio un beso.

—Tranquila. ¿Qué me querías preguntar?

—Solo si Mama te dio…, ya sabes, una «charla».

—¿Sobre sexo? —Orla miró a su alrededor, muerta de vergüenza, y Hana sonrió—. No llegamos a eso, pero yo no me preocuparía, Orla. Te gusta besarlo, ¿verdad?

—¡Mucho!

—En ese caso, todo irá bien. —Le dio un gran abrazo—. Hasta mañana. ¡Pásalo bien!

—Hasta mañana.

Hana la soltó en el momento en que Zuzi se acercaba dando brincos.

—¿Te vas a llevar al novio al catre, hermanita?

—¡Zuzi!

—¿Qué? Es la verdad, ¿no? ¿Estás preocupada? No lo estés. Babcia me dijo que es maravilloso.

—Ah, ¿sí? —preguntaron Orla y Hana al unísono con voz teñida por la emoción—. ¿Cuándo?

—Cuando nos quedamos atrapadas bajo los escombros. Me contó que a ella le encantaba hacerlo con Dziadek Aleksander y… —Miró a su alrededor antes de proseguir— que cuando Mama y Tata se casaron, ella se moría de ganas de irse a casa con él.

Las tres intercambiaron una mirada con cara de asco y luego estallaron en carcajadas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Magda, que había aparecido junto a ellas.

—Nada, Mama —logró articular Hana.

Zuzi no pudo evitar reír y Orla se le sumó, lo cual hizo que Hana se echara a reír también.

—¡Menudas estáis hechas! —exclamó Magda—. Parecéis un aquelarre de brujas. ¿Qué mosca os ha picado?

—Solo estamos contentas —dijo Orla.

—No tanto como lo estarás tú dentro de nada —contestó Magda,

y sus palabras desataron una nueva oleada de risas. Magda meneó la cabeza y levantó la barbilla de Nella, apoyada sobre su cadera con cara de felicidad—. Nadie tendría hijos si no fuera tan divertido, ¿no os parece? No os preocupéis, no tardaréis en averiguarlo.

—Yo no —dijo Hana—. No ahora que Emil ha muerto.

Magda la rodeó con el brazo.

—Ya habrá otros hombres, tesoro, cuando estés preparada.

—No. Lo único que me interesa ahora son los edificios.

—¿Edificios? —Magda entornó los ojos, pero fue lo bastante lista como para no insistir—. Está bien. Pero tú sí, Zuzi, dentro de poco…

—No tengo pensado dedicarle mi tiempo a ningún hombre en breve, gracias —soltó Zuzi.

Magda reprimió una sonrisa.

—Muy bien. Bueno, en ese caso, disfruta tú por todas, Orla.

—¡Mama!

Aquello era demasiado para Orla, que después de darles un beso se volvió para buscar a Jacob, que sin duda no la incomodaría con su conversación. Él apareció con paso apresurado y la levantó del suelo.

—Lo siento, Orla, pero me tengo que ir. El AK me necesita.

—Ten cuidado, Jacob.

—Lo tendré. Hasta el anochecer, ¿vale?

—Hasta el anochecer —contestaron todas al unísono.

Después de que el muchacho saliera disparado, Magda le dio un empujoncito a Orla en dirección a Eduard, y la joven se dio cuenta de que, en efecto, su matrimonio estaba a punto de empezar.

Eduard la tendió en la cama y se sentó a su lado mientras, desde las mesillas de noche, dos velas los alumbraban con una luz tenue y titilante.

—Mi preciosa mujer —dijo él, agachándose para besarla—. No me puedo creer que haya tenido la suerte de conocerte.

—Conocerme… y luego atarme a una escalera —lo pinchó ella

con dulzura.

Él suspiró.

—Tú me salvaste, Orla.

—No digas bobadas.

—No, lo digo en serio. Yo estaba enfadado, solo y confundido. No quería unirme al grupo de Dirlewanger, pero no nos dejaron elección, y era más fácil obedecer que enfrentarse a ellos y que te pegaran un tiro.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo Orla, tirando de él para darle otro beso—. Si no, ahora no estaríamos aquí.

Él se estremeció.

—Es cierto, pero podrían haberte matado como consecuencia de mis actos. A otras chicas las mataron. La ciudad está llena de hombres que se han quedado sin novia por culpa de tipos como yo.

—Por culpa de tipos como los de Dirlewanger —lo corrigió ella con delicadeza—. En esta guerra todos hemos hecho cosas reprobables.

—Tú no.

—Ah, ¿no? Cuando se declaró el incendio en casa de Babcia, ¿acaso salvé a las personas que tenía más cerca? No. Busqué a mi madre, a Nella y a ti. Quería poner a salvo a los míos.

—Eso es normal.

—También lo es querer salvar tu pellejo.

Él la besó de nuevo, con más pasión, y ella le correspondió con avidez.

—No me puedo creer que estés aquí conmigo, Orla. No me puedo creer que seas mía. Te prometo que te voy a hacer muy muy feliz.

—Y yo a ti —dijo ella, con los labios pegados a los de él.

Entonces enredó sus dedos en el pelo de Eduard para acercarlo a ella y él deslizó los suyos hacia los botones del vestido prestado de Orla, seguidos de cerca por sus labios, y Magda tenía razón, todo encajaba; encajaba de una manera tan maravillosa, espléndida y deliciosa que Orla pensó que quería repetir. Dos veces más sería lo

ideal. Eduard y ella se habían comprometido a pasar toda su vida juntos, pero, en una Varsovia sacudida por la guerra, nadie sabía cuánto iba a durar la vida, y Orla estaba decidida a exprimir al máximo cada minuto que se les concediera.

TREINTA Y CUATRO

18 DE SEPTIEMBRE

HANA

—Esto no os va a gustar —le dijo Hana a su familia—, pero es algo que he decidido que tengo que hacer.

Se esforzó por hablar en un tono tan resuelto y seguro como sus palabras porque, en efecto, era algo que tenía que hacer, lo cual no quería decir que le apeteciera ni que su familia lo fuera a aprobar. Estaban todos reunidos en la habitación que compartían, después de haberse despertado para afrontar un nuevo día en la vanguardia del levantamiento. Los únicos que no dormían con los demás eran Orla y Eduard, que habían construido su nidito matrimonial en un trastero del hospital improvisado calle abajo, a cuyo funcionamiento contribuían junto con Bronisław. Sin embargo, allí cabía poco más que un colchón, por lo que normalmente iban a la casa para comer, y en aquel momento acababan de llegar con tazas de té humeantes para todos.

En los días transcurridos desde su boda, se habían comportado como cachorros juguetones. A todas luces, a la hermana pequeña de Hana le sentaba bien el matrimonio y, aunque ella se alegraba de verlo, no podía negar que también le dolía, y mucho. Orla estaba viviendo la vida que le habría correspondido a ella, mientras que Hana se veía obligada a labrarse un nuevo futuro.

—Ayer subí a la torre Prudential —le contó a su familia.

—¿Cómo está? —preguntó Zuzi—. No entiendo cómo sigue en

pie con ese agujero dentro.

El otro día un Stuka la había alcanzado de lleno y ahora parecía que un monstruo mítico le hubiera dado un desagradable mordisco.

—Es por la superestructura de acero —explicó Hana—. Un diseño excelente.

—Fascinante —dijo Zuzi en tono burlón—. ¿Y la bandera de Babcia?

—Maltrecha, pero sigue ondeando.

—Como nosotros —apuntó Magda sabiamente—. Pero ¿por qué nos lo cuentas todo, Hana, tesoro?

Su madre la miraba con preocupación y, aunque Hana detestaba preocuparla, estaban en guerra y había que asumir riesgos.

—Os lo cuento porque, mientras estaba en el tejado, pude echar un vistazo a Varsovia, y debo decir que nuestra pobre ciudad no tiene buen aspecto.

Hana cerró los ojos y recordó la vista que le había desgarrado el corazón. Si había subido al tejado era solo porque el centinela del AK se había negado a subir su mensaje al pelotón estacionado allí. Habría preferido ahorrarse el penoso trayecto por la escalera, pero como la ciudad entera se hallaba sin electricidad, los ascensores no funcionaban, así que no le había quedado otra opción. Además, cuando el soldado se había puesto en pie para darle las gracias, Hana había visto que se apoyaba en un bastón y tenía la pierna escayolada, y lo había perdonado por su aparente pereza. En realidad, le había hecho ilusión poder subir a lo alto del primer edificio que habían tomado durante el levantamiento… hasta que había llegado arriba.

Varsovia se extendía a su alrededor arrasada y calcinada. Al norte, Żoliborz todavía estaba relativamente intacto, igual que Czerniaków al sur, pero Wola era un desierto y Stare Miasto, un montón de cenizas. Hasta el opulento Śródmieście tenía cicatrices preocupantes, y además se había convertido en el siguiente objetivo de los nazis. Desde allí arriba Hana había visto cómo transportaban los lanzacohetes Kowa, esas horribles armas de destrucción de seis

cañones, al Jardín Sajón en preparación del ataque, y se le había helado la sangre al pensar que su mugido letal iba a llenar de nuevo el aire.

—Vamos a tener que rendirnos —le dijo a su familia, obligándose a abrir los ojos y mirar a sus seres queridos, que constituían una vista mucho más agradable.

—Eso no es cierto —repuso Zuzi con rotundidad.

—Creo que sí —intervino Orla—. A la hermana María le han pedido que represente a la Cruz Roja en las negociaciones de un alto al fuego para liberar civiles.

Todas las miradas se clavaron en ella.

—¿De verdad? —preguntó Magda—. ¿Hay gente que quiere marcharse?

—Y tanto —contestó Orla—. Hay miles de personas que quieren salir.

—Los nazis las meterán en campos de trabajo.

—Tal vez, pero al menos no las bombardearán aquí. Tienen hambre, se han quedado sin casa y solo quieren huir.

—Lo entiendo —dijo Magda—. Pero hemos llegado tan lejos que es una pena dejar de luchar.

—No tenemos munición con la que luchar —intervino Jacob—. En la Central Telefónica nuestro batallón solo tiene balas para cargar un arma. Si los nazis vienen a por nosotros, estamos acabados.

—Pero los aviones aliados…

—Traerán más munición —convino él—, lo cual es genial, pero la realidad es que muy pocos de los paquetes caen en nuestros sectores. Es mejor que los dejen caer en Żoliborz, pero entonces la gente tiene que llevarlos por la noche a Śródmieście y es muy peligroso. Además, cada vez hay más aviones…

Se interrumpió, pero Hana terminó mentalmente la frase: «Abatidos». Si alguien lo sabía, era ella.

—Nuestra única esperanza es que vengan los estadounidenses —dijo.

—¿Y lo harán? —preguntó Zuzi con impaciencia.

—Según Bór, Churchill está presionando a Stalin para que les deje usar sus bases, pero él no para de poner excusas.

—¿Como cuáles? —se lamentó Orla—. No entiendo cómo le dejan que se salga con la suya. Se supone que es nuestro aliado.

—Es aliado de Gran Bretaña y Estados Unidos —la corrigió Hana con dulzura—. En realidad, nunca ha llegado a restablecer relaciones diplomáticas con Polonia y, por lo visto, ha denunciado el levantamiento. Dice que es una… una… —Tosió, pero su familia tenía que saber cuál era la situación—. Una empresa irreflexiva. Todos dejaron escapar un jadeo de indignación.

—Pero si él nos animó —protestó Magda—. En Radio Moscú nos dijeron que nos sublevaríamos. Nos dijeron que vendrían y que nosotros debíamos alzarnos a tiempo de abrirles las puertas de la ciudad.

—Por lo que parece, la memoria de Stalin es muy selectiva. Ahora llama «bandidos» a los miembros del AK y le dice al mundo que su ejército polaco comunista es el iónico que está liberando el país.

—¿Qué ejército polaco comunista? —Quiso saber Jacob.

—El que creó con los soldados que encarceló cuando invadió nuestro país al comienzo de la guerra. Ahora se ven forzados a marchar bajo la bandera soviética, o más bien a no marchar, porque están retenidos en la otra orilla del Vístula con los demás hasta que…

—Hasta que los polacos y los alemanes se destruyan mutuamente, y él pueda tomar la ciudad sin oposición —concluyó Eduard la frase en tono cansado—. Ese hombre no es aliado de nadie más que de sí mismo.

Todos intercambiaron miradas de desaliento. Habían crecido sabiendo que Polonia tenía enemigos en ambos lados, pero la publicitada alianza de Stalin con Occidente les había proporcionado una falsa sensación de seguridad.

—Estamos sentenciados —dijo Magda con tono débil.

Orla se adelantó para abrazarla.

—No si nos rendimos, Mama.

—Pero, entonces, todo lo que hemos hecho no habrá servido de nada.

Los Dąbrowska se quedaron ahí sentados mientras el té se enfriaba en las tazas y la terrible realidad de aquella paradoja se asentaba en sus mentes. Hana carraspeó.

—No podemos pensar así —dijo—. Tenemos que olvidar lo ocurrido hasta ahora y centrarnos en lo que podemos hacer en adelante. Y por eso… —Tragó saliva—, tengo que recuperar los mapas de la ciudad que los nazis nos robaron.

Los demás se quedaron mirándola.

—¿El qué? —preguntó Jacob.

—Los mapas de la ciudad. Tienen detalles minuciosos de todas las calles y casas, y dibujos de los edificios antiguos. Si queremos reconstruir Varsovia, los necesitamos.

Magda la miró con curiosidad.

—¿Los edificios antiguos, Hana? Creía que solo te gustaba lo nuevo. ¿No nos has dicho siempre que lo que nos hacía falta era el diseño moderno? Esta sería una oportunidad perfecta para aplicarlo.

Hana le dedicó una sonrisa.

—Sí que lo pensaba, pero nunca fue mi intención que desapareciera todo lo que habíamos construido antes. Bueno, tal vez una parte: los edificios feos y poco prácticos, pero no todo. Nuestra historia está escrita en los ladrillos de esta ciudad. Nuestro entorno ha forjado nuestra identidad como varsovianos, y nadie debería quitarnos eso —dijo en tono apasionado mientras los miraba. Desde que Agaton le había contado dónde se encontraban los mapas, apenas había pensado en otra cosa—. Los polacos deberían poder honrar la columna de Segismundo, o la Tumba del Soldado Desconocido. Deberían poder deleitarse con el Castillo Real y las bonitas casas de los mercaderes. Deberían poder caminar entre sus antepasados mientras crean nuevos caminos.

Se interrumpió. De repente le había entrado la timidez, pero entonces Zuzi se puso a aplaudir y, cuando el resto de la familia la

imitó, Hana se ruborizó y les pidió que pararan.

—¿Dónde están esos mapas? —preguntó Magda, nerviosa.

—En la universidad.

—¿La universidad en la que está destacada la guarnición de la Wehrmacht?

Hana asintió con expresión sombría.

—Pero me han dicho que los soldados se encuentran en los edificios principales. Los auxiliares, como el departamento de Historia, donde se guardan los mapas, tienen muy poca vigilancia.

—Pero ¿la tienen?

—Sí.

Magda se puso en pie de un salto.

—No tienes por qué hacerlo, Hana. No eres un soldado.

—Me acompañarán soldados. Bartek se ha ofrecido a ir, junto con su pelotón especializado.

—¿Y para qué te necesitan a ti?

—Porque soy una *kanalarki*, Mama; la que conoce las alcantarillas y puede guiarlos hasta allí.

Magda cerró los ojos y Hana la vio mover los labios en una oración silenciosa, pero enseguida los abrió de nuevo y miró en lo más hondo de los de Hana.

—Si crees que tienes que hacerlo, hija, ¿quién soy yo para impedírtelo? Pero, por favor, asegúrate de que también eres tú quien los hace volver sanos y salvos.

—Lo haré, Mama.

Su madre la cogió de los hombros y le dio un fuerte apretón.

—Porque tienes que entender, Hana —dijo con la voz teñida por la emoción—, que aunque la identidad de los varsovianos se haya forjado gracias a su entorno, la mía la has forjado tú. Tú, tus hermanas y tu hermano. Sí, soy panadera, pero solo porque tu padre… Tu padre ya no podía hornear. Por encima de todo, soy madre. Vosotros sois los monumentos de mi vida y no quiero que os derriben.

Magda se echó a llorar y todos la rodearon en un gran abrazo

colectivo, mientras Hana absorbía su amor como si fuera la sangre que corría por sus venas.

—Volveré —prometió, apartándose con suavidad.

Zuzi se colocó junto a ella.

—Y yo también.

—¿Qué dices?

Zuzi entrelazó su brazo con el de Hana.

—¿Te creías que iba a dejarte ir sola?

—Zuzi, no tienes por qué…

—Además, nunca se sabe cuándo vas a necesitar a una Minerki para que haga volar algo. Venga, Han-Han, vamos a buscar esos mapas.

Entraron por la boca del alcantarillado de la calle Krzyska. Aunque se hallaba a menos de trescientos metros de la universidad, podrían avanzar muy poco por el conducto principal antes de tener que adentrarse en el inexplorado laberinto de túneles secundarios. Rana abría el camino y sentía el peso de la responsabilidad por las vidas de los cinco soldados del AK que la acompañaban, por no hablar de su querida hermana. Agaton también debería haber ido con ellos, pero esa mañana un feo pedazo de metralla lo había alcanzado en la pierna derecha y habría sido una locura dejar la herida expuesta a la suciedad de las alcantarillas. Aunque había tratado de convencer a Hana de que esperaran, ambos sabían que los nazis podían irrumpir en Śródmieście en cualquier momento y ella le había asegurado que podía realizar el trayecto sola. Ahora solo tenía que demostrarlo.

No había planos de los conductos secundarios o, al menos, ellos no los tenían. Hana tendría que confiar en su brújula interna y los cálculos a los que Agaton y ella habían dedicado horas. Sabía cuántos pasos había que dar en cualquier combinación de direcciones para acceder a la boca que su colega recordaba, pero también sabía lo fácil que era desorientarse en la infinita oscuridad

de las alcantarillas, sobre todo en las más pequeñas.

—¿Tenéis vuestros palos? —le susurró a su reducido pelotón.

Todos los blandieron a la tenue luz de la linterna de Hana. Ella no había tenido que viajar por muchos de los túneles más pequeños hasta aquel momento, pero el trayecto entre Śródmieście y la orilla del río se usaba a diario y las *kanalarki* que lo recorrían le habían enseñado su técnica para avanzar a través de aquel infierno de un metro de altura. Consistía en clavar por delante un palo robusto para apoyar el peso, dar un salto de liebre para alcanzarlo y repetir la operación hasta llegar al destino. Al hacerlo, la nariz quedaba a escasos centímetros de las aguas residuales y, aunque se tardaba un rato en acostumbrarse, era la única manera de no resbalar. Además, ahora que no había agua ni electricidad, mucha gente arrojaba su orina y sus excrementos en agujeros abiertos en los escombros, en lugar de tirar de la cadena, de modo que el nivel de los residuos era bastante bajo.

Hana midió con meticulosidad los cincuenta pasos que Agaton y ella sabían que la separaban de la primera alcantarilla secundaria. Desde allí, debía dar unos treinta saltos hacia el este y setenta hacia el norte. En la calle habría sido muy sencillo, pero allí abajo debía intuir la dirección de los túneles y tenerla en cuenta. Su única esperanza era que el arquitecto británico que había diseñado el sistema en el siglo XIX hubiera apostado por una cuadrícula rígida siempre que fuera posible, porque así habría menos diagonales que dificultaran sus cálculos. En efecto, la primera alcantarilla secundaria se hallaba en un prometedor ángulo recto con respecto a la principal, así que Hana tomó una honda bocanada de aire acre y, tras plantar el palo, dio su primer salto en dirección este.

Veinte saltos después, la espalda le dolía y los muslos le escocían, y, por los resuellos que oía a su espalda, para los demás tampoco estaba siendo un camino de rosas. Distinguió la respiración de Zuzi, que se esforzaba por acompasarla para que no se notara que lo estaba pasando mal, y, aunque Bartek había escogido a los hombres más bajos de su pelotón, a estos debía de costarles aún

más avanzar. Hana no se podía permitir equivocarse y llevarlos más lejos de lo necesario. Cinco saltos más y allí, a su izquierda, había otro túnel en ángulo recto que se dirigía al norte. ¿Debía tomarlo, con la esperanza de encontrar otro más adelante que fuera hacia el este, o seguir adelante hasta conectar con otro que fuera hacia el norte? Intentó pensar. Solo tenía que dar treinta saltos en total hacia el este, así que lo mejor era girar hacia el norte.

—Por aquí —susurró, volviendo la cabeza.

Cuando apenas diez saltos más adelante encontraron una boca y pudieron erguir la espalda, Hana sintió cierto alivio.

—Buen trabajo, hermanita —susurró Zuzi.

Hana agradeció el apoyo y rezó por que su hermana no se equivocara. Mientras los demás se estiraban, dibujó el recorrido sobre la piel sudada de su mano mientras trataba de concentrarse. Agaton y ella habían pedido a todos con los que se encontraban que les dijeran la ubicación de las bocas del alcantarillado de la época feliz en la que se limitaban a caminar sobre ellas, en lugar de depender de ellas para conservar la vida. Muy pocas personas habían podido hacerlo, pero el día anterior habían encontrado a un ingeniero hidráulico que tenía conocimientos expertos sobre el tema y que, a pesar de no haber trabajado en los terrenos de la universidad, había identificado bocas cerca de ellos, en Królewska, Traugutta y Obozna. Según los cálculos mentales de Hana, en aquel momento se hallaban en Królewska, y el hecho de poder visualizar las calles que tenían encima la tranquilizó. Era capaz de hacerlo.

Tras seguir adelante, giró otra vez a la derecha y, casi enseguida, a la izquierda. No podían estar lejos, pero entonces se encontró con una encrucijada de cuatro alcantarillas que se extendían de modo tentador en todas direcciones, y la cabeza empezó a darle vueltas. Allí había más aguas residuales, lo cual sugería que la guarnición alemana seguía usando los retretes como si nada, y, aunque Hana estaba convencida de que se encontraban debajo de la universidad, el complejo era grande y no podían permitirse salir delante de la fachada delantera, donde estaría estacionado el grueso de los

soldados enemigos.

Se paró un momento. Los hombres que la seguían respiraban con dificultad, así que debía moverse con rapidez. Se miró la mano para comprobar los saltos aproximados que habían dado hacia el norte y el este, y se obligó a recordar los ángulos. Tenían que dar como máximo veinte saltos más hacia el norte, pero ¿cuál de los túneles iba hacia el norte? Los vapores que los rodeaban le habían alcanzado el cerebro y le costaba pensar con claridad, pero su instinto tiraba de ella hacia un conducto en concreto y, con la poca información de la que disponía, decidió seguirlo.

—Por aquí:

—Te seguimos —susurró Zuzi.

Hana agradeció una vez más el voto de confianza, pero el corazón se le salía del pecho mientras guiaba al grupo. Veinte saltos, veintiuno, veintidós. ¿Había calculado mal? ¿Tendría que hacerles dar media vuelta y probar otro túnel? Si era así, la maldecirían por ello.

Pero… ¡no!

Tres saltos más y notó la corriente de aire que señalaba que allí había una boca. Se adelantó con rapidez, miró los escalones metálicos que subían hasta la tapa circular y rezó por que fuera la correcta. Si su instinto le había fallado, tal vez estuviera a punto de llevarlos a todos a una muerte segura.

—¿Hemos llegado? —le preguntó Bartek.

—Eso espero.

Él le dio una palmada en el hombro.

—No importa donde estemos; nos las apañaremos. ¿Listos, chicos?

Los hombres asintieron y Hana se colocó junto a Zuzi para dejar pasar a Bartek, que subió por los escalones y puso la mano bajo la boca. Zuzi deslizó la mano en la de su hermana, como cuando eran pequeñas y se enfrentaban a algo desconocido, y Hana se la apretó con fuerza mientras Bartek levantaba un poco la tapa. Nadie le disparó.

—Es un buen comienzo —susurró Zuzi.

Bartek la abrió un poco más y asomó la cabeza.

—No hay moros en la costa —susurró hacia abajo—. Hay arbustos justo a la derecha. Salid haciendo el menor ruido posible e introducíos en ellos, de uno en uno. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

Bartek apartó la tapa, tomó impulso para salir y desapareció seguido de un hombre tras otro, hasta que el último indicó a las chicas que era su turno. A pesar de la humedad, la oscuridad y el hedor, de pronto la alcantarilla les pareció el lugar más seguro del mundo; sin embargo, Hana los había llevado hasta allí y ahora no podía vacilar. Se agarró al primer escalón metálico y empezó a subir, contenta de tener a Zuzi a su espalda.

Al salir, parpadeó bajo la luz de las estrellas, que le pareció deslumbrante, y avanzó agachada en dirección a los arbustos seguida de cerca por su hermana, mientras el último soldado del AK deslizaba la boca del alcantarillado para colocarla de nuevo en su sitio, como si nadie hubiera salido nunca por allí, y luego se reunía con el grupo.

—¿Estamos en el sitio correcto? —siseó Bartek.

Hana miró frenéticamente a su alrededor. El amigo de Agaton les había dibujado el departamento de Historia, pero, teniendo en cuenta que era profesor de Literatura Clásica, no de Bellas Artes, el boceto había sido aproximado. Aun así, en él se veían con claridad dos edificios en ángulo recto, y delante del grupo solo había uno. Hana se mordió el labio, pero entonces vio los escombros que cubrían el suelo a su izquierda y dedujo que el segundo edificio había sido bombardeado y alguien se había llevado los ladrillos para una barricada. Los caminos que se entrecruzaban en la fuente del centro seguían allí y a ambos lados de la gran puerta había sendas bolas de cemento, tal como les había indicado el profesor.

—Es el sitio correcto —confirmó con un suspiro de alivio.

—En ese caso, adelante.

No había señales evidentes de vida, así que Bartek les hizo señas

para que corrieran a través del patio y se agacharan a un lado u otro de la escalera. Hana tuvo la sensación de encontrarse en una película y se obligó a recordar que cualquier drama que se desarrollara allí sería a costa de su propia vida.

—¡Adelante! —siseó Bartek de nuevo.

Los soldados del AK subieron los escalones a la carrera, con Zuzi pisándoles los talones y tirando de Hana.

Las puertas no estaban cerradas con llave y, al irrumpir a través de ellas, se encontraron a dos guardias sentados y jugando a las cartas a la luz de una lámpara de gas. Ambos se pusieron en pie de un salto, pero, antes de que les diera tiempo de alertar a nadie, Bartek y su mano derecha se sacaron el cuchillo del cinto y les rajaron el cuello. Los guardias murieron al instante y se desplomaron sobre el suelo. Hana se quedó petrificada mientras contemplaba cómo su sangre se colaba entre los tablones de madera de roble, pero enseguida se recompuso.

—Por aquí.

Agaton había dicho que era el primer despacho a la derecha y, al coger el pomo, Hana descubrió que la puerta no estaba cerrada con llave, igual que la primera. Bartek la apartó de un codazo y entró antes que ella, pero la habitación estaba desierta y, tras entrar todos, cerraron la puerta a su espalda, agradecidos. Ahora era el turno de Hana, que corrió hacia el centro de la estancia, donde se encontraba el mueble con cajones que contenía los mapas. Zuzi la acompañó.

—¿Una carpeta de papel Manila? —preguntó su hermana en un susurro.

—Es lo más probable, pero coge todo lo que encuentres.

Abrieron los cajones lo más rápido posible, procurando no hacer ruido. Hana era muy consciente de los soldados del AK que patrullaban en un estado de tensión máxima para cubrir la puerta y los ventanales que daban al patio, así como la boca del alcantarillado que era su ruta de escape. No se veía un alma.

—¡Aquí!

Cogió una carpeta del segundo cajón y, al abrirla, la brillante luz blanca de la luna que se colaba por el cristal iluminó los mapas que Hana había visto por última vez cuando Marek se los había entregado a la Gestapo antes de morir. Le hizo una señal a Bartek con el pulgar alzado y se los metió en la mochila, junto con el resto del contenido del cajón y unas cuantas carpetas del de debajo. Le habría encantado registrar toda la habitación, pero tenía lo que había ido a buscar y no debía arriesgar sus vidas aún más.

—Podemos irnos.

Bartek asintió e indicó a sus soldados que se dirigieran a la puerta. El grupo se reunió a su espalda mientras él se asomaba con cautela, pero todo parecía estar en calma. Hana tenía el corazón desbocado. ¡Lo iban a lograr! Podría llevarle a Agaton sus mapas y, pasara lo que pasara en Varsovia, alguien sobreviviría y podría reconstruir la ciudad con al menos una impronta de su precioso pasado en la que basarse.

Se dirigieron en silencio a la puerta principal mientras Hana disfrutaba de la sensación de llevar el pesado paquete a su espalda y, después de entreabrirla, Bartek miró afuera y asintió con brevedad. En ese momento, sin embargo, se escuchó un grito procedente de un lado del edificio y, horrorizada, Hana vio a cuatro soldados nazis entrar en el patio. Uno de ellos señaló sus huellas, visibles en la hierba húmeda, y todos desenfundaron las pistolas y se dirigieron hacia la puerta tras la que se escondía el pequeño grupo de Hana.

TREINTA Y CINCO

ZUZI

Los cuatro soldados se acercaban a buen ritmo, con el águila plateada nazi de sus guerreras brillando a la luz de la luna y el dedo sobre el gatillo de sus Luger. Zuzi no tuvo tiempo de pensar antes de sacar una granada del cinto, tirar de la anilla, colocarse en el hueco de la puerta entreabierta y lanzarla directamente hacia ellos.

—Por Tata —susurró, mientras la granada volaba por el aire y estallaba al impactar en el suelo, justo entre los alemanes—. ¡Y por Babcia!

Uno de los hombres se desplomó, dos tropezaron y cayeron de lado, y el otro se agachó en una posición defensiva. Eso les dio todo el tiempo que necesitaban.

—¡Adelante! —instó Bartek a sus hombres.

Él mismo abrió el camino y le pegó un tiro al hombre agachado, mientras los otros soldados del AK mataban a los dos que se habían caído y uno corría hacia la boca de las alcantarillas y la abría para que todos pudieran meterse.

—¡Salta! —gritó alguien desde el túnel, y Zuzi vio unas manos que se alzaban hacia ella.

—Tú primero —le dijo ella a Hana.

Se oyó un grito y otros dos hombres aparecieron por la esquina del edificio. Bartek, que seguía haciendo guardia, disparó a uno, pero entonces Zuzi lo oyó maldecir porque se había quedado sin balas, así que cogió una granada.

—¡Vete! —le chilló a Hana, y se alegró al verla tomar impulso para saltar, pero en ese momento otra bala silbó en el aire y le llegó el turno a Hana de chillar.

Furiosa, Zuzi lanzó la granada, que alcanzó al nazi que se acercaba en el estómago y explotó en una espantosa lluvia de sangre y vísceras. Pese a las arcadas que la asaltaron, no había tiempo para lujos como vomitar, así que, tras comprobar que unas manos la esperaban en la boca de la alcantarilla, se arrojó por el hueco por el que su hermana había desaparecido a trompicones.

—Hana —jadeó—. ¿Dónde está Hana?

—Estoy aquí. —Zuzi nunca se había alegrado tanto de escuchar a su hermana mayor—. Estoy aquí, Zuzi. Estoy bien.

Por su voz no lo parecía, aunque lo mismo podía decirse de todos ellos. En aquel momento Bartek se introdujo por el hueco y aseguró la tapa sobre sus cabezas, pero sin duda no pasaría mucho tiempo antes de que llegaran más soldados, que no tardarían nada en averiguar por dónde habían escapado. Solo podían rezar para que los angostos túneles los disuadieran de seguirlos, aunque también dificultarían su propia huida.

—¿Estás herida? —le preguntó Zuzi a Hana en un jadeo.

—Solo tengo un rasguño; no es nada. Puedo sacarnos de aquí. Vamos.

Cogió uno de los bastones que habían dejado al pie de los escalones metálicos y emprendió la marcha. Zuzi, que la seguía de cerca, se preocupó al ver que su hermana caminaba torcida. Las viscosas y pringosas aguas residuales corrían con rapidez y, una vez dentro del túnel de un metro de diámetro, había que concentrarse mucho para mantenerse por encima. La cabeza de Hana se movía de un lado a otro de manera preocupante y, al llegar a la primera encrucijada, miró a su alrededor como si no tuviera ni idea de dónde estaba.

Zuzi le tocó la espalda.

—Hana, deja que vaya yo delante. Así podrás apoyarte en mí.

—Es mi trabajo —masculló Hana, tambaleándose un poco.

—Es nuestro trabajo —contestó Zuzi—. Yo iré delante y tú puedes indicarme qué camino debo tomar, ¿vale?

Hana apoyó una mano en la pared de ladrillos y, a la tenue luz de su linterna, Zuzi vio que tenía los dientes apretados.

—Sí —accedió con voz débil—. Gracias, Zuzi.

—Para eso están las hermanas —se limitó a contestar, adelantándola—. Apoya la mano en mi espalda y sigamos adelante.

Sintió que Hana tocaba su espalda, al principio con poca fuerza, pero con una presión mayor a medida que se abrían paso, centímetro a centímetro, por el siguiente túnel. En algún lugar detrás de ellos escucharon un ruido metálico y una voz alemana que resonaba por el conducto en un tono terroríficamente alto, así que apretaron el paso. Una granada estalló y la luz brilló en su dirección, pero por suerte habían girado ya y la metralla no podía alcanzarlos. Zuzi sabía que la detonación haría que las aguas se elevaran, así que se paró para prepararse para la ola y se alegró de haberlo hecho cuando Hana cayó sobre ella.

—¿Sigues ahí, Han-Han?

—Sigo aquí —contestó Hana con un hilo de voz.

—¿Dónde tienes el rasguño?

—En la pierna.

—¿Duele?

—Un poco.

Zuzi era capaz de detectar cuando alguien le quitaba importancia a algo que la tenía, y solo pudo elevar una oración a través de los túneles de ladrillo, de la tierra, de la calle que tuvieran encima y a Dios en el cielo para que protegiera a su hermana. Una bala nazi le había robado a Babcia y no pensaba dejar que pasara lo mismo con Hana.

—Vamos, cariño, ya falta poco. En realidad es igual que un paseo por el bosque, como cuando éramos niñas, ¿te acuerdas?

—¿Con el ciervo de Orla?

La voz de Hana tenía un preocupante tono de sonsonete, pero al menos hablaba.

—Así es. Nuestra pequeña cervatilla, siempre persiguiendo a esos hermosos animales.

Zuzi siguió avanzando lo más rápido posible. Había memorizado los giros durante el camino de ida y fue contando los pasos que quedaban hasta el siguiente. La explosión de otra granada levantó una nueva ola en las aguas residuales que los rodeaban, pero después los alemanes debieron ir a atender a sus muertos porque en la alcantarilla se hizo el silencio, roto solo por su trabajosa respiración y su absurda charla.

—Y tú, Han-Han, tú siempre buscabas esa cabaña. ¿Te acuerdas de la cabaña?

—¿La del pastor?

—La del pastor, sí, con las figuras talladas alrededor de la puerta. ¿Te acuerdas de las figuras?

—¿Había una de una oveja bailando?

Hana había empezado a arrastrar las palabras y se sujetaba a la espalda de su hermana casi como un peso muerto, y, aunque eso convertía cada salto en una pequeña odisea, Zuzi no tenía intención de parar.

—Así es. Nos encantaba esa oveja bailarina. Y había otra que hacía punto. ¿Te acuerdas de la que hacía punto, Hana?

Zuzi oyó que su voz se apagaba mientras se esforzaba por tomar aire.

—Lo estás haciendo genial —le dijo Bartek, que se encontraba detrás de Hana—. Lo vamos a conseguir; vamos a llevar a tu hermana a casa.

¡Casa! La palabra reverberó demencialmente por la alcantarilla. ¿Dónde estaba su casa? A aquellas alturas, ya habían derribado su hogar en dos ocasiones.

«Pero la familia sigue en pie —se dijo Zuzi con obstinación—. Incluida Hana».

No quería pensar en el efecto que tendría en la herida de su hermana la suciedad entre la que avanzaban. En las aguas fecales flotaban rocas y fragmentos rotos de quién sabía qué, y en varias

ocasiones escuchó un jadeo de dolor de Hana y siguió tirando de ella con todas las fibras de su ser.

Tras lo que le pareció una eternidad, llegaron a la boca en la que se habían parado a descansar a la ida y Zuzi se incorporó y cogió a Hana entre sus brazos para mirarla a los ojos. Lo que vio no le gustó. A su hermana le costaba enfocar la mirada y parecía hallarse perdida en un mundo al que solo ella tenía acceso, y al bajar la vista, Zuzi vio que la sangre le corría por la pierna y caía en las aguas residuales. Se volvió hacia Bartek con una expresión de pánico.

—Sigamos adelante —dijo él en tono tranquilizador—. Bron se ocupará de ella.

El nombre despertó en Zuzi un rayo de esperanza. Había visto a Bron extraer una bala del estómago de Babcia y sabía que, de no ser por el derrumbamiento del hospital, le habría salvado la vida. Se lo imaginó esperándola con paciencia junto a una mesa de operaciones y eso le dio fuerzas para seguir avanzando. Aunque sus sentimientos hacia aquel hombre eran confusos, confiaba plenamente en su habilidad como médico.

—Vamos, Han-Han —dijo—. Ya falta poco.

Bartek cogió la mochila que Hana llevaba a la espalda y la colocó sin dificultad sobre la suya, antes de sacarse una petaca del bolsillo y acercarla a los labios de la joven.

—Vodka de emergencia. Bebe.

Hana obedeció y abrió los ojos de par en par, desconcertada, aunque el alcohol le sirvió para centrarse de nuevo.

—¿Zuzi? —dijo, confundida—. ¿Qué haces aquí abajo?

—Llevarte a casa, cariño. Llevarte directa a casa. Vamos, un último esfuerzo.

Para recorrer el último de los pequeños túneles, según recordaba Zuzi, bastaban unos veinte saltos, pero tardaron lo que le pareció el doble de tiempo que a la ida. Aun con la ayuda de Bartek desde atrás, el peso de Hana era difícil de cargar, y Zuzi se sintió aliviada cuando alcanzaron la alcantarilla principal, que, gracias a su

diámetro de metro y medio, casi un lujo en comparación, les permitía avanzar prácticamente erguidos.

—Pásamela. —Bartek cogió en brazos a Hana, cuyo cuerpo seguía inmóvil y sangrando por una herida que Zuzi ni siquiera se atrevía a mirar—. Vamos.

Zuzi lo siguió con los ojos clavados en su hermana y, aunque todo su cuerpo gritaba de dolor, sus pies la obedecieron de manera automática. Se acordó del día en que Bartek se había llevado a Babcia Kamilla de la batalla del cementerio y rezó para que esta herida no terminara de la misma manera. Sí, habían conseguido los preciados mapas de Hana, pero ¿a qué precio? Mareada, Zuzi experimentó una sensación de claustrofobia en el angosto túnel y tuvo que apoyar las manos a ambos lados para no desvanecerse en la hedionda sustancia que corría entre sus piernas. Ruidos de disparos, explosiones de granada y gritos en alemán parecían acechar sus oídos y, al mirar a su alrededor, tan solo vio ladrillos, ladrillos y más ladrillos que se curvaban sobre ella y amenazaban con aplastarla.

Trastabilló.

—No puedo… —empezó, pero enseguida se interrumpió.

No solo podía, sino que tenía que hacerlo. Era ella quien había decidido ir y no pensaba fallarles a todos. Aun así, tenía las piernas como un flan y la oscuridad amenazaba con engullirla hasta que, de pronto, vio un círculo de luz sobre ella y, al escuchar voces que la instaban con amabilidad a subir, pensó que tal vez, después de todos sus esfuerzos por llevar a Hana de vuelta a casa, era ella la que había muerto y subido al cielo.

—No —gritó—. No quiero morir.

Pero entonces unos poderosos brazos la izaron y una suave brisa le besó el rostro, permitiéndole tomar una dulce y bendita bocanada de aire tras otra mientras buscaba el camino de vuelta a la vida.

¿Habría hecho Hana lo mismo?

—Zuzi. —Al enfocarla vista, se encontró con un apuesto rostro inclinado sobre ella—. Zuzi, dime algo.

—¡Bron! —Ella sonrió, extendió las manos y cogió las solapas de su bata blanca manchada—. Sálvala. Por favor, Bron, salva a mi hermana.

—Haré todo lo que esté en mi mano —le prometió él, aunque su tono era sombrío.

Al mirar a su alrededor, Zuzi vio a Hana tendida a su lado con un amasijo de carne y hueso en la espinilla, y temió que el duro viaje de vuelta a casa de su hermana apenas acabara de empezar.

TREINTA Y SEIS

ORLA

Orla se desprendió a regañadientes del abrazo de Eduard y estiró el cuerpo en el minúsculo cuartito de almacenaje que ahora era su hogar, deleitándose con los últimos minutos de su breve descanso antes de que comenzara el turno de noche. Al pie de su colchón había una caja de cartón que Nella usaba como cuna, aunque, si ambos tenían que trabajar, la niña se quedaba en la casa con Magda. Las panaderías, incluso las que funcionaban con dificultades, eran menos impredecibles que los hospitales, y Orla quería que Nella disfrutara de la mayor estabilidad posible, un propósito tal vez absurdo dada la funesta situación de Varsovia, pero un propósito al fin y al cabo.

—Supongo que tenemos que levantamos —le dijo a su marido, que extendió un brazo adormilado hacia ella.

—¿No podemos quedarnos aquí para siempre?

La idea era tentadora. A pesar de hallarse en un trastero, su cama de matrimonio había resultado tan deliciosa como su madre había prometido y, algunos días, Orla aborrecía cada minuto que pasaba fuera de ella. Sin embargo, estaban en guerra y no podían permitirse el lujo de una luna de miel. A veces, tendidos uno en brazos del otro después de un momento de pasión robado a sus obligaciones, Eduard le hablaba de los sitios a los que las llevaría a Nella y a ella cuando todo aquello terminara y, acurrucada junto a él mientras escuchaba sus descripciones de playas, montañas y casitas

en las colinas, Orla creía que ese día llegaría. Pero entonces alguien gritaba de dolor en el hospital y se veía arrastrada de nuevo a la realidad de la guerra y el sufrimiento.

«¿Por qué la gente no se conforma con lo que tiene?», se había lamentado en más de una ocasión.

«Algunas personas son codiciosas», era lo único que podía contestar Eduard.

En opinión de Orla, Hitler era el hombre más codicioso del mundo, quizá con la excepción de Stalin, y Polonia tenía la desgracia de encontrarse atrapada entre ambos. Siempre había sido así. Dejó que Eduard tirara de ella para darle otro beso, pero entonces escuchó el ruido de puertas al abrirse y alguien que llamaba a gritos a una enfermera.

—¡Orla! —se oyó a continuación, en voz más alta y urgente—. ¡Orla, por favor, ven enseguida!

—Zuzi —jadeó ella.

Tras ponerse en pie de un salto, cogió el vestido que descansaba sobre un lado de la cuna de Nella y se lo puso con torpeza, desgarrando el dobladillo con las prisas. Eduard también se había levantado y se había puesto los pantalones y la camisa para seguirla al hospital. La imagen con la que se encontró Orla fue la más horrible que había visto en su vida, incluso durante el último mes. Bartek cargaba con Hana precedido por Bronisław, que pedía a gritos que le hicieran sitio en la mesa de operaciones, y con una llorosa Zuzi a su lado. El cuerpo de Hana descansaba inerte sobre los fuertes brazos de Bartek, cubierto de suciedad —igual que el de él y el de Zuzi— y con las medias rotas, que dejaban a la vista una herida abierta en su pantorrilla izquierda. La carne estaba tan desgarrada que Orla vio el hueso de su hermana, que asomaba con una blancura enfermiza entre la porquería, y el brillo de una bala incrustada en él. Sintió que se mareaba, pero se apoyó un instante en Eduard para superar la sensación y hacer acopio de fuerzas para acercarse a sus hermanas.

—¿Qué ha pasado?

—Una bala —contestó Zuzi de manera sucinta—. Y luego una larguísima caminata por las alcantarillas. Creo que los escombros que flotan en las aguas le han magullado la pierna y se la han abierto.

Orla vio a qué se refería y corrió junto a la cabeza de Hana.

—¿Está viva? —Pegó una mano al pecho de su hermana mayor y notó el latido de su corazón—. Lo está. Gracias a Dios.

—¡Tata! —llamó Bron desde la mesa de operaciones—. Traedla enseguida. Y que alguien vaya a buscar agua, vino o… o cualquier clase de líquido. Tenemos que limpiarla lo mejor que podamos.

Orla asintió pero no pudo obligar a sus piernas a alejarse de Hana, y fue Zuzi la que corrió a coger un cubo y lo vació sin ceremonias sobre la pierna herida. Hana recuperó el sentido, sobresaltada, y miró a los ojos de Orla con una expresión de miedo.

—Orla. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Estás en el hospital, cariño —le explicó Orla, adoptando su bien ensayado tono de enfermera para tranquilizarla—. Tienes un corte feo en la pierna, pero Bron está aquí y vamos a curártelo. Pronto estarás bien, no te preocupes.

—Me duele —gimoteó Hana—. ¿Qué ha pasado?

—Te han disparado.

—En la universidad —intervino Zuzi—. ¿Te acuerdas? Los nazis han aparecido por la esquina y uno de esos cabrones te ha disparado cuando ibas a meterte en la alcantarilla.

Orla torció al gesto al imaginar a sus dos valientes y locas hermanas alejándose a trompicones del fuego enemigo.

—Los mapas —jadeó Hana—. ¿Los hemos podido sacar?

—Sí, sí. Bartek los lleva a la espalda.

—Qué bien. Qué… ¡Au! —Alguien había traído vino y Bronisław lo había arrojado sobre la herida en carne viva. Hana buscó a tientas la mano de Orla y se la agarró con fuerza—. Es grave, ¿verdad, Orls? Muy grave. Pero no me voy a morir, ¿no? No dejarás que me muera, ¿verdad?

—No dejaré que te mueras —le aseguró Orla con vehemencia.

Tal vez ella no fuera tan valiente, osada o atrevida como sus hermanas, pero podía cuidar y cuidaría de su familia con la ferocidad de una leona con su cachorro.

—¿Dónde está Mama? —gimoteó Hana—. Que alguien vaya a buscar a Mama.

—Yo iré —se ofreció Zuzi, y salió disparada hacia la puerta, dejando a Orla sola con su hermana herida.

Orla notó que el pánico empezaba a invadirla y miró a Bron.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó en voz lo más baja posible.

La mirada que él le dedicó le heló la sangre. Echó otro vistazo a la pierna de su hermana, pero había visto demasiadas heridas como aquella para dudar de lo que le quería decir Bronisław. No había manera de salvar la parte inferior de la pierna, de modo que la única opción era amputarla para proteger el resto. Pero Orla era incapaz de hacerlo. Si ya había estado a punto de desmayarse por sujetar la pierna de un desconocido, hacerlo con la de su hermana sería demasiado para ella.

—No —susurró.

Bron extendió el brazo y le dio un rápido apretón en la mano.

—No tienes que hacerlo, Orla. Lo entiendo.

—Yo ayudaré —se ofreció Eduard.

Pero, al escucharlo, Hana se aferró con más fuerza a la mano de su hermana.

—No te vayas, Orla. Tengo miedo.

Aterrorizada también, Orla miró a Hana. Era su hermana mayor, la más tranquila, segura y organizada. Zuzi era la hija alocada y Orla… Orla solo era Orla, la que se dedicaba a sus cosas con discreción, con la confianza de que sus hermanas mayores cuidarían de ella. Ahora, sin embargo, se habían cambiado las tomas. Hana necesitaba que Orla cuidara de ella, y no podía defraudarla.

—No me iré a ninguna parte —dijo, antes de erguir los hombros y mirar a Bronisław—. Puedo hacerlo —le dijo—. Por Hana.

Bronisław levantó la sierra, que parecía un monstruo infernal con la boca abierta. Las sienes de Orla se perlaron de sudor al pensar que iba a hincarla en el cuerpo de su hermana, pero Eduard se encontraba a su lado para secárselo con un pañuelo. Orla se concentró en su hermana mientras Bartek sacaba su petaca y la animaba a beber el vodka que quedaba. Hana estaba ahora espantosamente lúcida.

—¿Me la vais a cortar? —le preguntó a Orla, que se mordió el labio—. Puedes decírmelo. Al fin y al cabo, es solo una pierna.

—Media —la corrigió Orla.

—Espero que sea la mitad inferior —comentó Hana, en un tono un poco irracional.

Orla no estaba segura de si sus palabras se debían al dolor o al vodka, pero procuró sonreír igualmente.

—Te va a doler, Han-Han.

—Pero tú estarás aquí, ¿verdad? —El miedo volvió a cruzar el rostro de Hana—. ¿Estarás a mi lado?

—No me apartaré de ti.

—¿Preparada? —preguntó Bronisław.

Eduard también tenía que secar el sudor de la frente del joven médico y Orla sintió pena por Bron y la horrible tarea a la que se enfrentaba. Recordó el primer día del levantamiento, cuando todo había parecido ir tan bien y, de improviso, las puertas del hospital se habían abierto de par en par y se habían encontrado con su primera amputación. Aunque con el tiempo se había convertido en algo espantosamente habitual para el pobre Bron, eso no lo hacía más fácil. Y ahora era la querida hermana de Orla la que estaba en sus manos.

—Hazlo rápido —le suplicó Hana.

—Lo más rápido que pueda. Sujétala.

Orla respiró hondo, muy hondo, y colocó la mano sobre el muslo de su hermana. Hana estaba aferrada con fuerza a la otra, de modo

que fue Eduard el que procedió a inmovilizarle el pie.

—Ahora —dijo Bron, y hundió la sierra en la delgada pierna.

Hana gritó y Orla hizo presión sobre su muslo indinándose lo máximo posible sobre ella y mirándola a los ojos.

—Estoy aquí, Hana. No te dejaré. Enseguida acabará todo, te lo prometo.

Escuchó el raspar de la sierra, igual que había hecho el primer día del levantamiento, y notó la sangre que se derramaba sobre su mano. La primera vez se había quedado descolocada, pero ahora ya nada podía sorprenderla, aunque el hecho de que fuera su hermana la que tenía que someterse a la amputación era una pesadilla en sí misma.

—Te quiero, Han-Han —dijo.

Hana tenía los ojos desorbitados y dejaba escapar gemidos agudos de desesperación. Orla se agachó para besarle la cara y apartarle de la cara el pelo mojado con los labios, mientras la sujetaba con fuerza sobre la mesa de operaciones.

Y entonces todo terminó con un chasquido cuando la sierra cortó por completo el hueso y se clavó en la madera de la improvisada mesa de operaciones. Por suerte, Hana se había desmayado y, mientras Eduard se llevaba en silencio la extremidad, Bron se volvió hacia Orla.

—Voy a intentar cerrar la herida con ligaduras en lugar de cauterizarla. Hay un cirujano francés que emplea esa técnica con mucho éxito y he estado leyendo sobre el procedimiento. Tardaré más, pero es menos brutal.

—Gracias.

Orla tuvo que morderse con fuerza el labio para obligarse a permanecer junto a la mesa de operaciones, aunque al menos se libró del crepitar de la carne quemada que la había hecho vomitar la primera noche del levantamiento. Bronisław trabajó con lentitud y paciencia hasta terminar la operación y detener la hemorragia.

—Tenemos que vendarla.

Orla asintió y soltó su mano de la de Hana, que seguía

férreamente asida a ella a pesar de haber perdido el conocimiento, y luego cogió el dobladillo suelto de su vestido y rompió una larga tira del borde. Era la tela más limpia en la que podía pensar, aunque ni de lejos lo bastante limpia para su gusto. Al mirar la falda de Hana, empapada en aguas residuales, pensó horrorizada en todo lo que podía haber reptado dentro de su herida para instalarse en su carne e infectarla desde dentro.

—¡Malnacidos! —gritó hacia el techo—. Lo único que quería eran unos mapas y habéis tenido que hacerle esto. ¡Malnacidos! ¡Malnacidos!

Presa de la desesperación, Orla repitió una y otra vez el insulto, y Eduard tuvo que cogerle las manos y abrazarla con fuerza para que ella pudiera desahogar su rabia sobre su pecho.

—No ha muerto, Orla —dijo él con delicadeza—. Todavía está aquí, con nosotros, y tenemos que hacer todo lo posible para que siga siendo así.

Tenía razón, por supuesto. Maldecir a gritos a un enemigo indiferente no iba a servir de nada, así que Orla se alisó lo que quedaba de su vestido, cogió vino y su paño más limpio, y empezó a limpiar poco a poco y con meticulosidad hasta el último centímetro de la herida. Y, si sus lágrimas caían sobre ella sin parar, mejor que mejor, pues tal vez tuvieran la capacidad de curarla.

Justo cuando estaban vendando el muñón, Magda llegó con Zuzi y un asustado Jacob pisándoles los talones. Magda llevaba a Nella en brazos y Orla cogió a su hija adoptiva y la abrazó mientras Magda incorporaba a una Hana aún inerte y la apretaba con fuerza contra su busto.

—Mi niña; mi pobre niña.

Hana abrió débilmente los ojos y miró a su madre.

—Mama. —Le dedicó una media sonrisa antes de hacer una mueca de dolor—. Lo siento, Mama.

—¿Pero qué dices? No sientas nada, hija mía, solo sé fuerte, como siempre lo has sido. Estamos todos aquí contigo. —Los Dąbrowska se arremolinaron alrededor de la cama—. Te pondrás

bien, te recuperarás y construirás una nueva Varsovia para todos nosotros, lo sé.

—Si no nos matan antes —masculló Hana en tono pesimista.

Orla sintió que todas las miradas se clavaban en ella. Sin embargo, aunque sabía que por lo general era la que aportaba un rayo de esperanza en esas situaciones, en aquel momento tenía los ojos llenos de lágrimas y era incapaz de ver nada.

—No… —empezó, pero no encontró las palabras.

—¿Qué es eso? —preguntó Jacob mientras miraba hacia arriba, y Orla agradeció la interrupción.

—¿El qué? —dijo Eduard.

—Aviones —contestó Jacob—. Escuchad; oigo aviones.

Orla se esforzó por escuchar por encima del eco de los gritos de Hana que resonaban en su cabeza, y se dio cuenta de que su hermano tenía razón. Había motores en el cielo, pero su sonido no se parecía en nada al silbido de los Stuka, ni siquiera al zumbido constante de los Halifax británicos.

—¿Qué son? —preguntó, confundida.

Y fue entonces cuando Szymon Ancel irrumpió en el hospital.

—¡Los estadounidenses! —gritó—. ¡Por fin vienen los estadounidenses!

Tras salir corriendo a la calle, vieron un enjambre de enormes aviones que surcaban el cielo azul sobre Varsovia, como si Dios hubiera enviado una horda de ángeles plateados. De pie junto a Eduard, Orla miraba hacia arriba con asombro a medida que las aeronaves se acercaban. Los Liberator que durante tanto tiempo habían esperado eran inmensos y debía de haber al menos cincuenta, que volaban casi ala con ala y cubrían la ciudad con una agradable sombra.

—Es un milagro —murmuró Orla.

A su alrededor, la gente salía apresuradamente de sus casas, señalaba hacia arriba y vitoreaba y bailaba en las calles destrozadas

por la guerra. Nella, que estaba en brazos de Orla, levantó sus manitas hacia los ángeles plateados en un intento de tocar sus relucientes fuselajes. El sol destellaba en los aviones y, al acercarse, hasta pudieron distinguir a los pilotos que se asomaban por la ventana para saludar. Al final de la calle, detrás de la barricada, los alemanes se habían quedado petrificados mientras contemplaban el imponente despliegue, conscientes que de que sus minúsculas balas no tenían nada que hacer ante la robustez de los aeroplanos estadounidenses.

—¡Vienen a liberarnos! —gritó Szymon, y en efecto, los gigantescos aviones parecían anunciar la libertad.

—¿De verdad? —le preguntó Orla a Eduard—. ¿De verdad los Aliados han venido a salvarnos? ¿Lo hemos logrado?

Sintió que la alegría la inundaba y alejaba de sí el lúgubre miedo de la amputación de Hana, que había tenido lugar menos de una hora antes. Los estadounidenses llegaban con comida y medicamentos y, más emocionante aún, con tolerancia. Eran los más occidentales de los occidentales y, si habían venido a ayudar, sin duda Varsovia estaba salvada. Ellos echarían a los nazis fascistas de la ciudad e impedirían que los rusos les impusieran el comunismo, de modo que Polonia podría vivir con paz y libertad.

—¡Mirad! —gritó alguien, señalando emocionado al cielo con el dedo.

Todo el mundo lo hizo entre más vítores mientras las compuertas de las bombas de los primeros aviones se abrían y empezaban a arrojar paquetes, cuyos blancos paracaídas se abrían para que flotaran con suavidad por los aires antes de aterrizar en el suelo. Orla contempló con incredulidad aquel repentino cambio de la suerte de los varsovianos. Desde el comienzo del levantamiento, habían creído que todo el mundo se había olvidado de ellos cuando, en realidad, los Aliados habían estado haciendo todo lo posible para llegar hasta su ciudad; y ahora estaban allí.

Magda se había quedado dentro del hospital con Hana, pero Jacob y Zuzi corrieron en desbandada con muchos otros para

alcanzar el primero de los paquetes verde oscuro, que, aunque tenían forma de bomba, no traían consigo destrucción, sino salvación. Jacob abrió los cierres que había en los lados y se puso a hurgar en su interior, entusiasmado, pero enseguida hizo una mueca.

—Son solo cartas —dijo, decepcionado—. ¿De qué nos sirve un montón de cartas?

—Le servirá a la gente a la que van dirigidas —señaló Orla—. Seguro que las palabras de sus seres queridos que se hallan lejos de aquí les dan mucha esperanza.

—Supongo que sí —gruñó Jacob—, pero sería mejor chocolate, ¿no?

—O morfina —añadió Zuzi, y Orla no pudo sino darle la razón.

Szymon cogió el saco de cartas y se lo llevó a los *scouts* que repartían el correo, mientras los Dąbrowska se dirigían dando traspiés hacia la segunda bomba caída del cielo. El viento arreciaba y varios de los preciados paquetes flotaron hacia el oeste, por encima de las barricadas alemanas. A Orla le entraron ganas de llorar al pensar que el enemigo iba a hacerse con los suministros que tanto necesitaban, pero estos seguían cayendo del cielo y se obligó a concentrarse en los que podía alcanzar, en lugar de desperdiciar su energía lamentándose por los que quedaban fuera de su alcance.

A su derecha se desató una pelea impropia por los alimentos que se habían derramado de un paquete y Jacob salió disparado para sumarse a la disputa, pero entonces Szymon regresó con varios de sus hombres y pidió orden a gritos.

—El AK se hará cargo de la distribución —anunció.

—¿Igual que se ha hecho cargo de la ciudad? —replicó alguien con amargura—. De no ser por vuestros mezquinos jueguecitos de poder, ahora no estaríamos en esta situación.

—¿Mezquinos jueguecitos…? —jadeó Szymon—. Yo escapé del gueto el año pasado; he visto con mis propios ojos lo que los nazis le pueden hacer a una nación y sé que venían a por los polacos. Tenían planes de destruir la ciudad entera y los habrían llevado a

cabo, con todos nosotros dentro. El levantamiento era nuestra única opción de salvarnos.

—Pues no ha funcionado.

—Tal vez ahora sí.

El capitán señaló al último de los relucientes aviones estadounidenses que seguía dejando caer suministros sobre Varsovia, y su interlocutor resopló.

—Eso espero. Lo espero de corazón. Y ahora, chocolate, por favor.

Szymon y sus hombres se embarcaron en la delicada tarea de distribuir los alimentos de forma equitativa. Aunque admiraba su disciplina, Orla no pudo evitar alegrarse cuando Jacob se acercó a la carrera con dos tabletas de contrabando.

—Llévaselas a Hana —dijo—. Llévaselas a Hana y dile que este es el sabor de la libertad.

—¿Tú no vienes, Orls?

—Enseguida. ¿Puedes llevarte también a Nella? Quiero ver si hay medicamentos.

Le entregó a la bebé, que trató de zafarse mientras Jacob hacía una mueca, y se dio la vuelta para ir a la búsqueda de medicinas. En la mayoría de los paquetes parecía haber armas y municiones, y, aunque Orla sabía que las necesitaban para defenderse, se le partía el corazón al ver llegar más armas que infligirían más daño, en lugar de material médico para aliviar el dolor de los varsovianos heridos. El último avión estadounidense desapareció en el horizonte mientras los nazis disparaban a la gente que trataba de hacerse con sus premios.

—¿Es que no tenéis humanidad? —chilló Orla en su dirección.

Como respuesta, una bala rebotó en la pared detrás de ella y Eduard la arrojó al suelo.

—No vale la pena, mi vida. Ya queda poco. Deja que se pudran en su odio y mantente con vida por mi amor.

Ella le dio un beso largo y profundo, hasta que alguien le dio una patada en el pie y, al alzar la vista, Orla se encontró a Zuzi erguida

sobre ellos con los brazos en jarras.

—Siento interrumpiros, pero he pensado que esto os interesaría.

Sostuvo algo en alto, pero, ahora que los aviones se habían marchado, el sol caía de nuevo a plomo y Orla no vio nada, así que se puso en pie con gesto vacilante y pegada a la pared.

—¿Qué es? —Y entonces lo vio: una gran bolsa blanca con una cruz roja estampada—. ¡Medicamentos!

Eduard también se levantó y, tras arrebatarle la bolsa a Zuzi, los tres entraron en el hospital.

—¡Bron! —llamó Orla—. Mira, Zuzi ha encontrado medicamentos.

—Es una chica increíble —dijo él, mientras se acercaba apresuradamente para echar un vistazo y Zuzi se ponía roja como un tomate.

—¿Todavía no has hecho nada con este joven encantador? —susurró Orla, y Zuzi se puso aún más roja.

—En este momento hay cosas más importantes que unos besos —dijo con seriedad.

Orla sonrió.

—Tienes razón, querida hermana, pero es una manera deliciosa de pasar el tiempo.

—¡Orla! Qué superficial eres.

—¿Por preferir los besos a las balas?

—No, eso es normal, en general, pero ahora mismo tenemos una guerra que ganar y estamos a punto de hacerlo. Los rusos han permitido por fin a los estadounidenses usar sus bases y alguien acaba de decirme que el Ejército Rojo se ha puesto de nuevo en marcha. Según Tosia, han ordenado a la Minerki que vaya a Czerniaków.

—¿Por qué?

Zuzi se puso a dar saltitos de emoción.

—Porque el AK controla un muelle allí y los rusos van a enviar al Primer Ejército Polaco.

—¿El comunista?

—A estas alturas, ¿qué más da? Con los estadounidenses por

cielo y los polacos y rusos por tierra, cruzando el Vístula, la victoria tiene que estar cerca. Luego nos dedicaremos a atender a nuestra gente y a reconstruir nuestra ciudad. Venga, vamos a decírselo a Hana. Le hará tanto bien como las medicinas de esa bolsa.

Tenía su parte de razón, así que Orla la cogió del brazo y siguió a Bron hasta la cama de Hana. Jacob se encontraba ya allí con Nella, introduciendo en la boca de la mayor de las hermanas Dąbrowska pedazos de chocolate mientras Magda la animaba con entusiasmo. En el paquete de primeros auxilios había morfina e incluso, milagro de los milagros, penicilina para prevenir infecciones en la pierna amputada de su hermana.

—Te pondrás bien, Han-Han —le prometió Orla, con toda la familia reunida alrededor de la cama—. Tú te pondrás bien y todos seremos libres. La libertad está a la vuelta de la esquina.

TREINTA Y SIETE

20 DE SEPTIEMBRE

ZUZI

—¡Sí!

Mientras el puente de Poniatowskiego se desplomaba con un estallido y un sonoro crujido de dolor metálico en las aguas del Vístula, teñidas de rosa por la luz de la puesta de sol, Zuzi lo celebró con otras cuatro componentes de la Minerki y el raquítico pelotón de Bartek. Por triste que fuera ver destrozada aquella magnífica obra de ingeniería, era más importante lo que eso significaba para Varsovia. Los puentes podían reconstruirse; en aquel momento lo que contaba era la libertad.

—Se están retirando —gritó Tosia, que cogió las manos de Zuzi y se puso a bailar con ella por la orilla—. Los alemanes abandonan Varsovia. ¡Hemos ganado!

—Aún no —dijo Bartek con cautela, aunque su rostro estaba iluminado por una sonrisa mientras contemplaba los pedazos de metal roto que asomaban del agua—. Pero debe de ser solo cuestión de tiempo.

Los nazis habían volado ambos puentes por el lado de la ciudad, lo que solo podía significar que habían perdido la esperanza de detener de cualquier otra forma el renovado avance ruso. Y no les serviría de nada, porque todos veían con nitidez cómo el Ejército Rojo se acercaba a la otra orilla desde el sur, con botes hinchables de fondo plano. Durante los dos últimos días, los tanques soviéticos

habían atacado sin descanso la orilla oriental del río, y ahora la habían tomado y estaban listos para adentrarse en la ciudad. Los informes apuntaban a que el Primer Ejército Polaco —compuesto en su mayor parte por los hombres apresados por los rusos cuando habían invadido Polonia al comienzo de la guerra, y a los que habían liberado en 1941 para que lucharan junto a ellos— iba a cruzar el río, y ahora todos veían con sus propios ojos cómo se preparaba para hacerlo. De alguna manera, habían convencido a Stalin para que ayudara a los insurgentes, así que la liberación sería cuestión de días.

Zuzi recordó la época anterior al levantamiento, cuando Hana, Orla y ella habían visto a los Volksdeutsche embargados por el pánico correr hacia la estación de tren para huir y a las tropas de la Wehrmacht dispersarse en retirada ante el avance del Ejército Rojo. Varsovia se había sublevado para allanar el camino a los rusos y los rusos se habían quedado de brazos cruzados un día tras otro, tras otro, tras otro, convirtiendo la vida de los varsovianos en un infierno que había robado a los Dąbrowska dos casas, muchos amigos, la vida de Babcia Kamilla y la pierna de Hana. Habían pagado un precio muy alto, pero parecía que, por fin, los rusos habían decidido cumplir con su parte del trato.

Por desgracia, los gloriosos aviones estadounidenses no habían regresado. El otoño había llegado de improviso y el tiempo había empeorado, con densas nubes que impedían volar a aquellos enormes aeroplanos que tenían poco margen de maniobra. A nadie se le escapaba la siniestra ironía de que el sol hubiera brillado a plomo mientras Stare Miasto ardía sin que nadie acudiera en su ayuda, y ahora que había ayuda disponible las nubes habían decidido cubrir el cielo. Los más escépticos murmuraban que quizá Dios no quisiera una Varsovia libre, pero era el hambre la que hablaba por ellos. Los caminos del Señor eran inescrutables y, si Él quería enviar *ayuda* mediante barcos en vez de aviones, a Zuzi ya le parecía suficiente.

Además, corría el rumor de que los rusos también iban a traer

suministros, seguramente esa misma noche, y la Minerki debía permanecer en posición para recogerlos. Zuzi no tenía ni idea de qué había sucedido en los pasillos del poder, pero se alegraba de que los Aliados hubieran presionado. Solo podía rezar para que, si Stalin estaba trabajando con Churchill y Roosevelt para rescatar Varsovia, eso les proporcionara protección ante la codicia imperialista del soviético. La invasión de Polonia era lo que había comenzado aquella maldita guerra y, sin duda, el mundo entero celebraría la liberación del país.

—¡Aviones! —exclamó Tosia.

Zuzi miró hacia el cielo, rojo como la sangre, y vio las formas oscuras que se acercaban por encima del río. Eran mucho más pequeñas que los aviones estadounidenses y volaban mucho mucho más bajo; tan bajo, de hecho, que Zuzi tuvo que reprimir el instinto de agacharse mientras planeaban sobre la línea que dibujaba el Vístula, sobrevolaban los arcos del puente derruido y giraban en dirección a Varsovia; Los hombres de Bartek habían encendido sus linternas y hacían señales para revelar su posición, y Zuzi vio que las compuertas se abrían y los paquetes empezaban a caer. Por lo visto, todo el mundo había decidido enviar regalos a los varsovianos, y Zuzi subió a la carrera la cuesta que empezaba en la orilla hasta el terreno plano sobre el que los estaban lanzando.

Y enseguida echó a correr de nuevo.

Los suministros de los rusos iban dentro de cajas madera que no tenían paracaídas, de modo que caían a gran velocidad y se estrellaban contra el suelto con gran estruendo. Zuzi se refugió en el club de vela que usaban como base y contempló que caían más y más, y que se abrían con el golpe y su contenido se desparramaba sobre el suelo.

—¿Por qué lo hacen? —susurró.

—Vuelan demasiado bajo para usar paracaídas —explicó Tosia desde la puerta de al lado—. No les daría tiempo a abrirse.

—Pues que vuelen más alto —dijo Zuzi, mientras una caja aterrizaba a metros de ella y estallaba en astillas de madera que volaron por el aire como metralla, obligándola a pegarse a la pared interior para que no la alcanzaran.

—Si lo hacen, los paquetes acaban en la zona alemana —exclamó Tosia, y Zuzi se alegró de escuchar que seguía con vida.

Los aviones casi habían terminado su misión y ahora sobrevolaban Varsovia para descargar unos cuantos proyectiles sobre los nazis antes de volver a casa. Una vez se aseguraron de que no había peligro a la vista, los miembros del AK salieron de sus escondites y se encontraron cajas por todas partes, como si una fiesta de cumpleaños se hubiera desmadrado. Zuzi vio a dos de los chicos de Bartek trepar por un árbol para coger una de la rama más alta, mientras otros dos contemplaban atónitos la cúpula de una iglesia cercana donde otro paquete había quedado encallado contra una tubería.

—Cojamos esos que hay en el suelo —indicó Tosia.

Zuzi asintió con la cabeza y avanzó agachada hasta el más cercano, del que se habían desparramado armas de aspecto muy prometedor, pero al coger la primera vio que el impacto de la caída había doblado el cañón, mientras que una segunda había perdido el gatillo y una tercera se había partido por la mitad.

—Por lo menos hay munición —dijo Tosia, cogiendo las cajas llenas de balas.

Pero al observarlas de cerca, vieron que eran —como no podía ser de otra manera, suponía Zuzi— de fabricación rusa y, en consecuencia, inservibles para las armas polacas, diseñadas para funcionar con munición británica y también alemana, si la capturaban.

—A lo mejor los expertos en armamento pueden hacer algo con ellas, ¿no? —sugirió Zuzi.

Pero los expertos en armamento se hallaban en Śródmieście, así que de poco les servían allí, en el extremo meridional de la ciudad. Zuzi miró hacia el río. Casi había anochecido y el Vístula era una

franja oscura, pero en la otra orilla las luces que se movían afanosamente señalaban las posiciones rusas.

—Si el Ejército Rojo viene, traerá armas, ¿no? —dijo.

—Sí —convino Tosia—. Y quizá haya otras cajas que han corrido mejor suerte que las nuestras.

Y, en efecto, así era. La que había caído sobre el mullido árbol estaba intacta, y los hombres cargaron con júbilo sus armas rusas y apuntaron con ellas hacia las posiciones alemanas, que por suerte se hallaban todavía fuera de su alcance, en el límite occidental de Czerniaków. Bartek se las había arreglado para abrir un agujero en la cúpula de la iglesia para recuperar la caja que había caído allí y que contenía más armas. Las que habían caído en el suelo, sin embargo, tenían poco que ofrecer. Los cereales de una se habían desparramado por el suelo sucio, aunque dos Minerki habían recogido con diligencia tantos como habían podido, con la esperanza de que, si lo hervían a conciencia, pudieran matar los gérmenes. El cargamento de otra caja era, a todas luces, de granadas, varias de las cuales habían perdido las anillas al golpear al suelo, como era de esperar, y habían destrozado las demás al estallar. Cuando el pequeño grupo hizo recuento de su botín, descubrieron que era, en efecto, escaso.

—Es mejor que nada —dijo Bartek con determinación—. Al menos eso quiere decir que ahora están de nuestra parte, y es posible que los barcos lleguen por la mañana.

Zuzi suponía que tenía razón, así que se echó a dormir con el resto de su grupo mientras rezaba para que el amanecer trajera consigo un nuevo rayo de esperanza.

Y así fue. Tosia la sacudió para despertarla con las primeras luces del día.

—Escucha, Zuzi.

Esta aguzó el oído y, al distinguir el inconfundible chapoteo de remos en el agua por encima de los ronquidos de los soldados del

AK, agarró a su jefa.

—¿Vienen?

—Eso parece. Vamos.

Zuzi despertó a las demás con una sacudida y todas bajaron con paso vacilante a la orilla, donde entre la niebla otoñal vieron un regimiento de botes hinchables que se dirigía a su muelle. Tras coger sus nuevas armas, los soldados del AK se dirigieron a la carrera a sus puestos de defensa, mientras Zuzi, Tosia y las otras dos chicas corrían al muelle con Bartek para ayudarlos a amarrar.

Sorprendidas, vieron que la primera oficial que bajaba de un salto era una mujer alta, rubia e imponente, que se acercó a zancadas y les tendió la mano.

—Janina Blaszczak —se presentó en un polaco fluido—. Líder de la tercera división de infantería pomerana del Primer Ejército Polaco.

Tosia se apresuró a estrecharle la mano, y las demás la imitaron mientras las tropas de Janina bajaban de los botes y empezaban a agruparse en la pendiente. Un disparo cortó el aire río arriba, en el borde del puente destrozado, señal de que los nazis todavía no habían abandonado sus posiciones, y Bartek les metió prisa para entrar en el club de vela.

—Muchas gracias por venir —le dijo Tosia a Janina, que cerraba el grupo.

—Hace semanas que me moría de ganas de reunirme con vosotros —contestó la otra.

—¿Y a qué se debe el retraso?

Janina se encogió de hombros.

—Esperábamos órdenes de Moscú, que pueden tardar una eternidad.

—¿Que esperabais órdenes? —preguntó Zuzi con voz ahogada—. ¿Mientras nosotros ardíamos?

Ella se encogió de hombros otra vez.

—Bienvenidas al mundo de Stalin. Ya os acostumbraréis.

—No lo haremos —dijo Zuzi con vehemencia.

Janina la miró con sorpresa y Tosia puso una mano sobre el

brazo de Zuzi para calmarla.

—Vamos a instalar a estas tropas, ¿de acuerdo? —sugirió—. Y a darles de comer. ¿Habéis traído comida?

Janina negó con la cabeza.

—Nos han dicho que trajeron suministros por aire.

Zuzi y Tosia intercambiaron una mirada de consternación.

—Muy pocas cajas sobrevivieron a la caída —explicó Tosia—. ¿Tenéis armas?

—Por supuesto.

—Excelente.

Janina hizo una mueca.

—Aunque muchos de nuestros soldados no tienen una gran puntería.

Zuzi la miró, desconcertada.

—¿Por qué? ¿No sois un ejército?

—Más o menos. Quiero decir que sí, claro que lo somos, pero tenemos muchos nuevos reclutas que no han recibido un entrenamiento completo.

—¿Un entrenamiento completo?

—En realidad, no han recibido entrenamiento. Hemos realizado ejercicios mientras esperábamos a cruzar el río, pero no nos entregaron la mayor parte de nuestras armas hasta anoche, así que no ha sido fácil.

Zuzi miró de nuevo a Tosia. ¿Qué narices significaba eso? ¿Por qué enviaban a luchar a hombres que estaban todavía verdes?

—No es posible que todos vuestros soldados sean nuevos reclutas, ¿no?

Janina se pasó un dedo por dentro del cuello de la camisa y miró a su alrededor.

—Todos no —convino, aunque su tono era poco convincente—. A Moscú le pareció buena idea enviar antes a los hombres más… frescos, para asegurarse de que lográbamos nuestro objetivo.

—¿Antes? —Zuzi se aferró a esa palabra—. ¿Es que van a venir más?

—Sí, sí —confirmó Janina, aunque, una vez más, su tono no encajaba con sus palabras. Miró a sus efectivos, que, según pudo comprobar Zuzi al observarlos más de cerca, consistían en un grupo de jóvenes con expresión de perplejidad, vestidos con piezas de uniforme desparejadas sobre bastos blusones de granjero—. Nos aseguraron que vosotros teníais una nutrida fuerza en la ciudad y que nuestra única función era de refuerzo.

Zuzi apretó los dientes.

—Si tuviéramos una nutrida fuerza, Janina, ¿no crees que a estas alturas ya controlaríamos Varsovia? Nos sublevamos porque Radio Moscú nos instó a hacerlo, con la promesa de que el Ejército Rojo llegaría en cuestión de días para consolidar nuestra liberación. De eso hace un mes y medio, y aquí estamos, pendiendo de un hilo. Vosotros sois nuestro salvavidas.

—¿Salvavidas? —Janina tragó saliva en un gesto visible—. Bueno, haremos lo que esté en nuestras manos.

No era muy halagüeño, y Zuzi sintió que sus esperanzas respecto a aquella invasión se torcían como los cañones de las pistolas rusas.

Cuatro días después, sus peores miedos se habían confirmado. A la noche siguiente habían llegado más efectivos del Primer Ejército Polaco, pero ninguno con experiencia o armamento, lo cual se había traducido en que el raquítico AK solo había sumado bocas que alimentar sin obtener a cambio ninguna ventaja militar. Zuzi había hablado con varios de los soldados recién llegados y había averiguado que se trataba de granjeros montañeses de provincias, obligados a enrolarse en la fuerza polaca del Ejército Rojo sin tener apenas idea de cómo luchar e incluso menos acerca de la situación política. Muchos apenas sabían que había una guerra, y dos no habían oído hablar de Hitler.

«Tenéis que saber quién es Adolf Hitler —había insistido Zuzi, furiosa—. El Führer de los nazis, el hombre que ha invadido de manera sistemática casi todos los países de Europa durante los

últimos cinco años, en una ególatra misión para conseguir la dominación mundial».

«¿Qué es Europa?», había sido la respuesta de uno.

Zuzi se había desesperado.

A todas luces, enviar a aquellos granjeros pueblerinos a que se enfrentaran al poderoso ejército alemán habría sido una locura, sobre todo porque, después de unos cuantos disparos esporádicos para cubrir el segundo desembarco, el Ejército Rojo propiamente dicho los había vuelto a abandonar a su suerte. El día anterior, cuando el sol había salido de detrás de las nubes, Zuzi había visto a los soldados rusos tomando el sol en la orilla, jugando a vóley y comiendo tranquilamente. Mientras, por el oeste, Himmler había ordenado a los matones de la SS de Dirlewanger que atacaran Czerniaków, cosa que estaban haciendo con su habitual aplomo y brutalidad. El club de vela había recibido un impacto directo de un lanzamisiles y el AK y sus inocentes ayudantes habían tenido que retirarse a casas abandonadas más alejadas del río, donde poco podían hacer aparte de acurrucarse juntos con desconsuelo y escuchar el rugido de sus estómagos vacíos.

«Quiero ayudar —le habían dicho a Zuzi muchos de los jóvenes polacos—. Quiero liberar la madre patria». Pero querer algo era muy distinto de ser capaz de hacerlo.

Era evidente que los rusos habían enviado a aquellos jóvenes para sacrificarlos de la misma manera que a los soldados abandonados del AK, y que Stalin jamás había tenido intención de acudir al rescate de Varsovia. Se había limitado a hacer el amago de estar enviando ayuda para evitar que Bór negociara la rendición. Miles de personas más morirían, y eso era precisamente lo que quería Stalin.

Zuzi pensó en los bocetos que había rescatado de la Central Telefónica, en los que un nazi llamado Pabst había reflejado sus ideas demenciales para destruir la capital de siglos de antigüedad en favor de una ciudad de tránsito a imagen y semejanza de una localidad alpina. Sin lugar a dudas, Stalin tenía planeado algo

parecido, aunque con más cemento y menos madera. Tanto Alemania como Rusia veían Varsovia meramente como una zona en la que acomodar a su propia población, y los polacos eran un sacrificio necesario y poco relevante en el camino hacia aquel objetivo.

Su única esperanza eran los Aliados occidentales, pero los relucientes Liberator no habían vuelto a surcar los cielos y el día anterior Janina les había transmitido que Stalin había vuelto a bloquear el uso de sus bases aéreas. También los había informado de que, ahora que los alemanes rodeaban Czerniaków, los rusos iban a mandar botes para que el Primer Ejército Polaco cruzara de nuevo el río y, en efecto, los inútiles soldados se habían ido por donde habían venido y el AK volvía a estar solo.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Zuzi a Bartek.

—Tenemos que volver a Śródmieście. Los alemanes tardarán un día o dos en invadir Czerniaków, y para entonces no podemos estar aquí o…

Se interrumpió, pero a Zuzi no le hacía falta que terminara la frase. Sabía de sobra que si los nazis los pillaban «asociándose» con los rusos, los ejecutarían en el acto. Eso si tenían suerte, porque así evitarían a las mujeres las prácticas más brutales de la SS, un pensamiento que provocó un escalofrío a Zuzi.

Cuánto echaba de menos a su familia… Había acudido a aquella posición para allanar el camino al ejército que iba a liberarlos y, en lugar de eso, ahora se hallaba atrapada en una zona de la ciudad distinta de la de sus seres queridos. Pensó en la pobre Hana y rezó para que siguiera con vida y se estuviera curando gracias a los medicamentos estadounidenses. Pensó en Orla, recién casada y cuidando de su hermana; y en Jacob, que se esforzaba por conservar su entusiasmo en la lucha frente a la amenaza constante de la muerte. Pensó en Magda, que seguía horneando pan para toda Varsovia mientras se preocupaba por el destino de sus hijos. «Por encima de todo, soy madre —les había dicho—. Vosotros sois los monumentos de mi vida y no quiero que os derriben».

Zuzi se asomó para mirar los tanques alemanes, que estaban cada vez más cerca. Ella tampoco quería que la derribaran, pero todos los informes indicaban que el enemigo había cortado sus rutas de escape hacia el norte.

—¿Cómo volveremos? —preguntó, nerviosa.

Bartek hizo una mueca.

—Controlan las alcantarillas y el río, lo cual nos deja un solo camino.

—¿Por tierra?

Asintió con expresión tétrica.

—He hablado por radio con Agaton, en el cuartel general, y hemos identificado un punto de acceso en la avenida Jerusalén donde hay una barricada del AK que los alemanes no tienen bien cubierta. Hay unos cuantos francotiradores en los edificios cercanos, pero, si reunimos las armas que nos quedan y organizamos un ataque total, podemos lograrlo. O al menos algunos. —¿Algunos?

—Es mejor que ninguno.

Desde ese punto de vista, tenía su parte de razón, suponía Zuzi, pero no era una posibilidad que la emocionara. Bartek le puso las manos en los hombros con afecto.

—Lo siento, Zuzi.

—No es culpa tuya.

—Fui yo quien os pidió a ti y a las otras Minerki que nos acompañarais. Yo os metí en esta situación y te prometo que os voy a sacar de ella.

—Nosotras decidimos venir, Bartek. Podemos cuidar de nosotras mismas.

Él sonrió.

—No me cabe duda. Mi Bron ha elegido bien.

—¿Elegido?

—Sé que le importas mucho, Zuzi.

—¿Te lo ha dicho él?

—No con estas palabras, pero tampoco es que hayamos podido disfrutar de muchas charlas entre padre e hijo alrededor de una

hoguera. Lo que sí sé es que habla mucho de ti, y he visto cómo te mira: de la misma manera en que miraba yo a mi esposa; lo recuerdo muy bien.

—Y como volverás a mirarla cuando os reunáis de nuevo.

—Si Dios en su misericordia lo permite, así será. La rodearé con mis brazos y la cubriré de besos y me aseguraré de que sepa que es la mujer más maravillosa del mundo.

—Lo espero de corazón.

—Yo también, pero si nos quedamos aquí sentados como patitos de feria será imposible, así que tenemos que intentarlo.

—Tenemos que intentarlo —convino Zuzi, a la que se le aceleró el corazón solo de pensarlo.

—Lo haremos esta noche. Vamos a por comida; atacaremos mejor con el estómago lleno.

Zuzi estuvo de acuerdo y se comió con avidez su parte de las últimas raciones. Varias horas después, sin embargo, después de reptar a lo largo de kilómetros de terreno y agacharse en el extremo de la avenida Jerusalén, observando el tramo desprotegido que tenían que cubrir para llegar a la barricada del AK, la comida se revolvió en su estómago y tuvo que reprimir las arcadas. A ambos lados de la avenida se alzaban bloques de pisos y, si había aunque fuera un solo francotirador en cualquier ventana, este podría abatir a la mayoría de ellos con toda tranquilidad.

—Granadas —dijo Tosia, pasándole a Zuzi una bolsa de filipinkas —. Nuestro trabajo es avanzar pegadas a las paredes, dos por cada lado, y, si vemos disparar a alguien, le arrojamos una. No os hagáis las heroínas, chicas. Que los hombres hagan lo que quieran; nuestro objetivo es llegar con vida a la barricada, ¿entendido?

—Entendido —convinieron Zuzi y las demás en tono sombrío.

—Genial. La última en llegar al otro lado prepara el té, ¿de acuerdo?

Zuzi trató de decir que sí, pero la palabra se le quedó atragantada. De pronto deseó haber escrito una nota cariñosa a su familia para que la encontraran sobre su cuerpo en caso de ser

necesario. No les había dicho lo suficiente cuánto significaban para ella. Se parecía demasiado a Babcia, que había preferido guardarse sus sentimientos para sí misma en lugar de compartirlos con aquellos que tanto los merecían. No había…

—¿Listos? —preguntó Bartek con gravedad.

«No», sintió deseos de gritar Zuzi, pero ¿de qué habría servido? Nunca estaría lista y aquello era algo que tenía que hacer.

—Listos.

—¡Vamos!

Y, sin más, todos echaron a correr hacia la barricada del AK que se hallaba a un centenar de metros. Zuzi siguió a Tosia pegada a la pared mientras los soldados del AK avanzaban por el centro de la calle, apuntando a ambos lados con sus armas. Al principio, todo fue bien. Al principio, dio la sensación de que los alemanes desplegados allí habían sido trasladados a otro lugar, tal vez incluso a atacar el club de vela que ellos habían abandonado poco antes. Habría sido una hermosa ironía, pensó Zuzi mientras llegaba a la mitad del recorrido.

Pero ¡no!

El primer disparó silbó en el aire y un soldado del AK cayó entre gritos, haciendo tropezar a otro que recibió un disparo antes de poder ponerse en pie. Zuzi se pegó mucho a la pared mientras buscaba a tientas una granada. Entonces sonaron disparos desde la acera de enfrente y arrojó su primera *filipinka* hacia la ventana tras la cual creía que se escondía el francotirador, pero el lanzamiento se quedó corto y estuvo a punto de abatir a dos de sus propios hombres.

—No —gimoteó, cogiendo una segunda y tratando de retirar la anilla.

Pero las manos le temblaban tanto que no podía sujetarla.

—Sé como Babcia —se dijo con severidad.

Con el pulso más firme, arrojó la segunda, que entró por la ventana y explotó en el interior, pero más balas surcaron el aire y quedó claro que los nazis habían llamado a sus reservas.

—¡Corred! —gritó Bartek, mientras se daba la vuelta para buscarla con la mirada.

Zuzi obligó a sus piernas a moverse y logró avanzar diez, veinte metros rozando la pared.

—¡Vamos, Tata! —oyó gritar a alguien, y entre la neblina de agotamiento y miedo, distinguió a Bron en la barricada, animando a su padre a seguir. Él la vio a ella y se cubrió la boca con las manos antes de inclinarse hacia delante con ademán de apremio y chillar—: ¡Vamos, Zuzi!

Esta se desvió hacia él de manera instintiva mientras una bala rebotaba en la pared de la que acababa de separarse. Alguien dejó escapar un sollozo y Zuzi pensó que tal vez hubiera sido ella, pero el caos era tal que resultaba difícil saberlo. Más hombres del AK caían abatidos, pero todos disparaban a sus atacantes con una precisión letal. Un nazi se precipitó desde una ventana, otro se desplomó sobre un alféizar. Zuzi se metió en un portal a escasos metros de la barricada, en la que varios soldados del AK estaban abriendo un hueco con ansiedad y los instaban a cruzarlo. Al ver manos tendidas, recordó las que había visto en la boca de la alcantarilla de la universidad. Entonces, el AK la había recogido, y ahora haría lo mismo. Tenía que arriesgarse, pero el hueco se hallaba en el otro lado de la calle y tendría que apartarse de la pared para llegar allí.

Diez pasos más. Bartek se encontraba por delante de ella, encabezando a sus hombres con valentía, y fue entonces cuando se escucharon los disparos de la metralleta, un horrendo y amenazante ratatá. Zuzi se preparó para recibir el impacto, pero no notó nada, y luego vio a Bartek caer al suelo, agarrándose el pecho, y su corazón se desbocó como si la hubieran disparado a ella.

—¡No!

—Zuzi, ¡agáchate! —gritó Tosia.

Ella obedeció de manera instintiva y cogió una granada. El nazi se inclinó hacia delante con una sonrisa de satisfacción en el rostro al ver a Bartek retorcerse de dolor en el suelo y, embargada por un odio violento y salvaje, Zuzi se incorporó, asentó los pies sobre el

suelo y la arrojó. La granada trazo un arco por el aire hacia el alemán, que la siguió con la mirada y una expresión de sorpresa casi cómica antes de que estallara y lo hiciera caer de cabeza a la calle.

—Ya tienes tu merecido —siseó Zuzi.

No hubo más disparos. O bien aquel hombre era el último nazi que quedaba o bien sus compañeros habían huido. Zuzi miró a Bartek, que se hallaba a solo unos metros de distancia, y vio la sangre que se derramaba entre sus dedos a la altura de su valeroso corazón. Aquel era el hombre que había puesto a salvo a Babcia Kamilla y a Hana, y ahora le tocaba a Zuzi devolverle la ayuda. Echó a andar hacia él, pero alguien se le adelantó y, después de saltar por encima de la barricada y esquivar demasiados cadáveres, lo sostuvo entre sus brazos.

—Tata. Estoy aquí, Tata; estás conmigo. No te mueras, Tata.

Zuzi se derrumbó sobre el suelo, entre los cuerpos de sus compañeros caídos, y contempló con lágrimas de dolor en los ojos cómo Bronisław acunaba a su padre, mientras a su alrededor todo el mundo se quedaba en silencio y las voces de los dos hombres llenaban el aire.

—Dios me llama, Bronisław —le dijo Bartek a su hijo, con voz ronca pero clara—. Me llama y debo reunirme con Él. Lo siento. Te quiero, hijo, te quiero mucho. Y a tus hermanos también. Se lo dirás, ¿verdad?

—Claro, Tata, pero no te rindas, por favor. Puedo curarte.

—Es demasiado tarde, Bron.

—No es posible. —A Bronisław se le quebró la voz y a Zuzi, el corazón—. ¿Qué sentido tiene que me haga médico si no puedo salvarte?

Bartek le agarró la mano.

—Salvarás a muchos otros, hijo, y, cuando lo hagas, pensarás en mí y en lo orgulloso que estoy de ti. De todos vosotros.

Bartek intentó tomar aire y Zuzi oyó llorar a Bronisław.

—Encuentra a tu madre, Bron —jadeó Bartek—. Hazlo por mí y cuida de ella. Sabe Dios que, aunque a vosotros tres os quiero

muchísimo, a ella la quiero más que a nada en el mundo. Es la mujer más bondadosa, valiente y hermosa que he conocido. —Clavó los dedos en la mano de Bron para encontrar la fuerza necesaria para seguir hablando—. Casarme con ella es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ojalá nuestro matrimonio hubiera durado más. —Se le rompió la voz—. Ojalá hubiera durado mucho mucho más, pero un solo día con mi Ana me habría bastado, y doy gracias a Dios por los muchos y maravillosos años que nos concedió. ¿Se lo dirás?

—Se lo diré, Tata, te lo prometo. Y la cuidaré por ti.

—Sé que lo harás —dijo él, pero su voz sonaba cada vez más apagada y el esfuerzo de pronunciar sus ultimas palabras consumió su vida ante los ojos de Zuzi—. Eres un buen chico, y te mereces un amor como el que he tenido yo. Te mereces…

Las palabras se quedaron atrapadas en la garganta de Bartek, que, con un tenue grito, se quedó inmóvil. La tristeza inundó a Zuzi, pero, mientras Bronisław se inclinaba aún más sobre su padre con el cuerpo sacudido por el dolor, supo que su pena no era nada comparada con la de él. Sintió deseos de acercarse a darle un abrazo, pero no estaba segura de que él fuera a aceptarlo, y entonces el joven médico alzó la vista al cielo con los ojos consumidos de dolor y Zuzi supo que tenía que ayudarlo. Tenía que acudir a su lado. Aquel hombre estaba sufriendo y ella lo amaba. ¡Lo amaba! Ya no podía ni quería seguir negándolo.

Se agachó al otro lado de Bartek y cubrió con su mano la de Bron, que aferraba el cuerpo de su padre. Él bajó muy despacio el rostro que tenía alzado hacia el cielo y miró a los ojos de Zuzi, que le sostuvo la mirada con seguridad y fortaleza.

—Estoy aquí, Bron —dijo en voz baja—. Estoy aquí, a tu lado. Siempre.

TREINTA Y OCHO

HANA

Tumbada en la oscuridad, Hana contempló la reluciente luna a través de una rendija de la ventana del sótano en el que se ocultaban. Estaba llena, redonda y radiante, todo lo contrario de la gente sobre la que derramaba su luz. La grácil silueta de un avión pasó por delante de ella y una lágrima rodó por la cara de Hana, que no se molestó en secársela.

Todo estaba perdido. Desde la otra orilla del Vístula, los rusos se reían de Varsovia con los brazos cruzados mientras los nazis castigaban el moderno Śródmieście con la misma brutalidad con la que habían atacado el medieval Stare Miasto. Entretanto, el resto del mundo les había dado la espalda, avergonzado de mirar siquiera lo que permitía que sucediera en la capital del primer aliado de todos. Alemania y Rusia se estaban repartiendo Polonia, igual que habían hecho siempre. Hana pensó en los grilletes de su abuelo, que con tanto orgullo había colgado Babcia en su pared y que ahora yacían enterrados con ella bajo los escombros, y sintió que no eran tanto un símbolo de orgullo como un trágico reflejo del eterno destino del país.

Tampoco era que, en aquel momento, la política importara mucho. Lo que importaba era que ella estaba acurrucada en un sótano con su familia, sin electricidad, muy poca agua y menos comida. Muchos de los efectivos del AK habían muerto y muchos más habían resultado heridos y mutilados, como ella. La mayor parte de

sus compañeras que hacían de enlace habían fallecido y hasta Czajnik había caído en combate. La verdad era que Hana tenía suerte de que su familia más cercana siguiera con vida, aunque en realidad se aferraban a la vida, más que vivirla. ¿Y para qué?

Otra lágrima rodó por su mejilla y Hana se revolvió en la cama, sintiendo el vacío en el que debería haber estado su pierna como un abismo insondable. La herida estaba cicatrizando, o eso le decía una y otra vez Orla con irritante alegría, como si ella fuera una niña a la que se pudiera animar para que se sintiera mejor. Y, aunque era cierto que ya no se sentía enferma, tampoco se sentía sana.

¿Qué sentido tenía todo? Hana tenía a su familia y la quería muchísimo, pero las cosas habían cambiado. Cuando la guerra terminara de una forma u otra, Orla viviría con Eduard y, por lo visto, Zuzi se iría a vivir con Bron. Tras la terrible muerte de Bartek, ambos se habían unido como si fueran uno y Hana sospechaba que, aun a falta de papeles, estaban tan casados como Orla y Eduard… e igual de felices. Si un día salían de allí, buscarían a un sacerdote y Hana no tenía ninguna duda de que, después de todo lo que habían sufrido, Dios bendeciría su unión. Si es que Dios seguía mirando.

Apartó de su cabeza aquellos pensamientos. No tenía sentido hundirse en la oscuridad junto con Varsovia, aunque Hana tuviera la sensación de que su propia central eléctrica había dejado de funcionar. El otro día, Agaton había ido a verla con los mapas que habían recobrado y había intentado animarla hablando de la Varsovia del futuro, pero cuando se había sentado en el borde de su cama, ella había hecho ademán de apartar la pierna de manera instintiva antes de darse cuenta de que ya no estaba allí para moverla, y durante el resto de la visita no había sido capaz de pensar en nada más que en lo que le habían costado aquellos mapas.

«Te conseguiremos una prótesis —le repetía Bronisław—. En los últimos tiempos ha habido avances asombrosos en ese campo (yo estaba escribiendo una tesis al respecto antes de la guerra) y, cuando esto acabe, habrá todavía más porque…».

«¿Porque habrá montones de lisiados?» había terminado la frase Hana con amargura.

Sabía que no se comportaba como la hermana mayor serena y comedida que todos esperaban que fuera, pero, francamente, ¿por qué iba a hacerlo? Al comienzo de la guerra era ella la que tenía novio y un futuro prometedor, y ahora Zuzi y Orla tenían todo aquello y lo único a lo que podía aspirar Hana era a una pierna de mentira.

«No eres una lisiada», le había dicho Bron con severidad.

«No —había coincidido Zuzi, pegada a él—, sigues siendo tú, Hana Dąbrowska, con un pedacito menos».

Ella había sentido deseos de gritar, porque no se trataba de un «pedacito». Tal vez fuera una parte pequeña en proporción a su cuerpo, pero su ausencia la hacía incompleta y la señalaba como alguien a quien había que compadecer, cosa que detestaba.

«Yo te cuidaré», no dejaba de repetir Magda, y Hana la quería por ello, de corazón.

Pero ella era la hermana mayor, la hija sensata, la que se ocupaba de cuidar a las demás, y no le gustaba que las tornas hubieran cambiado.

La luna estaba a punto de ponerse y Hana divisó el brillo rosáceo de un nuevo día que parecía tan alegre como sus malditas hermanas, a pesar de que todos sabían que solo traería consigo más horrores y dolor. A veces Hana trataba de recordar cómo se había sentido al bailar en las barricadas a principios de agosto, cuando el sol brillaba con el mismo fulgor que su esperanza, pero le era imposible, además de que ella nunca volvería a bailar aunque recuperaran la libertad para poder hacerlo.

—Eres patética, Hana Dąbrowska —se dijo.

Había miles de personas fallecidas y miles más con heridas infectadas que las arrastraban a una muerte más lenta y dolorosa. Ella solo había perdido un «pedacito» de pierna y debería sentirse agradecida, pero le costaba.

—¿Hana? —Al volver la cabeza, vio a Magda de pie a su lado con

un panecillo de aspecto dudoso—. No es mucho, pero deberías comértelo.

—¿Por qué? —preguntó ella sin entusiasmo—. ¿Porque soy una lisiada?

—No, tonta, porque eres la primera en despertarte. ¡A quien madruga Dios lo ayuda!

Hana se obligó a sonreír y procuró sacudirse la melancolía, pero esta la tenía atrapada con firmeza. Se incorporó para apoyar la espalda en las almohadas mientras le daba mordisquitos al pan, que tenía más arenilla que harina, pero su estómago estaba tan vacío como su corazón y no pudo evitar saborearlo.

—Siento estar tan cascarrabias, Mama —dijo.

Magda se sentó en la cama y le pasó el brazo por los hombros.

—Por si no te has dado cuenta, tesoro, todos estamos cascarrabias.

—Orla y Zuzi no —replicó Hana mientras señalaba a sus hermanas, dormidas en un colchón cercano—. Ellas están enamoradas.

—Es verdad, pero no por eso dejan de estar hambrientas, agotadas y hartas. Quieren empezar su vida de casadas en lugar de… de… Ay, Han-Han, perdona. Eso ha sido muy poco considerado por mi parte.

Hana le dio vueltas a su superfluo anillo de prometida con ademán cansado.

—Para nada, Mama; es la verdad. Y sé muy bien cómo se sienten. Yo también quería empezar mi vida de casada con Emil, pero entonces llegaron los alemanes y lo obligaron a huir, y ahora está en el fondo del Vístula. —De pronto se le ocurrió algo y se volvió hacia su madre—. ¿Qué pasó con mi pierna, Mama?

—Te dispararon, Hana, cuando escapabas de…

—No, no; eso ya lo sé. Me refiero a qué pasó con la pierna en sí.

—No estoy segura. ¿Por qué?

—Porque a lo mejor debería tirarla al río para que descanse allí con él. Sería un homenaje adecuado, ¿no te parece?

—No, no me lo parece —contestó Magda con severidad—. No te pongas histérica, Hana, mi amor. No te pega. —Tenía razón, por supuesto, pero a aquellas alturas, ¿qué más daba? Magda la estrechó entre sus brazos—. Sé cómo te sientes, de verdad. Yo todavía echo de menos a tu padre cada día. Lo echo de menos cuando me despierto sola, o cuando una de vosotras dice algo divertido, dulce o estúpido y me entran ganas de volverme a compartirlo con él. Lo echo de menos cada vez que hago pan, y me paso el día haciendo pan. Así que te entiendo.

Hana le dio un apretón en la mano.

—Perdona, Mama. Es horrible, ¿verdad?

—Horrible.

Se quedaron sentadas en silencio mientras Hana se acababa el panecillo a bocaditos y el resto de Varsovia se despertaba para enfrentarse a un nuevo día de bombardeos. A su alrededor, los demás comenzaron a moverse en sus camas, hasta que alguien llamó con los nudillos a la puerta del sótano y, tras levantar la trampilla, asomó su joven rostro y paseó la mirada por la habitación.

—¿Está aquí Hana Dąbrowska?

Hana miró a Magda, desconcertada.

—Aquí —lo llamó Magda.

—Genial. •—Un muchacho bajó por la escalera a su escondite y se acercó a ellas con paso relajado—. Tengo una carta para ti.

—¿Una carta?

Hana contempló atónita el sobre enviado por correo aéreo, mientras palpaba los finos dobleces del papel de dentro.

—Ha llegado en la saca de los estadounidenses —explicó el chico en tono alegre—. Espero que sean buenas noticias.

Y tras saludarlas tocándose la gorra, desapareció y dejó a Hana mirando las palabras escritas en el sobre. Iba dirigido a la Piekarnia Dąbrowska en Wola, y la dirección le resultó muy familiar y al mismo tiempo muy ajena, a pesar de que hacía solo dos meses que la SS los había echado de su querido hogar. La caligrafía también le resultaba dolorosamente familiar y, al mismo tiempo, lejana e

imposible.

—Es de Emil —susurró.

¿Cuánto haría que la había escrito? ¿Cuánto tiempo se habría pasado la carta surcando los cielos de Europa mientras su autor volaba hacia su muerte? Hana miró a Magda.

—No estoy segura de poder leerla.

Magda la cogió con delicadeza y le dio vueltas entre sus manos. A la luz creciente que se filtraba por el ventanuco, Hana vio la pulcra letra de Emil a través del fino papel y cogió la carta. Lo que no podía era no leerla. Aquellas debían de ser las últimas palabras de su prometido antes del vuelo fatal, y, por agridulces que fueran, al menos le permitirían regocijarse durante unos maravillosos minutos en lo que podría haber sido.

Magda le tendió un cuchillo y Hana abrió el sobre por el lomo, con cuidado de no cortar ninguna de las preciadas palabras. Y entonces fue cuando vio la fecha, escrita con nitidez en lo alto de la hoja: 1 de septiembre de 1944. Se quedó mirándola y luego miró a su madre.

—Emil murió en agosto —dijo—. El diecisiete de agosto. Lo vi con mis propios ojos; vi que el proyectil lo alcanzaba. Vi la violeta cayendo en espiral y el impacto del avión antes de hundirse en el agua.

Magda le cubrió la mano con la suya y Hana se dio cuenta de que temblaba.

—Léela, Han-Han —la instó.

Y tras respirar hondo, Hana lo hizo.

Mi querida, queridísima Hana:

Creía que a medida que pasaran los días se me haría más fácil estar separado de ti; que tal vez el tiempo mitigara el dolor de echarte de menos, pero ha sido al revés. Cada noche, antes de dormir, visualizo tu hermoso rostro y me imagino la delicia imposible de besar tus labios, y, cuando me

despierto, es casi como si hubieras estado aquí. Por un instante, la vida me parece indeciblemente dulce, hasta que la realidad cae sobre mí como una granada y mi corazón se desgarra de nuevo.

Solo quiero que esta perversa guerra termine de una vez, mi amor.

Solo quiero bajarme de este maldito avión, ver cómo te acercas al altar y disfrutar de una casa en la que jodamos construir nuestro futuro juntos. No quiero aventuras, medallas ni la camaradería de mis compañeros pilotos —aunque todas son bienvenidas—; solo quiero cruzar un pequeño umbral para cenar con mi esposa, tío es mucho pedir, ¿no crees?

Todos los días, todas las horas, rezo para que estés viva y bien, Hana; ahora más que nunca, no soporto imaginarte atrapada en Varsovia, y si consigo sobrellevarlo es solo porque sé que estás con tu adorable familia. Espero que os guardéis las espaldas y que, cuando todo esto acabe, pueda recibirte entre mis brazos.

Estoy convencido de que Dios vela por nosotros, al menos en la medida en que puede hacerlo mientras los humanos arrasan descontrolados Su creación. Sin lugar a dudas, vela por mí, porque el mes jasado me mandó una fiebre. Al principio me enfadé porque significaba que no podría efectuar mi segundo vuelo sobre Varsovia. Maldije mi debilidad y el hecho de fallarte en el momento más crucial, pero —ay, Hana —, el joven que ocupó mi lugar fue derribado en algún momento del viaje g nunca regresó.

Mi avión, pintado con una violeta por ti, mi dulce niña, se perdió mientras yo yacía en la cama, sudando mi malestar. ¿Te lo puedes creer? Dios quiere que tú y yo estemos juntos, lo sé en el fondo de mi alma. Resiste, mi hermosa Mana, mi amor, mi futura esposa. Resiste, y un día dejaremos todo esto atrás para estar juntos.

Con todo mi amor,

Emil

—¡Está vivo! —Instintivamente, Hana bajó de la cama de un salto y perdió el equilibrio sobre su pierna derecha, pero se sujetó al cabecero de la cama mientras blandía la carta con gesto triunfal—. ¡Está vivo!

Sus hermanas se despertaron de inmediato y se arrojaron a sus brazos hasta tirarla de espaldas sobre la cama.

—¡Está vivo! —exclamó de nuevo, mientras daba vueltas a su anillo con un torrente de dicha, viendo en su bonito corazón lila la renovación de todas sus esperanzas.

Zuzi y Orla repitieron sus palabras como si fueran una canción. Todavía estaba oscuro y ellas seguían hambrientas, indefensas y asustadas, pero el júbilo se había abierto camino entre las grietas de su sufrimiento y dejaron que las animara, las alimentara y las mantuviera a salvo. La cadencia de su alegría se filtró entre las rendijas del amanecer varsoviano, despertó a Jacob e hizo que Bronisław y Eduard se acercaran corriendo, acompañados de más gente, sin saber muy bien qué retazo de felicidad había agraciado a uno de ellos, pero dispuestos a disfrutarlo de todos modos.

Y entonces un oficial de enlace se abrió paso a través del pequeño grupo con una noticia: la rendición.

La información se propagó con rapidez por Varsovia, acompañada de un bullicio en el que la vergüenza se debatía con el alivio y el horror se mezclaba con el regocijo. Dentro de poco, todo habría acabado. Jacob abrió la puerta de su escondite y todos salieron a la calle, Hana en brazos de Eduard y Nella en los de Orla. Fuera reinaba la calma, una calma hermosa. No había aviones sobrevolando la ciudad en ruinas y cada vez más personas salían de sus casas para mirar a su alrededor y contemplar los rostros de los demás supervivientes para intentar dilucidar si era cierto. Entonces, la notificación oficial resonó por los altavoces callejeros y las radios que quedaban.

El Consejo Nacional informa a los valerosos ciudadanos de Varsovia que el comandante Bór ha negociado la rendición con el alto mando alemán. Después de no recibir la ayuda esperada, nos ha parecido esencial salvar lo más preciado que tenemos, a saber, la sustancia biológica de nuestra nación. Que Dios os bendiga a todos y que el sangriento calvario que ha vivido Varsovia sirva para concienciar al mundo e inspirar el triunfo de la ley y el orden.

Mientras el bullicio se tranquilizaba y la realidad se asentaba, los Dąbrowska se reunieron, desconcertados.

—¿Rendición? —exclamó Zuzi, negando con la cabeza—. ¿Ahora, después de todo esto?

Magda señaló su minúsculo escondite subterráneo.

—Precisamente por todo esto, Zuzi. No podemos resistir mucho tiempo más.

—A Babcia no le gustaría —repuso Zuzi con obstinación.

Hana le dio un codazo a Eduard para que la dejara sobre un montón de escombros, donde se apoyó con cuidado para no perder el equilibrio.

—Babcia Kamilla está muerta —les dijo— y no querría que ninguno de nosotros la acompañara en el cielo hasta dentro de muchos años.

—Pero hemos llegado muy lejos —se lamentó Jacob, colocándose junto a Zuzi.

—Y ha sido una heroicidad —le dijo Orla.

—Los héroes no se rinden —insistió él, aunque la voz le tembló al final.

Hana compadecía a su valiente hermano pequeño, que debería haber pasado su adolescencia jugando con una pelota de fútbol y no con armas. Le tendió la mano.

—¿Quieres que yo siga luchando, Jacob? —le preguntó.

Él le cogió la mano.

—Claro que no. Tú estás… herida.

—Ibas a decir lisiada y tendrías razón, pero me da la sensación de que, a estas alturas, es posible que todos estemos lisiados; por el hambre, las pérdidas y la falta de cualquier cosa con la que defendernos. Hemos luchado con honor y hemos sufrido mucho, y tal vez ahora, por trágico que sea, tenemos que dar las gracias por haber conservado la vida.

—Eso no es muy noble —masculló él.

—No lo es —convino Zuzi, rodeándolo con el brazo—, pero Hana tiene razón. —Él la miró con sorpresa y ella levantó las manos—. Lo sé, lo sé. Yo era la que más ganas tenía de luchar, la que quería hacer volar a los nazis por los aires, y lo hemos hecho. Hemos hecho todo lo que se nos pidió y más, mucho más. Pero el plan siempre fue que nosotros fuéramos tan solo una fuerza de avanzada que diera la bienvenida al Ejército Rojo. Y no han venido, Jacob; nos han traicionado. ¿Te acuerdas del día en que las armas dejaron de sonar?

Todos intercambiaron miradas, recordando el momento en el que, desde su acogedora habitación en el último piso de la Piekarnia Dąbrowska, habían escuchado el silencio de las armas rusas, poco antes de los escalofriantes gritos de la SS al atacar.

—Ese día estuve a punto de morir —dijo Orla en voz baja.

—Yo estuve a punto de morir entre las ruinas del hospital, con Babcia —dijo Zuzi.

—Y yo estuve a punto de morir en las alcantarillas —dijo Hana, también en voz baja—. Ya basta.

Magda les dedicó una sonrisa.

—Sin lugar a dudas, ya basta. Vuestro padre se habría sentido muy muy orgulloso de vosotros, y habría querido que siguierais con vida. —Todos se unieron en un abrazo alrededor de Hana, que sintió que su amor la calentaba como un guante, aun en aquel momento tan frío—. Hasta Babcia estaría de acuerdo —continuó Magda—. Ella

nos pidió que cuidáramos unos de otros y de Varsovia, y ahora podremos hacerlo mejor gracias a la paz.

—¡Paz! —repitió Hana, y la palabra resonó a través de su cansada familia como una campana—. La paz tiene que ser ahora nuestro objetivo. Y la rendición será temporal. Por mucho que tarden, los Aliados acabarán llegando y derrotarán a los nazis. El Consejo Nacional tiene razón: debemos salvar nuestra «sustancia biológica»; debemos salvar a nuestra familia. Y cuando llegue el momento, debemos entregarnos juntos a la reconstrucción.

—¡Ha vuelto! —dijo Zuzi—. Nuestra hermana mayor ha vuelto, con su calma, su fuerza y su serenidad.

—Cierra el pico —la regañó Hana, dándole un empujón.

Pero Zuzi le dio un beso y todos se abrazaron, mientras asimilaban la pena de la rendición y también su dulce alivio.

Cuando por fin se separaron, Hana tocó la preciada carta de Emil que llevaba en el bolsillo y pensó en los mapas de Agaton, que tanto les había costado recuperar, pero que ahora serían la base del proyecto para la futura Varsovia. No había sido en vano, y Hana formaría parte del proceso. Saldría de allí, encontraría a Emil y reconstruiría su ciudad para que fuera más fuerte, orgullosa y libre que nunca.

TREINTA Y NUEVE

4 DE OCTUBRE DE 1944

HANA

—¿Preparados?

Era una pregunta absurda. Después de sesenta y cuatro días de orgulloso levantamiento, ¿quién podía estar preparado para entregarse a los arrogantes nazis, que los habían arrasado con brutalidad y sin respetar las normas esenciales de la guerra? ¿Cómo podían ponerse en manos de los hombres que habían atacado sus hospitales e iglesias con proyectiles de séxtuple explosión? ¿Cómo podían confiar sus cuerpos a aquellos que habían masacrado a sus familiares y amigos? Y, sin embargo, ¿qué otra cosa podían hacer?

En la guerra, los perdedores no tenían muchas opciones.

«No somos perdedores —había insistido Zuzi cuando Jacob las había informado de la situación la noche anterior—. Hemos ganado nuestra dignidad, el derecho a defender a los nuestros, la oportunidad de que nos escuchen».

«El problema es que nadie escuchaba», había dicho Bron con tristeza, estrechándole los hombros con el brazo.

Hana no podía evitar que los celos la embargaran cada vez que los veía intercambiar muestras de cariño, pero, ahora que había recuperado la esperanza, podía usarlos para alimentar sus sueños de futuro. Además, allí adonde iban ninguna tendría a su hombre cerca, algo que le dolía por sus hermanas.

Habían dedicado dos agonizantes días a decidir cómo rendirse.

Los miembros y auxiliares del AK se enfrentaban a dos opciones igual de desoladoras: abandonar Varsovia con sus brazaletes para que los hicieran prisioneros de guerra, o quitárselos y acabar en campos de trabajo como civiles. En ambos casos los segregarían y en ambos casos estarían a merced de los nazis; la cuestión se reducía a cuál de las dos opciones les ofrecía más posibilidades de sobrevivir. Los alemanes habían dejado a la SS, no a la Wehrmacht, a cargo de la rendición, y habían firmado un tratado en el que accedían a tratar al AK como una fuerza armada oficial, protegida por la Convención de Ginebra. Los civiles, sin embargo, vagaban a la deriva en tierra de nadie, ya que, aunque en teoría también disfrutaban de protección, su cumplimiento era mucho más difícil de controlar. Se había trabado de una decisión agónica, pero, para sorpresa de todos, había sido Orla la que, en última instancia, la había tomado.

«Nos metimos en esto como miembros del AK, así que deberíamos terminar del mismo modo. ¿Acaso no nos unimos al ejército por Tata, para honrar su petición de no abandonar la lucha?».

En silencio, todos habían recordado la siniestra mañana en la que los habían obligado a mirar cómo arrojaban a su querido padre y marido a una muerte segura por el balcón de la cárcel de Pawiak, y Magda había asentido con firmeza.

«Así es, Orla. Y seguiremos honrándola».

Tal vez en aquel momento la lucha no fuera como la habían imaginado. Tal vez no implicara armas en ristre, barricadas triunfales y tanques capturados, pero seguía estando allí, en el corazón de las personas que hacían largas colas a la espera de abandonar la ciudad y rendirse. Estaba allí, en el corazón de los Dąbrowska.

Hana se revolvió al escuchar una trompeta que pedía silencio. Iba en una silla de ruedas que Zuzi y Jacob habían rescatado de una casa derruida y Eduard había arreglado, y por mucho que la detestara, al menos le permitía sentarse con la espalda erguida ante los nazis que habían hecho que acabara en ella. Por no hablar del secreto que escondía y que le hizo sonreír a pesar del dolor de

aquella mañana amarga.

Con el corazón en un puño, contempló que el comandante Bór se apartaba de las filas de generales para entregarse. Se lo veía cansado y mayor, pero su porte era orgulloso. Hana había oído rumores de que su mujer estaba viva y de que, solo dos días atrás, había dado a luz a su segundo hijo, un niño que, por lo visto, había tenido la inteligencia de esperar a que las bombas dejaran de caer para nacer. Rezó para que Bór pudiera verlos pronto, pero su futuro inmediato era el cautiverio, igual que el de todos ellos.

El comandante llevaba un sencillo abrigo marrón oscuro con el brazalete del AK en la manga; era su manera de subrayar a los nazis que bastaba con eso, en lugar del uniforme oficial designado en la Convención de Ginebra, para que lo trataran de manera honorable como combatiente. Era uno de los términos negociados para la rendición y no podían sino esperar que los nazis lo cumplieran, pues era lo que todos lucían: sus brazaletes raídos y desvaídos, pero llevados con orgullo.

—¡Atención!

Agaton llamó al orden a su grupo mientras la barricada se abría ante ellos, y luego bajaron por el tramo de la amplia calle Lwowska en dirección a Plac Zbawiciela, donde entregarían los instrumentos de sus diversos oficios. Zuzi abría el camino con Tosia y la última Minerki, con rollos de mecha colgados del hombro. Detrás de ella, Jacob empujaba a Hana con su casco prusiano en la cabeza, la pistola sobre el mango de la silla de ruedas y el saco de enlace de ella en su regazo. Magda caminaba junto a ellos, con una hogaza de pan, mientras que Eduard y Orla —con Nella apoyada en su cadera— cerraban el pequeño grupo sujetando con fuerza sus bolsas médicas.

A su alrededor, otros los imitaron. Un capellán con sotana resplandeciente, si bien cubierta de polvo, los bendecía a medida que marchaban por delante de él con los hombros erguidos y la cabeza alta, negándose a mirar a los soldados alemanes que bordeaban el recorrido y a los fotógrafos y cámaras que grababan con júbilo su humillación ante el Führer.

—No durará mucho —masculló Jacob a Hana—. Dentro de nada, serán ellos los que marchen hacia su encarcelamiento, y el suyo durará para siempre.

—Y seguirá siendo demasiado corto —contestó Hana, cambiando de postura sobre el mullido cojín que Agaton había tenido la amabilidad, y la astucia, de traerle el día anterior.

En su rostro se dibujó una media sonrisa, aunque el calvario aún no había terminado. Tal vez se hubieran reconciliado con la idea de rendirse, pero la humillación seguía doliendo y el miedo a dónde acabarían era intenso.

La plaza estaba llena de soldados de la Wehrmacht que sostenían grandes cestas de mimbre en las que había que depositar cualquier pistola o arma. Los miembros del AK las arrojaron con un descuido deliberado, lo que obligaba a los soldados a agacharse a recoger las que no caían dentro. Los miembros de la Wehrmacht eran jóvenes y parecían avergonzados, pero a Hana no le daban pena alguna. Todo aquello era culpa suya. Alguien entonó el conmovedor himno nacional, *Jeszcze Polska nie Zginęła* —«Polonia aún no está perdida»— y todo el mundo se le unió con prontitud para demostrar al enemigo que los polacos se negaban a hincar la rodilla, que aquello era un bache momentáneo en una cruzada por la libertad que duraba ya siglos.

Desde la plaza, los dividieron en diversas rutas a través de la ciudad, y los Dąbrowska marcharon hacia el norte hasta girar por la calle Miodowa, donde el desfile de prisioneros se detuvo. A la cabeza del grupo, estaban cargando a la gente en trenes para dirigirse a campos de prisioneros de guerra, y aquellos que esperaban su turno se movieron con incertidumbre y recelo, después de haber logrado la rendición oficial con dignidad. Pero entonces Nella se revolvió en brazos de Orla para que la bajara y señaló los cascotes calcinados que tenían frente a ellos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Orla mientras la dejaba en el suelo.

La niña se agarró con fuerza a su mano y volvió a señalar.

—¡Mirad! —exclamó Zuzi—. ¡Es la cruz de Babcia!

En efecto, allí estaba la hermosa cruz de plata, colocada casi con arrogancia en lo alto de un montón de escombros mientras sus piedras preciosas reflejaban la luz del sol como siempre habían hecho y dibujaban un arcoíris de luz sobre la negrura de Stare Miasto.

—¡Está con nosotras! —exclamó Magda, dando una palmada.

—Bien visto, Nella —dijo Orla, agachándose hacia su hija adoptiva.

Nella le dedicó una sonrisa radiante y, tras soltarse de su mano, dio cuatro pasos decididos hacia la cruz antes de caer sobre sus nalgas cubiertas con un pañal. La familia se echó a reír a carcajadas y todos los miraron, atraídos por el alegre sonido.

—¡Has caminado, Nella! —exclamó Eduard, que la cogió en brazos y la hizo volar por los aires—. Tata está muy orgulloso. Y justo a tiempo, además.

Señaló hacia delante, donde estaban separando a la gente en dos filas, una para los hombres y otra para las mujeres, y luego abrazó a Orla con Nella entre ambos. Zuzi corrió hacia Bronisław y a Hana se le partió el corazón por ellos.

—¿Por qué no podemos estar juntos? —se lamentó Orla.

—No será mucho tiempo —le aseguró Eduard—. El avance de los Aliados por Francia es tan rápido que casi han llegado a la frontera con Alemania.

—Y, cuando nosotros nos hayamos ido —intervino Zuzi—, los rusos marcharán sin lugar a dudas sobre la indefensa Varsovia.

—Hasta llegar a Berlín —añadió Bron con dulzura, mientras le acariciaba el pelo—. Y entonces serán los alemanes los que se rindan y nosotros seremos libres. Tenemos que establecer un punto de encuentro.

—¿En Varsovia? —preguntó Magda, paseando la mirada por las ruinas.

—Por desgracia, no; todavía no. Debemos esperar a que podamos reconstruir y…

Miró a Hana, pero seguía habiendo soldados en guardia y prefirió

callarse.

—Łodź —propuso Bronisław—. Es mi ciudad natal y no la han destruido como Varsovia. Hay una hermosa catedral, la de San Estanislao, donde podemos quedar, digamos…, cada día a las cinco de la tarde, hasta que estemos todos juntos de nuevo.

—¿Hará falta? —preguntó Orla, nerviosa.

—Sí. Nos dispersarán a los cuatro vientos, pero los vientos nos traerán de vuelta y entonces… entonces regresaremos a Varsovia.

—Regresaremos —convino Hana—. Y reconstruiremos la ciudad.

Deslizó una mano por debajo de sus nalgas, en apariencia para colocarse bien el cojín, pero, en realidad, para tocar los planos bien escondidos entre las plumas, listos como los Dąbrowska para alzarse de nuevo.

El ruido de un motor surcó el aire y, al mirar hacia el cielo, vieron tres aviones que descendían en picado sobre Varsovia. Mucha gente se arrojó al suelo entre chillidos.

—Los muy cabrones ya nos han traicionado —maldijo Zuzi.

—No creo que sean Stuka, cariño —la tranquilizó Bron, y Hana no pudo por menos que sonreír, aunque le preocupaba que Zuzi estuviera en lo cierto.

¿Los habían engañado los nazis? ¿Habían organizado aquella farsa de rendición para hacerlos salir de sus escondites y convertirlos en blancos fáciles para que la Luftwaffe los borrara de la faz de la tierra? Hana cogió con una mano a Jacob y con la otra a Magda, mientras sus hermanas se colocaban detrás abrazadas a sus hombres, pero entonces su hermano pequeño se echó a reír.

—Bron tiene razón: ¡son Halifax! Son aviones británicos que han venido a mostrarnos su apoyo.

Furiosos, los soldados alemanes alzaron la vista hacia el cielo mientras sus prisioneros señalaban y vitoreaban a los tres aviones que descendían para volar bajo sobre Varsovia. Las compuertas de las bombas se abrieron y dejaron caer una hermosa lluvia de serpentinas rojas y blancas, como pedazos de una gloriosa bandera polaca dispersos pero listos para recomponerse una vez más.

Y entonces, Hana la vio, luminosa y nítida como las luces de la cruz de Babcia: una violeta que brillaba en la parte inferior del fuselaje del primer avión. Entornó los ojos hacia el cielo y casi habría jurado que veía a Emil, asomado a la ventana y saludándolos para honrar todo lo que habían sufrido y prometerles que les esperaban tiempos mejores. Y luego desapareció.

—Hasta el anochecer —gritó Hana a los cielos, entre lágrimas de felicidad—. Al anochecer, tomaremos un té.

EPÍLOGO

5 DE NOVIEMBRE DE 1945

Esta es la cruda verdad. Nos han tratado peor que a los satélites de Hitler, peor que a Italia, Rumanía y Finlandia. Que Dios en su ecuanimidad juzgue la terrible injusticia sufrida por la nación polaca y castigue en consecuencia a los culpables. Vuestros héroes son los soldados cuyas únicas armas ante los tanques eran revólveres y botellas de gasolina. Vuestras heroínas son las mujeres que atendieron a los heridos, cocinaron en los sótanos bombardeados y reconfortaron a los moribundos. Vuestros héroes son los niños que siguieron jugando entre las ruinas. Inmortal es la nación capaz de mostrar un heroísmo tan universal, pues aquellos que han conquistado y aquellos que viven volverán a luchar, a conquistar y a ser testigos de que Polonia no morirá mientras nosotros sigamos con vida.

La batalla ha concluido, pero, de la sangre derramada, del esfuerzo y el sufrimiento compartidos, del dolor de nuestros cuerpos y nuestras almas, se alzará una nueva Polonia: libre, fuerte y grande.

ÚLTIMO COMUNICADO

DEL CONSEJO NACIONAL DE MINISTROS
A LA NACIÓN POLACA

MAGDA

—Señoras y señores de Varsovia, es un tremendo honor abrir la sesión de la primera reunión de la Asociación de Arquitectos. Nuestra misión: reconstruir, restaurar y renovar esta nuestra capital de Polonia, que pronto volverá a ser hermosa.

El presidente separa mucho los brazos para abarcar las ruinas calcinadas de Varsovia y la multitud reunida ante el escenario improvisado vitorea con frenesí. Se enfrentan a una tarea monumental, pero lo hacen con pasión, vigor y buena voluntad, lo cual, en opinión de Magda, significa que ya han ganado media batalla. Siempre ha dicho que cada uno debe luchar a su manera, y eso se aplica tanto a la ciudad como a sus habitantes.

Además, en este preciso instante, basta con estar aquí, de vuelta en Varsovia, todos juntos. No ha sido un camino fácil. A Magda la enviaron a Oflag IX-C, cerca de Efurt, junto con Hana, Zuzi, Orla y la pequeña Nella, y todas lucharon por sobrevivir hasta que, a principios de abril de 1945, los estadounidenses llegaron y les brindaron la tan esperada liberación. Tardaron más de un mes en encontrar un medio de transporte hasta Łodź, y durante tres semanas acudieron cada tarde a la iglesia hasta que Bronisław, al que para su descontento habían enviado a trabajar a un hospital alemán, las encontró y las llevó a vivir con su madre, Ana.

Ana Kamiński había logrado de alguna manera salir con vida de Auschwitz, igual que su amiga enfermera, Ester. Lo que contaban sobre aquel lugar bastaba para teñir de negro hasta el más radiante de los corazones, y Magda tenía la sensación de que no habían compartido ni la mitad de sus experiencias. Ambas mujeres cargarían durante el resto de su vida con las cicatrices del campo, pero su deseo de luchar por un futuro mejor era inspirador. Magda y Ana se habían caído bien de inmediato y las dos iban cada día a la iglesia de Santa María para rezar por el alma de sus maridos fallecidos… y por el regreso del resto de la familia.

Tuvieron que esperar durante un largo y angustioso mes a que Eduard y Jacob aparecieran por fin, un glorioso y soleado día de julio. Los habían enviado al espantoso Stalag X-B, cerca de Bremen, que no había sido liberado hasta finales de abril, y luego Jacob se había puesto enfermo y Eduard se había quedado con él para cuidarlo y que recuperara la salud antes de emprender el viaje. Su llegada fue recibida con enorme júbilo y, pocos días después, Zuzi y Bron se casaron. La pareja, benditos fueran, no había perdido un segundo en correr al altar, y Magda y Ana habían contemplado una al lado de la otra la sencilla y alegre ceremonia mientras la primera sonreía al ver cómo su arisca hija mediana, que tan reacia había sido a entregarse al amor, caía rendida a sus alegrías sin oponer resistencia.

«Estoy encantada de que la guerra haya traído tanta felicidad a mi hijo», le dijo Ana a Magda, ambas cogidas del brazo en un valiente esfuerzo por cubrir el hueco que la muerte prematura de sus maridos les había impuesto.

«Lo más seguro es que discutan con intensidad», comentó Magda con resignación, dedicándole una mirada penetrante a su apasionada hija.

«Y las reconciliaciones serán maravillosas —contestó Ana con calma—. Hay parejas que funcionan así».

Magda los mira ahora, cogidos del brazo en esta crucial reunión de los ciudadanos de Varsovia que han regresado a la capital. Los Dąbrowska volvieron hace un mes, trayendo desde Łodź cabañas construidas por la familia para vivir allí de manera temporal. La ciudad está en ruinas. Hitler no puso fin a su destrucción gratuita ni siquiera después de que los últimos polacos la abandonaran, sino que mandó a Himmler con incontables equipos de Brandkommandos —tropas de artillería— para quemar y destruir de manera sistemática una calle tras otra. Casi el ochenta por ciento de los edificios que estaban en pie cuando él cruzó la frontera polaca el 1 de septiembre de 1939 han desaparecido —bombardeados, quemados y demolidos —, y de los que quedan, pocos son lo bastante seguros como para

vivir en ellos.

Eso no ha detenido a los varsovianos, que desde el Día de la Victoria en Europa, en mayo, han regresado en masa a la ciudad. Más de doscientos mil viven ahora, igual que los Dąbrowska, en tiendas, cobertizos y habitaciones improvisadas entre los cascotes. Magda lo sabe porque cada día da de comer al mayor número posible de ellos. La Piekarnia Dąbrowska opera ahora desde un kiosco de madera desvencijado que forma parte de una hilera de establecimientos parecidos, pero la gente acude en tropel de todos modos. Al menos disponen de la harina que los Aliados han traído en camiones, como si de esa forma pudieran compensar el hecho de haberlos abandonado en manos de sus enemigos. Y, aunque no lo compensa, la harina es buena y el pan, nutritivo; y, además, ¿de qué sirven las recriminaciones? Ha llegado el momento de mirar hacia delante, y ese es el motivo por el que miles de varsovianos están hoy aquí para escuchar a los arquitectos hablar de su futuro.

Les esperan muchas decisiones, pero las fundamentales ya se han tomado: Varsovia seguirá siendo la capital de Polonia, se gastarán grandes cantidades de dinero en su reconstrucción y los edificios modernos se combinarán con recreaciones de los antiguos, en especial los de la plaza del mercado, en el corazón de Stare Miasto. Magda sabe que Babcia Kamilla se alegraría y espera que los esté mirando desde el cielo, acompañada de Aleksander y su querido Kaczper.

El comité ya ha hecho un llamamiento para pedir fotos, postales, obras de arte, mapas y planos de Varsovia tal como era en el pasado. Coleccionistas privados de toda Europa les están prestando cuadros de un famoso artista llamado Canaletto para contribuir a la restauración, y, aunque resulta difícil imaginar cómo logrará el comité llevar a cabo siquiera la mitad de la tarea que se ha impuesto, su energía es extraordinaria.

En el escenario, detrás del presidente, se halla su principal equipo operativo, liderado entre otros por Agaton, que ha recuperado su verdadera identidad como Stanisław Jankowski y está

de pie con orgullo delante de numerosas copias aumentadas de los mapas recuperados por su propio equipo y otros igual de previsores. A su lado se encuentra, para gran orgullo de Magda, su ayudante, Hana Andrysiak, con ambos pies plantados con firmeza en el suelo aunque uno sea de madera. No usa bastón, pero se apoya con discreción en el brazo de su marido, y Magda no cabe en sí de alegría por verlos juntos después de tanto, tanto tiempo.

Hana y Emil llevan solo seis semanas casados. Emil tardó mucho tiempo en conseguir que la RAF lo eximiera del servicio y más aún en que lo repatriaran a Inglaterra, para desde allí poder volver a Polonia y reunirse con su prometida. Cuando llegó a Łodź, a Hana le aterrorizaba que su pierna mutilada mermara el amor que él sentía por ella, pero Magda se alegró mucho cuando él ni siquiera se fijó en ella, pues estaba ocupado embelesado con el rostro de su amada. Cuando Hana se lo señaló con timidez, él cayó de rodillas y le besó el muñón, dando las gracias a Dios por evitar que la infección se llevara más partes de la mujer que amaba.

«Un poco demasiado dramático», dijo Zuzi mientras los miraba.

Magda chasqueó la lengua en señal de desaprobación, pero Hana se limitó a reír y comentó que, a decir verdad, después de la lúgubre tragedia que había supuesto perder la pierna, Emil podía ser tan dramático como quisiera. Además, el retraso de él en llegar le había dado tiempo para aprender a andar con su extremidad de madera y cuero, que era fácil de esconder bajo la falda del primer vestido de novia en condiciones que se ponía cualquiera de las hermanas Dąbrowska. Era posible que la hija mayor de Magda hubiera tenido que esperar más que las otras dos para casarse, pero su ceremonia fue la más elegante, con montones de comida y vino e incluso luces que no se cortaron antes de que finalizara. Fue un banquete espléndido, después del cual sus tres hijas se dirigieron a Varsovia una vez finalizada su luna de miel.

Magda se rodea el cuerpo con los brazos y se imagina que son los de Kaczper, que la estrechan mientras ella reflexiona sobre sus tres hijas y sus respectivos maridos. Hana y Emil no discutirán, pero

sin lugar a dudas tendrán debates intelectuales, sobre todo ahora que Hana estudia a tiempo completo para ser arquitecta y Emil ha retomado su pasión por la historia como profesor adjunto aquí, en Varsovia. Dado que los edificios de la universidad sirvieron de base para la Wehrmacht durante la destrucción, son de los pocos que siguen en pie, y a la familia no se le escapa la ironía de que el marido de Hana vaya a dar clases en el mismo edificio en el que ella arriesgó la vida para recuperar los mapas que ahora se muestran a la ciudad entera.

Magda suspira al recordar la espantosa noche en que trajeron a Hana con una herida sangrante en la pierna. Ella no deseaba que su hija se embarcara en esa misión de locos y arriesgara la vida por un puñado de mapas, y los acontecimientos le dieron la razón. Aunque de poco le había servido. Sin embargo, eso forma parte de ser madre y aquí están ahora los mapas, que son el punto de partida de la reconstrucción para todos ellos, así que tal vez Hana también tenía razón.

Magda sonríe y desvía la mirada hacia Orla y Eduard. Ellos tampoco discutirán, está convencida, porque ninguno de los dos está hecho para el combate. Él es un buen hombre que se está formando para ser fontanero, y su carácter es tan dulce como el de su mujer. La pequeña Nella está creciendo en un hogar que cree más en el poder del amor que en el de las bofetadas y, si a Magda no le engañan los ojos (cosa que raramente sucede), su hija menor está embarazada, lo que significa que dará a luz a un nuevo Dąbrowska que perpetuará un linaje cuya supervivencia es un milagro.

—Ay, Kaczper —susurra—. Ojalá pudieras verlas ahora.

Su marido estaría muy orgulloso de sus hijas e incluso de Jacob, que después de rebelarse contra las restricciones de la escuela al regresar a la instalación improvisada levantada en el Jardín Sajón (otro superviviente de la destrucción gracias a que a Hitler le gustaba para él), ahora está más adaptado y ha encontrado una nueva pasión en la ciencia, que por suerte es mucho más constructiva que su pasión previa por los tanques y las armas.

Demasiados jóvenes varsovianos han crecido en medio del conflicto y ahora deben aprender a vivir en paz, lo cual no siempre es fácil, sobre todo desde que Stalin tomó el control.

Magda se estremece al pensarlo. La ciudad deseaba un gobierno comunista tan poco como había deseado una ocupación fascista, pero la ciudad tiene poco que decir, salvo a su propia manera, y de momento eso tendrá que bastar. La lucha por la verdadera liberación sigue en marcha, pero, si se puede canalizar a través de casas y palacios, edificios públicos y autovías, al menos nadie resultará herido.

Todos han sufrido ya demasiado.

Es hora de que Varsovia recupere su grandeza y se convierta en el lugar perfecto para criar a la nueva generación de su familia, todos unidos y a salvo.

Magda cierra los ojos y ve a Kaczper, su marido fallecido, de pie en el balcón de la Pawiak hace exactamente seis años, con el pecho desnudo azotado por el viento de noviembre y la cabeza alta. Cuánto lo amó en aquel momento, igual que lo había amado desde el momento en que le puso los ojos encima cuando él era aprendiz de panadero. Cuántas veces acarició con sus manos su amplio pecho, se acurrucó sobre él y se sintió segura entre sus brazos. Los nazis lo arrojaron por el balcón como si no fuera nada cuando, en realidad, al menos para ella, lo era todo.

—Tu enorme corazón se alegraría de ver felices a tus hijas —le dice Magda por lo bajo.

«No quiero que lloréis —les había dicho él aquel día aciago—, sino que viváis, améis… y luchéis».

—Bueno, Kaczper —dice Magda al tiempo que abre de nuevo los ojos y sonríe a través de sus lágrimas—, hemos luchado con todas nuestras fuerzas. Nos hemos aferrado a la vida con todas nuestras fuerzas. Y ahora, mi vida, amaremos con todas nuestras fuerzas, hasta el anochecer en que llegue la gloriosa libertad.

UNA CARTA DE PARTE DE ANNA

Querido lector:

Déjame darte las gracias de corazón por haber decidido leer *La mensajera*. Esta novela se originó a partir de *La enfermera de Auschwitz*, ya que Bartek, el marido de Stanisława Leszczyńska (el personaje real que inspiró a mi heroína Ana Kamiński), y su hijo, Bronisław, huyeron a Varsovia y participaron en el levantamiento de la ciudad. Aunque en su momento dispuse de poco tiempo para documentarme acerca de este fascinante periodo de la historia de la Segunda Guerra Mundial, bastó para abrirme el apetito y, cuando decidí continuar la historia de Tasha Ancel en *La huérfana de Auschwitz*, tuve ocasión de profundizar más, ya que ella también era de Varsovia. Así pues, me emocionó mucho la perspectiva de sumergirme a fondo en la historia del Levantamiento para este nuevo relato que sigue a las tres hermanas Dąbrowska, pero en el que también aparecen, como personajes secundarios, Bartek, Bronisław, y Tasha y su familia.

La historia del Levantamiento de Varsovia es desgarradora. Los habitantes de la ciudad se sublevaron tal y como les habían pedido, opusieron una valiente e intensa resistencia a los nazis y tomaron grandes zonas de la ciudad a la espera de la liberación total, solo

para que luego los dejaran solos ante los renovados ataques alemanes. Su destino, como individuos y como pueblo, fue trágico, pero su valor y entereza fueron —y son— una inspiración para mí, y espero que también lo hayan sido para ti.

Gracias por leerme.

ANNA

APUNTES HISTÓRICOS

La mensajera es una novela acerca de una familia totalmente ficticia. Las tres hermanas Dąbrowska son fruto de mi imaginación, pero espero que también sean representativas de todos aquellos varsovianos de carne y hueso que con tanto valor se sublevaron para ayudar al Ejército Rojo a recuperar su amada ciudad, y que fueron traicionados del peor modo posible. A continuación hay varios apuntes para los que quieran conocer más detalles sobre el Levantamiento de Varsovia.

Polonia - Tierra de ocupación

Los nazis no fueron, ni mucho menos, los primeros en ocupar Polonia. Este país inmenso, fértil y bien organizado se halla, para su desgracia, entre Rusia y Alemania, y ha sido el objetivo de una u otra a lo largo de toda su historia. En 1716 se vio forzado a convertirse en un protectorado ruso y en 1797 Austria, Prusia y Rusia se lo repartieron mediante un tratado que eliminó la palabra «Polonia» de todos los documentos oficiales.

A efectos prácticos, el país dejó de existir durante los siguientes ciento veintitrés años, pero sus habitantes conservaron en sus corazones el alma del espíritu polaco. El Levantamiento de Enero, en 1830, y el Levantamiento de Noviembre, en 1863, constituyeron dos audaces intentos de recuperar su independencia y, aunque en última

instancia fracasaron, sirvieron de modelo para la insurgencia polaca, además de inspirar el himno nacional del país —«Polonia aún no está perdida»— y los *Etudes* de Chopin, que sonaban a todo volumen en las barricadas en agosto de 1944.

El armisticio de la Primera Guerra Mundial, firmado en 1918, concedió finalmente la independencia a Polonia, lo que supuso el comienzo de una época de enorme prosperidad con grandes avances en la música, las artes, la ciencia, la vivienda, la educación y los servicios de inteligencia gubernamentales. No es de extrañar, pues, que en 1939 los polacos se opusieran amargamente a la nueva invasión por parte tanto de Alemania como de Rusia, los dos enemigos ancestrales entre los que, en última instancia, se encontraron atrapados durante el Levantamiento de Varsovia.

La Resistencia polaca

Cuando empecé a documentarme acerca de los movimientos clandestinos polacos, esperaba encontrarme con algo parecido al maquis francés: grupos improvisados de insurgentes que trabajaban con valentía pero sin mucha coordinación (al menos hasta que De Gaulle organizó el movimiento Francia Libre). Lo que descubrí, sin embargo, fue un Estado entero que operaba de manera clandestina.

Desde el momento en que Varsovia se vio obligada a rendirse, los elementos fundamentales del gobierno, así como de los sistemas judicial y social, empezaron a funcionar clandestinamente. El consejo de ministros voló a Londres, desde donde siguió gobernando con pleno reconocimiento (igual que ocurrió con diversos países ocupados), proporcionando asesoramiento e instrucciones a los valientes líderes que seguían en Polonia. Había una administración pública clandestina de alcance nacional, así como un sistema judicial con juzgados y sentencias para los delincuentes polacos, como una forma de demostrar que el país seguía siendo completamente operativo, aunque fuera en secreto.

Existía también un sistema educativo masivo que permitía a la

juventud polaca —con grandes riesgos para los implicados— recibir educación después de que los ocupantes alemanes le hubieran negado con crueldad el acceso a las escuelas y las universidades. Clases como las de Agaton, que se reflejan en la novela, eran algo cotidiano, con un numeroso grupo de valientes profesores que se alzaban para asegurarla continuidad del sistema educativo delante de las narices de los nazis. Había también, por supuesto, un ejército liderado por muchos de los principales generales de Polonia y encabezado por Bór (nombre en clave del general Tadeusz Komorowski), y todo un sistema jerarquizado de comandantes.

Los muchos años de cruel ocupación padecidos por los polacos a lo largo de la historia habían solidificado su espíritu de resistencia, así como su habilidad para organizaría. No se trataba de una coalición de grupos de guerrilleros, sino de una estructura nacional inadvertida por los nazis que reclutaba y entrenaba a sus miembros, a la espera de que llegara su oportunidad de luchar. El Levantamiento de Varsovia fue esa oportunidad y, en mi opinión, de no ser por la falta de apoyo de los supuestos aliados de Polonia, debería haber culminado en una victoria extraordinaria.

La Minerki

La Minerki fue un grupo real de mujeres zapadoras liderado por Antonina Mijał, cuyo nombre en clave era Tosía, que llevó a cabo hazañas asombrosas tanto antes como durante el Levantamiento de Varsovia. Tal como se refleja en la novela, fueron un elemento esencial para tomar tanto la torre Prudential el primer día, como la Central Telefónica (a la que los varsovianos llamaban «edificio PAST-a») el 20 de agosto. También contribuyeron a abrir con cargas explosivas cientos de muros de bodegas para crear la ciudad subterránea que mantuvo con vida a tantos habitantes de Varsovia durante los terribles bombardeos de agosto y septiembre.

Las kanalarki

Aunque es también una designación real, se trata de un grupo menos definido que el de la Minerki, pues el término se acabó aplicando a todas aquellas valientes personas —en su mayor parte, jóvenes— que se desplazaban por las alcantarillas para trasladar mensajes y escoltar a los evacuados. La idea de viajar a través de túneles por debajo de la ciudad puede parecer, en un primer momento, sacada de una aventura de la publicación *Boys'Own*, con el toque casi cómico que se atribuye siempre a las aguas residuales humanas, pero la realidad no tenía nada de divertido.

Si acudes al Museo del Levantamiento de Varsovia (un lugar asombroso que vale la pena visitar), encontrarás réplicas tanto de la alcantarilla ovalada más grande como de las secundarias, más pequeñas. Por supuesto, están vacías, limpias e iluminadas, pero, incluso sin el espantoso añadido de la oscuridad, el torrente de aguas negras y el peligro de un ataque de los nazis, se trata de conductos claustrofóbicos en los que es imposible caminar erguido. Hay historias desgarradoras sobre personas que perdieron la cordura o tuvieron terribles accidentes allí abajo, como consecuencia de los cuales sus cadáveres acabaron flotando junto con los demás residuos en los angostos conductos. Los vapores eran insoportables y la cantidad de tiempo que tardaba la gente en recorrer distancias relativamente cortas da fe de lo complicado que era. Siempre tuve claro que quería hacer bajar a Hana a las alcantarillas para reflejar el coraje de los cientos de *kanalarki* durante el Levantamiento y, con todo el dolor de mi corazón, también me pareció importante que recibiera una herida, como les sucedió a muchas de ellas.

Los Scouts

Los Scouts aparecen mencionados varias veces en el contexto de la instrucción de jóvenes miembros del AK y, aunque no tenía espacio en la novela para entrar en detalles, se trata de un rasgo esencial del Armia Krajowa (Ejército Nacional). En 1908 Baden-Powell fundó el escultismo en Gran Bretaña, un movimiento que no

tardó en propagarse por toda Europa y en concreto en Polonia, donde fue abrazado con entusiasmo. Dada la amenaza constante de los enemigos a ambos lados del país, el movimiento en dicho país tenía un inevitable matiz militar y los Scouts estuvieron involucrados en tareas auxiliares en todos los principales conflictos a partir de 1919.

Gran parte de la instrucción, para ambos sexos, estaba orientada al combate, y cuando la primera ciudad polaca de Poznan fue invadida el 10 de septiembre de 1939, un gran contingente de *scouts* la abandonó con el ejército que se batía en retirada y recorrió los veintisiete kilómetros que la separan de Varsovia para unirse a las fuerzas de la resistencia. El 27 de septiembre, el día de la creación oficial del movimiento clandestino (un día antes de la rendición ante los alemanes), los Scouts se pusieron a disposición del ejército clandestino. Sus miembros llevaban uniforme gris y por ello, durante la guerra, se los conocía como *Szare Szeregi* («Tropas grises»), lo cual les permitía firmar octavillas de propaganda y mensajes como SS, en una irónica maniobra de despiste hacia la policía secreta de sus ocupantes. Los Scouts fueron una fuerza significativa durante el Levantamiento y muchos de ellos, algunos de incluso doce años, perdieron la vida o extremidades a manos de los nazis.

PW

El símbolo «PW», pintado en los muros por chicos como Jacob, constituyó una importante señal de desafío durante la ocupación y apareció por primera vez durante la masacre de Wawer, una de las primeras masacres a gran escala de civiles polacos por parte de las tropas alemanas, que tuvo lugar el 26 y 27 de diciembre de 1940. En un principio, las iniciales PW respondían a Pomścim y Wawer —«Vengaremos a Wawer»— y los *scouts* pintaban la frase entera en las paredes, pero enseguida se abrevió a PW. A comienzos de 1942, el AK organizó un concurso para diseñar un emblema y la ganadora

fue Anna Smoleńska, una *scout* que combinó las letras P y W para formar una *Kotwica* —«ancla»—, y ese fue el diseño que se utilizó de manera generalizada a partir de entonces. Con el tiempo, las iniciales PW de la *Kotwica* acabaron haciendo referencia también a Polska Walcząca —«Lucha por Polonia»— y más adelante a Powstanie Warszawskie —«Levantamiento de Varsovia»—. Espero que historias como esta recuerden al mundo adonde pueden llevarnos, en tanto que sociedad, el odio y el nacionalismo extremista, y que nos inspiren a todos a aceptarnos unos a otros de una manera más pacífica y amistosa.

Hora W

En aras de la simplicidad del relato, no he descrito los complejos detalles de las horas previas a la hora W. Es cierto que Bór dio la orden de sublevarse a las cinco de la tarde del 31 de julio, pero el mandato tenía que pasar antes por Monter, el nombre en clave del coronel Antoni Chruściel, el comandante de Varsovia al que, por desgracia y falta de espacio, no he podido incluir en la novela. Como resultado, la orden no pudo difundirse hasta las siete de la tarde, una hora antes del toque de queda, lo que dificultaba a los mensajeros su distribución hasta la mañana siguiente. En consecuencia, muchos comandantes del AK no la recibieron hasta horas antes de tener que reunir a sus tropas, algo que no era sencillo en una ciudad ocupada en la que los nazis se olían que algo sucedía. Se estima que hasta el cuarenta por ciento de los miembros del AK no se encontraban en posición para la hora W, y en parte ese es el motivo de que no se tomara el control de diversos baluartes clave, como el palacio Brühl y las estaciones de tren. Otro motivo es que, aunque todos hubieran estado donde debían, la verdad era que el AK no tenía suficientes efectivos —ni, sin lugar a dudas, suficiente potencia de fuego— para tomar esos enclaves tan bien defendidos, algo que tal vez los altos mandos deberían haber tenido en cuenta.

Los líderes del AK discutieron largo y tendido acerca de si debían

sublevarse y cuándo hacerlo. Ahora no es el momento de describirlo en detalle, pero varias personas bien informadas le dijeron a Bór que los alemanes habían enviado refuerzos para enfrentarse a los rusos, además de advertirlo sobre la probable traición de estos últimos y aconsejarle que no se sublevara hasta que el Ejército Rojo cruzara el Vístula.

Lo más seguro es que Bór estuviera sometido a una gran presión en un momento en el que las tensiones en la ciudad estaban llegando a un punto crítico. En Londres el gobierno era partidario del levantamiento y dejaba entrever que los británicos compartían su opinión, por no hablar de que existía un miedo muy real a que, si los varsovianos no se sublevaban antes de que llegaran los rusos, les estarían entregando su ciudad en bandeja. En última instancia, creo que Bór dio la orden porque, tal y como reflejo en la novela, creía que los jóvenes soldados del AK estaban tan hartos de la opresión y brutalidad de sus ocupantes que iban a sublevarse de todas maneras, y era mejor que hubiera algún tipo de comandancia central. Bór era un hombre íntegro que se encontró en medio de una situación imposible, y, si los rusos hubieran cumplido sus promesas, el levantamiento habría tenido éxito.

Escasez de armas en el AK

La escasez de armas durante el levantamiento fue un tremendo problema y los líderes del AK deben asumir cierta responsabilidad por ello. Tal y como describo en la novela, el plan original era que el levantamiento se produjera en el campo para impedir la retirada de los nazis, y solo se decidió que fuera en Varsovia semanas antes de la hora W. Eso implicó que las armas escondidas por toda Polonia tuvieran que trasladarse a la capital y, teniendo en cuenta que se trataba de una ciudad ocupada y patrullada por las tropas nazis, no era tarea fácil. El protocolo que dictaba que únicamente dos personas conocieran la localización de cada alijo también supuso un problema. Sin duda era una medida necesaria, ya que los miembros

del AK eran capturados y torturados con frecuencia, pero durante los primeros días del levantamiento hubo tantas muertes que muchos alijos quedaron sin descubrir. Años después del alzamiento se encontraron montones de armas intactas que habrían sido de gran ayuda durante el conflicto.

No obstante, la idea era que el levantamiento durara como máximo cinco días, hasta la llegada del Ejército Rojo, y el AK tenía armamento suficiente para aguantar durante ese corto periodo y, de hecho, más tiempo, pero en ningún caso los dos meses que acabó durando el levantamiento sin ayuda exterior. Churchill estaba consumido por la preocupación acerca de Varsovia e hizo todo lo posible para convencer a Stalin de que permitiera la ayuda de los pilotos británicos y estadounidenses, pero Stalin tenía sus propios y crueles planes, y Roosevelt, esclavo del «Tío Joe» para que mantuviera la ayuda que este les prestaba para su guerra en el Pacífico, no estaba en condiciones de presionarlo.

Así pues, el AK se vio obligado a depender de sus considerables recursos. La fabricación en masa de «filipinkas» les permitió resistir mucho más tiempo del que debería haber sido posible, igual que los estrictos —y sin lugar a dudas enormemente frustrantes y aterradores— protocolos sobre cuándo disparar, junto con la fabricación de todo tipo de armas improvisadas y lanzacohetes. Muchos muchos civiles se involucraron en la producción de estas armas caseras, y el hecho de que los varsovianos resistieran tanto tiempo antes de rendirse da fe tanto de su ingenuidad como de su productividad.

La estrategia de Stalin

Uno de los temas que ha generado más debate entre los historiadores es hasta qué punto el hecho de que los rusos abandonaran a su suerte a Varsovia fue premeditado. No cabe duda alguna de que, a finales de julio, los alemanes enviaron de manera inesperada poderosos refuerzos para retener al Ejército Rojo en la

otra orilla del Vístula, pero es evidente que eso los detuvo durante pocos días. A medida que he estudiado más en profundidad el Levantamiento de Varsovia, he acabado por convencerme de que Stalin abandonó a los varsovianos a su suerte a sangre fría.

Tal como refleja la novela, Radio Moscú incitó a los ciudadanos de Varsovia a sublevarse para permitir la rápida entrada de su ejército en la ciudad, pero cuando la gente hizo lo que se le pedía, Stalin no solo se negó a entrar, sino que también negó públicamente cualquier vinculación con el levantamiento. Entretanto, Hitler envió a la SS para enfrentarse a los polacos y Stalin ni siquiera se planteó ordenar a los aviones rusos que se enfrentaran a la Luftwaffe. Por si eso fuera poco, bloqueó de manera activa otros intentos de los Aliados por ayudar, negándose a permitir que los británicos y los estadounidenses usaran las bases aéreas rusas, que se hallaban mucho más cerca de Varsovia que las suyas. En mi opinión, esto solo puede interpretarse como una manera muy calculada de dejar que los alemanes redujeran la capital polaca a ruinas para que a Stalin le resultara más fácil tomarla.

Peor aún, como se muestra aunque sea brevemente en la novela, a medida que septiembre avanzaba y el AK se planteaba seriamente la rendición, Stalin les dio la esperanza para que siguieran luchando hasta su amargo final. Hay quien argumenta que los rusos siempre dejaban caer sus suministros sin paracaídas para permitir que sus aviones volaran más bajo y con mayor precisión, pero las cajas que transportaban la comida y las armas no eran lo bastante resistentes para sobrevivir a la caída y casi todo lo que enviaban acababa resultando inutilizable. Era una oferta de ayuda muy bien orquestada, pero que en realidad no ayudaba en nada.

Lo mismo puede decirse del llamado Ejército Polaco, cuando Moscú permitió por fin a sus soldados cruzar el río en botes. Hay que señalar que dichos soldados eran los prisioneros que habían tomado los rusos al invadir Polonia como agresores en 1939. Muchos de ellos habían acabado en Siberia o habían permanecido en condiciones espantosas, y su incorporación al ejército de Stalin fue

pura fachada, igual que los suministros enviados por vía aérea. No tenían equipo ni entrenamiento adecuados, y muchos eran campesinos obligados a unirse a las tropas, como se describe en el libro. La historia de los reclutas polacos que no habían oído hablar de Hitler es cierta y refleja hasta qué punto estos jóvenes vivían alejados del mundo antes de que Stalin los incorporara al Ejército Rojo y los enviara a Varsovia como supuesta ayuda para los insurgentes.

Los planes de Stalin eran a largo plazo. Quería ganar la guerra, sí, y no tuvo problema en unirse a los Aliados para lograrlo, pero su principal objetivo era la creación de la Unión Soviética —su propio imperio oriental— y no pensaba detenerse ante nada para conseguirlo. Los occidentales creían negociar con alguien que respetaba el código de honor, pero la intención de Stalin no era otra que usarlos como un medio para obtener exactamente lo que deseaba: la totalidad de Europa del Este, bajo su férreo mando tras el Telón de Acero.

Los ciudadanos de Varsovia fueron unas de las primeras víctimas de esa estrategia brutal y premeditada, y, por desgracia, no serían ni mucho menos las últimas. En los años posteriores a la guerra el comunismo aplastó numerosos países en un proceso que culminó con la construcción del Muro de Berlín, como exploré en mi novela *La mujer con el tatuaje*.

La S y la masacre de Wola

La escena en la que Orla acaba atada a un tanque se inspira en un suceso real, uno de los muchos igual de terroríficos de la masacre de Wola, que marcó el comienzo del contrataque nazi. Por desgracia para Varsovia, Hitler delegó la autoridad para acabar con el AK en Himmler, su cruel mano derecha y comandante de la SS, que envió de inmediato a sus grupos de matones más brutales e indisciplinados.

Oscar Dirlewanger era un sádico criminal que, durante el año

previo al Levantamiento de Varsovia, cometió diversas masacres en Bielorrusia y sembró el terror entre la población local. Sus hombres solo eran soldados en teoría, porque en la práctica tenían mucho más en común con una banda terrorista a la que solo le preocupaba su botín. Disfrutaban matando, saqueaban sin freno y violaban a las mujeres con brutalidad. Hitler no tuvo problema en dejarlos arrasar la ciudad que tanto detestaba, y los pobres habitantes de Wola estuvieron condenados desde un principio.

El personaje de Eduard también está inspirado en jóvenes reales a los que obligaron a unirse al grupo de Dirlewanger, muchos de los cuales se sentían asqueados por las crueles tácticas de los supuestos soldados y trataron de escapar por todos los medios posibles, entre ellos quitarse la vida. Me alegra haber podido dar a Eduard una segunda oportunidad en brazos de la gentil Orla.

La reconstrucción de Varsovia

Aunque en esta novela no he podido explorar a fondo la asombrosa historia de la reconstrucción de Varsovia, espero haber reflejado que esta se enraizó en la determinación de sus habitantes de devolverle su grandeza, incluso mientras otros la estaban destrozando. La odisea de Hana para recuperar los planes es fruto de mi imaginación, pero se inspira en varios relatos reales que describen los intentos de encontrar y proteger todos los mapas posibles para conservar los planos de la Varsovia histórica que los alemanes destruyeron.

Varsovia quedó arrasada de una manera que escapa a cualquier comprensión. La población de la capital polaca pasó de 1.300.000 habitantes en 1939 a 900.000 a comienzos de agosto de 1944, y 153.000 en enero de 1945. Más de doscientas mil personas murieron durante el Levantamiento y, tras la rendición, unos seiscientos mil supervivientes fueron deportados al tambaleante Reich. Al final, numerosos civiles fueron liberados en zonas rurales para que se buscaran la vida, pero, antes de la rendición, el miedo a que los

enviaran a los campos hizo que muchos decidieran abandonar la ciudad como soldados del AK, con la esperanza de que los trataran como prisioneros de guerra según las convenciones.

Una vez la población se marchó, los alemanes barrieron Varsovia. Tal como se menciona en la novela, Hitler envió tropas para que arrasaran las zonas que no habían quedado en ruinas debido a las bombas y dedicó una cantidad significativa de recursos a tal efecto en la segunda mitad de 1944, una época en la que esos soldados hacían mucha más falta en otras partes para cubrir la retirada de los nazis. Hitler odiaba Varsovia con toda su alma. El Plan Pabst de 1940 es un documento real que muestra la intención de los nazis de convertir la espléndida ciudad en un mero hito en la ruta hacia el este (completado con verdaderos chalets alpinos para los ciudadanos alemanes) e, incluso cuando su derrota se acercaba, Hitler siguió obsesionado con borrar la ciudad del mapa. No lo logró.

Los polacos tomaron la atrevida decisión de conservar Varsovia como la capital del país después de la guerra y dedicaron una inmensa cantidad de recursos a su reconstrucción. También se llevó a cabo una modernización a lo largo de la autovía este-oeste mencionada en la novela, pero enormes zonas de la ciudad, principalmente en el histórico barrio de Stare Miasto, se recrearon en base a planos, fotografías, cuadros y la memoria de los ciudadanos. Stanisław Jankowski fue un arquitecto real (así como un líder del AK real y muy exitoso, cuyo nombre en clave era Agaton) y un elemento esencial de la restauración, por lo que fue un placer convertir a Hana en su ayudante en la ficción.

Si visitas Varsovia en la actualidad, algo que recomiendo encarecidamente, te será difícil detectar que las casas de la ciudad no son del periodo renacentista, sino recreaciones del siglo XX. La plaza del mercado es, a todos los efectos, un decorado, pero perfecto y creado con mucho amor para dar fe tanto de la herencia ancestral de la ciudad como de su más reciente resiliencia y determinación.

El Alzamiento del Gueto

En Varsovia hubo dos levantamientos, el segundo de los cuales fue el Levantamiento de Varsovia. El primero, mencionado varias veces en la novela, tuvo lugar en 1943 y fue, me temo, igual de trágico. Se trata del Alzamiento del Gueto, durante el cual los últimos judíos que quedaban en el atroz gueto ubicado en el centro de la ciudad se sublevaron contra sus guardas nazis para evitar que los enviaran a una muerte segura en Treblinka.

Los nazis se afanaron en perseguir a los judíos de Varsovia tanto como en todas partes, y los obligaron a llevar brazaletes con la estrella de David a las pocas semanas de la ocupación, aunque en Varsovia eran blancas y azules, y no amarillas. El gueto se creó en noviembre de 1939 y se convertiría en el mayor de los aproximadamente ochocientos de Europa, con casi cuatrocientos mil habitantes en su momento álgido. A partir de 1942, sin embargo, los nazis empezaron a enviar a los judíos del gueto a Treblinka, un campo de exterminio construido con el único propósito de matarlos.

Como se refleja en la novela, los espías del AK no tardaron en darse cuenta de que muchas personas entraban en él y ninguna salía, y ataron cabos. A pesar de que el mensaje se trasladó a Varsovia, poco se podía hacer para interrumpir los inhumanos traslados. En abril de 1943 la población del gueto se había reducido a unos cuantos miles de habitantes y, conscientes de su inminente liquidación, dos grupos de luchadores clandestinos se sublevaron el 19 de abril con la ayuda de armas que en su mayor parte les había proporcionado en secreto el AK de Varsovia. El brutal enfrentamiento se alargó hasta el 8 de mayo, mientras los que vivían fuera de las paredes del gueto escuchaban continuos disparos y explosiones, y veían a los judíos saltar de los pisos superiores para evitar las llamas. Los nazis mataron a casi todos los judíos del gueto, pero unos cuantos lograron escapar y ocultarse en los rincones más secretos de Varsovia, entre ellos la familia Ancel, que es fruto de mi

imaginación y cuya historia conté en *La huérfana de Auschwitz*.

Aunque el Alzamiento del Gueto fue una tragedia que acabó en una destrucción inevitable, el heroísmo de los luchadores judíos impresionó a todos los que lo presenciaron, asombrados de que un grupo tan pequeño y con tan escaso armamento pudiera mantener a raya a los alemanes durante tanto tiempo. En parte, fue la inspiración para el Levantamiento de Varsovia que tuvo lugar poco más de un año después.

Los grilletes en la pared

Los grilletes y las cadenas que Babcia Kamilla tiene colgados en la pared se inspiran en una historia real: la de la condesa Maria Tarnowska, una mujer fuerte e intrépida que llevó una vida distinguida en varias partes del mundo como esposa de un importante diplomático polaco, antes de convertirse en una figura esencial de la Cruz Roja polaca que encabezó los recursos médicos durante el Levantamiento de Varsovia. En la novela aparece brevemente —es la hermana Maria de Orla—, pero no disponía de espacio suficiente para hacerle justicia tal como se merece.

No obstante, no me pude resistir a incluir un detalle sobresaliente que aparece en sus memorias. Fue al padre de la condesa Maria a quien los rusos apresaron en 1883 y sentenciaron a ocho años de trabajos forzados en las minas siberianas. Tras escapar y recibir el indulto del zar, regresó a Varsovia, donde conservó en la pared los grilletes de su época en Siberia como símbolo de la determinación de los polacos a no ser esclavizados. He decidido dárselos, junto con parte de la dignidad y la fiereza de su dueño, a Babcia Kamilla, pero los que queráis saber más sobre la condesa María debéis leer sus fascinantes memorias: *The Future Will Tell*.

Fragmentos de documentos reales

El juramento del AK, la carta de Stalin al primer ministro polaco, la carta de Churchill y Roosevelt a Stalin y el último comunicado del

Consejo Nacional de Ministros a la nación polaca son todos fragmentos o paráfrasis traducidas de documentos reales. He decidido incluirlos para realzar la historia con un atisbo de parte de los tejemanejes políticos que tienen lugar entre bambalinas. La «letanía por el pueblo polaco» también es una traducción directa y muestra, en mi opinión, el espíritu de lucha que se encuentra en el corazón incluso de las oraciones nacionales.

Las órdenes de Bór no sobrevivieron, de modo que no se pueden citar de manera literal, pero espero que mi versión de ellas se acerque a la realidad. El llamamiento del Consejo Nacional a salvaguardar la «sustancia biológica de la nación» es una frase real que ha pasado a formar parte de la historia polaca. Los habitantes de Varsovia, con su valentía, su osadía y su resiliencia, fueron el alma del Levantamiento, y su espíritu sobrevivió y los llevó a regresar en tropel a la ciudad en ruinas en 1945 para emprender su asombroso renacimiento.

Las rutas de salida de los prisioneros de guerra

La mayoría de los prisioneros de guerra salió de Varsovia desde la estación de tren occidental, ubicada en el sur de la ciudad, pero había una segunda ruta a través de la estación de Gdansk, en el norte, entre Żoliborz y Stare Miasto. Es muy posible que algunos fueran subidos a los trenes desde allí para evitar aglomeraciones, y he decidido enviar a los Dąbrowska por ese camino para hacerlos pasar por Stare Miasto, escenario de gran parte de su sufrimiento y lugar de sepultura de Babcia Kamilla. Me parecía adecuado que mis personajes lo vieran por última vez antes de verse obligados a abandonar la ciudad.

El Levantamiento de Varsovia es un relato de increíble fortaleza y espíritu colectivo. Por supuesto, no todo transcurrió en perfecta armonía y he tratado de reflejar las reservas que tenía parte de la

población, obligada a sufrir un sitio brutal que duró mucho más de lo que debería. Dadas las duras condiciones de vida, sin embargo, y la desgarradora ausencia de apoyo exterior, me parece que esta historia tan poco conocida de la Segunda Guerra Mundial refleja un enorme coraje por parte de gente normal y corriente, y espero que los lectores la hayan disfrutado.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada a cuatro mujeres maravillosas, escritoras y amigas a las que he conocido mientras trataba de abrirme camino en este oficio de locos, y que han hecho que sea un poco menos loco y mucho más divertido. Conocí a la encantadora Julie Houston en mi primera conferencia de la Asociación de Novelistas Románticas en 2008 y, siendo ambas escritoras primerizas en un campo lleno de profesionales, congeniamos de inmediato. Al año siguiente, en Cumbria, conocimos a Tracy Bloom. Con gran sorpresa, Tracy y yo descubrimos que ambas habíamos crecido en Derbyshire y que ahora ella vivía a apenas diez minutos de allí. Nuestros frecuentes paseos por Kedleston Park, en los que nos dedicamos a arreglar el mundo literario, han tenido un valor incalculable para mí.

Hace cuatro años, con nuestros hijos ya un poco mayores, las tres decidimos que nos vendría bien un retiro; nada lujoso, solo una casita con una habitación para cada una donde poder escribir, algo de comida casera y, quizá, una o dos botellas de vino para las noches. Julie trajo a su nueva amiga escritora, Debbie Rayner, que pronto se convirtió también en nuestra nueva amiga escritora. El retiro fue un éxito, tanto en términos de productividad como de unión entre nosotras, y desde entonces se ha convertido en una cita habitual cada primavera y cada otoño, además de ser mis dos semanas favoritas del año.

Varias personas más se han unido a nosotras, todas encantadoras, pero hace dos años alguien tuvo que cancelar por enfermedad y, en los Premios de la Industria de la RNA en Londres, Julie y yo «atrapamos» a una pobre escritora que estaba en su primer evento de la RNA y tuvo la mala suerte de acabar en nuestra mesa. Era Helen Conway, y hay que reconocer que, cuando le sugerimos que tal vez le apeteciera aislarse con nosotras durante una semana en plena naturaleza, en Yorkshire, no lo dudó. Puede que hubiera bebido un poco de vino, pero, incluso cuando se le pasó el efecto, Helen siguió entusiasmada y ha sido una incorporación maravillosa a nuestro grupo. Y luego llegó Sharon Sant, la última en unirse a nuestro nido de palabras, pero desde luego no la menos importante (¡todas somos importantes!). En realidad, conocí a Sharon (que escribe bajo el seudónimo de Tilly Tennant) hace años, en la presentación de uno de los libros de Tracy, y, cuando nos volvimos a encontrar en un evento de la biblioteca de Burton, congeniamos enseguida y le propuse que viniera al siguiente retiro. Igual que Helen, bendita sea, apenas lo dudó, ¡y sin necesidad de nada más fuerte que una taza de té! Al día siguiente de empezar el retiro, mientras escribía en pijama en la mesa de la cocina con un rulo en el flequillo, anunció que se sentía como en casa, y creo que eso es algo que nos ha pasado a todas.

Tengo muchísima suerte de haber encontrado a este grupo de cinco mujeres. Son increíblemente trabajadoras y están dedicadas a la escritura, pero además son personas ricas en valores, cariñosas y maravillosas, y ha sido un auténtico placer y un orgullo para mí compartir tiempo con ellas. Espero con ilusión muchos, muchísimos más «WordyAways» con ellas en los años venideros.

Como siempre, es un placer darlas gracias al encantador equipo que me rodea: mi agente, Kate Shaw; mi editora, Natasha Harding; y todas las personas entregadas, comprometidas y brillantes de Bookouture. ¡Qué pedazo de editorial! También quiero aprovechar esta ocasión para dar las gracias al fabuloso equipo de la Intercontinental Literary Agency por todo su esfuerzo asegurándome

acuerdos en el extranjero. Es una alegría recibir mensajes en, redes sociales en tantos idiomas distintos (¡y bendito sea Google Translate!), y mi objetivo es ver todas mis ediciones extranjeras en las estanterías. ¡Qué buena excusa para viajar!

Durante la documentación para esta novela, hice un viaje maravilloso a Varsovia y me gustaría rendir homenaje a varios museos excelentes. El Museo del Levantamiento de Varsovia es una instalación magnífica y me ayudó muchísimo, tanto para la información objetiva como para captar la esencia del levantamiento.

La visita al cementerio judío fue conmovedora y me ayudó a hacerme una idea de las escenas de batalla en los cementerios. La exposición permanente *Destrucción y Reconstrucción de Stare Miasto*, en el Centro de Interpretación del Patrimonio, fue la forma perfecta de explorar lo que le ocurrió a la estructura de la ciudad, y la pequeña pero bien surtida librería de la planta baja del edificio de la Central Telefónica fue todo un hallazgo. También disfrutamos de una excelente visita guiada por el precioso casco antiguo, en la que nuestro guía, Jesús, nos señaló detalles muy útiles como la ubicación de barricadas y las marcas de bala en algunos muros que sobrevivieron a la destrucción de Hitler.

Quiero dar las gracias a mi heroico ayudante de documentación, Stuart, que además es mi queridísimo marido. Se mostró incansable en el recorrido de museos y fue fundamental para ayudarme a entender la geografía de Varsovia, tanto en el presente (¡no tengo ningún sentido de la orientación!) como en el pasado. Gracias a su perseverancia encontramos el mapa de 1940, que fue de enorme ayuda para comprender la Varsovia de tiempos de guerra, y también se le dio bastante bien encontrar un buen bar para «tomar notas». Muchísimas gracias, Stuart.

Una última mención especial a mis encantadores lectores, muchos de los cuales se ponen en contacto conmigo con frecuencia para contarme si han disfrutado un libro o para compartir historias personales. Cuanto más estudio la fascinante época de la Segunda Guerra Mundial en todos los rincones del mundo, más historias

entrelazadas descubro. Ha sido muy gratificante para mí incluir personajes que también aparecen en *La enfermera de Auschwitz, La mujer con el tatuaje* y *La huérfana de Auschwitz*, novelas conectadas entre sí que reflejan cómo las historias de las personas reales también se entrecruzaron durante este periodo tan convulso de la historia.

El Levantamiento de Varsovia fue una tragedia —un pueblo valiente traicionado por intereses políticos que antepusieron el poder a la vida—, y ha sido un honor para mí insertar en él a mis tres hermanas ficticias. Espero haber estado a la altura.



ANNA STUART (Saint Andrews, Escocia - 1972). Anna Stuart es el seudónimo bajo el que firma sus obras de ficción contemporánea la autora escocesa Joanna Barnden. También ha publicado literatura histórica bajo el nombre Joanna Courtney.

Quiso convertirse en escritora desde muy pequeña, siendo capaz de escribir historias desde los nueve años. Estudió Literatura Inglesa, especializándose en Literatura Medieval; a pesar de que seguía soñando con dedicarse a escribir, decidió conseguir un trabajo que le reportara estabilidad.

Sería al tener hijos y disponer de tiempo para escribir que recobró la ilusión por la escritura. En esa época comenzó a publicar relatos en diversas revistas. Más adelante, se aventuró a crear ficciones más largas y vio la luz una serie de novelas históricas que publicó como Joanna Courtney.

De entre las obras que ha firmado con el seudónimo Anna Stuart se

ha traducido al castellano *La enfermera de Auschwitz*.